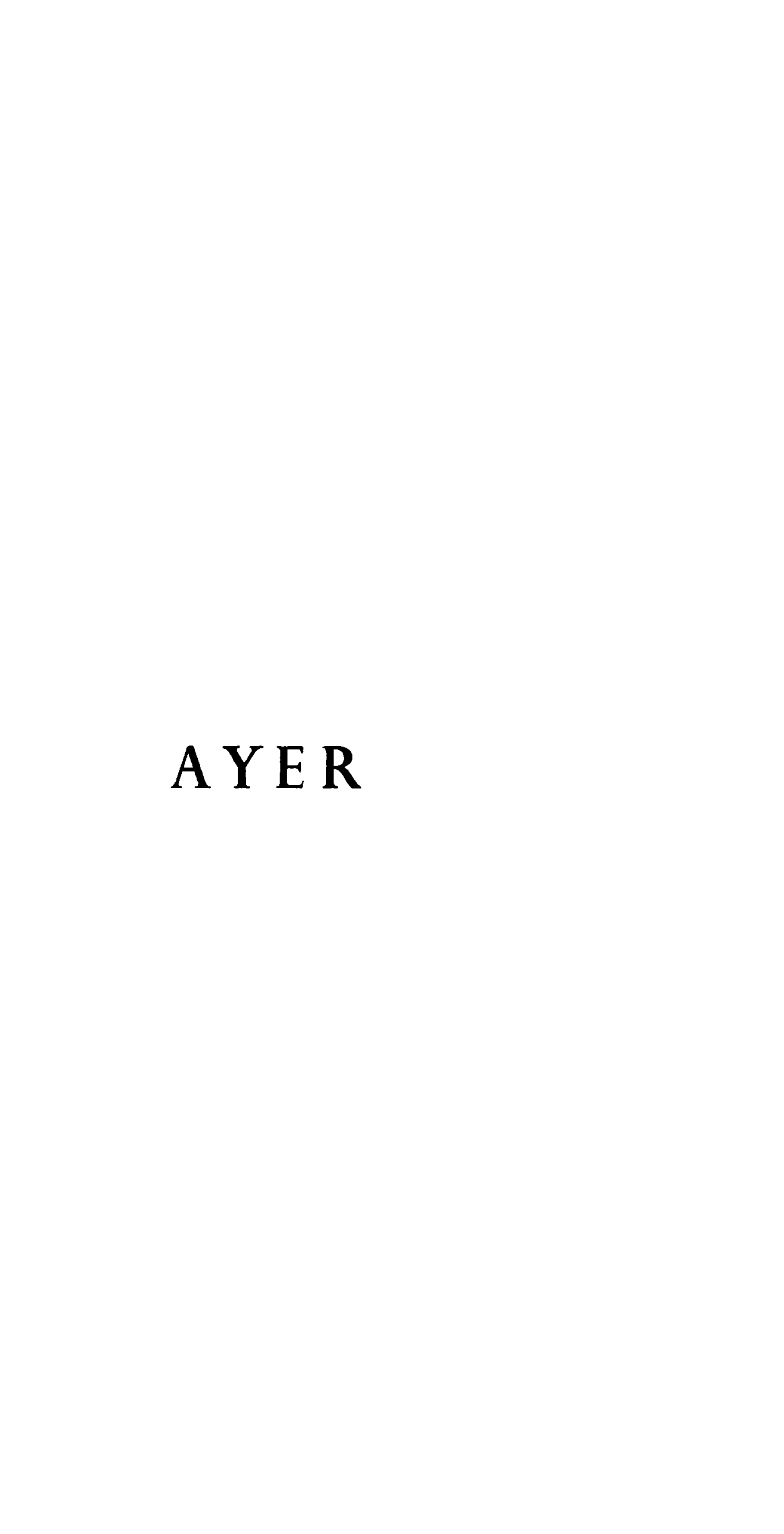
LUIS ENRIQUE AZAROLA GIL

AYER
1882-1952

EDICIÓN DE LAUSANA



AYER

LUIS ENRIQUE AZAROLA GIL

AYER

1882 - 1952

EDITADO EN LAUSANA
IMPRIMERIES RÉUNIES S. A.
MCMLIII

EXORDIO

Antes de narrar algunos episodios de mi vida, relatar someramente hechos de una época abolida y referirme a mujeres y hombres desaparecidos, debo revelar las opiniones que sustento acerca de tópicos diversos. Su lectura facilitará la comprensión de ciertos juicios que formulo en este libro, pues los amigos, los trabajos y los viajes son los materiales de una crónica que ha menester de completarse con el conocimiento de las fuentes morales del autor. Como podrá advertirse, estas primeras cinco páginas están destinadas a mis hijos y nietos.

LA PERENNIDAD DE LA VIDA

Mi padre murió teniendo cincuenta y dos años de edad, y cuando yo los hube cumplido juzgué a primera vista que el destino paterno y el mío habían sido muy diferentes. Pensé que a la misma edad en que él terminaba su carrera terrenal estaba yo en una situación que podía calificarse de privilegiada : salud normal, hogar feliz, hijos que crecían inteligentes y sanos, posición económica sin apremios, estimación por mi obra de escritor y carencia de ambiciones. Comparando, pues, el destino de mi padre y el mío personal a la misma altura de la vida, aparecía superficialmente una diferencia extrema : para él, nada ; para mí, todo.

¿ Es ésto verdad ? Revélase una injusticia entre la falta de suerte de aquel hombre a quien le fué negada la consagración de su vida ejemplar, y la suerte que me cabe a mí, sin merecerla ?

Y bien, aquella diferencia es aparente y la injusticia también, porque mi padre y yo sólo somos uno, o mejor dicho, porque yo soy la prolongación de mi padre. O mejor aún : lo que yo soy, él lo es. Su vida no ha terminado sino que continúa en la mía. Somos dos períodos de una misma existencia. Él fue una etapa y yo soy la otra, como mis hijos son otra etapa de la vida de su abuelo y de su padre.

Aquí no hay imaginación ni fantasía. Yo existo porque él existió y me hizo a su imagen y semejanza. Soy un producto de su ser. Antes de nacer, ya existía en él : en sus células, su sangre, sus músculos y en su voluntad de crearme... Nací porque él me infundió su propia vida, conjuntamente con mi madre. Después de nacer yo, resumí y concentré en mi persona la persona de mis padres.

No puedo ser distinto aunque quisiera, dado que no me es posible reducir mi estatura, ni cambiar mi complexión, ni variar el color de mis ojos, ni torcer mi vocación, ni renunciar a mi estructura moral. Acaso me he hecho a mi mismo ? Pude escoger a mi madre, o mi apellido, o el lugar de mi nacimiento, o mi idioma ? Todo ésto lo determinó mi padre, porque de su voluntad hubiera dependido elegir otra esposa, o negarme su paternidad o su apellido, o radicarse en un país de otra lengua.

Pero mi padre no fué una personalidad aislada, ni un comienzo, ni el factor único en la formación de sus hijos. Fue un eslabón vigoroso que prolongó la larga serie de los eslabones humanos que le habían precedido. Si he mencionado particularmente a mi padre en los párrafos anteriores, ha sido con el objeto de personalizar en él a toda la antecedencia familiar a la que debo mi existencia y mi contextura psíquica. Soy un resumen de individualidades anteriores que continúan viviendo en mí y en mis hermanos, como éstos y yo seguiremos viviendo en nuestros descendientes. En este proceso generativo hay dos sexos e innúmeros seres anteriores cuyos rasgos perduran, se mezclan, se acentúan o se borran transitoriamente para reproducirse luego en bisnietos y tataranietos, demostrando así la perennidad de las sucesiones humanas. He dicho que yo dimano de mi padre, que soy él y que él continúa en mí ; pero si me personalizo con mi padre es porque es el antecesor inmediato, conocido y visible ; todos los demás, próximos o remotos, están compendiados en él, como también lo están los que llegan hasta mí procedentes de la rama materna.

Los cromos han impuesto los elementos que distinguieron a las personas del abolengo. El linaje es una entidad definida, pero no aislada, porque otros linajes vincularon su sangre, sus nervios y su psiquis al nuestro, al sellarse la unión de hombres y mujeres y procrear vástagos que iban a introducir las peculiaridades de su propia herencia. Y obsérvese el genio de la creación y de la vida : herencia y renovación simultáneas ; confluencia de orígenes distintos, y mantenimiento de las fuerzas ancestrales en las nuevas generaciones.

No estoy creando fantasías, ni expongo teorías, ni presento una doctrina nueva : expreso hechos. Los he visto y palpado. Soy ya bastante viejo y puedo hablar de mis experiencias personales. En el curso de mi larga vida he conocido y tratado a seis generaciones de mi propia familia, desde mi bisabuela hasta mis nietos. Mis ojos han mirado los rostros, las expresiones, los movimientos, las virtudes, las deficiencias y las

vocaciones de hombres y mujeres ; he relacionado los aspectos morales y físicos de los jóvenes con los de aquellos que les habían precedido ; y afirmo mi creencia de que la ley de continuidad hereditaria es una revelación incontestable de la perennidad de la vida y un desmentido categórico a la tesis de la extinción.

No creo, pues, en el aniquilamiento o desaparición definitiva de las criaturas humanas al disolverse su envoltura carnal, y estoy convencido de que su existencia se prolonga y se transforma. Las leyes de la evolución se cumplen en la vida y en la muerte ; el hombre y la mujer perduran en su descendencia, y como queda dicho los vástagos inmediatos y los lejanos poséen huellas indelebles de una vida anterior : la de sus progenitores. Clara está que, además de los factores atávicos y las renovaciones hereditarias existen otras fuerzas que intervienen en la estructuración mental y física de los individuos, desde el clima y la alimentación hasta el medio-ambiente y la educación ; pero estos factores no logran abolir a los poderes ancestrales o los orígenes raciales y familiares de cada hombre, que se insinúan casi siempre en el desarrollo de su personalidad.

Pero un segundo y fundamental aspecto de la perennidad de la existencia se comprueba en la transformación que se opera en el cuerpo al producirse la cesación aparente de la vida, esto es, al dejar de latir el corazón. La vida no se interrumpe sino que cobra nuevas formas, y dentro del ataúd surgen millones de seres vivos ; la materia físicoquimica adquiere una evolución sorprendente que Jean Finot, en su admirable obra *Filosofía de la longevidad*, estudia y verifica de modo concluyente... Pero yendo a las perduraciones morales, las que produce la vida del espíritu, constatamos que la ley de selección o las circunstancias históricas han dado tal relieve a ciertos hombres que por su genio, su carácter, su actuación o sus obras, sobreviven al accidente de su fin material y se convierten en verbos permanentes. Es innecesario citar nombres, pues basta abrir una enciclopedia en cualquier idioma, o recorrer una ciudad de cualquier país, o consultar obras biográficas, o informarse de los temas de las composiciones escolares, para verificar que la humanidad ha producido en todos los tiempos y bajo todos los climas millones de individuos cuyos nombres son inolvidables. Podrá argüirse que la gloria sólo es un vocablo sonoro, la inmortalidad una ilusión que no resiste al análisis y la gratitud pública un convencionalismo : el hecho real es que la historia no es un mito y la memoria de innumerables hombres está presente en la conciencia humana... ¿ Donde está, oh muerte, tu aguijón ? ¿ Donde, oh sepulcro, tu victoria ? [1]

Independientemente de la fé religiosa, una investigación científica imparcial fundamenta la creencia de que además del organismo físico,

---

[1] Primera epístola del apóstol Pablo de Tarso a los Corintios, cap. 15, versículo 55.

el ser humano posée principios vitales y morales autónomos. El alma existe, y la disolución de la materia orgánica no afecta esa existencia como no sea en el sentido de liberarla. ¿ Adonde va luego el alma ? ¿ Se perpetúa inmaterialmente o se asimila a otros principios vitales ? ¿ Se reencarna o se incorpora a elementos físicos desconocidos para nosotros, pero que existen indudablemente en mundos remotos donde la vida palpita y se difunde bajo formas distintas, probablemente superiores a las de la tierra ? ¿ En su destino ulterior, constituye un átomo eterno de la vida universal ? No es posible contestar a estas preguntas que el hombre se formula ansiosamente, pero para nosotros el alma está ahí, con sus facultades actuantes y sensibles, que van desde el heroísmo hasta la abnegación, el sacrificio y la esperanza, el amor puro y la fe, todo el conjunto de virtudes ajenas a los tejidos musculares y nerviosos y a los elementos físico-químicos de la estructura animal.

Es por eso que la muerte no debe constituir un motivo de miedo, sino que debe esperársela y aceptarla como un paso normal hacia el perfeccionamiento y el comienzo de una etapa mas de nuestra evolución.

Se ha repetido muchas veces que « los muertos gobiernan a los vivos », y esta observación es positivamente cierta. El error de la afirmación sólo consiste en calificar de muertos a aquéllos de quienes emanan los mandatos, las orientaciones y la influencia a que obedecen los hombres y aún los pueblos en múltiples ocasiones de su vida. No hay tales muertos, pues si lo estuvieran no ejercerían ese poder decisivo sobre las ideas y las acciones humanas. Cuando se intenta definir a la muerte como la cesación de la vida, se incurre, a la vez, en un simplismo y en una falsedad materialista, porque hay seres cuya vida ha sido espiritualmente mas fecunda años y siglos después de la disolución de su envoltura carnal. Ha habido filósofos, sabios, descubridores, inventores, poetas, fundadores de urbes y de pueblos, filántropos, legisladores, santos y héroes cuyo tránsito por la tierra ha pasado casi inadvertido para sus coetáneos; o que han sufrido vejaciones, envidias e injusticias; o que se han debatido en la miseria ; o que han visto incomprendidas sus creaciones y negados sus descubrimientos ; o que han sido llevados a la hoguera y al cadalso por la intolerancia sectaria ; su existencia terrenal ha transcurrido precaria y amarga ; pero años o centurias mas tarde, cuando su cuerpo era ya un puñado de cenizas, esos hombres han surgido de nuevo vivientes ante el mundo ; sus obras han aparecido animadas de un soplo inmortal ; telas y estatuas han reproducido sus rasgos físicos ; y millones de hombres han inspirado su actividad, su ciencia o su conducta en las fuentes descubiertas por aquellos varones ilustres, o se han convertido en seguidores de sus ejemplos. Y sin embargo, sus contemporáneos los creyeron definitivamente muertos ; pensaron que sus despojos era todo lo que quedaba de su personalidad ; y que consumidos esos restos mortales la horrible nada sucedería a la pitanza de los gusanos... Qué miserable idea tienen los ateos de su propio destino !

CONCEPTOS HISTÓRICOS

La tarea acometida por los modernos investigadores de nuestra historia, de rectificar errores y completar espacios importantes, no levanta resistencias cuando se refiere a los períodos de la conquista y la colonización. Es una labor de aclaración y depuración ajena a todo sentimiento pasional; se van complementando los lapsos históricos mediante la unión de eslabones dispersos; añadiéndose episodios y hombres recién descubiertos, e interpretándose cabalmente documentos que se habían juzgado de manera equivocada. En general, estos resultados son aceptados sin oposición por los estudiosos de nuestro pasado colonial; pero cuando la investigación descubre afirmaciones erróneas en el período de la emancipación, y falsedades en la época posterior — la feudal, la bárbara, la de las tiranías, las guerras civiles y los degüellos — ; cuando las rectificaciones alcanzan a un caudillo endiosado por el prestigio partidista, y el análisis de su actuación descubre ambiciones, miserias o actos de salvajismo, entonces el escritor debe soportar los ataques que le dirigen los cultores del personaje consagrado en las hecatombes de vencidos, o por sus permanencias en el poder público, del que ha sabido servirse con habilidad, arbitrariedad y astucia. La masa semianalfabeta, conducida por alfabetos interesados y serviles, diviniza al mandón y le decreta monumentos. Así, después de veinte años de despotismo sanguinario, Rosas llevó 30 000 hombres a Caseros y perdió la batalla en razón de su impericia militar; Perón ha sido plebiscitado por cinco millones de electores; y en las islas del Caribe se coloca a Trujillo mas arriba que a Roosevelt. En las tierras tropicales y subtropicales se cumple la terrible ley en cuya virtud las razas debilitadas por el mestizaje no pueden alcanzar altos niveles de civilización moral y política.

La admirable investigación histórica y geográfica realizada por el doctor Roberto Levillier abraza una cima demasiado distante de nuestra triste época para que los intereses subalternos puedan mezclarse en el examen de los hechos. Estos aparecen en los dos tomos del libro con una solidez y limpidez extraordinarias, y puedo yo, escritor que nunca descendió al ditirambo, calificar a *América la bien llamada* como un modelo severo y elocuente de exposición científica. Después de analizada la tesis del doctor Levillier y estudiados sus documentos, mapas y comentarios, resulta incontestable que Américo Vespucio posée los mejores títulos para que el Nuevo Mundo lleve su nombre insigne; él fué quien descubrió la personalidad del continente y concluyó con la creencia de una prolongación asiática; él fué el descubridor de la

costa sud de América, desde el comienzo de la jurisdicción hispánica hasta la Patagonia actual ; él quien entró primero a nuestro estuario, al que denominó río Jordán en 1502, catorce años antes que Solís ; y el primero que vió nuestro cerro, al que llamó Pinachullo Detentio, dieciocho años antes que Magallanes.

Como lo establece una documentación incontrovertible, hace exactamente cuatrocientos cincuenta años que los ojos del inmortal florentino se fijaron en la ribera norte de nuestro gran río. Pienso que esa ribera, hoy transformada, debe llevar su nombre. Américo Vespucio ha de llamarse la ancha rambla costanera que en tiempos futuros irá desde Montevideo hasta Punta del Este, y las rocas donde se confunden las aguas del Plata y el Atlántico serán el pedestal de su estatua. En una de sus piedras deberá grabarse el nombre del ilustre argentino que ha revelado e identificado al descubridor de Uruguay.

* * *

Una literatura histórica barata ha agotado el repertorio de vocablos destinados a calificar la independencia de las antiguas colonias españolas. Mi generación creció oyendo hablar de la conquista de la libertad, el yugo hispánico, las cadenas, la esclavitud, la implantación de la democracia y los gobiernos libres que substituyeron al despotismo de los virreyes. Declaro que un mejor conocimiento de los hechos históricos y mi independencia de criterio me han emancipado de esas afirmaciones erróneas que consisten en presentar al régimen colonial como una tiranía y la proclamación de la República en América como el comienzo de una avanzada etapa institucional y política. Sostengo que, a pesar de sus errores y deficiencias, aquel régimen se caracterizó por el orden y la paz, que fueron reemplazados después de la segregación por el caos y la guerra civil crónica ; los procónsules españoles gobernaron en colaboración con los cabildos, integrados por criollos ; Cevallos, Vértiz, Melo de Portugal, del Pino, Sobremonte y Liniers fueron buenos administradores ; los comandantes de milicias y jefes de ejércitos eran casi siempre « hijos de la tierra », desde Vera Muxica y los Maciel hasta Larrazabal, Riglos y el primer Artigas. En cambio, producida la separación, viose el ideal de Bolívar, San Martín y Artigas desconocido y falseado por los mandones de América ; y el totalitarismo, vocablo reciente, ha sido y sigue siendo el continuador del sistema histórico vigente en la mayor parte de los pueblos, bajo la designaciones anteriores de tiranía, despotismo, demagogia, gobierno de facto, dictadura y absolutismo, ejercidos por un hombre, una camarilla o un partido. Lo que sólo ha existido por excepción es el régimen de libertad, de sufragio y gobierno libre, de respeto por las instituciones escritas y juradas.

La diferencia profunda entre los Estados Unidos de América del Norte y los Estados Desunidos de Ibero-América tiene su orígen en diferencias raciales y religiosas. El espíritu que animaba a « los padres peregrinos » los condujo a fundar una nueva patria donde pudiesen practicar la libertad de conciencia y la libertad política ; los fuertes principios puritanos fueron la base del orden social y del carácter individual ; la familia se constituyó con la moral del patriarcado ; y la nacionalidad surgida de la declaración de Filadelfia hizo prácticos los derechos del hombre y del ciudadano. Tan es así, que en los ciento setenta y cinco años transcurridos desde la fundación de la independencia norteamericana, no ha existido allí un solo dictador ni un solo motín militar ; casi todos los presidentes han sido varones honestos y estadistas prudentes ; la única guerra civil que dividió al país fué motivada por un gran postulado humano : la libertad de los negros ; y la participación de los Estados Unidos en las dos guerras generales del siglo actual demostró su solidaridad con la causa de la democracia.

Se dirá que este cuadro ejemplar ya no presenta los bellos colores del pasado, y que hay tintas que deslucen el vigor de la tela. Es exacto. Un poderoso país de ciento cincuenta millones de habitantes, muchos de los cuales proceden de razas y niveles sociales opuestos, arribados con ansias de lucro y dispuestos a imponerse a cualquier precio ; país de fortunas colosales y pugnas titánicas, necesariamente ha visto descender sus valores tradicionales y constituirse clases donde se desconoce la moral rígida de antaño. Como en otras naciones, hay una categoría de políticos ambiciosos, una prensa sensacionalista y núcleos de hombres y mujeres sin mas aspiración que el éxito inmediato ; pero en América latina existen males peores sin los antecedentes honrosos del « self-government » y de la aportación cultural considerable a la civilización mundial, como lo han venido haciendo los Estados Unidos desde hace casi dos centurias. Ni podemos afirmar siquiera que nuestra incapacidad y pecados eran propios de la etapa medieval y el lapso de formación de las nacionalidades indohispánicas, porque éstas han franqueado el ciclo feudal y entrado cronológicamente en la mayoría de edad ; y sin embargo, muchas de ellas siguen viviendo bajo la férula del sable cuartelero y de los politiqueros sin escrúpulos ; los rebaños electorales eligen con su voto inconsciente a los exdictadores para ejercer el gobierno constitucional, y aclaman a los demagogos que suprimen derechos y libertades.

La figura himnal del esqueleto de Atahualpa surgiendo de su tumba para batir sañudo las palmas, no tiene nada que ver con la realidad histórica. Los veinte pueblos que se emanciparon de la tutela materna con la pretensión de vivir su propia vida, carecían de la educación, los medios y la comprensión para realizar una existencia libre, organizarse bajo la égida de instituciones democráticas y aportar al mundo una

cooperación de cultura o de riqueza que justificase su personalidad independiente. Todo lo contrario de la cooperación aportada por las excolonias británicas, Canadá, Sud-África, Australia y Nueva Zelandia, cuya independencia ha fortificado los vínculos que las unían con la madre patria y que son jóvenes y recios pilares de la civilización anglosajona. Todo el mundo sabe que América latina no significó nada de eso. A su falta de preparación y de recursos en todos los órdenes se agregó el desate terrible de ambiciones de una clase de políticos que hizo su aparición en cuanto faltó la autoridad de la metrópoli ; y otra clase de jefes de bandas armadas o caudillos semianalfabetos, productos del medio inorgánico y la hora primitiva, que hicieron de la guerra civil el instrumento de dominación.

España y Portugal realizaron la hazaña de descubrir, conquistar y colonizar el Nuevo Mundo, pero su pobreza y atraso no les permitió dotar a las sociedades en embrión de los elementos capaces de civilizarlas. La influencia personal de gobernadores y virreyes no alcanzó a llenar los vacíos espirituales y materiales que reveló el proceso de la colonización. Dentro de sus deficiencias, ambas metrópolis peninsulares hicieron lo que pudieron : mantuvieron el orden y la paz y fundaron algunas instituciones que cooperaron a la obra lenta de su evolución. Hubo también omisiones y errores irreparables, harto conocidos ; me limitaré a señalar dos de ellos ; uno cometido por los criollos, el otro por la corona española.

El primero consistió en oponerse a la ocupación inglesa de 1806 y 1807. El Río de la Plata tenía mucho que aprender y recibir de la civilización británica ; aprendizaje de instituciones, libertad de conciencia y de comercio, fundación de escuelas e iniciación de la prensa periódica. Al tomar las armas y pelear en defensa de los españoles, los criollos malograron la oportunidad mas decisiva de progreso que podía presentarse en la historia de las colonias. ¿ Estaban, acaso, tan compenetrados con el régimen dominante que preferían verter su sangre en defenderlo ? Esta presunción es absurda porque tres años después su aparente fidelidad desaparecía al estallar la revolución contra el régimen. ¿ Podía temerse que la nueva metrópoli iba a demorar indefinidamente la independencia del continente ? Falta saber si la idea de la emancipación existía ya en 1807 en algunas cabezas dirigentes ; pero aún así el movimiento que podía estarse eventualmente incubando, no podía anularse indefinidamente. Todas las leyes históricas y sociales conducían a la solución de un continente libre. El antecedente de Estados Unidos era concluyente, y aun cuando Inglaterra hubiese extendido su dominio a otras zonas del Nuevo Mundo después de establecerlo en el Plata, acontecimientos ulteriores habrían determinado mas tarde la emancipación continental. La mayoría de edad habría sido alcanzada medio siglo, quizá tres cuartos de siglo después de las invasiones inglesas, pero las excolonias españolas habrían culminado una etapa superior

de progreso en todos los órdenes, gracias a esa colaboración de dos factores de influencia profunda, el ibérico y el británico.

Es indudable que dos o tres generaciones de criollos, nacidas bajo el nuevo régimen, habrían recibido los fundamentos de la educación anglosajona, tan eficaz en el siglo XIX : las guerras fratricidas no se habrían producido, faltas de los móviles que las ocasionaron en el período feudal ; y es muy posible que la constitución de las nuevas sociedades hubiese logrado realizarse sin violencias armadas, como aconteció posteriormente con los dominios de Canadá, Sud-África, Australia y Nueva Zelandia. De todos modos, un largo y estrecho contacto político, cultural y comercial de América latina con Gran Bretaña hubiese contribuido a un rápido adelanto de la primera.

Me he referido a la comisión de un error de consecuencias por parte de la corona española y de sus consejeros de Indias. Consistió en mantener sin evolución alguna el sistema colonial impuesto desde el término de la conquista ; apenas se substituyó a los adelantados por gobernadores y capitanes generales, y luego a éstos por virreyes ; la nomenclatura político-administrativa muy poco alteró las prerrogativas de que disponían los titulares y la función siguió siendo la misma : gobernar en nombre de la corona con sujeción al consejo de Indias. Hubo concesiones inteligentes al nombrarse a algunos nativos como magistrados superiores ; Vértiz era mejicano, Valdelirios peruano y Hernandarias paraguayo ; los grados militares fueron generalmente bien distribuídos, así como el comando de las fuerzas ; pero la legislación no se modificó en el sentido de acordar autonomías a las sociedades en formación. El régimen colonial mantuvo su estructura absolutista, el fanatismo religioso no hizo concesiones a la libertad de conciencia, la oposición fue sistemática a la libertad de comercio, y las tierras pasaron de la etapa de la conquista a la etapa de la colonización sin que se acordasen modificaciones substanciales de gobierno, en el sentido de un reconocimiento de derechos a los nativos para convertirlos en legisladores de sus virreinatos y en colaboradores políticos de la corona. Se entró al siglo XIX como se había entrado al precedente, sin tenerse en cuenta que los tiempos marchan y las poblaciones evolucionan ; nunca la metrópoli dió mayor prueba de su estancamiento y su imprevisión del porvenir, que al mantener una estéril pasividad respecto de la creación de la personalidad autónoma de los pueblos americanos.

De todas las innovaciones que pudieron incorporarse a las instituciones de Indias, la mas transcendental hubiese sido la conversión de los virreinatos en monarquías autónomas, regidas por miembros de la familia real española y aliadas a la metrópoli por tratados semejantes a los que vinculan de manera tan firme a los países del *Commonwelth* británico, cuyas relaciones conocen la autoridad de un consejo supremo en el que están representados los exdominios. Los hijos, sobrinos y otros familiares de don Carlos III y don Carlos IV habrían ceñido con

orgullo las coronas reales de Nueva España, Perú y Río de la Plata; su traslado a México, Lima y Buenos Aires en compañía de prelados, académicos y cortesanos, hubiera dado arraigo a una clase culta y de creciente influencia en la vida inicial de estos países; y el matrimonio de los nuevos monarcas con damas de la sociedad nativa habría fundado dinastías nacionales análogas a la creada en 1570 por don Felipe II en el Río de la Plata.

Existe, en efecto, ese antecedente histórico acerca de la fundación de una dinastía en América. La cédula de don Felipe II que en 10 de enero de 1570 confirió el título de adelantado del Río de la Plata a don Juan Ortiz de Zárate, acordó también a perpetuidad la misma honra a sus descendientes; al morir el titular legó el adelantamiento, por disposición testamentaria, al hombre que se casara con su hija; la cláusula se cumplió; y en su virtud doña Juana Ortiz de Zárate dió con su mano el gobierno de estas provincias a don Juan de Torres de Vera y Aragón. Era aquella dama princesa india, pues su madre fué Leonor Yupanki, descendiente del inca Tupac Yupanki [1]. Como se sabe, el cuarto adelantado delegó el poder en don Juan de Garay, el insigne fundador de Santa Fe y Buenos Aires, antecedentes todos que revelan la influencia que alcanzó en el Nuevo Mundo la constitución de una dinastía indohispánica [2].

Se ha atribuido al estadista español conde de Aranda, un proyecto de creación de varias monarquías en América, las que hubiesen gozado de ciertos privilegios constitucionales y cuyos cetros se habrían confiado a miembros de la casa real, vinculando a ésta, de manera « física » a sus posesiones de ultramar. Al redactar yo estas notas, no dispongo de los antecedentes escritos obrantes en mi archivo y biblioteca, de los que he sido alejado por la fuerza, y cuya consulta me habría permitido referirme documentalmente al proyecto de Aranda, formulado o ideado en el último decenio del siglo XVIII; sólo puedo actualmente trabajar con el auxilio de mi memoria; pero si el proyecto existió cónstanos que no recibió aplicación, para mal de América y de España. La fundación de monarquías mas o menos constitucionales hubiese sido una solución ventajosa en la época, es decir, una nueva etapa de evolución política; sin llegar a la autonomía integral se habría dado un paso en esa dirección, y preparado a los nuevos pueblos para regirse a sí mismos. Sabemos que no lo estaban en 1810; aún hay algunos que tampoco lo están en 1952, y que no lo estarán nunca por razones de incapacidad crónica para el gobierno propio y hasta para la vida civilizada. ¿ Pueden las tribus admitir otro mando que el del cacique, aunque en vez de taparrabos use frac ?

Es conocida la gestión realizada por algunos dirigentes de la revolu-

---

[1] Azarola Gil: *Crónicas y linajes de la gobernación del Plata*, pág. 67.

[2] Groussac: *Anales de la Biblioteca*, tomo X.

ción de mayo para traer de Europa una cabeza principesca a la cual coronar en Buenos Aires por los años de 1815. Convenimos en que aquella gestión tenía tanto relieve artificial que su fracaso era deseable, y que su única ventaja hubiese consistido en la supresión de Rosas y otros tiranos ; pero no fué artificial sino legítima y eficiente la solución que decretó el Brasil al proclamar su independencia, acordando la suma del honor público al heredero de la corona portuguesa. Don Pedro I fué un continuador del destino lusobrasilero ; la fundación del gran país norteño dimanó precisamente de la presencia de su príncipe regente ; ocupó el trono de acuerdo con el derecho de la época, y fué al mismo tiempo el jefe de la revolución que definió la personalidad libre de su patria. Esa revolución se llevó a efecto sin causar los desgarramientos dolorosos que se produjeron al separarse los demás países de la metrópoli española ; sesenta y cinco años mas tarde el imperio se convirtió en república ; y la sabia evolución operada en menos de un siglo tuvo como punto de partida el traslado del cetro a Río de Janeiro. Al instalar su sede real en la urbe brasilera, don Juan VI decretó el desdoblamiento de dos coronas y de dos nacionalidades ; la gran flota que condujo a sus colaboradores y su corte a través del océano, llevaba en su velamen un enorme destino histórico que aún nadie presentía ; y en las entrañas de las naves se agitaba ya la progenitura de una nación maravillosa.

NUEVO CONCEPTO DE LA SOBERANÍA

La evolución de los conceptos del Derecho Internacional, lenta en los dilatados períodos de paz, o realizada a saltos como consecuencia de las grandes guerras, ha gestado una idea que adquiere actualidad al ser motivo de debates públicos y de estudio en las cancillerías. Ha dado lugar a una importante tesis que está destinada a ejercer influencia transcendental en las relaciones interamericanas.

Esa tesis fué planteada en dos documentos sucesivos por el gobierno uruguayo en octubre y noviembre de 1945, dirigido el primero a la cancillería de Washington y el segundo a todos los gobiernos americanos. Exponía en ellos sus conceptos acerca del paralelismo entre la democracia y la paz, así como sobre un eventual incumplimiento, en las relaciones continentales, de los compromisos libremente consentidos ; y sugería las ventajas de cambios de opiniones destinados a consolidar el sentimiento de « conciencia americana ». Pero la médula de la segunda nota uruguaya estaba destinada a suscitar un debate entre dos principios fundamentales : el admitido y consagrado de la no intervención en los asuntos internos de las naciones, y el de las intervenciones multilaterales en los casos de violación reiterada, por dictaduras o gobiernos de facto, de los derechos del hombre y del ciudadano.

Esto último no significaba solamente una innovación en las normas del Derecho Internacional tal como se han venido adoptando en los textos, las academias y los convenios, sino que revelaba la gestación de un concepto nuevo de la soberanía. Hasta hoy, no podía ésta admitir limitaciones ni intervenciones, sean cuales fuesen las instituciones, el régimen interno o las oligarquías dominantes. Si un país era o es gobernado de manera despótica y sus ciudadanos se ven privados de derechos fundamentales, sólo ellos están autorizados para combatir a los autores de las violaciones constitucionales o los conductores de una demagogia peligrosa, aunque ésta constituya una amenaza para las sociedades vecinas ; y si por falta de armas o de valor cívico se encuentran aquéllos impedidos para instituir la libertad y la justicia, esta impotencia, real o aparente, no justificaría la intervención liberatriz de sus vecinos y hermanos. Convengamos en que este concepto, así presentado, fué siempre teórico, y la historia americana contiene antecedentes al respecto : intervenciones de naciones colindantes que han sido apoyadas por núcleos o partidos de los pueblos sojuzgados, y sin salir del Río de la Plata debe recordarse que el sólo nombre de Caseros evoca una acción trilateral decisiva. Me propongo insistir mas adelante sobre el acto preliminar y diplomático de este antecedente.

La tesis del canciller Rodríguez Larreta sustenta el principio de la protección de los derechos del hombre y del ciudadano, afirmando la consolidación de una conciencia americana y defendiendo la institución de los pronunciamientos colectivos que, sin menoscabar la independencia de un país determinado, llamen a sus amos a la realidad de la hora presente, contraria a las arbitrariedades o atentados internos y externos. Como se advierte, trátase de una innovación fundamental destinada a chocar contra una de las mas arraigadas rutinas humanas : la que opone el concepto de la soberanía intocable y hermética, a toda solución de derecho, de solidaridad democrática y de libre convivencia. Esa rutina ha fortalecido el obstáculo jurídico de la no intervención a ultranza, pese a los peligros que entraña la existencia de Estados totalitarios regidos por gobiernos de facto o por dictaduras con etiqueta constitucional. Me permito pensar que tal actitud no coincide con las aspiraciones modernas de las democracias civilistas. Otros conceptos de dureza granítica, arraigados en el espíritu humano, han debido modificarse bajo la influencia de evoluciones precedentes, como voy a intentar demostrarlo.

El paso mas decisivo realizado por las sociedades civilizadas a favor de los derechos del hombre, fué la abolición de la esclavitud. Y debe recordarse que esta conquista no se efectuó de manera simultánea en todos los países donde se practicaba esa forma de servidumbre : se adoptó por etapas sucesivas. Aún en América, la revolución de 1776, al proclamar la libertad de las colonias y consagrar la dignidad política de los ciudadanos, no significó la igualdad de las razas, y recién un

siglo mas tarde, después de una guerra agotadora, se logró lo que hoy nos parece de elemental justicia: que los negros no fuesen vendidos como esclavos. A su vez, la Constitución uruguaya de 1830 declaró «que nadie nacerá ya esclavo», pero continuaron siéndolo los que habían nacido antes de aquella fecha. La «libertad de vientre» no significó la libertad de las generaciones de color que se habían comprado por escritura pública... No hay que olvidar que ese estado de degradación de una fracción de la humanidad se mantenía a pesar de las fórmulas democráticas de las constituciones, y nadie habría pensado entonces intervenir en un país donde se practicase el régimen de la esclavitud. En cambio, esa intervención se llevaría hoy a efecto con toda certeza. La servatura de los negros, consagrada por las leyes, su compraventa, sus torturas físicas y morales, revistirían en nuestros días aspectos tan inhumanos y terribles, que no habría hombre normal que no juzgase justificada una acción de naciones civilizadas contra el Estado o el gobierno que intentase resucitar aquellos procedimientos definitivamente caducados.

¿En virtud de qué innovación o nuevo principio se opondría nuestra cultura al retorno de la esclavitud de los negros? Simplemente porque se ha operado una evolución en el espíritu humano, que ha reconocido la caducidad de algunos de sus viejos conceptos. Lógicamente, esa evolución no se ha detenido, y los hombres asisten a la revisión constante de principios, creencias y leyes que en su tiempo se reputaron invariables. Y lo fueron, en efecto, mientras perduraron la substancia y el cimiento espirituales que les habían dado consistencia. La sociedad feudal, la reyecía absoluta, la monarquía constitucional, el liberalismo y la democracia, son elementalmente etapas de una transformación mental, incesante e inexorable. Es casi un lugar común decir que nada hay inmutable en el orden físico ni en las manifestaciones de la vida colectiva, y es innecesario repetir que una ley de la creación es la mutabilidad permanente de las cosas, aún de las aparentemente inertes. Hasta la roca dura, enorme e inmóvil, pierde sus formas agresivas para pulirse bajo la acción del sol, el viento y la lluvia. Las montañas se demudan, las plantas se transfiguran y los seres vivos de los tiempos remotos se presentan hoy adaptados a las condiciones presentes. La evolución de las ideas acompaña el paso de las generaciones nuevas, que no piensan, sienten ni obran, respecto de muchas cosas, de acuerdo con la mentalidad y la sensibilidad de las edades viejas.

Esos cambios son patentes y visibles, porque las culturas, los estilos y los hábitos trasuntan las diferencias ideológicas de hombres y mujeres en cada centuria. Para fijar una visión real de esas variantes, figurémonos que en algunos de nuestros antepasados, pertenecientes a la sociedad colonial y fenecidos hacia los años de 1800, se reprodujese el milagro de Lázaro y, saliendo de sus tumbas, reconstituidos sus cuerpos y sus trajes, animados sus rostros, se mezclasen con nosotros

en los salones y los teatros, asistieran a nuestras asambleas, concurriesen a las sesiones del parlamento, se informasen de la vida mundial con la lectura de los grandes periódicos, y viajasen a Europa en 30 horas. Esos resucitados, atónitos ante los progresos modernos, quedarían mas perplejos aún al informarse de las diferencias económicas, morales y políticas que separan su época de la nuestra, desde la libertad de opinión, de cultos y de comercio hasta las innovaciones de la legislación moderna y la difusión de las ciencias. Reconocerían que se encontraban en un mundo nuevo y admitirían que todas las mutaciones operadas en las sociedades actuales obedecen a una explicación o causa primaria : que el espíritu humano había experimentado un cambio fundamental en los últimos 150 años, y que de esa transformación mental y psicológica derivaban las profundas variantes introducidas en los cuerpos políticos y sociales.

Hay, pues, una evolución espiritual previa a los cambios prácticos. Las leyes avanzadas actuales y las costumbres modernas o modernistas son las expresiones visibles de un proceso anterior que ha decretado la caducidad de las antiguas normas, la inadaptabilidad de ciertas instituciones y la discordancia entre los hábitos tradicionales y las tendencias nuevas. Algunas doctrinas han envejecido, muchos prejuicios se han enterrado y otros derroteros se han abierto al avance de las generaciones jóvenes. Véase, como ejemplo rotundo, el cambio de criterio acerca de la mujer, virtuosa casi siempre, pero ayer iletrada, devota y sumisa, sin mas horizonte que el patio y el huerto de su casa ; y hoy universitaria, profesional, poseedora de derechos civiles, divorcista a veces, viajera despreocupada y segura. Para mal o para bien, su personalidad actual dimana de su alma transformada.

¿ En virtud de que ley, inspiración o antecedente humano pueden algunos eminentes hombres de Estado americanos y distinguidos diplomáticos, creer en la inmutabilidad de las soberanías nacionales ? ¿ En qué se basaría la irrevocabilidad de ese dogma jurídico que, como todos los dogmas, ha dejado de serlo desde la hora en que se le discute ?

* * *

Es curioso observar como el concepto de la soberanía — hoy felizmente examinado por la cultura de los estadistas — tuvo su raíz en la mentalidad infantil de las tribus primitivas, cuya noción de la propiedad del suelo que habitaban se traducía en mortal represalia contra aquéllos que intentaban aproximarse a la toldería. Para alcanzar esa expresión de la independencia cerril debemos remontarnos a uno de los primeros actos de la historia rioplatense, es decir, al desembarco de Juan Díaz de Solís en la ribera norte del estuario, en los días del des-

cubrimiento. Digo descubrimiento y no conquista porque necesariamente el primero fué la etapa anterior al proceso de apoderamiento de las tierras, etapa anterior que no implicaba en manera alguna actos de guerra. Este distingo es necesario para juzgar con exactitud la reacción belicosa de las tribus aborígenes, inspiradas por el impulso bárbaro que las inducía a considerar como enemigos a todos aquéllos que ponían su planta en la región de sus aduares. Hasta la hora del desembarco de Solís, sólo indios de otras procedencias habían intentado establecerse o cruzar el territorio vírgen, que ofrecía dilatadas zonas casi desiertas donde la convivencia, o la vecindad, o la adaptación hubiesen sido realizables y ventajosas si no hubiese existido aquel sentimiento salvaje de agresividad contra todo ser humano que no perteneciera a la propia tribu. El arribo de los españoles se hizo en forma pacífica, y al poner pie en la playa oriental del gran río, Juan Díaz de Solís no lo hizo guiado por propósitos de hostilidad hacia los habitantes, como tampoco los había tenido Colón al desembarcar en Guanahani. Solís ofreció a la tribu charrúa el espectáculo maravilloso para ella de una carabela acerca de cuya existencia no tenían los indios noción alguna, ni tampoco de los hombres blancos y pacíficos que luciendo los llamativos trajes de la época y alzando estandartes se desprendieron de la nao y abordaron la playa dando muestras de curiosidad y satisfacción. En vez de aproximarse a los recién llegados para intentar saber algo a su respecto, examinarlos de cerca e inquirir sus propósitos, la indiada escondida en la maleza costera disparó sus flechas y ultimó a los navegantes. Este acto de agresión y masacre inmotivado es la revelación del instinto díscolo y obscuro que veía una injuria en la sola presencia del extranjero. Ahí radica la manifestación primaria de la soberanía bárbara y huraña.

Desde luego, aquel instinto originado en el aduar de cueros de venado y estacas de espinillo, fué doblegado por la conquista y la colonización. Tres siglos después la guerra de la independencia creó un sentimiento de solidaridad continental que justificó las intervenciones de pueblos hermanos. Esta es la raíz histórica de la doctrina Larreta. Es un antecedente que el autor no necesitó consignar en el texto de aquélla, pero cuya existencia está confirmada por las acogidas extraordinarias que Chile y Perú reservaron a San Martín y al ejército argentino. Como es también sabido, la tentativa primera de estructuración de la comunidad continental fué iniciada por el genio de Bolívar, que hizo llegar en 1824 su invitación a los gobiernos americanos para celebrar en Panamá el congreso que se reunió efectivamente dos años después y echó las bases de una confederación de los Estados del Nuevo Mundo, creando un estatuto jurídico y previendo reuniones regulares de representantes de aquellas naciones. La realización de los postulados bolivarianos, incierta en aquella hora, ha obtenido una cristalización visible a medida que las nacionalidades incipientes se han acercado al

período de su madurez, y las Conferencias Panamericanas, desde 1889 hasta hoy, han logrado la creación de órganos de aproximación fecunda y cimentado la asociación de veinte pueblos. La figura de Bolívar preside esta obra de consolidación fraternal y jurídica.

Pero volvamos al concepto nuevo de la soberanía, que nos lleva a mencionar otro antecedente mas próximo a nosotros que la solidaridad en las luchas por la emancipación. Es el pacto trilateral establecido el 29 de mayo de 1851 por los plenipotenciarios del Estado de Entre Ríos, el Imperio del Brasil y la República O. del Uruguay, cuya finalidad inmediata era « mantener la independencia y pacificar el territorio de la misma República » (la Oriental) ; pero la realidad política orientaba esa alianza contra el régimen imperante en la vecina orilla desde hacía veinte años. Fué firmada en Montevideo por el doctor Manuel Herrera y Obes, canciller uruguayo ; don Rodrigo de Souza da Silva Pontes, encargado de negocios del Brasil, y don Antonio Cuyás y Sampere, representante del gobierno de Entre-Ríos. Este caso constituye un antecedente concreto y transcendental de intervención de pueblos vecinos que contaron con fuerzas políticas argentinas adversas al gobierno de Rosas, y es oportuno expresar que nunca una intervención debe efectuarse sin el apoyo de núcleos importantes de opinión del país intervenido ; y la acción de una masa interior organizada ha menester de cooperar con la que procede del exterior. Queda así salvada toda soberanía de un aparente menoscabo, y de ello se evidencia que el antecedente de 1851 no pudo chocar con escrúpulos patrióticos. Para evitar motivos análogos de susceptibilidad nacional en Uruguay, las fuerzas que cruzaron el río-frontera para pacificar el territorio, vinieron mandadas por un gran uruguayo, prócer de la independencia americana, el general Eugenio Garzón, que meses después hubiera sido presidente de la República si la muerte no hubiese tronchado prematuramente su gloriosa vida. Así, pues, asistimos en 1851 y 1852 a dos intervenciones trilaterales destinadas en el espíritu de sus gestores a poner fin a reiteradas violaciones de los derechos de hombres y de ciudadanos. En el país hermano, la intervención terminó automáticamente con la caída del régimen y dió origen a la Constitución federal de 1853.

* * *

Pero Caseros y el pacto que le precedió no fueron, en el propósito de sus ejecutores, sino una solución al caso de Rosas y de sus consecuencias en el Plata. La doctrina del canciller Rodríguez Larreta, enunciada casi un siglo después, prevé todos los gobiernos de facto y todos los dictadores en potencia cuyo absolutismo suplanta derechos, crea peligros y viola acuerdos libremente consentidos. Esa doctrina entra

en la evolución del Derecho Internacional como un jalón nuevo, precisamente en una época de transformaciones políticas y sociales. El principio de la no intervención, oportuno en su hora, no puede cerrar el paso a las exigencias actuales del espíritu humano, que pugna por establecer normas y conquistas destinadas a perfeccionar la convivencia de las sociedades. No se lesiona el honor de un país cuando se lleva a efecto un pronunciamiento colectivo precedido de consultas y sólo destinado a terminar con una anómala situación interna de atentados a la libertad y amenazas a la paz. La lesión aparece dentro de un Estado cuando sus fuerzas armadas abandonan sus funciones específicas y se declaran aptas para ejercer el poder público. En tales condiciones, la fuerza militar, procediendo sin contralor, se convierte en un potro desbocado que aniquila bajo sus remos los órganos representativos de la soberanía. Conviene recordar que Uruguay conoció esa afrenta en 1875.

La doctrina Larreta, como todas aquellas que van al encuentro de principios, o sistemas, o costumbres, o prejuicios, o rutinas hechas piedra, ha menester de horadar esa piedra antes de que su simiente encuentre la capa de tierra que la fertilice. Si otras rectificaciones a las normas del derecho tradicional, u otros conceptos destinados a innovar en la legislación básica de los Estados, han exigido una modificación previa de los factores psicológicos que rigen la evolución de los pueblos, sería un hecho normal que la tesis enunciada por la cancillería uruguaya en 1945, se encuentre desde ese año expuesta al proceso de todas las grandes elaboraciones espirituales. Entre éstas, la fundamental es la consolidación de la « conciencia americana », que modifique el sentimiento atávico de nacionalidad que cierra las fronteras a los ideales de solidaridad.

Es doctrina trascendente, y su influencia será paralela, en mi concepto, a las modificaciones mentales que se operen en los países de evolución retardada. Creo que su incorporación al Derecho Internacional está relacionada con el desarrollo de la cultura cívica y aún de la cultura a secas ; con el poder de resistencia de las masas nacionales a los motines cuarteleros que derriban a los gobiernos civilistas ; con la depuración de los elementos totalitarios, de izquierda y de derecha, que perturban y falsean los resortes morales de la democracia ; con el arraigo del principio de unidad y universalidad del derecho, que desarmará los nacionalismos exasperados. Ciertamente, no son los pueblos donde se respetan las leyes, se cumplen los dictados de la justicia y se practica el sufragio libre, los que pueden experimentar escrúpulos en aceptar una limitación espontánea de su soberanía, cuando esa limitación se consiente en salvaguardia de la convivencia pacífica de los integrantes de la comunidad internacional... América saludará con alborozo el advenimiento de esa hora que está prevista en el cuadrante de su historia.

EDUCACIÓN DE LOS VIAJES

La creencia de que el planeta es enorme, sus distancias dilatadas y que el hombre desarrolla grandes velocidades gracias a sus inventos mecánicos, es una tonta y equivocada idea que proviene de la pequeñez de los medios humanos de locomoción. El hombre es una tortuga, y guardando la relación de volumen sus piernas son menos rápidas que las patas de las hormigas. De ahí la ilusión de que el ferrocarril, el automóvil y el avión, son veloces. No hay tal velocidad: son tortugas mecánicas. Creemos en la celeridad del motomóvil y del aeroplano porque nuestros lentos miembros inferiores sólo nos permiten andar cinco o seis kilómetros en el espacio de una hora; y al ver a un aparato mecánico circular a razón de quinientos kilómetros en el mismo lapso, calificamos ingénuamente esto de velocidad. En realidad, no la hay. Lo que realmente hay es nuestra lentitud que nos engaña al juzgar los movimientos ajenos.

Una rapidez normal es la que desarrolla la luz. Quien califique esa velocidad de excesiva o fantástica revela estar juzgándola con el sentido de un gusano. Porque la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo es normal y nada excesiva si se consideran las distancias que debe recorrer la luz para cumplir la función que le está asignada por las leyes de la mecánica celeste. Si bien es cierto que no tarda sino ocho minutos para llegar desde el sol hasta la tierra, es porque la distancia del astro a nuestro planeta es harto breve. En cambio, la luz emplea veintidós años en llegar a nosotros desde Sirio, y novecientos mil años en arribar desde la constelación de Andrómeda. Por consiguiente, aquella rapidez de trescientos mil kilómetros por segundo que tanto maravilla a la gusanería terrestre resulta pequeña si se tiene en cuenta las distancias. Véanse, pues, en que quedan los pasos de la tortuga humana y los impulsos de sus creaciones mecánicas; y que burlesco resulta definir al hombre como un semidiós porque ha inventado motores que cruzan el espacio a razón de quinientos kilómetros por hora... Vale decir que, para llegar al sol en lugar de los ocho minutos que emplea la luz, nuestros ultrarápidos aviones tardarían cuarenta años...

El hombre que no ha viajado es un ser cuyo pensamiento tiene estrechas limitaciones, aunque sea un sabio — un sabio incompleto — porque su frontera espacial es escasa. El estudio de varias bibliotecas le ha dotado de conocimientos teóricos, o el laboratorio, el hospital y la cátedra le han permitido aplicaciones experimentales; pero su capacidad científica no alcanzará ciertas comprensiones ni su espíritu la amplitud conseguida por el que ha viajado. Podrá éste poseer sólo una mediana cultura libresca, pero su personalidad mental se ha dila-

tado y llenado con la observación directa de pueblos, razas, ciudades, costumbres, artes, museos, caracteres y opuestos trasuntos de la vida humana.

No se trata, naturalmente, de viajeros con etiqueta turística sino de hombres inteligentes que han vivido en diversos países poseyendo la capacidad de observar. Porque el turista corriente sólo ve la superficie de un pueblo, las vidrieras de una calle, la altura de los edificios y los adornos en las plazas de una ciudad. Si se traslada a una playa para tomar baños conocerá la arena, las desnudeces y el casino. Es la masa moderna y adinerada cuya alma continúa tan indiferente o inaccessible a los problemas fundamentales de la vida como lo era la de generaciones precedentes que no se habían alejado de la aldea, grande o chica. Estos viajeros no nos interesan. Los que adquieren elevado interés son los capaces de penetrar en el alma de una civilización, dilatando simultáneamente su propio espíritu. Entre éstos hay individualidades selectas que no se detienen en la observación exterior de las cosas humanas sino que ascienden a otras mas trascendentes. Son los « seres extensibles » definidos por Carrell.

Pero el contacto con todo el mundo o con una buena parte del mismo, no debe servir únicamente para ilustrarnos sobre sus aspectos geográficos, urbanos y mundanos : la aproximación con hombres y mujeres de distintas nacionalidades y opuestas clases sociales ha de manifestarse en nosotros por la posesión de un criterio humano que nos permita juzgar a nuestros semejantes de manera objetiva y bondadosa, pues la gran mayoría de ellos no son directamente responsables de sus defectos y acciones. El hombre es el hijo del hombre, y como tal heredero de pecados atávicos ; nadie nació en una zona cálida o fría por su propia voluntad, ni escogió las influencias que habían de modelar su espíritu. Seamos comprensivos y tratemos de que la organización social evite en lo posible el imperio de la injusticia, el aniquilamiento y la miseria de los mal dotados. Véase á las mujeres bellas comparándolas con las feas ; los hombres buenos mozos y los insignificantes ; los talentosos, los valientes, los laboriosos... Parece que la naturaleza reservase a a los bien dotados una situación de privilegio, y la tienen, en efecto ; pero las organizaciones sociales, *sin destruir aquella selección,* deben y pueden mejorar la situación de los débiles y los humildes, y evitar, al mismo tiempo, que los favorecidos abusen de su situación en perjuicio o detrimento de los otros. Es la obra mejor de la democracia. Ésta, al declarar a los hombres iguales ante la ley, parece que pretendiese desconocer las escalas y jerarquías naturales : no debe ser así, sino que debe buscar en aquella igualdad la realización de un postulado de equidad humana, evitando que los desniveles sean demasiado profundos.

De ahí que la democracia no sea tanto una verdad absoluta como una aspiración. Como también el cristianismo es una alta y pura aspiración

del alma humana, que no siempre logra hacerse práctica en la vida. El amor al prójimo es algo superior a los hombres, en su mayoría; pero debe tratar de inculcárseles aquel amor para disminuir en la tierra los efectos de la crueldad y la fuerza.

NIVELES SUPERIORES

« Pueblos desamparados » es un libro terrible. Su autor, el doctor Alfredo L. Palacios, no lo escribió con el mero auxilio de datos estadísticos, relatos de viajeros e informaciones de prensa : fué personalmente a La Rioja y Catamarca, se detuvo en sus ciudades, recorrió las aldeas, penetró en las cavernas donde se han refugiado millares de seres, y reveló la barbarie y la miseria de las gentes que arrastran su miserable vida sin esperanza de mejoramiento.

Palacios es estadista y filántropo. De su doble calidad de legislador y hombre generoso surgen las soluciones que preconiza en su libro. Sin duda, son eficaces, pero yo conozco una solución mas práctica y definitiva, aunque para resolverla se requiere tener coraje. Es la que no vacilan en aplicar muchos hombres y mujeres valientes que viven mal en sus tierras de origen. Consiste en « cortar las amarras ». Esas amarras, que atan a los seres humanos a la miseria de su suelo, no se cortan con tijeras : se rompen haciendo la maleta y tomando un boleto de pasaje para cualquier parte.

Nadie está obligado a vivir en el lugar donde nació, si ese lugar no ofrece los medios de vivir con salud y dignidad. Y no hay salud en tierras donde no hay agua, ni alimentos, ni viviendas habitables. Como no hay dignidad humana cuando el hombre tiene que vivir como una bestia de carga, sin remuneración y sin derechos cívicos, porque estos derechos son una farsa sangrienta cuando la miseria convierte al ciudadano en un esclavo.

Que nadie hable de fidelidad al solar nativo cuando en vez de tal solar se ha tenido la mala suerte de nacer bajo el rabo del mundo, en lugar maloliente y estéril, sin agua para lavarse ni para apagar la sed ; o en comarcas de tedio y de miseria, donde se arrastra una existencia sin estímulos, vegetativa y estúpida ; o en parroquias incultas donde el prejuicio es la ley, la superstición el alimento del espíritu, la politiquería el acicate bajo y único, y la mugre el espectáculo corriente. Los hombres que sienten dentro de sí una aspiración de vida mejor, un afán de cultura, una ambición superior y un noble anhelo de actuar en un medio civilizado, ¿ no tienen acaso el derecho a emigrar, construir su vivienda y constituir su hogar en una tierra fértil, donde el esfuerzo humano halle un premio legítimo y donde los hijos puedan crecer con salud y educarse con provecho ? El deseo de perfeccionarse,

de instruirse, de vestirse con decencia, de elevarse a los niveles superiores de la vida, de alcanzar algunas comodidades, ¿ no justifica el alejamiento de la aldea estancada, el semidesierto estéril, el ambiente ingrato y la existencia miserable ?

Negar ese derecho equivaldría a acusar a nuestros padres y abuelos. Todos los hombres y mujeres, absolutamente todos los hombres y mujeres de raza blanca que pueblan las tres Américas, son o descienden de inmigrantes. Esto quiere decir que nuestros antepasados dejaron su suelo natal y arraigaron en un suelo nuevo que les ofrecía mayores ventajas, o compensaciones, o estímulos, o promesas, o libertades, o derechos, que los que existían o no existían en su patria. No renegaron de ella, « pero cortaron las amarras » con la miseria, el atraso, la tiranía espiritual o el ambiente inferior ; saltaron audazmente sobre una proa que puso rumbo hacia las nuevas tierras promisoras ; y al llegar a ellas entraron a luchar en condiciones de sólida ventaja. Unos se malograron, otros vivieron y otros triunfaron. Es lo que pasa en todas las batallas.

Pero los que inmigraron eran hombres de raza blanca, y los que arrastran una existencia miserable en ciertas regiones interiores de América, no lo son. El mestizaje jamás fue un factor de selección, y los pobres seres de tinte cobrizo y frente estrecha, productos de ayuntamientos híbridos entre blancos, negras ó indias, carecen de la capacidad de los linajes llegados de Europa. Nadie se atreve a decirlo por no mentar la cuerda en la casa del ahorcado, pero tampoco nadie puede aducir pruebas en contrario.

* * *

Claro está que predomina en las gentes de los pueblos superiores un concepto de la vida distinto al de los pueblos de cultura precaria, los sudamericanos mediterráneos y los centroamericanos, por ejemplo. En los primeros, los hombres se esfuerzan en obtener una situación personal que les permita bastarse a si mismos, vivir con independencia, constituir su hogar, educar a sus hijos, cultivar relaciones sociales y llegar serenamente a la vejez. Para conseguir estos resultados estudian, trabajan, economizan, se casan, compran o construyen su residencia y en ella reciben a sus amigos. Tanto mejor si la prosperidad les sonríe y logran poseer una biblioteca u objetos de arte, y la esposa puede vestirse con elegancia y lucir joyas ; pero la gran mayoría de esas gentes radica su felicidad en la familia, la independencia, la educación y la consideración social. En lo que menos piensan es en servirse de aquellos medios para escalar posiciones políticas. No les conceden importancia.

Y bien, este concepto de la existencia, elevado y justo, no se comparte sino de modo muy relativo en las sociedades que he calificado de cultura

precaria. Desde luego, en todas ellas hay una categoría que actúa dentro de un género de vida europeo ; pero la masa de la población, incluyendo alguna clase que disfruta de posición social y económica, mantiene un tipo de vida todavía inferior. En la América hispana el hombre y la mujer son callejeros. Los primeros permanecen en su casa durante el exíguo espacio de tiempo que les deja libre el empleo, la profesión, el club, el restaurant, el café, el copetín, el teatro, el corrillo de las aceras o las puertas, los naipes y las carreras. Las segundas viven principalmente para las tiendas, las visitas, los institutos de belleza, el cinematógrafo, el té, el cocktail y el baile. Lo que atrae no es la vida de hogar : son las distracciones que se persiguen fuera de él. En los hombres predomina una voraz ambición por alcanzar la influencia de las posiciones públicas ; en las mujeres un anhelo febril por la notoriedad social ; y en todos un deseo de abarcar los placeres que pone a su alcance la vida moderna y fácil.

He comprobado que en Inglaterra, Francia, Suiza, Bélgica y Holanda, y sé que también que en Dinamarca, Suecia y Noruega, el culto del hogar se revela en la voluntad del hombre y la mujer de permanecer en él casi todo el tiempo que les dejan libres sus obligaciones exteriores. El salón o el living-room, la biblioteca, el comedor y el jardín, cuando se le tiene, reúnen a padres e hijos ; la convivencia es casi permanente, y la tertulia cuotidiana está considerada indispensable como satisfacción y alimento del espíritu. La conversación familiar, la lectura, la correspondencia escrita, los juegos y labores domésticos concentran el interés y la atención de viejos y jóvenes. « Home, sweet home. »

Para un hombre dotado de equilibrio moral y mental resulta maravilloso vivir para sí mismo y para los suyos, sentirse solamente el centro de su familia, cooperar de manera anónima al bienestar general, ayudar a los demás sin esperar reconocimiento e ignorar el espectáculo de las ambiciones y de los míseros conflictos ajenos.

Esta actitud es la que corresponde a los varones y mujeres virtuosos y capaces, que se adaptan a las posibilidades y a los deberes de la vida sin dejarse engañar por las apariencias del mundo, las vanidades de la publicidad y la atracción de los placeres falsos.

HABLADORES PÚBLICOS

La toxina oratoria, originada por la hipertrofia del yo, ha provocado la multiplicación de las conferencias públicas. Celébranse éstas en todas partes, todas las tardes y todas las noches ; no hay gremio, ni tema, ni problema, ni reunión sin conferencista. Cualquier pretexto es bueno para los charlistas o los charlatanes. La cuestión es ocupar una tribuna y disponer de un auditorio, gracias a la complicidad de los

periódicos anunciadores de la parlería. Pero hay que hacer un distingo entre la plaga de las conferencias y la de los discursos de sobremesa : que a las primeras asisten quienes consienten en aguantarlas, mientras que los otros se traman mediante el engaño, es decir, con el anzuelo del banquete y sin revelar lo que aguarda a los comensales apenas se han servido los postres : una copa de champaña falsificado y un flujo de oratoria barata.

Esta propagación de habladores en público ha sido paralela a la difusión de la prensa. El enorme desarrollo de la industria y la multiplicación de los anuncios comerciales que son su derivado, al aumentar las entradas y recursos de las empresas periodísticas, han permitido a éstas acrecer sus columnas de información local y extranjera y ampliar sus servicios, estimulando el interés del público lector ; las actividades deportivas, sociales y culturales son reflejadas en grado máximo y sin contralor ético, de modo que la crónica abunda en elogios y adjetivos al divulgar los actos de la víspera y los protagonistas de esos actos, trátese de boxeadores o de discursantes. La fotografía de un estafador apresado por la policía aparece junto a la de un conferencista. Cualquier suelto informativo convierte a un latero en un tribuno y a un tipo anónimo en una personalidad. Lo que ha sido para un verdadero artista, un hombre de ciencia o de letras, todo un proceso de largos años de labor silenciosa, lo consigue un improvisado o un arribista mediante la cooperación de la publicidad hábilmente dirigida. De ahí la proliferación de los oradores cuya vaciedad escalofriante no es óbice a su popularidad. La influencia de las letras de molde, de las fotografías en poses académicas y de los elogios complacientes, levanta el pedestal de los adocenados. Millares de reputaciones se han alcanzado por esos medios.

Algo semejante ocurre en el teatro, ya que son pocos los cagatintas que no han intentado convertirse en comediógrafos y dramaturgos. Los directores teatrales son víctimas de esa saturación de aspirantes convencidos de sus condiciones para triunfar en el arte escénico. He oído decir a Vicente Martínez Cuitiño que ese fenómeno debe atribuirse al criterio simplista de muchos espectadores que, al ver al público aplaudir una pieza, se dicen : « Si el autor, mi amigo Fulano, alcanza este éxito siendo un mediocre, ¿ como no he de obtenerlo yo, con mi ingenio y mi mejor conocimiento de los recursos teatrales ? »... Los directores artísticos se vuelven astutos para eludir audiencias y visitas sin más objeto que la lectura de originales. Me ocurrió una vez que al llegar a Buenos Aires después de una larga ausencia en París, fuí a estrechar la mano de mi amigo don Joaquín de Vedia, a la sazón director de un gran teatro porteño y bibliotecario del Senado argentino. Al presentarme en la antesala de su despacho del Congreso y rogar al ordenanza que me anunciara, observóme éste con aire cauteloso y díjome a media voz : « Don Joaquín no está, pero puede usted dejarme

la pieza »... El buen hombre no concebía que el talentoso y barbudo director de teatro recibiera otras visitas que las de los aspirantes a comediógrafos.

* * *

Volviendo a la manía de la oratoria voy a revelar un episodio vinculado a la VII Conferencia Internacional Americana que se celebró en Montevideo en diciembre de 1933. Era titular de Relaciones Exteriores un cirujano a quien el presidente de la República, amigo suyo, había sacado de su sala de hospital para designarlo ministro de guerra y luego canciller, como lo hizo mas tarde presidente de un Banco de Seguros, ministro plenipotenciario en Europa y por último senador; y si el cirujano no alcanzó otras jerarquías dispares y reñidas con su carencia de aptitudes para el desempeño, fué porque al cabo de siete años de mandato más o menos ilegal, el patrón-presidente tuvo que irse... Pero vamos al episodio.

Como el improvisado canciller debía presidir la Conferencia Internacional en razón de su cargo, planteósele el problema del discurso inaugural, y no sabiendo como desempeñarse ante aquella asamblea de juristas y hombres de Estado, no se le ocurrió nada mejor que telefonearme a Buenos Aires desde su despacho ministerial y pedirme que le fabricase la pieza oratoria. Le respondí que, recién llegado yo de Europa después de años de ausencia, muy poco sabía de esa conferencia, ni de su programa, ni de las cuestiones de América, por lo que no me sería posible satisfacer su deseo. « No importa — me dijo — usted debe tener algunas ideas al respecto; yo le enviaré antecedentes; hágame el discurso. » Debí acatar la orden. Días después, al leer los periódicos que contenían la crónica de la sesión inaugural, no pude dar crédito a mis ojos. El discurso leído por el canciller casi no era el mío, pues lo que yo había escrito al final aparecía al principio, y viceversa; frases desconocidas se mezclaban en mis períodos; y las ideas que yo había tratado de desarrollar estaban tergiversadas y contrahechas... ¿ Qué había pasado ? Lo supe un mes después, ¿ qué es lo que no llega a saberse ? Al mismo tiempo que me encargaba de redactar su histórico discurso, el cirujano confió análogos cometidos a un diputado, a un literato, a un amigo orador y a un político profesional; reunió luego los cinco discursos y ordenó a un funcionario de su ministerio « que entresacase lo mejor de cada pieza y confeccionase con esas selecciones un discurso magistral. » Lógicamente aquello resultó un bodrio. No sé lo que habrán pensado sus auditores al prodigarle, entre sonrisas diplomáticas, sus plácemes y apretones de mano; pero recuerdo que aquel buen señor fué un par de años mas tarde candidato de si mismo y de bastante gente a la presidencia de la República... Entiendo que volvió a sus vendajes.

AUDIENCIAS OFICIALES

Siempre me he sentido consternado ante el espectáculo de hombres sentados largas horas en las antesalas, esperando que los reciba un jerarca en su despacho. A esas esperas se les llama « amansadoras ». Yo las llamaría « envilecedoras », y temo que todo sujeto que aguarda tres o cuatro horas en una silla, sea un vencido. Declaro que no me siento capaz de sentarme a esperar ni en la antesala de un médico. ¿ Impaciencia nerviosa ? No, impaciencia de la dignidad. En otra época, cuando yo debía ser recibido por alguien, permanecía de pie y me retiraba cuando el plantón llevaba diez minutos. ¡ Y qué satisfacción sentía al irme ! Eso en el cumplimiento de obligaciones oficiales, que confieso quedaban incumplidas cuando no se me franqueaba la puerta a la hora convenida de antemano. Ahora, que estoy libre de obligaciones, no espero sentado ni de pie por la simple razón de que no pido audiencias.

En razón de mis funciones, he tenido que informarme de los procedimientos que se siguen al respecto entre altas personalidades, sus partidarios y sus opositores. Estos suelen hacer alarde de independencia, que se debilita ante una perspectiva alhagüeña, mientras los adeptos van decididos a hacer ejercicios de flexibilidad dorsal.

Los ministerios, por ejemplo, son locales cuyo personal se divide en dos categorías : la encargada de manipular expedientes y máquinas de escribir, y la comisionada para dificultar el acceso al despacho del ministro.

El titular de la cartera es — o debe ser — un señor correcto y bien educado ; un tanto desconfiado y escéptico, con algo de sutileza y mucha trastienda. El visitante debe llegar hasta él — cuando llega — persuadido de esta verdad elemental : que el principal propósito del hombre que está sentado en el sillón ministerial no es precisamente resolver los asuntos que se le presentan, sino conservar el sillón y la influencia que le acuerda ese asiento. No hay que olvidar todo lo que representa en la vida de un político tipo Borlenghi el hecho banal de posar allí sus asentaderas, máxime si ese hombre es un pobre diablo que, sacado del sitial, se convierte también en un postulante. ¡ A veces ha llegado hasta el cargo por la puerta, otras por la ventana y otras por el caño colector... pero ha llegado ! ¡ Llegar, arribar ! Dar puestos — o prometerlos — en vez de pedirlos para sí ; ver doblarse ante él las espinas dorsales en vez de doblar la suya, y oir que se le dirigen las expresiones de servilismo que él no está ahora obligado a expresar. Nada mas lógico que el señor ministro sienta crecer su personalidad y sea capaz de defender su posición con habilidad insuperable. Es con

conocimiento de esa fuerza psicológica que el visitante debe enfrentar el sillón donde se afirman los brazos y las posaderas del personaje.

Para ponerse a tono con esa fuerza paradojal, el impetrante, si aspira a algo — y nadie visita a un ministro si no aspira a nada — ha menester de conducirse también como un escéptico. Ha de desconfiar de la promesa que ciertamente va a recibir, y disponer, a su vez, de una trastienda cautelosa. Para postular con eficacia hay que empezar por ofrecer ; dar la impresión que lo que se pide es un trueque ; que si se recibe algo se dará un equivalente ; que si el ministro dispone de empleos el visitante dispone de votos... La entrevista, para ser fructuosa, debe convertirse en una cita de negocios, y el escritorio que separa a los interlocutores en un mostrador, a la espera de tender un mantel y colocar los cubiertos destinados a compartir el queso.

Ya lo dijo Horacio en una de sus sentencias : « El que oculta su pobreza ante el rey obtiene mas que el pedigüeño. »

Por mi parte, y ante aquellos métodos, declaro que si alguna vez hago política será formando parte de un grupo que no acceda nunca al poder.

VANIDADES PÓSTUMAS

Las sociedades actuales de origen latino han heredado del paganismo las ceremonias espectaculares y ruidosas alrededor de los cadáveres. Son conocidos los funerales que los judíos, egipcios, atenienses y romanos tributaban a sus muertos, bajo el auspicio de sus respectivas clases sacerdotales, y es sabido que en las épocas históricas las exequias adquirían proporciones extravagantes a medida que era mas elevada la jerarquía o la fortuna del difunto. Como puede verse, las cosas no han variado mucho desde entonces. Lo que hay en el fondo es que la majestad de la muerte ha impresionado siempre el alma humana, que vincula el dolor por la desaparición de un ser amado con el enigma formidable de la eternidad, superior a los tiempos y los dogmas.

La religiosidad latina ha agravado los viejos rituales paganos, en el sentido de que las ceremonias comienzan antes de que el paciente pierda el conocimiento, imponiéndole la administración de sacramentos en plena lucidez como condición indispensable para la salvación de su alma. En muchos casos el anuncio fatal del inminente fin constituye una crueldad. La confesión y la comunión inevitables se continúan con las aplicaciones del santo óleo ; prosiguen después de la expiración con los responsos, la misa de cuerpo presente y los rezos, que no cesan al caer la lápida sepulcral, pues deben preverse las misas por el descanso del alma. Ninguna de estas ceremonias es gratuita, circunstancia admisible porque es justo que los profesionales de la religión vivan de su trabajo.

Pero no es únicamente la iglesia quien se apodera de los cadáveres notables : el Estado extiende también su mano hacia ellos, y las altas autoridades comparten su posesión con el clero en el ininteligente anhelo de que el homenaje a la memoria de los grandes hombres sea rendido precisamente junto a sus restos inanimados... ¡ Triste conjunción de lo espiritual y lo corrupto, que intenta materializar el idealismo evangélico confundiendo actos de notorio antagonismo !

* * *

En el ejercicio de mis funciones he presenciado muchos homenajes a hombres que morían en el desempeño de altos cargos oficiales ; pero ninguno adquirió los caracteres de los que se tributaron al doctor José de Paula Rodrigues Alves, embajador de Brasil en Argentina, que terminó sus días en Buenos Aires el 6 de mayo de 1944.

Los restos del diplomático se velaron durante cuarenta y ocho horas en la sede de la embajada ; fueron luego conducidos a una gran iglesia, donde se celebró un funeral de pompa ; el gobierno dictatorial argentino, que no estaba reconocido por el Brasil, empezó a estarlo alrededor del féretro ; movilizáronse el ejército, la marina y la aviación ; las tropas se alinearon a lo largo de las avenidas por las que circularon lujosas carrozas cargadas de flores ; los aviones surcaron el cielo y un crucero condujo los despojos hasta el país natal del personaje.

El interés político inspiró los actos del rendimiento diplomático, y el gobierno de hecho utilizó los despojos del embajador en el afán de evitar la agravación de su desmedro internacional.

Recibido en Río de Janeiro con fervor tropical, condújose el ataúd a la iglesia metropolitana, donde se oficiaron misas con asistencia de las autoridades, clero, cuerpo diplómatico de uniforme y gran concurso social ; como en Buenos Aires, se movilizaron también las fuerzas armadas, y se trasladó el cuerpo a la capilla del cementerio de San Juan Bautista. Creyóse que iba a dársele al fin una sepultura harto reclamada por el clima y los largos días de zarandeos, ceremonias y necrologías ; pero la ciudad natal del ilustre muerto reclamó su posesión, y al accederse a ello los restos prosiguieron el macabro viaje. Arribados al punto, nuevos actos recordatorios esperaban al cadáver, que fué finalmente enterrado en estado de avanzada descomposición después de dos semanas de traslaciones por mar y tierra, numerosos discursos y centenares de artículos llenos de hiperbólicos elogios en los que aparecía como uno de los más ilustres estadistas de América. Así terminaron las exequias del embajador Rodrigues Alves, cuya obra no ha trascendido, pero de quien puede decirse con verdad que dejó el recuerdo de su sonrisa amable, su perfecta cordialidad y su generosa mesa.

El epílogo doloroso de todos esos convencionalismos — que por respeto al muerto no califico de mascarada — fue la tortura moral a que se sometió a la esposa, asaltada en Buenos Aires, Montevideo y San Paulo por la condolencia internacional ; abrazada por millares de damas, que se creían obligadas a demostrar solidaridad en el dolor con frases y lágrimas inagotables. Acompañada en su viaje a través de tres países por delegaciones plañideras designadas por los gobiernos, sucumbió a su vez cuando la lápida cayó al fin sobre la tumba de su marido. La estulticia oficial y social no comprendió que lo que necesitaba aquel corazón era silencio, discreción y silencio, tacto y silencio.

* * *

En previsión de mi muerte dispongo que no se dé noticia de ella hasta después de efectuado el entierro, que se hará en forma privada y con la sola asistencia de mis familiares y muy contados amigos prevenidos a última hora. Declino los auxilios de la iglesia oficial y la bendición delegada, que no me hacen falta, pues siempre oré directamente a Dios Todopoderoso, que me ha escuchado en el transcurso de mi vida terrenal y que confío perfeccionará mi alma en la eternidad.

No deseo tampoco homenajes póstumos, ni participaciones oficiales, ni artículos necrológicos que se adjudican a cuantos egoístas mueren a diario, a condición de que tengan posición social o familia influyente. Aspiro a un ambiente silencioso alrededor de mi desaparición física, y que mi memoria sea evocada en la santidad del hogar que he formado, prolongación del patriarcal en que nací y fuí educado. Eso es todo.

CAPÍTULO PRIMERO

LA MAÑANA DE MI VIDA

La sociedad embrionaria y el despotismo santista. — El Quebracho ; sus proyecciones históricas. — Dos precursores de la evolución uruguaya ; el diario « La República » y la obra de Francisco Lieber. — Caracteres del Montevideo tradicional. — Nuestro viejo hogar ; la mesa familiar ; las abuelas inolvidables. — Viajes en diligencia. — La escuela de Aurelia Viera. — Evolución de la cultura en Uruguay ; los grupos ideológicos y la reforma religiosa ; el doctor Juan F. Thomson ; el doctor Justo Cubiló. — Mi iniciación literaria ; fundación de « El Atalaya ».

I

Hacia los años de 1882 Uruguay era un país atrasado y pobre cuyo medio millón de habitantes, conglomerado de blancos, negros, indios, mulatos, cuarterones y zambos, prolongaba su bodrio étnico en la anarquía social y política. La democracia inorgánica se debatía en la revolución crónica, y habían sido intentos vanos los ensayos de gobierno libre y de ejercicio regular de las instituciones que una minoría selecta e ineficaz se esforzaba en establecer. Por aquella época los coroneles motineros habían sucedido a los caudillos de vincha sobre las cejas, y Máximo Santos, compadrón de kepi ladeado, se adueñó del poder público y durante casi cinco años traspasó las rentas fiscales a sus bolsillos insaciables.

Nací bajo esa tiranía y vestí de luto mi primer trajecito de varón al tenderse un velo de tristeza sobre mi hogar por el sacrificio de mi antecesor materno Teófilo Daniel Gil, caído en la batalla por la libertad y la dignidad de la patria [1]. Por eso los recuerdos de mi infancia tienen el tinte sombrío del despotismo santista y la tragedia del Quebracho ;

---

[1] Apéndice, letra A.

pero reconozco hoy que este episodio histórico fue también un gran jalón político, porque a pesar de la derrota militar su proyección moral puso término a las tiranías nacidas del motín de 1875, y fué el punto inicial de una evolución que debía culminar lustros después en la substanciación de los ideales revolucionarios.

Jalón terminal de un ciclo de oprobio cuartelero, el sacrificio del Quebracho concluyó meses después con el régimen que colocaba el sable sobre la Constitución; y como una protesta del ejército contra el odioso papel que la historia le asignaba al convertirlo en el eje del sistema, fué de sus cuadros que surgió el vengador de la clase militar: el teniente Ortiz se transformó en el pequeño Bruto de la República y disparó contra el sátrapa. No logró matarle, y cayó él mismo víctima voluntaria de su intento, pero fué desde entonces que Santos se vió abandonado de sus propios secuaces. La sanción de una ley de imprenta que coartaba la libre emisión del pensamiento fue el pretexto que sirvió a los ministros para entregar al mandatario su renuncia. En realidad, era el repudio de la opinión que forzaba a los colaboradores del tirano a abandonar el triste papel que habían desempeñado hasta entonces[1].

Debo nombrarlos, porque al escribir estas páginas estoy haciendo historia: eran el general Luis Eduardo Pérez y los doctores Lindoro Forteza, Manuel Herrera y Obes y José Ladislao Terra. El general Máximo Tajes, vencedor militar del Quebracho, permaneció fiel al amo y quedó en el ministerio. Eso no le impidió desterrarle varios meses después cuando su adhesión se vió recompensada con el mando supremo.

Forzado a inclinarse ante sus prisioneros de la víspera, Santos llamó a uno de éstos y le ofreció abandonar su sistema de gobierno personal a cambio de su colaboración. El doctor José Pedro Ramírez fue el ciudadano que la revolución vencida delegó al poder.

Se ha llamado *la conciliación* a aquel episodio político. Afirmo que esa denominación es falsa. La historia no puede aceptarla porque ella tiende a presentar la capitulación del santismo como un abrazo entre la tiranía y la oposición, siete meses después del Quebracho. Lo que aconteció fue la revancha de los vencidos el 31 de marzo de 1886.

La victoria moral del Quebracho no se limitó al alcance inmediato que queda señalado. Sus proyecciones fuéronse acentuando a medida que el tiempo transcurría, y cuatro años después de la jornada ascendió al gobierno un ciudadano que, aunque no había participado en el movimiento armado, era un representante legítimo de las generaciones que desde 1875 venían combatiendo al régimen surgido del motín. Julio Herrera y Obes era un desterrado de la *Puig* y uno de los abanderados de la oposición.

Pero la evolución se hizo a tropezones, y al gobierno ilustrado del doctor Herrera y Obes sucedieron el desgobierno de don Juan Idiarte

[1] Apéndice, letra B.

Borda, la guerra civil y los negociados con fines de enriquecimiento personal. Me tocó ser testigo presencial del epílogo de aquella situación vergonzosa. El 25 de agosto de 1897, en plena festividad oficial y al terminar el Tedeum, frente a las fuerzas militares que ocupaban la calle Sarandí, ví levantarse un brazo armado a tres metros del punto en que yo me encontraba presenciando el desfile de la comitiva presidencial ; un estampido seco resonó de inmediato, y simultáneamente desplomóse sobre el pavimento el señor Idiarte Borda, herido de muerte. En medio del remolino y el pánico que se produjeron, me alcé sobre el umbral de una casa inmediata, alcanzando a ver al arzobispo Soler arrodillarse un minuto junto al presidente y luego el cuerpo de éste levantado por brazos vigorosos y llevado al Cabildo. Sus piernas se agitaron en el aire, y breves minutos después terminaban su vida, su poder efímero y su régimen político.

De niño y de mozo, de cerca o de lejos, asistí al proceso de nuestra trabajosa evolución, y cuando los factores favorables impusieron el progreso del país y decretaron la anulación de la clase que usurpaba el poder público, pasó éste a manos de los civilistas del Quebracho. Al escribir hoy estas páginas y verificar las etapas cumplidas, tengo la impresión de que, entre la sociedad actual y la que conocí al empezar a vivir, media un lapso de siglos.

II

Diez años antes, caído el santismo y producida la inesperada reacción de Tajes, dos hombres de mi familia reanudaron la tarea emprendida por otros ciudadanos en épocas anteriores, de difundir principios de educación política y levantar el espíritu público abatido por largos años de tiranía militarista. Mi tío el doctor Juan Gil fundó el diario *La República* y abrió campaña propiciando una intervención integral de su partido en las elecciones. Hasta entonces la oposición había disputado el poder en los campos de batalla, desdeñando o ignorando las normas constitucionales para la obtención del gobierno. Vacilaba entre la abstención electoral y la guerra civil. El doctor Gil sostuvo en su órgano periodístico la necesidad de que el pueblo uruguayo se decidiese a votar, desafiando el fraude y la coacción y disputando al oficialismo el triunfo en las urnas. Su pluma y su verbo se hicieron sentir en todas las esferas del país ; Santos murió en el destierro y la prédica de *La República* insistió en el hecho de que los malos gobiernos no podían disponer sino de minorías incapaces de darles la victoria, a pesar de los fraudes y las intervenciones policiales, si la masa popular se decidía a intervenir enérgicamente en las elecciones legislativas. Como se

recuerda, la Constitución de 1830 cometía a los senadores y diputados la elección de presidente de la República, por simple mayoría de votos.

La segunda iniciativa perteneció a mi padre, que se orientó por otro derrotero con el propósito de conseguir el mismo resultado. Estaba él convencido de que el remedio de los males que afligían a la nación consistía en dar a ésta una amplia educación a base de moral política, tarea larga y difícil pero no imposible ; y persiguiendo esta finalidad emprendió y llevó felizmente a cabo el trabajo de verter al idioma español una notable obra que esperaba tuviese influencia como factor importante en la formación del espíritu público. Eligió el libro del pensador Francisco Lieber *La moral aplicada a la política* que, escrito originariamente en alemán, había sido traducido al idioma inglés. El doctor Enrique Azarola trabajó dos años en aquel postulado, a pesar de sus considerables tareas como secretario general de la Universidad y de su bufete de jurisconsulto ; obtuvo un éxito moral y cívico, pues la obra y su doctrina quedaron difundidas ; pero la falta de resultados prácticos en la masa y sus dirigentes reveló la carencia de otros factores capaces de contribuir con eficacia a la evolución de la sociedad uruguaya. No había llegado todavía la hora de las transformaciones fecundas que solamente podían lograrse vinculando la influencia educadora al acrecentamiento de la población y el desarrollo de la riqueza. Los hombres que lucharon en el campo de las ideas en la época a que me refiero, sólo se definieron como los precursores de un futuro que ellos no alcanzaron a ver.

III

Hasta los comienzos de este siglo Montevideo conservó su fisonomía colonial. Era un gran vecindario aldeano, de vida sedentaria, barrios silenciosos y gustos modestos. Un profundo sello familiar caracterizaba las células sociales ; se tenía muchos hijos, se vivía sin prisa y sólo las algaradas políticas ponían sus notas de conflicto, a menudo sangrientas, en el proceso de formación, lento y sin estímulos.

Los bares no existían ; los almacenes y farmacias eran los clubs baratos del anochecer, frecuentados por parroquianos desocupados ; pero el patio de cada casa seguía siendo el centro de las tertulias, aunque en las noches calurosas se sacaban sillas a la acera. Los cuartos de baño, cuando los había, eran exiguos ; y una hora después de la cena las nueve décimas partes de la población roncaba con la despreocupación del día siguiente.

No había comercio de lujo, ni millonarios que lo parecieran o lo confesaran, pero sí una treintena de familias que se daban tono ; poseían carruaje, casa propia con balcón, sala y comedor hospitalarios, y niñas

bien educadas que tocaban el piano. El « dragón » aparecía en la esquina a la hora del crepúsculo.

Nada mas luminoso y sosegado que aquellos atardeceres montevideanos, perdidos ahora y para siempre entre las moles de los rascacielos y el fragor de las calles modernas. Los cafés de 1900, el Polo Bamba, el Suizo y el Tupí Nambá, eran « peñas » literarias y círculos de bohemios generosos que tenían mas arte en el alma que en sus obras... Esa ciudad, tal como la conocí en mi niñez y adolescencia, prolongó sus caracteres heredados hasta 1906. Anteriormente habían sido los suyos cambios parciales, de crecimiento en extensión y población, pero desde el año citado fue la mentalidad de la urbe la que presentó modalidades distintas : y esa transformación tuvo como factor fundamental la implantación del tranvía eléctrico, seguida de los demás medios de transporte motorizados.

La tracción a sangre era el pasado y la lentitud, pero era también el símbolo de nuestra vida patriarcal y plácida. En el campo, el caballo hizo posible la vida ; en la ciudad fue la prolongación de las costumbres coloniales. El tranvía eléctrico y el automóvil importaron el falso dinamismo de la urgencia, la inquietud y la existencia a toda velocidad. Desde entonces Montevideo cambió, y desvió sus ojos de las maravillosas puestas de sol para fijarlos en el reloj-pulsera, símbolo de la época febril y la fugacidad del minuto que pasa.

IV

Mi padre había comprado en $ 4000 fuertes, el año 1885, la casa de la calle Colonia núm. 549, que amplió mas tarde convirtiendo el jardín del fondo en habitaciones. Éstas llegaban a once y daban sobre tres patios interiores. Si el frente de la finca era bastante angosto, pues sólo contaba con la puerta de calle y dos balcones de hierro, su fondo tenía mas de cincuenta varas. Entre el segundo y el tercer patio se hallaba nuestro comedor, amplia habitación amoblada con un bello juego de roble cuyos trinchantes ostentaban altos espejos. Alrededor de la mesa llegamos a sentarnos doce hijos, a medida que mis hermanos fueron llegando, y creo que se presentaba uno por año, aunque en 1887 vinieron dos varones juntos y en 1892 dos hermanas gemelas... Mi padre ocupaba la cabecera y mi madre su derecha. Ella nos servía a todos, abrumadora tarea que desempeñaba con aquel amor y abnegación que fueron las calidades sobresalientes de su persona. El menú no variaba mucho, pues casi siempre el puchero constituía el plato de resistencia del almuerzo y el asado el de la comida ; nunca faltaba la buena sopa, aunque casi nunca había postre ; pero lo que sobraba era la alegría infantil y el buen humor de nuestros padres. Con frecuencia

la cabecera de la mesa se convertía en una cátedra, y oíamos en silencio los consejos, anécdotas e historias que papá se complacía en relatarnos.

Al referirme a mis afectos familiares no puedo dejar de evocar el recuerdo de dos ancianas que mimaron mi niñez y adolescencia : mamá Gil, la abuela materna, y mamá Carolina, la paterna. Durante aquellos felices años almorcé todos los domingos en la casa de la primera de ellas y los jueves en la de la segunda. Mamá Gil era de carácter reservado y austero, aunque poseía tesoros de ternura en su corazón ; había sufrido la amarga sorpresa de perder a su hijo predilecto en el campo de batalla, y a su esposo como consecuencia de aquel golpe ; pertenecía a la generación de mujeres estoicas nacidas al declararse la independencia del país y a quienes tocó atravesar el período trágico de las guerras civiles, en las cuales todos sus hijos tomaron las armas, soportando ella en silencio sus zozobras de madre ; y la carta suya que reproduzco en el Apéndice revela su carácter espartano y su amor al terruño nativo[1]. De temperamento distinto era mi abuela paterna. Mamá Carolina pertenecía también a una familia de arraigo colonial cuya trayectoria histórica a través de doscientos años he narrado en uno de mis libros. A su inteligencia alerta, memoria prodigiosa y actividad incansable, uníase un carácter fuerte ; sus remedios caseros era de indudable eficacia, como las empanadas y pasteles que nos preparaba eran exquisitos. Me quiso mucho, como a todos sus nietos, y su recuerdo me conmueve junto con el de su hermana, mi vieja y cariñosa tía Cora Maciel, a quien debo los mates mas sabrosos que he gustado en mi vida. Mamá Carolina murió en 1918, en nuestra casa, a los noventa y cuatro años.

El abuelo materno, don Luis Gil, había fundado su hogar en Colonia al mediar el siglo anterior, y en aquella ciudad y su departamento ejerció cargos y autoridad patriarcal ; fue alcalde, jefe de milicias, juez y diputado nacional ; pobló en 1859 su estancia de Conchillas, y algunos años después se trasladó a Montevideo con el propósito de dar a sus hijos educación universitaria, lo que cumplió con todos ; y a este efecto construyó su hermosa casa en la calle Daymán núm. 238 hoy Julio Herrera y Obes, donde tantas veces jugué siendo niño. Allí vivía la familia ocho meses del año pasando los estíos en la estancia, adonde me enviaban también durante las vacaciones veraniegas. Era la época de los viajes en diligencia, con caminos de tierra, zanjones y cambio de caballos en las postas, donde « las chinas » ofrecían un mate a los pasajeros bajo el alero de los ranchos. El traslado de Conchillas a la capital, que se hace actualmente en seis horas, exigía entonces dos días... En los viajes al este, al comenzar la centuria actual, el ferrocarril alcanzaba sólo hasta La Sierra ; desde allí se continuaba en diligencia a San Carlos, donde «se hacía noche» para continuar la marcha

[1] Apéndice, letra C.

en horas de la madrugada y llegar a Rocha al caer la tarde. En cierta ocasión, el año 1903, hallando desbordado el arroyo Garzón tuvimos que dormir en una pulpería, y al día siguiente acompañé al mayoral echado de bruces sobre el techo de la diligencia para cruzar el curso de agua ; «el cuarteador» guiaba a los seis caballos del vetusto vehículo, y las siete cabezas emergían a penas de la fuerte corriente ; el cruce fue lento y silencioso ; pero logramos echar pie en la ribera opuesta, sanos y salvos aunque empapados y temblando de frío.

En cuanto a nuestra vieja estancia de Conchillas, debo decir que subsiste aún con su aspecto típico de caserón colonial, con sus galpones y corrales. Lo que ha pasado para no volver son sus dueños y moradores de otros tiempos ; las peonadas criollas que trabajaban «de sol a sol», paraban « rodeo », domaban potros a la antigua usanza y bailaban el pericón en las esquilas. Me despertaba con el alba para ver llegar al trote largo la tropilla con su « yegua madrina » a la cabeza, y me emocionaba la paz de los crepúsculos al volver « a las casas » con mis perros después del baño en el arroyo de aguas trasparentes y frescas. Creo que como éstas era también mi alma de adolescente.

En nuestra familia, numerosa en todas sus ramas, había otra mujer cuyo recuerdo conmueve mi vejez. Era Reina Gil, hermana menor de mi madre, con quien tenía semejanzas físicas y analogías morales : su temple, su modestia, su gran corazón, su consagración al hogar que había formado con don Juan Prudencio Sierra, le hicieron sobrellevar con cristiano estoicismo las pruebas de la vida. De su album juvenil tomo los tres pensamientos que plumas fraternales estamparon hace setenta años[1].

Los mellizos Rodolfo y Samuel que me seguían a un lustro de edad, fueron los hermanos con quienes conviví siempre, de cerca o de lejos, pues una correspondencia ininterrumpida mantuvo en mis ausencias nuestra vinculación afectiva. Durante toda su vida fueron mis mejores y mas íntimos amigos[2]. Ellos y yo concurrimos en la infancia a la escuela situada en el ángulo de las calles Gaboto y Rivera chico (hoy Guayabo), que dirigía la señorita Aurelia Viera. Si el edificio llamaba la atención por su amplitud y comodidades, debo destacar con justicia las altas calidades de la directora y del conjunto de maestras que la secundaba, del cual formaban parte sus dos hermanas, doña María Viera de Abella y la señorita Emelina Viera, mas tarde esposa de un distinguido militar. Sin duda, era la primera escuela de la República, y los méritos de la educacionista que estaba a su frente son demasiado conocidos para que sea necesario insistir sobre ellos ; pero deseo dejar constancia de mi admiración por aquella mujer excepcional a quien tocó iniciar la reforma vareliana, y que en la última década del siglo

---

[1] Apéndice, letra D.

[2] Apéndice, letras E y F.

precedente compartió con Adela Castells, Enriqueta Compte y Riqué, Francisca Vacca y María Manrupe, el apostolado de instruir a varias generaciones montevideanas de las que surgieron hombres que fueron factores eficaces de cultura.

V

De la evolución de esa cultura debo dar algunas noticias sintéticas, aunque limitándolas a sus fases filosófica y religiosa en razón de la participación que tuvimos, yo y el grupo de que formaba parte, en el movimiento de esas ideas al comenzar el siglo.

Los debates sobre aquellos temas se iniciaron en la República durante la dictadura de Latorre, y tuvieron lugar en el Club Universitario que se convirtió años mas tarde en el Ateneo del Uruguay. El régimen político no concedía a la oposición el derecho de manifestarse, y la juventud intelectual concentró entonces su actividad en el estudio de los problemas espirituales, debiendo reconocerse que el gobierno militar influyó, sin quererlo, en esa felíz orientación. Contribuyó a ella la actuación en Montevideo de un misionero evangelista, el doctor Juan F. Thomson, que ya en 1869 había fundado la primera obra de propaganda en disidencia con la religión practicada en el país. Durante la Guerra Grande, la colonia británica fué autorizada a levantar un templo protestante, pero en el convenio celebrado al efecto se estableció que los disidentes se limitarían al ejercicio de su culto manteniéndose ajenos a toda prédica contraria a la religión oficial. Aquel templo se erigió al pie de la calle Treinta y Tres, en el punto donde la flota inglesa de asedio había abierto brecha en las murallas de Montevideo, cuarenta años antes ; la histórica construcción fue demolida y nuevamente levantada en las proximidades, al realizarse las obras de la rambla, pero ya no pudo constituir el primer testimonio de cal y canto que el protestantismo afirmó en Uruguay como un símbolo rotundo del respeto a la libertad de conciencia.

Fue el doctor Thomson que se encargó de difundir los preceptos evangélicos que la reforma había proclamado hacía tres siglos en Europa, y que habían hallado su aplicación mas práctica y fecunda en las colonias inglesas de América, influyendo profundamente en la formación y desarrollo del carácter nacional. Pero el propagandista que arribaba a Uruguay sin mas armas que su Biblia y su talento, no iba a consagrarse a la difusión de aquellas verdades evangélicas sin rozar los sentimientos o las ideas arraigadas por la tradición en el alma del pueblo : traía propósitos de polémica y de lucha franca contra la religión dominante, movido por un ardoroso apostolado ; fundó su iglesia, la metodista, pero se incorporó también a los debates que tenían por

centro la tribuna del Club Universitario, originando choques de conceptos que dieron carácter a la época en que tuvieron lugar y contribuyeron eficazmente al surgimiento de una etapa cultural que el país tanto necesitaba. La filosofía ya no fue solamente un tema de libro o de aula cerrada, ni la religión una cosa mística intocable e indiscutible : la polémica se apoderó de ambas y la clase culta se interesó por el desenvolvimiento de las nuevas ideas.

La doctrina racionalista estuvo representada por los doctores Manuel B. Otero, José Sienra y Carranza, Juan Gil y Anacleto Dufort y Alvarez, entre otros universitarios jóvenes ; el catolicismo por el doctor Mariano Soler, que fue mas tarde el primer arzobispo de Montevideo; la reforma protestante por el citado doctor Thomson, y la escuela espiritualista fue principalmente sostenida por Joaquín de Salterain y Enrique Azarola, que todavía no se habían doctorado. El órgano del Club Universitario, que llevaba el mismo título de esa institución, contiene producciones de las primeras inteligencias de la época, así como *El Espíritu Nuevo*, periódico que dejó su huella en la evolución del pensamiento ríoplatense.

Las agitaciones políticas pusieron un largo paréntesis a las cuestiones religiosas, que se reiniciaron al finalizar el siglo pasado con la fundación de entidades liberales y el retorno del doctor Thomson a Montevideo después de cumplir deberes pastorales en Buenos Aires durante veinticinco años. La iglesia evangélica de la calle Treinta y Tres (no el templo inglés fundado durante la Guerra Grande), fué el centro de una nueva y cálida propaganda que llevó a efecto un núcleo seguidor de la doctrina que difundía el predicador wesleyano. Con otros muchachos me incorporé a ese movimiento. Nuestra ideología juvenil consistía en intentar en América latina la reforma religiosa que había transformado la vida y la moral de los pueblos sajones y anglosajones en los siglos XVI y XVII, sin que nos detuviera la enormidad de ese apostolado basándonos en aquel antecedente histórico fundamental y en el mas lejano y universal de la implantación del cristianismo. Como puede verse, nos animaba una bella ilusión y una firme fe. Creíamos que la religión constituye el factor básico del carácter de los pueblos, y que había ventajas decisivas en substituir el dogmatismo y las jerarquías eclesiásticas de las creencias imperantes por las verdades puras y profundas del Evangelio, cuya aceptación fué el punto de partida de una nueva vida en Inglaterra, Holanda, Suecia, Noruega, Dinamarca, Suiza y algunos principados de Alemania, que se convirtieron en modelos de democracia, orden y cultura. Juzgábamos que el libre examen y la libertad de conciencia eran la fuente de todas las demás ; y comparábamos la situación de caos, conspiración crónica, ignorancia y éxitos de la fuerza imperantes en los países de origen hispánico e inquisitorial, con el ejemplo de las naciones que habían abrazado la Reforma. Verificábamos que los Estados Unidos de América no habían conocido una

sola dictadura ni un motín militar ; atribuíamos su principismo político a la potencia espiritual que llevaron y difundieron « los padres peregrinos », fundadores de una nueva patria sobre la base del ideal puritano y del culto de la libertad ; y pretendíamos que una evolución religiosa en América latina contendría los gérmenes fecundos de un nivel de vida mas elevado, de respeto al derecho y de una firme moral democrática.

El doctor Thomson era el vocero e inspirador de este programa ideológico, pero el « jefe civil » de nuestra campaña fué un hombre poseedor de una bellísima espiritualidad combativa, el doctor Justo Cubiló, que andando el tiempo desempeñó la secretaría de la Corte Suprema de Justicia, cargo de responsabilidad que supo ejercer con austeros relieves. La pequeña estatura de Cubiló se agigantaba en la tribuna, y su voz poderosa realzaba su elocuencia ; durante treinta años fué un maestro en el comentario y la interpretación de los evangelios ; y para nosotros fué un hermano mayor y un guía sin rigideces pero también sin claudicaciones.

Aquel movimiento con sus debates de ideas fué paralelo a la campaña liberal que desarrollaron en el país algunos elementos ilustrados, bajo la conducción de los doctores Elías Regules, mas tarde rector de la Universidad ; Ramón y Pedro Díaz ; y señores Setembrino Pereda, diputado nacional, César Devincenzi, Enrique Crosa y otros. Se crearon entidades de propaganda que con publicaciones, conferencias y asambleas prepararon la separación de la Iglesia y el Estado y el advenimiento de otras conquistas liberales y sociales.

Con la cooperación de algunos amigos de mi edad fundé *El Atalaya*, que vió la luz el 4 de agosto de 1901 y que dirigí durante casi dos años. No es mi propósito escribir la crónica de aquella etapa victoriosa de mi juventud, recordada al cumplirse cuarenta años de mi iniciación en las letras ; y como lo digo en otro lugar, en agosto de 1941 decliné las demostraciones que se proyectaron en las dos capitales del Plata. Solo a título informativo reproduzco en el Apéndice de estos recuerdos la página con que una gran editorial argentina hizo preceder la publicación de trescientos juicios sobre mi obra de escritor [1].

---

[1] Apéndice, letra G.

CAPÍTULO SEGUNDO

PRIMERA VISIÓN DE EUROPA

Ingreso en la carrera diplomática. — Partida de la ciudad natal; la travesía oceánica ; las escalas. — En Hamburgo ; don Arturo Brown y su familia. — Berlín ; mi primer guía ; silueta de Guillermo Forteza. — Llegada a París ; el barrio latino. — La legación de Uruguay ; don Alejandro Herosa ; su personalidad y su casa. — Los visitantes ; Garzón y Mansilla. — Viajes a Inglaterra y Alemania ; las tertulias de Bad Nauheim. — Un gran libro de Teodoro Roosevelt ; definición de una conducta política ; la paz y la guerra. — El anhelo profético de Juan Gil.

Con la mayoría de edad llegó la hora de ganarme seriamente la vida y dar a mi actividad una orientación definitiva. Después de un examen de posibilidades me decidí a ingresar en el servicio diplomático, que me permitiría también realizar mi aspiración de ver el mundo y conocer hombres, razas y costumbres heterogéneas. A los veintiún años terminaban, pues, las dulzuras del hogar paterno, la convivencia con el suelo nativo y los debates en pro de un idealismo ético-religioso. Iba a enfrentarme con la vida e incorporar sus realidades a mi conciencia de hombre.

I

El 11 de marzo de 1904 me embarqué en el vapor « Asunción » que zarpó de Montevideo con destino a Hamburgo llevando a su bordo veintiocho pasajeros. Eran las 5 de la tarde cuando el buque dobló la punta de Carretas, y mi emoción fue honda al alejarme de la ciudad natal donde quedaban todos mis afectos. Llevaba en la maleta mi nombramiento de oficial de la legación en Francia[1] y acompañaba a

[1] Este título, usado en la antigua nomenclatura diplomática de países hispano-americanos, equivalía al de *attaché* en la clasificación francesa. Desde 1912 la cancillería uruguaya autorizó la presentación de los oficiales de legación como segundos secretarios.

mis tíos maternos Juan y Jesús Gil, el primero de los cuales iba a Alemania para someterse a un tratamiento médico.

El « Asunción », de la Compañía Hamburgo-Sudamericana, era un barco mixto de 2000 toneladas, de marcha lenta pero limpio y agradable, con camarotes confortables, comedor bien situado, cocina abundante y excelente personal de servicio. Los pasajeros eran comerciantes alemanes en su mayoría, y ese primer contacto mío con un ambiente europeo fue un anticipo de la nueva vida que iba a iniciar. No sentí tedio durante la dilatada travesía, y cuando el 30 de marzo a las 6 de la mañana el barco enfiló la rada de Santa Cruz de Tenerife, la primera escala, mis ojos se asombraron ante el espectáculo imponente de las altas montañas de la isla canaria. ¡ Cuanta luz en aquellos panoramas y cuanta novedad para mí, al descender a tierra, en la bella, sencilla y hospitalaria ciudad ! A mediodía reanudamos la marcha que continuó hasta Rotterdam, donde el « Asunción » permaneció cuatro días descargando el trigo que llevaba del Río de la Plata. Nuevas e inolvidables impresiones quedaron en mi espíritu al contemplar los aspectos de la urbe holandesa, llena de canales, « la Venecia norteña », y luego La Haya, ordenada y aristocrática, que visitamos sin detenernos.

La distancia entre Rotterdam y Hamburgo fué franqueada en veinte horas, y al caer la tarde asoleada del 10 de abril nuestro buque penetró en el Elba, la ría de la antigua y populosa ciudad libre, y atracó a sus dársenas. Allí nos recibió el cónsul general de nuestro país, don Arturo R. Brown, caballero cortés y servicial que nos instaló en el hotel de l'Europe y nos ofreció al día siguiente un almuerzo en su residencia. Estaba casado con una distinguida dama, doña Ecilda Castellanos, y tenía dos hijos a quienes designaré por sus apodos familiares, Tutur y la Ratita. Casó ésta al llegar a edad con un caballero brasileño, Assumpçao, perteneciente a una acaudalada familia de San Pablo.

El señor Brown nos acompañó a Berlín donde nos presentó al ministro uruguayo doctor Luis Garabelli, y al especialista que debía asistir a mi tío el doctor Juan Gil. Era aquél el profesor von Jacob, que instaló al enfermo en su sanatorio donde permaneció dos meses hasta su traslado a las aguas termales de Bad Nauheim.

Me alojé en una pensión berlinesa cuyo propietario y su bella hija hablaban francés. Desde el primer día me sentí un extraño en la capital de los Hohenzollern que me alucinó con su fausto, sus palacios, sus mármoles y sus museos ; tuve la incomprensión de su grandeza y sentí de modo acerbo la nostalgia de mis lares. He narrado las impresiones que experimenté en un escrito que anda por ahí ; y quiero decir ahora que una buena parte de esa información la tuve de un hombre que fué mi primer guía en la cultura práctica europea y cuyas calidades y defectos llamaron mi atención al conocerle. Era Guillermo Forteza, secretario de la legación uruguaya, personalidad contradictoria, hoy olvidada. Exteriormente llamaba la atención por su indumentaria de

bohemio elegante; vestía siempre de jaquet, chaleco de terciopelo, zapatos charolados y sombrero de copa; sus manos no abandonaban una caña de la India, y llevaba con donaire una corbata Lavallière que acentuaba su silueta de artista. Era escéptico por temperamento; expresábase con elocuencia persuasiva, y no contando sino con su modesto sueldo diplomático, gastábalo como quien dispone de mucha renta. Tenía a la sazón treinta y seis años, y en su primera juventud había publicado ensayos literarios bajo el seudónimo de *Chevalier Guifort*. Su cultura social y sus modales de gran señor le habrían señalado como un futuro embajador, si él mismo no se hubiese encargado de frustrar su carrera, pues carecía de disciplina, hogar y hábitos de trabajo, y en la época en que le conocí estaba entregado a una vida disipada que terminó con sus días en edad todavía temprana.

Después de una estancia de tres semanas en Berlín emprendí viaje a París, a donde llegué en la maravillosa mañana primaveral del 4 de mayo... Sería incurrir en superficialidades el intentar la doble descripción de la urbe célebre y de las sensaciones que produce al recién llegado. En ella debía permanecer yo durante casi once años, y sólo al cabo de ellos, identificado con su vida, hubiese podido expresar mis juicios de manera auténtica y fundada.

Aquella misma tarde me orienté hacia el barrio latino, instalándome en una casa de estudiantes a inmediación de la Sorbona. Héctor Bandinelli, muchacho de mi edad y amigo de Montevideo, guió mis primeros pasos y me presentó a sus relaciones, jóvenes franceses y sudamericanos que cursaban medicina, derecho y letras; otros concurrían a los talleres de pintura y escultura; de ellos recibí las primeras lecciones de arte y frecuenté en su compañía los museos del Louvre y Luxemburgo, así como los cafés literarios de Vachette y el Panteón. En el primero de éstos perduraba la tradición de Paul Verlaine, que había escrito en sus mesas muchas de su poesías extravagantes y geniales. Allí concurrían a la sazón Jean Moréas, Jean Lorrain, Gómez Carrillo y otros literatos de la época.

II

El mismo día de mi llegada a París habíame presentado a mi jefe, el encargado de negocios don Alejandro Herosa, a quien me referiré con extensión, pues no sólo poseía una personalidad de rasgos salientes y propios que nuestro país no supo utilizar, sino que en el transcurso de la prolongada intimidad que se estableció entre él y yo iba a ejercer en mis disposiciones una influencia decisiva.

Herosa era a la sazón un solterón de cuarenta años, y había venido a París en 1882 nombrado secretario de la legación después de una breve permanencia en la cancillería nacional. Su padre, don Lino

Herosa, tuvo una hora de influencia durante el gobierno del general Lorenzo Batlle, al cual prestó $200 000 fuertes en los días críticos de la guerra civil de 1870; murió en Buenos Aires en la pobreza, y la pérdida de la fortuna familiar afectó el carácter del hijo, que siendo naturalmente de humor festivo y chancero, índole traviesa y conversador anecdótico, sufría alteraciones que le presentaban, sin serlo, como un hombre amargado y díscolo, aparentes defectos que le crearon un ambiente hostil y contribuyeron a dificultar su carrera para la cual poseía notables condiciones. « Herosa es el enemigo de si mismo » — decía don Eugenio Garzón... Había sido el colaborador inmediato de los ministros plenipotenciarios coronel Juan José Diaz y doctores Lindoro Forteza y Juan Zorrilla de San Martín, y desempeñado la jefatura interina de la misión por dilatados lapsos. Su versación en los asuntos diplomáticos era considerable, así como en la historia política y parlamentaria de Francia en el último siglo. Crítico de arte, conocedor del viejo París, era un deleite escuchar sus crónicas y comentarios.

Las calidades de estética y buen gusto de don Alejandro Herosa se revelaban en su sobria elegancia personal y en el ornamento de su residencia. Era ésta también la sede de la legación, instalada en el aristocrático barrio de Monceau, cuyo centro era el parque más artístico de París, sobre cuyas nobles frondas conservaban sus palacios en los primeros años del siglo algunos linajes franceses, junto a los de conocidos banqueros judíos. Herosa y la legación ocupaban el segundo piso del edificio situado en la rue d'Offémont, 1 bis, actualmente Henri Rochefort. Su salón de dimensiones modestas enseñaba una bella chimenea de mármol sobre cuya repisa mostrábase una *Venus accroupie*; en la mesa del centro y sobre pequeños muebles otros objetos de arte daban un tono de depurado gusto al ambiente señorial que se completaba con la sala vecina, donde el diplomático tenía un antiguo juego de asientos, un armario normando del siglo XVIII, una magnífica tela premiada en el Salón de 1838, *Le gladiateur blessé*, por Chasselat de Saint-Ange, y su mesa de trabajo flanqueada de dos altos sillones Regencia. En uno de ellos sentóse Herosa durante treinta años, y en el otro yo, desde 1904 hasta 1911, en que las cosas cambiaron en la forma que referiré en su lugar. Allí no se trabajaba, pero se hacía tertulia diaria. Entre otros, don Eugenio Garzón y el general Lucio Mansilla, amigos del dueño de casa, eran concurrentes asíduos, y en ellos encontré una benévola acogida. Una tía del primero, doña Eustaquia Garzón, hermana del prócer, había sido madrina de mi padre, y a esta vinculación tradicional se debía que Garzón me llamase « su ahijado »[1].

---

[1] Los Garzón de Córdoba y Montevideo dimanan de una estirpe de emires granadinos, de indudable antecedencia árabe. Vicente Garzón, que procedía de Cuba, casó en el último cuarto del siglo XVIII con la dama porteña doña Antonia Avellaneda, teniendo cuatro hijos, dos de los cuales llegaron al generalato en las

El general Mansilla era un charlista infatigable, y a pesar de la edad que tenía cuando le conocí, cuidaba mucho de su persona y de los detalles de su elegancia un tanto llamativa. No insisto sobre ésta porque se ha escrito ya bastante en Buenos Aires acerca de aquel viejo que, sin ser un excéntrico, poseía una bella y definida personalidad. Sobrino carnal de Juan Manuel de Rosas, refería episodios políticos y familiares del personaje a quien había tratado en la intimidad. La silueta de Mansilla era conocidísima en los paseos mañaneros de la avenida y bosque de Boulogne, donde no faltaban franceses de distinguida y sobria indumentaria que sonreían discretamente al paso del llamativo anciano. « Rastacouère » — insinuó cierta vez un vecino mío. « Non-respondióle otro paseante — c'est une espèce de président de l'Amérique du Sud. »

III

A primeros de junio vino a París Jesús Gil, a quien acompañé en paseos, diversiones y museos, aunque el cicerone simpático fue Héctor Bandinelli, conocedor de las grandezas y curiosidades de la ciudad y cuya versación en obras de arte era la de un crítico inteligente. Antes de que mi pariente regresara a Alemania convinimos en efectuar un rápido viaje a Londres, para tener siquiera una breve impresión de la urbe británica. Fuimos por la ruta de Dieppe y Newhaven, y al llegar a la capital nos alojamos en una pensión situada en la Upper Woburn Place, frecuentada mas por nativos que por extranjeros, y cuya organización, carácter y moblaje eran una muestra del hogar inglés. No descansamos durante una semana, visitando todos los monumentos y lugares famosos, y dándome ese viaje tema fácil para una correspondencia que publicó *El Día* de Montevideo. De vuelta a París, Jesús se despidió de mí y partió para Berlín, donde sólo permaneció unos días pues acompañó a su hermano Juan a Bad Nauheim, cuyas aguas termales estaban indicadas en el tratamiento de la ataxia. También fue con ellos Guillermo Forteza, y recibieron luego la visita del ministro Garabelli. Con todos ellos me reuní algunas semanas mas tarde, teniendo oportunidad de admirar aquella magnífica estación termal, la eficacia de los métodos curativos y la hermosura del parque que rodeaba la ciudad. Era la edad de oro de Alemania. Se hermanaban el lujo, el arte, la amplitud, el buen gusto y el amor a la vida... Durante las tardes y las primeras horas de la noche, nos confundíamos con la concurrencia elegante que

---

guerras de la independencia, Félix y Eugenio, Este último, cuya estatua se eleva en un parque de Montevideo, contrajo matrimonio con doña Angela Furriol, y tuvo, entre otros hijos, a Eugenio Garzón, difundida personalidad que murió en Paris a los noventa años de edad, dejando la memoria de su distinción y don de gentes.

llenaba las amplias terrazas del Kursaal para escuchar los conciertos que daban orquestas seleccionadas. Otras veces, los amigos que he nombrado y algunas personas de habla española que visitaban a mis parientes, formaban una tertulia animadísima donde se comentaban los sucesos de actualidad o de relieve.

En aquel año 1904 habíase difundido en Europa la versión francesa del libro de Teodoro Roosevelt *La vie intense*[1]. En esta obra vigorosa por su estilo y su fondo, el presidente americano combatía la doctrina cómoda y disolvente de « la paz a cualquier precio », oponiéndole el concepto varonil de Longfellow de « que la cobardía no es la promotora de la paz, y que aún el gran mal de la guerra puede ser un mal menor que arrastrarse bajo la iniquidad »... El primer Roosevelt sostenía también que la guerra es un mal, pero no el peor de los males ; y que la vida es un bien, pero no el bien supremo, puesto que la pérdida de la independencia o del honor tornan la vida intolerable. Campeón de las virtudes cívicas, del esfuerzo personal y de la lucha, las ideas de aquel estadista debieran darse a conocer en la América hispana desde las cátedras universitarias, huérfanas de enérgicas enseñanzas morales ; su libro difundido entre las generaciones jóvenes destinadas a practicar el civismo y el derecho como los mas altos bienes de un país libre, y la justicia como la ley suprema en las relaciones internacionales. « Es médula de leones que nos llega en este libro », escribía Melchior de Vogué.

Fueron algunos ejemplares de esta obra que llevé de París a Bad Nauheim a pedido de Juan Gil, que los destinaba a amigos de Montevideo ; y uno de éstos fué el presidente Batlle y Ordóñez, que luchaba entonces contra la revolución encabezada por Aparicio Saravia. En ese ejemplar el doctor Gil escribió la dedicatoria que reproduzco mas abajo ; Batlle, poco lector, después de hojear el libro, lo regaló al doctor Pedro Manini Ríos ; y muchos años más tarde, ya desaparecidos Gil y Batlle, aquel amigo me cedió el volumen que contenía el autógrafo. He aquí su texto :

A mi regreso de Europa y con mi saludo de llegada, ofrezco este ejemplar de *Vida Intensa* a mi estimado amigo el señor presidente de la República ciudadano don José Batlle y Ordóñez, para que tenga la satisfacción de ver que su opinión y su conducta sobre el grave problema de la paz y de la guerra, y sobre la necesidad de mantener con firmeza el imperio de la ley, se encuentran confirmados por la opinión autorizada del actual presidente de los Estados Unidos, y por la conducta manifestada inflexiblemente

---

[1] Esta traducción al francés de varios escritos y discursos del presidente Teodoro Roosevelt fué realizada por la princesa de Faucigny-Lucinge en colaboración con M. Jean Izoulet, profesor del Colegio de Francia, y editada por Ernest Flammarion. Leído y comentado en Europa, ese libro contribuyó a afirmar el prestigio adquirido por el ilustre estadista americano a quien se le daba el mote de « profesor de energía ». « La Vida Literaria », editorial de Barcelona, había vertido precedentemente al español esas y otras producciones del primer Roosevelt, bajo los títulos de *Las dos Américas* y *El ideal americano.*

durante los cuatro años de la rebelión sudista, por hombres de la talla política y de las condiciones morales de Lincoln y Grant. ¡Que estos altos ejemplos sirvan de estímulo y de aliento al digno magistrado uruguayo en la lucha que le ha tocado sostener para radicar definitivamente en nuestra patria la verdadera paz y el verdadero régimen institucional! — Montevideo, agosto 28/904. — JUAN GIL.

Ha transcurrido casi medio siglo desde que fue escrito el pensamiento que precede y que define una convicción y una conducta política. Los hechos confirmaron aquel concepto «de mantener con firmeza el imperio de la ley... para radicar definitivamente la verdadera paz y el verdadero régimen institucional»... Apenas tres días después de escritas esas palabras proféticas, el jefe de la revolución caía en acción de guerra, y tres semanas mas tarde terminaba definitivamente, con un sometimiento, la era de las contiendas armadas en Uruguay. El presidente Batlle no pactó; no aceptó una paz precaria mediante la entrega de feudos departamentales; se negó a admitir las treguas de 1872 y 1897, que estimularon el espíritu de rebelión; e impuso la paz por la fuerza de las armas legales. Desde este éxito el país inició una nueva etapa histórica. El partido revolucionario aprendió la lección y se resolvió a luchar en los comicios, alejándose para siempre de la guerra civil y la abstención electoral, los dos extremos en que había alternado; y desde entonces su colaboración ha sido eficaz en la gestión de los negocios públicos. Pero fue la energía del gobernante que impuso la solución necesaria al inspirar su actitud en la de Lincoln y Grant frente a la rebelión sudista.

Terminado el tratamiento, que tuvo bastante éxito pues devolvió a mi buen tío el uso parcial de sus piernas, fuimos a Hamburgo, donde nos embarcamos los tres en el «Cap Roca» que era en aquella época el mejor transatlántico de las líneas al Plata. Sólo los acompañé dos días en su viaje de regreso a Montevideo, pues me despedí de ellos en la escala de Boulogne-sur-Mer y me reintegré a París, volviendo a la legación, al barrio latino, a mis amistades del café Vachette y a algunos cursos académicos relacionados con materias políticas y sociales que me interesaban.

CAPÍTULO TERCERO

LA AUSENCIA AMARGA

Enfermedad de mi padre ; regreso a Montevideo ; optimismo engañoso y nuevo alejamiento. — Una tribulación inexplicable ; el dolor de mi hogar y sus reflejos misteriosos. — Llegada a Liverpool y viaje a Londres ; una visión rápida de la sociedad inglesa. — De nuevo en París ; la penosa noticia. — Invitaciones afectuosas ; viajes y amigos. — Muerte del expresidente Cuestas. — Don Eduardo Acevedo Díaz. — El triste año 1905 ; mi madre, guía y sostén moral de la familia.

I

En los meses finales de 1904 recibí malas nuevas sobre el estado de salud de mi padre. Confieso que al principio no les acordé gravedad, pues en los últimos años venía él padeciendo de una bronquitis crónica que sobrellevaba sin mayor peligro y que había contraído en la vieja Universidad cuyo edificio se alzaba en el extremo sud de la ciudad, o sea el palacio construído por Reus para servir de hotel frente al suntuoso establecimiento balneario que, con piletas, cascadas y bellos salones, acabó con la fortuna de su creador, quién no advirtió en sus sueños de grandeza que la aldea montevideana era incapaz, en 1888, de soportar creaciones de aquella índole, dignas sólo de París, Londres o Nueva York. Claro está que Reus murió en la miseria, y su espléndido balneario acabó convertido en un vulgar depósito de mercaderías. El hotel vecino tuvo un destino mas noble pues fue destinado a sede universitaria, pero su ubicación era sumamente incómoda por hallarse abierta a los agresivos vientos del sud y sudoeste, que aún hoy convierten en un páramo aquella zona extrema de la ciudad.

Apenas necesito decir que la Universidad carecía de calefacción, omisión que se repitió de manera increíble en 1908 cuando se alzaron los edificios modernos destinados a las facultades de derecho y enseñanza secundaria en el barrio del Cordón... Pero volviendo a la salud de mi padre, diré que las nuevas recibidas se tornaron inquietantes

cuando se me hizo saber que, además de su afección bronquial, se hallaba él atacado de una anemia perniciosa que ponía en peligro su vida. En octubre del citado año reaccionó felizmente, pero el temor que yo había tenido me decidió a solicitar una licencia que me permitiera volver a casa y abrazar a mis padres. Obtenida sin dificultad, me embarqué en Marsella a comienzos de febrero siguiente en un viejo barco de la Compañía de Transportes Marítimos, el *Italie*, en el que realicé una travesía dichosa a pesar de su vetustez y falta de comodidades. Se viajaba tan barato en aquella época, se comía tan bien y la gente disfrutaba de tan buen humor, que cuando recuerdo esas circunstancias me parece que ocurrieron en un mundo distinto del actual.

Fondeamos frente a Montevideo el 5 de marzo a mediodía, y tuve la grata sorpresa de ver llegar a mi padre en un vaporcito, al costado del *Italie*, para conducirme a nuestro hogar. Allí me esperaban mi madre y hermanos, y no he olvidado que la mesa estaban tendida para celebrar mi llegada con un excelente almuerzo. Era domingo, y a la noche concurrí a la Iglesia Evangélica de la calle Treinta y Tres donde encontré a muchos de mis amigos. Los dos meses que pasé en Montevideo hubieran sido muy felices si en su transcurso la salud de mi padre no hubiese presentado nuevamente síntomas alarmantes. Desde mediados de abril declinó visiblemente, y al comenzar mayo planteóse para mí la interrogante de si regresaba al desempeño de mi cargo en Francia o si lo abandonaba todo para permanecer junto a mi familia, que presentía una amenaza grave. Cometí el error de optar por la primera solución, pero influyó en ella la necesidad en que me encontraba de conservar un cargo indispensable para afrontar las necesidades materiales de la vida. Confieso que también influenció mi ánimo la esperanza optimista de que mi padre, aunque enfermo, viviría aún algunos años ; pero no pasó por mi mente una medida intermedia que lo hubiese solucionado todo : mi pase al Ministerio de Relaciones Exteriores, simple traslado diplomático que me hubiera permitido conservar mi empleo sin alejarme de Montevideo. Pero yo no tenía experiencia y nadie tomó iniciativa alguna a mi respecto.

Se había resuelto que mi tío, el doctor Juan Gil, vendría conmigo a fin de repetir su cura de aguas termales efectuada el año precedente, y queriendo él viajar en un barco tranquilo optamos por uno mixto de la Compañía Lamport & Holt cuyo destino era Liverpool. Acaeció que, a último momento, mi pariente desistió del viaje, aunque había escrito a su antiguo amigo don Guillermo Petty, a la sazón cónsul uruguayo en Cardiff, que nos esperase en Liverpool. Me embarqué, pues, solo ; a bordo del buque iban cuarenta tripulantes británicos, cuyo capitán era un viejo irlandés que estuvo sumamente bondadoso conmigo, calidad ésta de la que tuve verdadera necesidad en razón de un fenómeno psíquico que me sorprendió tres o cuatro días después

de haber salido de Montevideo. Voy a relatarlo y ruego que se me crea en todos sus detalles.

Desde el 21 de mayo, es decir, dos días después de haber zarpado de aquel puerto, un sentimiento de angustia inexplicable empezó a oprimirme el corazón. Era yo un muchacho sano y alegre, y aunque al despedirme de los míos lo hacía en circunstancias de zozobra, ningún hecho nuevo justificaba la congoja que me afligía. Este fenómeno se agravó por la imposibilidad que tuve en esos días para alimentarme, pues a pesar de no sentir ninguna dolencia gástrica perdí de tal manera el apetito que apenas podía ingerir algunas tazas de té durante el día ; pero cuando intentaba acompañarlas de galleta mi boca se negaba casi a recibirla ; y si mediante un esfuerzo lograba masticarla tenía la sensación de que el alimento quedaba detenido en el estómago. Ante la doble crisis física y moral mi abatimiento fue cada vez mas profundo, y pude darme cuenta de que era motivo de curiosidad entre los oficiales del barco que no comprendían mas que yo la causa de mi postración. Algunas noches, en la soledad de la cabina, sentía correr lágrimas durante el insomnio, y mas de una vez sintiéndome abandonado invoqué la presencia materna como un consuelo necesario. Transcurrieron los días, y mientras el buque avanzaba lentamente hacia su destino mi desfallecimiento fué cediendo, logré alimentarme mas normalmente y el vigor de mi juventud se impuso al fin sobre el extraño fenómeno que había padecido. Pero la explicación la tuve recién casi un mes después, al llegar a París, donde encontré una carta de mi hermano Rodolfo informándome que en la madrugada del 23 de mayo había muerto nuestro padre.

II

Al desembarcar en Liverpool vino a buscarme don Guillermo Petty, que creía encontrar también a bordo a mi tío Juan. Lo informé de que había éste renunciado al viaje, y luego de una noche pasada con aquel viejo amigo en un confortable hotel del gran puerto británico, tomamos el tren de Londres adonde llegamos después de tener una visión panorámica de las magníficas campiñas inglesas cuyo verdor y florecimiento se esparcían gloriosamente bajo el influjo de la primavera. Petty me condujo al mejor hotel de la capital, cuyo nombre he olvidado ; y al manifestarle yo que la modestia de mis recursos no me permitía tal lujo, me informó el amigo que en todos los grandes hoteles ingleses había también habitaciones de módico precio. Sucedió así, en efecto, y por cuatro chelines me proporcioné la satisfacción de alojarme durante una noche en uno de los mas espléndidos hoteles del mundo.

Recuerdo aún la impresión que recibí a la hora en que iba a servirse

la cena (que yo tomé fuera de allí, en un modesto restaurant), al ver dirigirse al comedor y transitar por el hall y los salones a numerosas damas y caballeros ataviados como para una fiesta. La sociedad inglesa mantenía gallardamente la tradición de la elegancia, acentuada durante la época victoriana ; y tanto las clases aristocráticas como las burguesas y medias se vestían de gala para sentarse a la mesa en horas de la noche. El « smoking » era de rigor en los hombres, como el escote y la joyas en las mujeres ; lucían éstas peinados altos, destacando el rubio o el blanco de sus cabellos ; y admiré el porte altivo de muchas de ellas, así como el de los señores que las acompañaban. Bajo el cetro imperial de Eduardo VII, Gran Bretaña vivía una década de prosperidad y grandeza cuyos testimonios eran visibles desde que el viajero trasponía los dinteles de un hotel, un teatro o una casa de modas.

Ansioso por llegar a París donde iba a encontrar noticias de mi hogar, dejé Londres al día siguiente, y llegado a la capital francesa corrí a la legación donde el encargado de negocios, señor Herosa, me recibió cordialmente y puso en mis manos una carta con sellos de Montevideo. Era la que contenía la nueva fatal, que leí entre lágrimas amargas. Prefiero no insistir aquí sobre este hecho que enlutó para siempre mi vida y la de los míos.

Por aquellos días llegó a París mi pariente don Rodolfo Vellozo acompañado de otro caballero uruguayo, don Rodolfo Hernández, a quién debía unirme desde entonces una afectuosa amistad, pues poseía sentimientos y cualidades que aprecié en todo su valor, particularmente en aquellas circunstancias dolorosas para mí. Ambos viajeros me invitaron a volver con ellos a Londres, lo que acepté con reconocimiento, pues nunca me había sentido tan solo. De la capital británica nos trasladamos a Bélgica, encontrando en Ostende al doctor Enrique Platero con sus niñas ; visitamos luego Bruselas y después Lieja, donde se celebraba una interesante exposición artística e industrial. En uno de los conventos de esa interesante ciudad, educábase a la sazón una hija de don Guillermo Petty ; este amigo nos acompañaba desde Londres y con él regresamos a París, donde me reincorporé a mis funciones mientras mis compañeros seguían viaje a Suiza, Austria e Italia.

III

El expresidente de Uruguay, don Juan Lindolfo Cuestas, que se había radicado en París al terminar su mandato constitucional, falleció en aquellos días en su domicilio de la avenida Marceau. El gobierno francés le decretó honores oficiales, no recuerdo si en razón de su antigua investidura o por el hecho de que el difunto poseía la gran cruz de la Legión de Honor. El duelo fue presidido por su hijo, el doctor Juan

Cuestas, dignísimo caballero de quien fuí amigo años mas tarde y que debía terminar su vida en Roma en el ejercicio de una alta jerarquía diplomática. Los restos del exmandatario fueron trasladados a Montevideo donde se les sepultó privadamente. Díjose en esa ocasión que un pedido de venia legislativa para rendirle honras hubiese dado motivo a apasionadas polémicas políticas, pues Cuestas había suscitado profundas enemistades durante su gobierno.

A la entrada del otoño llegó a París don Eduardo Acevedo Díaz, personaje de larga actuación en la vida pública de Uruguay ; publicista, soldado y finalmente diplomático. Yo no le conocía personalmente pero había leído sus bellas novelas históricas y algunos artículos de sus campañas periodísticas. Admiraba su estilo, original y fuerte, y deseaba conocer al hombre. Con este motivo me presenté a él y le acompañé durante las semanas que pasó en la capital francesa antes de embarcarse en Cherburgo con destino a Montevideo, en uso de licencia, pues desempeñaba a la sazón el cargo de ministro plenipotenciario en Washington. Con él partieron mis amigos Vellozo y Hernández. Debió ciertamente Acevedo Díaz formarse un concepto benévolo de mi persona, porque algunos años mas tarde, al ser nombrado ministro en Suiza, solicitó de nuestro gobierno que integrase yo su misión diplomática en calidad de secretario. A esta circunstancia se debió que conviviéramos en Berna, como se verá en su lugar.

Pero aquel año 1905 fue duro para mí. Las noticias de la familia reflejaban el duelo que la afligía y las dificultades materiales que era necesario afrontar. Como lo he dicho anteriormente, nuestra casa era propia, y la cuenta bancaria dejada por el padre proporcionó los medios para cubrir los gastos del hogar durante un año ; pero mis hermanos debieron dejar sus estudios para ganarse la vida mediante empleos poco remunerados. Los once eran aun menores de edad y el mas pequeño tenía apenas cuatro años. Yo muy poco podía hacer por los míos teniendo que atender en el extranjero a mi propia subsistencia. Fue entonces que el carácter y la capacidad de nuestra madre confirmaron su admirable temple. Las virtudes heredades y adquiridas de aquella mujer se acrecieron ante el infortunio, y los problemas diarios del hogar fueron superados gracias a su orden, disciplina, previsión, economía, abnegación y fortaleza moral. Sin embargo, en una de sus cartas leí una breve frase que aumentó mi congoja y remordimiento por haberme alejado de su lado en la hora de una grave amenaza con sus consecuencias inevitables. « Hijo mío — me decía — nunca hiciste tanta falta. »[1]

---

[1] Muchos años después de su tránsito, escribí un folleto intitulado *Oración a mamá*, del cual sólo se imprimieron cincuenta ejemplares destinados a los miembros de la familia. Narré en sus páginas episodios de su vida y evoqué sus austeros ejemplos. Creo ocioso repetir aquí lo que ya ha quedado escrito a la intención de los nuestros que no tuvieron el privilegio de conocerla.

CAPÍTULO CUARTO

LA MISIÓN CASTRO EN FRANCIA Y LA CONFERENCIA DE LA HAYA EN 1907

El doctor Juan Pedro Castro ; su designación diplomática ; sus elevadas calidades personales. — La Conferencia de la Paz ; delegación de Uruguay ; la negativa del doctor Julio Herrera y Obes. — « South America » ; una confesión de Clémenceau. — La estructura política de Europa. — Estudios e influencias espirituales. — Viaje a Montevideo ; la escala de Río de Janeiro ; una embajada de guerreros del Paraguay. — Barrios y piedras de París.

I

El doctor Juan Pedro Castro, expresidente del Senado de Uruguay, fue nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Francia y Bélgica en 1906. Claro está que la misión le fue ofrecida, y entiendo que hubo que insistir para que la aceptara, pues en aquellos días todavía se ofrecían altos cargos a quienes los merecían, contrariamente a lo que ha venido ocurriendo después, en que los puestos públicos se solicitan y hasta se mendigan. Antes de embarcarse distribuyó generosamente su sueldo y viático entre entidades culturales y filantrópicas. Llegó a París el I de septiembre en compañía de su esposa, doña María Amalia Blixén, y sus hijos María Elena, María Amalia, Marta y Juan Pedro, estos últimos de corta edad. Durante su permanencia alojáronse el ministro y la familia en un discreto y elegante hotel sito en la calle de Presbourg núm. 4, donde ocuparon un departamento del piso bajo en el cual, además de las habitaciones interiores, disponía de un vasto salón ornamentado con gusto y un comedor contiguo donde se realizaron almuerzos y comidas memorables.

Recibido en el Eliseo por el presidente M. Armand Fallières, el ministro Castro tuvo inmediato acceso a las esferas políticas, parlamentarias y diplomáticas en las que conquistó simpatías y aún afectos

por su sencillez, natural distinción, dominio del idioma francés y por su amplia información de todos los asuntos que constituían temas generales de conversación, sin excluir los de órden científico. Mantuvo la cancillería de la legación en la casa de Herosa, donde continué mis funciones, aunque debía concurrir también al hotel donde se alojaba, pues el ministro me utilizaba diariamente en diversas comisiones y actividades, algunas de carácter personal, lo que ejecuté siempre de buen grado pues se estableció entre él y yo una amistad que, respetuosa por mi parte, era verdaderamente cariñosa y paternal por la suya. Compartidos estos sentimientos por su esposa y ganada la simpatía de las niñas mayores, fuí admitido en el seno de esta bella familia casi como un hijo, y compartí la mesa y con frecuencia las confidencias con que me demostraban su confianza.

Fue aquélla para mí una época grata, aunque harto breve, pues a mediados del año siguiente el doctor Castro fue designado delegado plenipotenciario a la Conferencia de la Haya, y se alejó de París adonde solo volvió meses después de paso para Montevideo donde hizo renuncia de su cargo diplomático y fue electo diputado nacional. Es posible que aquel ciudadano aspirase al ejercicio de alguna posición que estuviese en relación con sus calidades eminentes, y a fe que si las circunstancias hubiesen favorecido su elevación al gobierno, nunca éste habría estado en manos más dignas y seguras.

Dejó en París amigos de relieve, no sólo entre la clase selecta francesa sino también en el cuerpo diplomático y personalidades de la colectividad americana. Entre ellos el doctor Ernesto Bosch, su colega argentino en Francia, que más tarde fué en su país ministro de Relaciones Exteriores. Este personaje tenía una elevada opinión del doctor Castro, como pude yo comprobarlo por diversos testimonios. Estaba casado con una gran dama, doña Elisa de Alvear, y tuve la dicha de volver a encontrar en Buenos Aires, treinta y tantos años más tarde, a ese ilustre amigo, cuando su entereza y probidad se opusieron desde la presidencia del Banco Central que desempeñaba, a los enjuagues de la dictadura.

II

Nuestra delegación a la Conferencia de La Haya estuvo integrada por el expresidente Batlle y Ordoñez y el ministro Castro como plenipotenciarios ; los doctores Pedro Manini Rios y Samuel Blixén como secretarios, y el coronel Buquet como asesor militar. Puede decirse que conviví con ellos durante su pasaje por París, aunque lamenté vivamente que una personalidad a la que deseaba yo conocer no hubiese aceptado presidir ni formar parte de aquella misión diplomática. Era

el doctor Julio Herrera y Obes, a quién nuestro gobierno ofreció dichos cometidos y que los declinó aduciendo diversos pretextos. Puedo ahora revelar los motivos verdaderos que decidieron al expresidente Herrera a formular su negativa. Creía fundadamente que la asamblea de la paz se dividiría en dos campos : el importante, constituído por los delegados europeos, norteamericanos y japoneses, y el secundario, formado por los representantes de América latina. A su juicio, estas dos categorías iban a establecerse en razón del concepto desfavorable que a la sazón tenía la Europa culta de los países íberoamericanos, considerados como sociedades inorgánicas, incapacitadas para realizar el órden dentro de la libertad y desenvolver su existencia política de acuerdo con las normas de la paz interna y del derecho ; focos permanentes de revoluciones y motines militares, donde solía asesinarse a los presidentes para substituirlos con mayor comodidad ; mezcolanza social y étnica de pigmentos subidos de la que se tenía con frecuencia muestras visibles en París, Londres, Berlín y Roma, donde los improvisados diplomáticos y los turistas millonarios destacaban su rastacuerismo y carencia del *savoir vivre*... La verdad es que la Europa refinada anterior a la primera guerra mundial desdeñaba a *South America*, y no erraba el doctor Herrera y Obes al opinar que los representantes que el zar Nicolás, Eduardo VII, Guillermo de Hollerzollern y Francisco José enviaban a La Haya, considerarían con sonrisas protectoras a los delegados de los dictadores tropicales y de los pueblos de civilización copiada y reciente. « ¿ Qué pensará de mí un embajador ruso, aristócrata cubierto de condecoraciones y bordados, al verme vestido con un modesto traje de confección ? » El expresidente de Uruguay pensaba que era demasiado pronto para que los pueblos americanos hablaran en nombre de la democracia, y la minoría de edad de América latina no la autorizaba en 1907 para sugerir soluciones a una diplomacia vieja de varios siglos.

Hacía pocos meses que mi ministro, el doctor Castro, al visitar a Clémenceau, entonces presidente del consejo, en cumplimiento de un deber protocolar días después de presentar sus credenciales, el célebre estadista le había dicho con maravillosa franqueza : « Comprenderá, señor ministro, la satisfacción que siento al establecer con usted relaciones personales, porque gracias a ellas obtendré informaciones auténticas sobre su país cuya existencia ignoraba yo hasta el instante en que usted me pidió audiencia »... Y como Castro quedase naturalmente sorprendido, Clémenceau explicó : « Para los políticos europeos, el mundo se reduce a los países de Europa, los Estados Unidos y el Japón ; algunos otros cuentan muy poco ; y los demás no cuentan casi nada porque aún no han entrado en el concierto internacional. ¡ Nos falta tiempo para conocerlos ! »

Sin embargo, la Conferencia de La Haya conoció a algunos hombres distinguidos que las repúblicas sudamericanas enviaron para represen-

tarlas. Entre ellos, el brasilero Ruy Barbosa, los argentinos Luis María Drago, Carlos Rodriguez Larreta y Marcelo T. de Alvear, el mejicano de la Barra y el uruguayo Juan Pedro Castro. El señor José Batlle y Ordoñez fue el autor de un proyecto que se juzgó después en Montevideo como el precursor u originario de la Liga de Naciones que el presidente Wilson instituyó en 1919; y fue el ministro Castro quién fundó y difundió la iniciativa de su compañero de delegación, pronunciando un alegato notable por su elocuencia y madurez. Pero como lo había previsto el doctor Herrera y Obes al predecir « el clima » que iba a imperar en La Haya, la proposición uruguaya no fue tomada en cuenta, y cuando se estableció y funcionó en Ginebra la institución wilsoniana, sólo sirvió para demostrar el fracaso de las ideologías pacifistas que, en razón de su admirable generosidad, no parecen tener en cuenta las experiencias de la historia ni la naturaleza del hombre.

III

El panorama de la política internacional me atraía en sus múltiples fases y seguía yo con atención las manifestaciones que la sagacidad de la diplomacia ponía en acción para obtener ventajas continentales o coloniales. Quizás se ha olvidado hoy que la triple alianza agrupaba a Alemania, Austria-Hungría e Italia; Francia y Rusia constituían el otro bloque, al que se sumó Inglaterra que, sin firmar tratados de alianza, abandonó su « espléndido aislamiento » bajo la inspiración genial de Eduardo VII. La profunda diferencia de mentalidad e instituciones entre el imperio de los zares y la República Francesa no dificultó su acuerdo militar, destinado a impedir la expansión germánica. Turquía subsistía aún como la fuerza de equilibrio en el oriente, y contra ella se alzó la coalición balkánica que no perduró en razón de sus discordias regionales. Polonia no existía, y la península ibérica, perdidas sus colonias, vegetaba en el aislamiento. Pero en la Europa nórdica, central y occidental florecía una espléndida cultura asentada sobre una prosperidad económica inigualada. Todo parecía demostrar que esas sociedades habían entrado en la era definitiva de la paz, mas los que así pensaron no tuvieron en cuenta que aquella civilización se afirmaba « sobre material humano », es decir, que las ambiciones de los hombres, el antagonismo de sus intereses, sus ansias de poder, de mando, de dominio y de expansión, seguían siendo los factores que hacían de la guerra un instrumento político. Se ha creído hallar la explicación de los choques armados en causas económicas, geográficas e históricas, y lo que aparece bajo esas causas visibles es el alma humana,

la fuerza profunda que al decretar el uso de la violencia olvida todo concepto de piedad y justicia.

Todas las tardes recibía yo una lección magistral de política exterior. Me refiero a la lectura del gran diario *Le Temps*, cuyo editorial, redactado por las mentalidades mas maduras y brillantes que la especialización había dado a Francia, exponía cuotidianamente el examen de un problema, una solución, un aspecto fundamental o una orientación diplomática de la actualidad internacional.

Como ha podido juzgarse por mis confesiones, yo era un autodidacta. Desde niño fuí un lector voraz, con poco orden en la elección de mis libros pero dotado de buena memoria, lo que me permitió retener la parte esencial de mis lecturas. La influencia francesa predominó naturalmente en el período de mi formación intelectual, y a esa influencia debo una cierta adquisición del sentido de la síntesis, que he tratado de reflejar en mis escritos. De ahí mi dificultad para hacerme periodista u orador, en España y América, ya que en nuestro idioma la difusión y superabundancia de vocablos son preferidas por lectores y auditores.

Al mencionar estas particularidades, pienso que no debo extenderme sobre los autores y las obras que constituyeron mis estudios favoritos. He sido siempre hombre de bibliotecas y librerías ; de museos y exposiciones de arte ; he admirado las creaciones perdurables de la arquitectura, la estatuaria y la pintura, sin dar preferencia a tales estilos ni dejarme dominar por tales épocas ; y he leído los libros clásicos y los modernos, escritos originariamente en todos los idiomas, convencido de que las grandes ideas han emanado de las culturas mas contradictorias.

Pero las lecturas, los amigos y las atracciones de París no disminuían mi anhelo de acercarme a mi buena madre y hermanos. Hacía dos años y medio que no tenía contacto con ellos, y obtenida la licencia correspondiente me embarqué en Cherburgo al comenzar noviembre de 1907 en el vapor *Avon*, de la Mala Real. En la escala de Río de Janeiro tuve la grata sorpresa de ver a bordo, de regreso a Montevideo, a una embajada extraordinaria que el gobierno uruguayo había enviado a la capital carioca para participar en los actos conmemorativos de la fundación de la República. La presidía el general Eduardo Vázquez, a quien acompañaba su interesante esposa doña María Teresa Spikerman ; la integraban los generales Zenón de Tezanos y Pedro Callorda, y los coroneles Pedro Ramos y Martín Souberán, todos guerreros de Paraguay. También formaba parte de la delegación una personalidad civil, el doctor Carlos María de Pena, universitario eminente que debía desempeñar años después nuestra plenipotencia en Washington. Aunque se trataba de hombres de mucha mas edad y jerarquía que yo, fuí amistosamente acogido por ellos y en tertulia ininterrumpida llegamos a Montevideo donde me esperaba el abrazo cariñoso de mis familiares.

Pasé tres meses en mi casa, que no pudieron ser felices en razón de la dolencia que afectaba a mi hermana Sara, de quince años de edad.

Su mal fue irreparable, y terminado el penoso proceso volví a Francia al ejercicio de mis funciones.

Durante el primer año de mi permanencia en París me había alojado en la calle de Sommerard núm. 5, situada en el barrio latino, y elegí ese punto por su proximidad a la Sorbona y a algunas escuelas que me interesaba frecuentar como oyente o alumno libre. En los años siguientes viví en una pensión ubicada en la rue Beaujon 21, desde cuyos balcones se disfrutaba el panorama de la avenida de Wagram y la plaza de l'Etoile con su maravilloso Arco de Triunfo. Aquella pensión estaba bien concurrida ; alrededor de su vasta mesa sentábanse señoras y caballeros procedentes de diversos países ; y las tertulias que seguían a la cena solían animarse con bailes familiares. Después, y durante un buen lapso de tiempo, tuve un departamento en la calle Fourcroy, barrio de Ternes ; y en los dos últimos años de mi estancia en la gran capital me alojé en una confortable pensión situada en la avenida Victor Hugo, a pocos pasos de la plaza donde se erigió el monumento a la gloria del literato. Victor Hugo había vivido sus postreros años en una casa convertida más tarde en la pensión a que me refiero, que llevó entonces y mantiene aún la denominación de Villa de Saint-Honoré d'Eylau. Allí terminó sus días el autor de *Los Miserables*, y de esa residencia histórica el gobierno y el pueblo condujeron sus restos para ser velados bajo el Arco de Triunfo. Este barrio me fué siempre simpático y quedé familiarizado con la armonía de sus edificios y la atracción de sus calles, aunque debo decir que otros barrios de carácter distinto pero también de hondo embrujo quedaron grabados en mi espíritu para toda la vida. Entre ellos la colina de Montmartre y el de Saint-Germain-des-Prés, que destaca la más vieja iglesia de París rodeada de callejas y rincones cuya fisonomía no ha variado en los últimos siglos. Creo poder decir, sin vanidad, que mi juventud se impregnó de su belleza y de la historia de sus piedras.

CAPÍTULO QUINTO

GENIO Y FIGURA

Don José Batlle y Ordóñez ; su llegada a Francia ; retraimiento y falta de flexibilidad. — La silueta del hombre ; su definida personalidad moral ; fortaleza de carácter y calidades combativas ; sus deficiencias. — El doctor Rafael De Miero, amigo predilecto. — El veraneo de 1908 y el origen del colegiado. — El señor Batlle recibe en París la proclamación de su candidatura presidencial. — Discusión sobre su programa de gobierno ; preeminencia de los propósitos políticos. — Motivo de mi libro sobre los problemas uruguayos.

I

El expresidente de Uruguay, don José Batlle y Ordóñez, llegó a Francia a mediados de abril de 1907 en compañía de su esposa, doña Matilde Pacheco, sus hijos César, Rafael, Ana y Lorenzo, y sus amigos el coronel Juan Bernassa y Jerez — mas tarde general y ministro de Guerra — y el doctor Pedro Manini Ríos que acababa de contraer matrimonio con doña Teresita Rodríguez. El ministro doctor Castro y el cónsul general Mongrell fueron a Cherburgo a recibir a los viajeros, y en la estación de San Lázaro los esperó un grupo de compatriotas y amigos. Días después un almuerzo muy concurrido tuvo lugar en el Elysée Palace Hotel en agasajo del expresidente que, como lo han reseñado sus biógrafos, conocía París por haber vivido un año de su juventud en la gran ciudad.

Durante una buena parte de su estancia, el señor Batlle y los suyos se alojaron en un departamento amueblado sito en la avenida de los Campos Elíseos, 99, altos del Fouquet's Bar, establecimiento que se distinguía por la autenticidad de sus mezclas alcohólicas y la elegancia de las mujeres que le frecuentaban. El señor Batlle no se trataba con nadie, y en el transcurso de los tres años y nueve meses de su permanencia en Europa no conoció a ningún hombre representativo e incurrió en algunas omisiones que revelaron su propósito de prescindir de convivencias sociales. Fue así que no visitó al jefe de Estado, a pesar de que

M. Fallières, en cumplimiento de la fina hospitalidad francesa, le envió la tarjeta de su palco de la Ópera para que asistiera a una representación. El protocolo establece que al día siguiente de recibida la atención oficial, la persona que la ha aceptado visite al presidente de la República. El exmandatario uruguayo fue al teatro y ocupó con su familia el palco de M. Fallières, pero no cumplió con el requisito de efectuar la visita y agradecer la cortesía. Esta fue su norma invariable durante su permanencia en Europa: evitar contactos con los hombres que ocupaban posiciones oficiales y no tener relación alguna con aquellos compatriotas que no compartían su ideología personal. Se apartó sistemáticamente de éstos; solo aceptó ver a los pocos amigos políticos que fueron a visitarle a París, y se negó a concurrir a las conmemoraciones que reunían, una o dos veces al año, a la colonia uruguaya. El 18 de julio de 1910 celebróse en la capital francesa un banquete al cual asistieron cerca de doscientos compatriotas y entre éstos algunos hombres destacados que pertenecían a distintas fracciones políticas y que interpretaron como favorable esa oportunidad para aproximarse y conversar con el antiguo y futuro presidente de la República, en el ambiente amable de un restaurant parisiense y en ocasión de un aniversario patrio, circunstancias promisoras de entendimientos patrióticos... Se buscó, pues, y se obtuvo la adhesión del señor Batlle al acto; pero llegada la hora de sentarse a la mesa se vió un asiento vacío; el candidato presidencial rehuyó, como siempre, la proximidad de sus conciudadanos que no eran sus partidarios incondicionales.

Estos episodios demuestran su carencia de flexibilidad, circunstancia que en ciertos casos y para algunas cosas constituía un defecto, pero hay que reconocer que esa modalidad se convertía en una calidad eficaz cuando actuaba como propagandista, luchador y jefe, como lo fué siempre. Las innovaciones en la legislación y las costumbres, el combate contra rutinas y privilegios, la obstinación en la defensa de determinadas soluciones, exigían una energía personal que no admitía las mermas del acomodo. Ese hombre público era un bloque y debía ser juzgado de manera objetiva, con sus calidades y omisiones. Esto no se hizo ni ocurrió, y ciertamente no pudo hacerse en el ambiente caldeado en que le tocó actuar y en el seno de una democracia en formación donde prevalecía el arrastre de los hombres sobre el idealismo de los programas. Como caudillo civil y gobernante el señor Batlle provocó fanatismos entre sus adeptos y pasiones violentas entre sus opositores, que fueron mas enemigos que adversarios políticos.

Yo sólo le conocí y le traté en París. Hablaba con deficiencias la lengua francesa; carecía de esa versación literaria y artística que es indispensable en la convivencia de las sociedades de cultura heredada; se le notaba lento en el hablar, pesado en la expresión, difícil en la elaboración de los conceptos para enunciar su pensamiento; falto, en síntesis, de flexibilidad mental y agravado con una disposición innata

para el rechazo de toda idea que no coincidiera con las suyas. Su espíritu revelaba analogías con su estructura física, que era hercúlea, cargada y tardía, como correspondía a su peso de ciento treinta kilos. En cambio, su microcefalía no tenía relación con aquella masa de músculos distribuída sobre un sistema óseo alto de dos metros. La silueta se completaba con una indumentaria desplanchada y la corbata mal hecha que denunciaban su fondo de bohemio desdeñoso de las apariencias y los portes exteriores.

En el París armonioso de comienzos del siglo en que la vida mundana era intensa y fácil, la silueta, la expresión verbal, la distinción, la elegancia, el señorío y hasta la manera de saludar, definían a las personas. El valimiento intelectual, las virtudes intrínsicas o la fortuna eran otros valores, desde luego superiores a los que la apariencia concede a hombres y mujeres ; pero la educación era el valor mas estimado en las relaciones sociales. No la poseían todos los sudamericanos que llegaban a Francia en aquella época ya remota, y de ahí el recelo con que eran acogidos. Como he dicho, el señor Batlle no intentó crear relaciones sino mas bien evitarlas, de modo que puedo afirmar que durante su dilatada permanencia en París su presencia pasó enteramente inadvertida desde un mes después de su arribo. Felizmente para él, su radicación europea fue apenas un paréntesis entre sus dos presidencias, y ese paréntesis se llenó de nostalgia... Era un temperamento exclusivamente político y localista : nunca demostró interés por otra cosa que no fuese la política, ni tuvo actuación fuera de ella ni de su terruño.

Repito que sólo le traté en Europa, donde sus calidades no tenían ocasión de manifestarse, pero estaba informado de sus antecedentes y condiciones personales con motivo de su estrecha vinculación con mis familiares de la rama materna. Los Gil compartieron con el señor Batlle su enérgica oposición a los malos gobiernos, y posteriormente le acompañaron en otras soluciones políticas y sociales. Teófilo y él fueron codirectores de *La Razón* en 1884, y dos años después la jornada del Quebracho vió a Batlle junto a los siete hermanos Gil, uno de los cuales cayó allí para siempre. En 1903, Juan y Mario, unidos a una minoría parlamentaria, decidieron con su voto la elección presidencial de su amigo, quedando alejados definitivamente de su partido en razón de esa actitud. Creían, con razón, en su valor moral y cívico, en su entereza de carácter, su honestidad y tenacidad. Empleó esas calidades en su juventud en la lucha contra la tiranía ; las mantuvo en su oposición a los prejuicios religiosos y a los privilegios de cierta clase ; y confirmó el vigor de su espíritu al negarse a transar con adversarios cuya ideología no representaba, a su juicio, ninguna solución para el bienestar o el progreso del país. Puede discutirse la eficacia o la bondad de sus proyectos, realizados o fracasados, pero era un hombre que sabía lo que quería y que nunca vaciló en dar todo su empuje para la

ejecución de sus propósitos. Era un valor auténtico, mas por su temperamento tesonero puesto al servicio de sus aspiraciones políticas, que por el talento o la ilustración de estadista, que ofrecía indudables deficiencias.

Se ha sostenido que presentó un importante proyecto a la Conferencia de la Paz que se reunió en La Haya en 1907, y se ha afirmado que fue aquél el proyecto precursor de la Liga de las Naciones que debía funcionar en Ginebra muchos años después. Todo esto no es mas que una exageración destinada al consumo político interno... Como lo he dicho anteriormente la iniciativa de Batlle, apoyada por la elocuencia del otro delegado a la Conferencia, doctor Juan Pedro Castro, no tuvo derivaciones y no fue tomada en cuenta por aquella asamblea ; tampoco constituyó una novedad, porque precedentemente otros gobiernos y otras asambleas en el curso de la historia habían enunciado y propuesto iniciativas análogas que estuvieron condenadas al fracaso como lo estuvo la Liga de Ginebra y la Un que la ha reemplazado.

He dicho que el señor Batlle rehuía el contacto con compatriotas que no tuviesen sus mismas opiniones o pasiones políticas, pero hizo una excepción con un pequeño personaje desvinculado de su país de nacimiento, el doctor Rafael De Miero, que se había radicado en París con su familia. Tendré oportunidad de referirme a él con alguna extensión con motivo de su designación como ministro plenipotenciario de Uruguay ; pero fue el amigo inmediato del expresidente, aunque no creo que éste le hiciera confidencias sobre sus planes de futuro dado el hermetismo que constituía una de sus características.

II

En julio de 1908 debí cumplir la solicitación de un amigo que me escribió desde Montevideo pidiéndome que visitase en su nombre al señor Batlle y la expresara sus condolencias con motivo del deceso de su hermano don Luis. Así lo hice. En la conversación que se entabló luego, el señor Batlle me dijo que tenía el propósito de pasar el verano fuera de París, y me interrogó respecto de los lugares adonde podría dirijirse con su familia. No le atraían las playas ni las estaciones termales en aquellos días de duelo para él, pues eran centros de fiestas y algazaras ; y prefería un sitio tranquilo y discreto, un tanto alejado de las corrientes bulliciosas del turismo internacional. De inmediato le sugerí el país y el punto que le convenían : Suiza, desde luego, que además de sus concurridos parajes climatéricos y mundanos ofrece también sitios de retiro y silencio que no son menos bellos que los otros ; y entre ellos indiqué la breve y riente comarca de Gruyères, situada en el cantón de Friburgo. En pocas palabras le describí esa

región sosegada, no descubierta todavía por el turismo cosmopolita y apenas cruzada por un tren eléctrico que partía de Vevey y ascendía la montaña dejando ver en su marcha paisajes incomparables. En la aldea de Gruyères no había teatro, ni cine, ni casino ; apenas dos hoteles, modestos y simples, casi unas fondas, donde la pieza y la pensión costaban sólo cinco francos diarios. Pero a un kilómetro del pueblo, en un paraje casi escondido y lleno de árboles, había otrc hotel mas importante y confortable, frecuentado principalmente por familias burguesas de Ginebra, gentes cultas y tranquilas. Era el hotel de Montbarry-les-Bains, donde acostumbraba a veranear en aquellos años, con su familia, don Daniel Muñoz, a la sazón ministro en Londres.

Platicando durante mi visita sobre otro aspecto de los veraneos en Gruyères, relaté que el año anterior había tenido yo oportunidad de asistir a un sencillo y admirable acto político, que revelaba como los labriegos y artesanos suizos concebían y practicaban la democracia. En efecto, una tarde regresó a la aldea su diputado al consejo nacional que había participado de las sesiones legislativas y volvía de Berna para reanudar su trabajo de relojero. Entró a pie, maleta en mano, y antes de penetrar en su casa y taller se acercó a la vieja fuente que, situada en la única plazuela del pueblo, surte de agua pura a sus habitantes ; sacóse el sombrero, golpeó sus manos, y poco después se vió rodeado de un centenar de hombres, mujeres y niños que conservaban sus instrumentos y útiles de labor. Empezó a hablar frente al grupo, y aunque yo comprendía mal el *patois* friburgués, advertí que estaba proporcionando informaciones a sus electores acerca de lo tratado en el consejo nacional y explicando su intervención en los asuntos legislativos. Noté que se le formulaban algunas preguntas a las cuales respondió con simplicidad ; cambiáronse frases y diálogos breves ; y poco después terminaba aquella simpática y sencilla asamblea al aire libre, ejemplo de democracia pura, donde el artesano investido de representación daba cuenta cabal de su cometido a sus conciudadanos, en una buena charla que era acogida sin censuras y sin aplausos... Cada uno volvió luego a sus quehaceres y al cabo de un rato ví al diputado en su pequeño taller componiendo relojes.

No he olvidado la expresión de interés que aparecía en la fisonomía del señor Batlle al oir este relato, y la atención profunda con que sus familiares seguían mi narración. El episodio del relojero-diputado coincidía con la opinión que tenían todos ellos de las prácticas democráticas. Y no fue una sorpresa para mí el informarme, días después, que el expresidente y los suyos habían partido para Gruyères y se habían instalado en el hotel de Montbarry-les-Bains...

Tuve oportunidad de verles al mes siguiente, pues yo iba a un lugar vecino a pasar mis vacaciones veraniegas ; en el mismo hotel de los Batlle se había instalado el ministro don Daniel Muñoz con su familia, como en los años anteriores ; y supe luego que, antes de terminar su

veraneo, ambos personajes habían visitado Berna, que el político uruguayo consideraba no sólo como la capital del país sino también como una de las capitales de la democracia.

Y bien, fue durante esa permanencia en Suiza que surgió en la mente de señor Batlle el proyecto de instituir en nuestro país el sistema del gobierno colegiado, que debía provocar intensas campañas políticas y cuyas reacciones históricas no terminaron con su aplicación parcial en la Constitución de 1917 y su derogación dictatorial en 1933.

III

En julio de 1910 el señor Batlle y Ordóñez recibió la noticia de que la convención de su partido político había proclamado su candidatura para la nueva presidencia. Como se recordará, la constitución de 1830, vigente aún, establecía que el primer magistrado debía ser elegido por la asamblea general, constituida por la reunión de las dos cámaras. El partido del gobierno disponía de una mayoría efectiva en el electorado y en las cámaras ; no había cismas internos que hicieran peligrar la cohesión partidaria ; los hombres que gobernaban en aquella hora eran amigos del candidato, de manera que desde el instante en que tuvo lugar la proclamación el personaje podía considerarse virtualmente electo. Un movimiento de protesta armada contra esa solución política llevado a cabo por el partido adverso fue rápidamente dominado. Batlle redactó, pues, la aceptación de su candidatura y su programa de gobierno, enviando ese documento desde París al doctor Antonio María Rodriguez, que presidía la convención nacional de su partido. Fue fechado el 10 de agosto de 1910, y conozco sus detalles porque conservo desde entonces en mi poder el borrador autógrafo.

En efecto, por aquellas fechas el señor Batlle me entregó los originales con el pedido de que hiciese yo un extracto de su plan de gobierno y obtuviese su publicación en algunos órganos periodísticos de Francia e Inglaterra. Así lo hice, y una noticia bastante amplia apareció en *The Times* de Londres, *Le Figaro* de París y *La Dépêche de Toulouse*. Con este motivo sostuve con el candidato una larga conversación en su alojamiento de la avenida de los Campos Elíseos, y después de comentar algunas de sus declaraciones me preguntó cual era mi opinión sobre su programa de gobernante.

Le contesté que mi opinión carecía de valor, pero él insistió en su deseo, y como he padecido con frecuencia de la franqueza, probando con ello que soy mal cortesano, recuerdo haberle respondido que el documento que teníamos en las manos constituía un programa esencialmente político, pero que no era el plan de un estadista que busca solucionar los problemas fundamentales de su país. Sorprendido ante el

ex abrupto, Batlle dejó pasar algunos segundos y me formuló esta interrogación : « ¿ Cuales son, a su juicio, los problemas fundamentales de nuestro país ? » « El de la educación pública, en primer término — le respondí — ; el problema agrario, vinculado a la ejecución de una obra de justicia y reformas sociales que sólo puede tener por base la transformación económica del país, iniciándola con la división de la propiedad rural y la independización del proletariado campesino ; la defensa nacional, de la que dependen la soberanía y la dignidad de la nación ; y la inmigración seleccionada, que al incorporar elementos civilizados y laboriosos a nuestra masa criolla, mejoraría sus calidades y pondría fin al error de nuestros hombres públicos que creen que el progreso del pueblo se obtiene por medio de instituciones avanzadas que, en la realidad de las cosas, resultan impracticables cuando no coinciden con la evolución de la cultura y la difusion de la riqueza. »

El candidato presidencial me había escuchado atentamente, pero no pareció convencido de que su programa casi exclusivamente político no resolvería las cuestiones o las dificultades de la República en aquella época. La verdad es que durante su segundo gobierno tomó iniciativas y fomentó reformas que precisamente coincidieron con las ideas que yo había sostenido en el curso de mi conversación con él, y entre ellas la muy importante de la gratuidad de la enseñanza, tan democrática como eficaz ; pero nunca lo reconoció, según su costumbre. No es de extrañarse que nuestra charla se convirtiese en una casi discusión, porque aunque sigo creyendo hoy que mis argumentos de entonces eran fundados, tuve que chocar con la falta de adhesión que me oponía aquel hombre, polemista avezado y poco dispuesto a ceder en sus puntos de vista. Pasado mediodía, una criada vino a anunciarle que el almuerzo estaba servido, lo que dió motivo a que yo intentase despedirme ; pero mi interlocutor me obligó a sentarme y continuó defendiendo su programa y sus ideas. No es que contrariase precisamente las que yo exponía, pero entendía resolver los problemas nacionales sobre la base de una legislación avanzada, acordando mayor influencia a los factores políticos y a las reformas institucionales que a los elementos destinados a modificar la economía del país, o a los nuevos métodos educacionales, o a los aportes inmigratorios de selección, o a la enseñanza militar a los ciudadanos que reemplazase al ejército mercenario por el ejército del pueblo.

Era casi la una de la tarde cuando el señor Batlle me autorizó a retirarme, y recuerdo sus palabras textuales de despedida : « Alguna razón ha de tener usted, porque parece convencido de lo que sostiene »... « Ofrezco a usted — le dije entonces — ampliar por escrito todo lo que he dicho y llevarle a su despacho presidencial, antes de un año, una exposición impresa de mis ideas. »

Este fue el motivo de mi pequeño libro *La sociedad uruguaya y sus problemas*, que editó Ollendorf en París a mediados de 1911 ; en el

mes de septiembre de aquel año obtuve una corta licencia para viajar a Montevideo ; y a mi llegada gestioné una audiencia del señor Batlle, ya presidente. Me recibió fríamente en su chacra de Piedras Blancas, y cuando puse en sus manos un ejemplar de mi trabajo lo tomó sin darme las gracias. Su expresión daba a entender que hubiera preferido que yo no cumpliese la promesa hecha en París, pero de todos modos aquella breve conversación fue la última que sostuve con el personaje. Aunque vivió veinte años mas, no volví a verle.

CAPÍTULO SEXTO

LA VIDA FRANCESA

El panorama espiritual antes de la primera guerra. — La vida teatral ; autores, intérpretes y escenarios. — La convivencia culta en todas partes. — Paralelo sintético entre ayer y hoy. — Evocación de antiguos afectos ; Héctor Bandinelli, Abel de Fuentes, Manuel Ugarte. — El salón de madame de Espejo. — Veladas literarias en la legación de Chile. — La mesa francesa, expresión de cultura. — Jerarquía en el arte del gusto ; menús epicúreos y banquetes sin discursos. — La gracia femenina.

I

Era todo un privilegio identificarse con la vida francesa en los últimos años de un período que se caracterizó por su elevada cultura, su paz integral, su amplitud espiritual, sus facilidades económicas y su buen humor. Todo contribuyó a tornar grata la existencia de las generaciones viejas y jóvenes que vivieron en Europa occidental entre 1875 y 1914. Decíase en París que se sentía moral y físicamente *la douceur de vivre,* y yo fuí testigo de ello. Más que testigo, gocé también de la dulzura que ofrecía la vida en aquella época insuperable. Por encima de sus preocupaciones cuotidianas que siempre existen, Francia colocaba su amor a la libertad, a la justicia y al derecho ; la generosidad de sus ideas ; sus expresiones artísticas, su cordialidad y las vibraciones de un pensamiento fecundo que se trasuntaba en el teatro, la producción editorial, la prensa, la actividad académica y parlamentaria, las conferencias públicas, el turismo. Eran todos frutos magníficos de la paz, el genio y el trabajo, creadores de la riqueza cultural y material de un ciclo que vive aún en la memoria de los viejos que le conocieron en su mocedad y que sienten hoy la nostalgia de aquella dicha.

La actividad teatral era la que ofrecía atractivos de más visible intensidad y la que alcanzó su culminación brillante en el decenio que precedió a la primera guerra mundial. Admiramos entonces a los grandes autores que no parecen haber tenido sucesión : Edmond Rostand,

Maurice Donnay, Tristán Bernard, Alfred Capus, Porto-Riche, Paul Bourget, Henry Bataille, Pierre Frondaie, Octave Mirbeau, Henry Bernstein... Intérpretes admirables como Antoine, Réjane y Sarah Bernardt poseían teatros propios que llevaban sus nombres. La elegancia de las salas modernas alternaba con el gusto clásico de las antiguas, que se enorgullecían de su tradición centenaria. Un prestigio merecido aureolaba los cuatro grandes teatros oficiales — Opera, Opera Cómica, Odeón y Comedia Francesa — y algunos cabarets artísticos, café-conciertos y music-halls, se distinguían como expresiones de *esprit*, arte alegre y lujo dentro de su género.

Una muchedumbre cosmopolita se volcaba en la capital, y la estadística reveló que en ella, poblada entonces por tres millones de habitantes, entraban y salían cuarenta mil turistas diarios, vale decir, más de un millón por mes, población flotante que venía en busca de sensaciones, de placeres, de contactos culturales y de compras de todo género. A pesar de esa concurrencia adinerada no era difícil obtener mesa en los restaurantes y asientos en los teatros y conciertos, pues una organización inteligente había previsto el espacio en relación con la clientela. Lo mismo acaecía con los medios de transporte, cuya amplitud estaba condicionada al número de pasajeros. Se desconocían el apretujón, el pisotón, el codazo y el asalto a los ómnibus y tranvías ; los hombres cedían los asientos a las señoras ; y aunque corro el riesgo de no ser creído por las generaciones actuales, la comodidad, el desahogo y la buena educación caracterizaban la convivencia en todos los lugares públicos.

No voy a convertir esta página de recuerdos en una guía turística ; solo quiero decir que logré el deleite de identificarme con el alma de la ciudad-luz a través de sus iglesias y monumentos, sus parques y palacios, contemplados en la claridad brumosa y fina de los días otoñales, o adivinados en las noches con la presencia de los fantasmas que hicieron la gloria y la historia de las viejas urbes. Reyes ilustres, obispos piadosos, aristócratas, guerreros, poetas y artistas, crearon la metrópoli de resonancias gigantescas y armoniosas donde dejaron la huella imperecedera del genio latino. Capital de arte, de elegancia y de leyenda, su *savoir-vivre* ha elevado como ninguna otra el nivel del espíritu humano, y su grandeza ha iluminado la civilización occidental con la expansión brillante de sus ideas.

Si se me preguntase cuales son las diferencias fundamentales entre aquella sociedad fenecida y la actual, contestaría que la primera se caracterizaba por un sentimiento de seguridad y de confianza, mientras que hoy reinan la vacilación, la desconfianza y el miedo ; a pesar del aumento colosal de la riqueza, se sienten ahora necesidades que entonces eran desconocidas ; las gentes parecían dichosas y probablemente lo eran, en tanto que hoy seguramente no lo son ; las mujeres estaban satisfechas del papel doméstico y social que representaban, mientras

que hoy, a pesar de haber invadido todas las esferas, su influencia sobre el hombre ha disminuído, porque han desnaturalizado en buena parte su misión ; los valores intelectuales y morales no han desaparecido, pero han mermado de manera alarmante, no porque haya menos sabios, ni menos técnicos, ni menos personas decentes, sino porque se ha dado a la plebe, a la ignorancia, al arribismo y a la incapacidad una influencia que ha desequilibrado profundamente a la sociedad, cuya estructura tradicional y burguesa ha sido rota por los acontecimientos de los últimos siete lustros. Todo en nuestro mundo agitado da la sensación de la improvisación y de lo efímero. En las ciudades no hay sitio ni horas para la meditación y el aislamiento, que tan necesarios son al alma del hombre. Se vive una existencia devorante que roza, a veces, el riesgo del envilecimiento.

Ciertamente asistimos a la gestación de un mundo cuyos futuros aspectos son imprevisibles, pero abrigo fundadas dudas de que el hombre pueda consolidar la paz de su alma, la paz social y la paz política sobre la base de una estructura fundamentalmente económica. La doctrina materialista de Carlos Marx contradice los conceptos espiritualistas del cristianismo, que siguen siendo los únicos capaces de transformar al mundo. Si no lo han conseguido es porque los niveles humanos distan aún mucho de aproximarse a la perfección enseñada por el Mesías, pero su doctrina perdura, la aspiración existe y los hijos de Dios llegarán a amarse fraternalmente en el curso de los siglos futuros. Al decirlo así apresuramos la llegada de esa hora.

II

En estos capítulos me he referido a muchas personas con quienes mantenía relaciones oficiales o afectivas, y aunque no hay interés en mencionar a todas las que he conocido — como tampoco lo hay en narrar todos los episodios de mi vida — quiero recordar a algunos amigos de esa época que dejaron en mi espíritu huellas imborrables.

Conocí a Héctor Bandinelli diez años antes de la primera guerra, en el barrio latino, donde su fina silueta de aristócrata hacía volver la cabeza a las grisetas. Ninguna de ellas sospechaba que aquel mozo enguantado que lucía trajes de corte impecable y puños blanquísimos, vivía con doscientos setenta francos mensuales que le enviaba puntualmente su tutor desde Montevideo. Y aquí aparece la faz heroica de la personalidad de Bandinelli : en París, con veinte años de edad y aquella suma exigua, enfrentó las necesidades y las tentaciones sin pedir jamás prestado un luis a nadie, ni ninguno de sus amigos pudo atribuirle un paso falso. Bajo su apariencia amable y su rostro sonriente había un carácter y un talento : y si estas calidades se hubiesen comple-

tado con un poco de voluntad por el trabajo, Héctor Bandinelli habría dejado cosas interesantes; pero era un bohemio distinguido que prefería las tertulias del Vachette y el café Riche a las cuartillas que exigen llenarse en la soledad de una bohardilla. Derrochaba ironía y crítica punzante sin darse la pena de anotar ninguna de sus bellas ideas; y dió la medida de su valor cuando aceptó trasladarse a China, por encargo del gobierno uruguayo, para traer a Montevideo a un agente diplomático amigo suyo que había perdido la razón y que se hallaba en aquel inmenso país sin que nadie supiese adonde... Pasó allí dos meses de búsquedas y peligros, hasta dar con el extraviado y devolverlo a los suyos; pero su salud quebrantada y descuidada le faltó de golpe, y murió antes de cumplir cuarenta años cuando su actividad se había orientado hacia la enseñanza universitaria.

Le quise y le admiré, como a otro bohemio que pudo dar mucho de sí y que sólo dejó unas pocas páginas selectas porque prevalecía su naturaleza contemplativa y desinteresada sobre cualquier afán de exteriorización. Abel de Fuentes era un místico del arte; pasaba las primaveras en París y los inviernos en el Mediterráneo; conoció a Grecia como nadie, y fue capaz de asimilar la cultura latina como un monje estudioso y retraído. Las vicisitudes de su vida le llevaron a aceptar funciones consulares. ! Cuanto mejor habría estado en el desempeño de una cátedra!

Con Manuel Ugarte mantuve siempre una relación de perfecta cordialidad a pesar de nuestra falta de coincidencia en materia política y social, y nunca tuve reparos en reconocer que su brillante talento se completaba con el equilibrio y sensatez de sus ideas. Vivía, trabajaba y se conducía como un señor. En el correr de los años alcanzó el relieve de una figura continental, y atribuyo a la pobreza su aceptación de las embajadas que le otorgó un gobierno que su dignidad le aconsejaba desconocer, como terminó por hacerlo. Quizá tuvo razón, porque si se hubiera dejado morir de hambre nadie habría reconocido su heroísmo moral, en la época de arribistas y tenderos triunfantes que correspondió a su vejez.

Si algunos cafés parisienses ofrecían la atracción del talento derrochado entre desniveles sociales, también había salones literarios donde la distinción se hermanaba con la cultura intelectual. Para tener acceso a la sala y el comedor de madame de Espejo eran indispensables ambas credenciales. Ninguna elegancia superaba en sobriedad y buen gusto a la residencia de aquella dama, en la rue de Courcelles núm. 6, y hubiera podido creerse que el moblaje, los tapices y las colecciones de arte llevaban el sello espiritual de la dueña de casa. No era ya una mujer joven cuando me acogió con un sentimiento casi maternal y me presentó a sus familiares y amigos, hallando yo cerca suyo el doble amparo de la bondad y la dignidad. Era argentina, viuda de un diplomático español e hija del conde Juan Silvano de Solier y de doña Carolina de

Lezica ; hermana del almirante Daniel de Solier, estaba también emparentada con los marqueses de Torre-Tagle, de la sociedad colonial peruana. Los zarpazos de la guerra dispersaron aquel círculo mundano y literario, como todos los demás ; y madame de Espejo fue a refugiarse en su villa de Cannes, que había pertenecido a su madre. Al lado de ésta y bajo la sombra de los cipreses duerme en paz para siempre la noble dama.

Las veladas semanales de la legación de Chile, situada entonces en la rue de Prony, no eran precisamente diplomáticas aunque se celebraban en el departamento ocupado por el primer secretario, señor Dublé Urrutia. Era éste un poeta que tuvo el mérito de vincular en París a muchos hombres de letras hispanoamericanos que no se conocían personalmente y que el salón del autor chileno se encargó de aproximar. El prestigio de Rubén Darío, Gómez Carrillo, Vargas Vila, Contreras, Bobadilla, Ingenieros y otros, atrajo a escritores dispersos, y los martes por la noche en charlas amenas o en discusiones apasionadas la elocuencia mejicana alternó con las voces rioplatenses y los versificadores de los pueblos andinos se mezclaron con los prosistas cubanos. Aquellas tertulias no eran numerosas, aunque sí selectas ; en ellas nacieron amistades sólidas y también celos inevitables ; pero estimularon una producción literaria que irradió su brillo hacia los centros de habla hispánica, llevando al mismo tiempo los signos de la formación espiritual francesa.

Una vez, José Ingenieros sostuvo la paradoja de que su memoria excesiva era su enemiga mental. Le repliqué que mi memoria era el mejor instrumento de trabajo de que yo disponía ; y ante esa controversia y los argumentos poco convincentes que exponíamos, el auditorio exigió una prueba : Ingenieros y yo debíamos leer en alta voz una parrafada de un periódico y repetirla de memoria. El crítico cubano Fray Candil escogió dos largas frases, que leímos, y al intentar repetirlas fallé dos veces y mi adversario una, por lo que se le adjudicó por unanimidad el título de primer memorista. Otros títulos mas altos debía alcanzar aquel hombre de ciencia en el curso de su fecunda vida.

No debo dejar pasar estos recuerdos juveniles sin mencionar el fin del hombre excepcional que fue Juan Pedro Castro, a quien me he referido en páginas anteriores. Poseía infelizmente un físico endeble, y un grave padecimiento le obligó a alejarse de las funciones públicas para buscar en una estación climatérica de Suiza el remedio de su mal. Sólo logró aplazar el término de sus días, que fue precedido por el de su hija María Elena y seguido algún tiempo después por el de su esposa y sus otros hijos. Así desapareció de manera tan injusta toda esta familia que dejó en mi corazón un cariño imperecedero.

Evaristo Ciganda, Luis de Azcárate, Leopoldo Thévenin, Carlos Rucker, Daniel Muñoz Caravia, Julio Raúl Mendilaharsu, Norberto Villagrán, Alfonso Broqua, Pastor Alzola, Ricardo y Raúl Sienra Lessa,

Héctor Pérez, Hugo del Priore, soy vuestro sobreviviente... Escribo con melancolía estas evocaciones de amigos de París que se fueron para no volver ; y al estampar aquí sus nombres o imprimir una nota breve sobre algunos de ellos, me hago la ilusión de resucitar por un instante y para mí solo las horas dichosas que nos tocó vivir.

III

Sonríe mi vejez al recuerdo de los banquetes sin discursos que se celebraban en París hace treinta y cuarenta años. La cocina francesa era una expresión de cultura con profunda influencia en la vida social. Era un arte, como la pintura y la música. Su culto se practicaba en la amenidad de las tertulias y la discreción de las personas bien educadas. En los almuerzos y las cenas, entre familiares y amigos, diplomáticos, parlamentarios y hombres de letras o de negocios, los tonos de la conversación no se alzaban mas que el tintineo de los cubiertos, ni las risas tenían mayor sonoridad que el choque leve de las copas, ni los brindis mas extensión que una frase. Confieso que nunca asistí a banquetes de hombres solos. La mujer francesa ponía en el comedor de su casa o del restaurante la nota distinguida de su feminidad. Poseía la facultad de convertir una fonda en un salón. Su elegancia valía tanto como su cultura social, así fuese una aristócrata, una burguesa o una modesta empleada. Para ella la mesa era un estrado, y a nadie se le hubiese ocurrido alterar la armonía de ese acto social con una peroración interruptora de la tertulia de sobremesa y de la beatitud de la digestión. Los discursos se dejaban para los banquetes políticos a los que no asistía la gente de buen gusto.

La primera guerra mundial anuló aquel procedimiento refinado que consistía en comer bien en sociedad sin oir ni dar latas indigestas. Las amenísimas charlas de sobremesa fueron reemplazadas después en todo el mundo por los soliloquios estentóreos, hasta el punto de que ya no hay almuerzo ni comida — cualquiera que sea el motivo — sin final verborrágico. Esta peroración inevitable es un testimonio más de la perturbación espiritual del hombre moderno empeñado en hablar para no decir nada.

Una cosa es nutrirse y otra cosa saber comer. El comilón traga, el gastrónomo saborea. La sutileza de la lengua francesa ha establecido un distingo entre *gourmand* y *gourmet*. El idioma español es menos preciso en la definición, probablemente porque la cocina española es menos refinada que la francesa, aunque posea también platos excelentes ; pero, en general, el español prefiere la suculencia y el condimento a la inteligente sobriedad del francés, que combina en los cuatro platos de sus dos comidas diarias el sabor delicado de cinco siglos de arte culinario.

Porque dos platos bastan para un buen almuerzo, otros dos para la cena y tres cuando hay invitados a la mesa. Cuatro platos, incluyendo el postre, constituyen un banquete. No es la extensión del menú lo que revela el buen gusto de un anfitrión o de una dueña de casa : es la elección de los manjares, el punto del cocimiento, la dosificación de los ingredientes, el sabor de las salsas, el perfume de las cremas y la calidad de los vinos. Ningún país ha superado a Francia en la técnica de la mesa ni en la perfección de su arte culinario. Noble y ligera, fina y armoniosa, la cocina francesa ha sido siempre una de las expresiones mas seductoras de cultura de aquel país maravilloso. Si la pintura es el arte de la vista y la música el arte del oído, la gastronomía ha alcanzado en Francia la jerarquía del arte del gusto. Y en la época que me tocó vivir allí — todo la década anterior a la primera guerra — el culto de la mesa estaba tan difundido y las excelencias de la cocina tan generalizadas, que las clases populares comían mejor que las ricas de otras naciones. No hablemos de los hogares de la alta burguesía o de la nobleza, donde el *maître d'hôtel* era un artista que revelaba sus aptitudes en la elección de las frutas y las flores, la colocación de los cubiertos y la combinación de las viandas ; pero hasta los vulgares cocheros de fiacre se regalaban diariamente en los *marchands de vins* con platos que aún hoy son incapaces de preparar las cocineras de muchas ciudades que no están a mil leguas de aquí... Ostras pulposas, acompañadas de lentos tragos de Pouilly ; peces cuya carne blanda realzaban las untuosas salsas francesas, sin pizca de pimienta ; avec trufadas, que asociadas a un Pommard o un Beaune se convertían en manjar de dioses ; blancas carnes de ternera y costillitas delicadas, seguidas de botellas de Château-Lafitte, envejecidas en bodegas venerables como templos ; huevos cremosos, croquetas tiernas y jugosas porciones de gigot que parecían verter en el paladar los sabrosos secretos de la tierra galolatina... Toda esta riqueza ambrosíaca con sus servicios impecables, sus lozas artísticas y su *savoir-faire* insuperable, se obtenía por diez o quince francos durante los primeros años de este siglo en los buenos restaurantes de París y de provincia. De ahí que los almuerzos y las cenas tuviesen carácter de ritos en los que sólo se conversaba en voz baja y en tono amable, mientras los ojos se deleitaban en la contemplación de las bellas comensales que llevaban a aquellos ambientes la realidad de su elegancia, su sonrisa y su gracia.

Claro está que en tales medios espirituales los discursos hubieran resultado impertinencias y los jazz-bands considerados como expresiones de salvajismo.

Todo tiempo pasado fue mejor... Pero esta ilusión de los viejos es una realidad cuando se cambia una mesa de 1910 por otra de los años que corren.

CAPÍTULO SÉPTIMO

LA VIDA DIPLOMÁTICA

El doctor Luis Piera, ministro plenipotenciario en Francia. — El doctor Rafael De Miero ; sus antecedentes, su palacio y su ópera. — Presentación de credenciales al presidente Fallières ; almuerzo en el castillo de Rambouillet. — Siluetas a la moda en el gran boulevard ; el acceso fácil y breve. — Llegada a Paris del doctor Pedro Manini Ríos, ministro del Interior ; sus entrevistas con Clémenceau ; la mesa de Jaurés ; invitados ilustres. — Mis viajes a Aix-les-Bains, la Riviera y Bretaña. — Don Augusto J. Coelho.

I

El sucesor del doctor Juan Pedro Castro en la legación fué el doctor Luis Piera, que se había jubilado a los cincuenta años de edad como ministro de la Alta Corte de Justicia. Era un caballero culto y sociable, pero su designación anuló la candidatura de don Alejandro Herosa, que aspiraba a la plenipotencia en Francia fundándose en sus interinatos como encargado de negocios, que había desempeñado con indudable dignidad y discreción durante mas de veinte años. Al anunciarse la llegada del doctor Piera, a comienzos de 1911, Herosa resolvió trasladarse a Montevideo en procura de una solución a su favor ; y aconteció que sus preparativos de viaje coincidieron con una preocupación que yo experimentaba por haber sido mordido por el perrillo de una amiga mía, que bien podía estar hidrófobo. « Renunciaré a mi partida — me dijo el agudo diplomático — si usted me promete morder a Piera... » Este excelente señor sólo permaneció un año al frente de la legación, que fué acordada por el presidente Batlle y Ordóñez a su amigo personal el doctor Rafael De Miero.

Pasaba éste por ser hombre de gran fortuna y había prometido ejercer el cargo de manera honoraria, aplicando su viático y sueldos a la fundación de un instituto de música en Uruguay. Infelizmente la promesa no se cumplió nunca, pero en cambio el flamante ministro adquirió un palacio que amuebló lujosamente, destinándolo a sede de

su misión diplomática. Estaba situado en el ángulo de la avenida Kléber y la rue de Villejust[1]; en el piso bajo se estableció la cancillería y en los altos los salones de recepción y los departamentos para la familia. En aquellas oficinas trabajé dos años, y creo haber sido un colaborador útil del doctor De Miero sin que éste pareciera notarlo, pues correspondió a mis actividades con un desdén que no se cuidaba siquiera de disimular.

De orígen muy humilde había ascendido en la vida por su solo esfuerzo. Cursó en Montevideo el doctorado en medicina, radicándose luego en Buenos Aires donde casó con doña Enriqueta Monsegur, y se dedicó a negocios que debieron resultarle profícuos porque siendo joven aún marchó a Francia con su familia a gozar de sus pingües rentas. Parecía poseer vocación musical y compuso una ópera con la colaboración de su secretario, llamado Mario, premio del Conservatorio de Milán ; intituló la pieza *Fata Morgana* y la representó en 1907 en el teatro Réjane, con bastante éxito ; y aunque algunos incrédulos sostuvieron que tal éxito se debía a la propaganda y al dinero, puedo afirmar que De Miero poseía facultades artísticas que procedían quizá de su atavismo napolitano, pero contó en este caso con la influencia a su favor de Darío Nicodemo, administrador del teatro Réjane y amigo íntimo de la gran artista. Los dos hombres tenían el mismo orígen y análoga vocación teatral, aunque Nicodemo poseía mas talento. De Miero era ambicioso, laborioso y emprendedor, pero tenía en su contra una vulgaridad incurable y procedimientos equivocados en su trato con las gentes. Sin duda, y a pesar de reconocérsele ciertos valores, su comercio resultaba desagradable.

Presentó sus credenciales al presidente M. Armand Fallières el 4 de mayo de 1912 en el castillo de Rambouillet, adonde le acompañé, conducidos por el entonces jefe del protocolo, M. Mollard, de quien conservo el mejor recuerdo por la bondad y sencillez que revelaba en el desempeño de sus funciones y la manera amable de solucionar todos los asuntos. Además fueron con nosotros el ministro de Persia, que llevaba una condecoración de su monarca para el presidente, y el de El Salvador, que también presentaba credenciales. Todos estas formalidades fueron cumplidas con simplicidad, pues el ceremonial francés establecía que cuando el jefe del Estado se hallaba en vacaciones quitábase solemnidad a esos actos y se ofrecía, en cambio, un almuerzo a los visitantes. Este tuvo lugar en el gran comedor donde Francisco I, que había construido el castillo, agasajaba a los personajes de su corte. Madame Fallières sentó a su lado al diplomático persa y al representante uruguayo, y el presidente hizo lo mismo con el ministro salvadoreño y conmigo, que tuve el honor de ocupar el sitio inmediato a su

[1] Esa calle lleva ahora el nombre de Paul Valéry, quien en la época a que me vengo refiriendo tenía en ella su casa, bajo el núm. 40.

izquierda, sentándose también a la mesa M. Mollard y un edecán del primer magistrado. Recuerdo con íntima complacencia el ambiente de sencillez burguesa que caracterizó aquel almuerzo, en el que gustamos los platos mas sabrosos de la cocina francesa y los añejos vinos que conservaban aún las bodegas de Rambouillet.

Terminada la sobremesa fuimos invitados a recorrer las salas del castillo que nos ofrecieron testimonios admirables del arte renacentista, y efectuamos luego un paseo por la vasta floresta en la cual se renueva todavía durante los otoños la vieja tradición de las cacerías.

II

Las recepciones diplomáticas eran menos frecuentes en París que en otras capitales, y el motivo estaba en el acuerdo tácito de dejar el mayor tiempo y libertad posibles a los miembros de las embajadas y legaciones para que gozasen de las múltiples atracciones de la ciudad-luz. He dicho ya que la vida teatral era intensa, y si se agregan las visitas obligadas a los museos y exposiciones artísticas, las conferencias literarias, los hipódromos, los alhagos femeninos y los paseos a los lugares inmediatos, llenos de historia y de belleza, como Saint-Germain, Versailles, Fontainebleau y Saint-Cloud, resultaba limitada la convivencia entre diplomáticos. Por mi parte, confieso que prefería acercarme a las personalidades de la prensa, las letras y el parlamento, aunque las mas de las veces mi aproximación era superficial y breve. ¿ Qué interés podían tener las figuras destacadas de la época en intimar con un jóven como yo, diplomático subalterno *d'un tout petit pays sud-américain* ? La vida cosmopolita y tumultuosa del gran boulevard, donde casi todas las glorias del día — y de la noche — mostraban su silueta desde la Madeleine hasta el faubourg Montmartre, ofrecía facilidades de acercamiento ; los cafés de la Paix y de Madrid, las terrazas del Riche y las mesas del Napolitain, centros de tertulias amables, permitían a algún amigo benévolo presentarme a las notabilidades que atraían la atención fugaz del público. Así llegué a estrechar la mano de Jean Lorrain y de Catulle Mendés ; saludar a Sem y a Forain, que bajo la ironía de sus dibujos eran los moralistas de su tiempo ; y conocer a Hébrard, director de *Le Temps*, a Henry Letellier, de *Le Journal* y a Arthur Meyer, de *Le Gaulois*. Correspondían éstos y otros a mi deferencia y después de una frase cortés continuaban conversando con las personas de su círculo ; pero yo quedaba satisfecho de aquel contacto pasajero, pues declaro que mi interés por ellos no llegaba hasta desear mi incorporación a sus « peñas ». La verdad es que sólo poseo una pequeña dosis de admiración, o mejor dicho, facultades admirativas muy reducidas en cuanto se refiere a los hombres de moda. En la valo-

ración de su importancia intrínsica juzgo superiores las condiciones de carácter a las facultades exclusivamente intelectuales ; si el talento me causa simpatía, la energía, la entereza y el vigor moral me cautivan ; y mi respeto se manifiesta cuando advierto que la inteligencia aparece vinculada a la firmeza y la independencia a la honradez. Estas cualidades rara vez están reunidas en una misma persona, pero cuando efectivamente lo están definen a un ser humano como una personalidad auténtica.

Como es sabido, Clémenceau y Jaurés pertenecían al núcleo de los varones de excepción, y así lo reveló la influencia decisiva que tuvieron en su época. Había escuchado yo sus intervenciones oratorias en los debates parlamentarios, pero admiraba menos su elocuencia que la firme orientación de su vida puesta al servicio de ideales impersonales. Esperaba una oportunidad para acercarme a ellos, conocerles y oirles ; y esa oportunidad se presentó con motivo del paso por Francia de mi amigo el doctor Pedro Manini Ríos, a la sazón ministro del Interior, que presidía la delegación de Uruguay al centenario de la Constitución y Cortes de Cádiz, en 1912. Manini Ríos había estado en contacto con Jaurés y Clémenceau durante las estadías de estos personajes en Montevideo, y me expresó su deseo de visitarles en París. Fui a verles, y ambos acogieron con evidente simpatía el mensaje de que era yo portador. Con el líder socialista conversé algunos minutos en la modesta sala de su domicilio, situado en la villa de la Tour, inmediata a Passy ; y sentado a su lado noté en aquel hombre que se agigantaba en la tribuna, una sencillez que valía tanto como su elocuencia... Clémenceau no me detuvo, pero acompañé al día siguiente al ministro Manini en su visita a la rue Franklin núm. 9, donde asistí a la entrevista entre los dos hombres de Estado.

Dos problemas preocupaban en aquel año a la opinión francesa : la guerra de los Balkanes y la sucesión presidencial. Refiriéndose a la primera, Clémenceau emitió la opinión de que el conflicto podría generalizarse y que el momento crítico surgiría cuando hubiese un vencido. Como los hechos lo demostraron dos años mas tarde, la primera guerra europea se inició precisamente en Servia. En cuanto al segundo problema, Manini preguntó a su interlocutor si tenía el propósito, como se decía, de presentar su candidatura « No — contestó el ilustre estadista — no lo haré. En razón de nuestro sistema constitucional el poder no es ejercido por el presidente de la República sino por los ministros. Opino que son éstos, por consiguiente, los que deben poseer calidades de iniciativa y acción. El presidente es entre nosotros una figura meramente representativa y conviene que sea un hombre mediocre. Por este motivo yo sostengo la candidatura del señor Fulano de Tal, hombre mediocre... »

Aquella expresiva charla entre el viejo estadista francés y el joven estadista americano duró mas de una hora ; pero debió el primero acen-

tuar en esa hora el concepto que había formado sobre el segundo, porque al día siguiente, y a su pedido, la entrevista se renovó. Clémenceau condujo personalmente a Manini al palacio de Luxemburgo, sede del Senado ; le guió a través de sus salas, corredores y jardines ; y convirtiéndose en el mas elocuente de los cicerones, emprendió el relato y comentario de los episodios históricos de que habían sido testigos los viejos muros del palacio, sin dejar de formular explicaciones críticas de las obras de arte que pueblan el recinto, expresiones suntuosas del claro genio francés que aparece tanto mas inmortal cuanto mas injustas son las pruebas que le depara su destino.

Esa tarde nuestro amigo fue presentado por Clémenceau a las personalidades mas calificadas del Senado de la III República, que le saludaron como a un representante auténtico y autorizado de la democracia uruguaya.

Durante esa permanencia en París, Manini recibió otras demostraciones que procedieron también de hombres de la mas alta jerarquía intelectual y política de Francia. Jaurés, el jefe de la izquierda parlamentaria, le recibió en su casa y le invitó a su mesa ; pero quiso dar a su huésped en esa ocasión un testimonio del concepto que le merecía sentándole entre otros dos invitados cuyos nombres evocan glorias de la elocuencia y las letras francesas : a la izquierda de Manini, estaba Paul Deschanel, el académico, presidente de la Cámara de Diputados y mas tarde presidente de la República ; y a la derecha se sentó Anatole France, el patriarca genial del pensamiento galo, cuya sola presencia en aquel acto privado bastaba para consagrar la personalidad del invitado.

III

Las vacaciones de aquel año me dieron oportunidad de conocer la estación termal y climatérica de Aix-les-Bains, donde pasé algunos días trasladándome luego a Ginebra de donde volví a París. En el curso del invierno fuí a la Riviera, la bien llamada *Côte d'Azur*, deteniéndome en todos aquellos lugares llenos de sol que van desde Marsella hasta Rapallo, y que tuve ocasión de describir, en consonancia con mis impresiones sentimentales, en un relato novelado que publiqué hace muchos años [1]. Tan profunda impresión me produjo la bellísima costa mediterránea, que volví a ella tantas veces como pude durante mis estancias en Europa.

Otro viaje agradable fue el que realicé a Bretaña en la primavera de 1913 en la compañía de mis amigos don Augusto J. Coelho y su

[1] *La amante amarga*, Buenos Aires, 1939.

digna esposa, personas de edad que me habían acogido en su hogar como a un hijo. El señor Coelho era uruguayo, pero había pasado casi toda su vida en la Argentina donde fundó el Banco Español del Río de la Plata, que existe aún en plena prosperidad ; retirado de los negocios, habitaba un suntuoso departamento en la rue de Grenelle al que yo iba durante un par de horas casi todas las mañanas para contestar la correspondencia del exbanquero, trabajo que él retribuía con una mensualidad de quinientos francos oro ; y para alejar de mis escrúpulos la presunción de una subordinación molesta, aquel caballero y su señora me retenían a almorzar en su mesa y me invitaban a acompañarles en sus excursiones domingueras. El viaje a Bretaña duró una semana y lo efectuamos en el Panhard del anciano millonario, deteniéndonos en todos los lugares que aquella magnífica región ofrece al interés de los turistas, desde la catedral de Chartres, del siglo XII, hasta el monte Saint-Michel, a cuya célebre abadía trepé sin que mis piernas flaquearan en los quinientos escalones que separan el monumento de su base granítica.

A mediados del año siguiente el ministro De Miero se puso en viaje con su familia a Montevideo y Buenos Aires, quedando el primer secretario don Francisco Miláns al frente de la legación. Antes de marcharse ofreció en su palacio una representación de la ópera *Fata Morgana*, y con este acto terminó De Miero su actuación diplomática, pues no volvió al desempeño del cargo, y oí decir mucho después que había perdido su fortuna. Por otra parte los tiempos ya cambiaban, y a los alhagos de la vida culta y dulce iba a suceder en Europa la era de la destrucción y la violencia.

CAPÍTULO OCTAVO

MIL NOVECIENTOS CATORCE

El crepúsculo inolvidable del 28 de junio ; la tragedia de Sarajevo y sus consecuencias. — Europa en armas ; la movilización y la guerra. — Mis crónicas de los sucesos políticos y militares. — Los prohombres de la defensa nacional ; Viviani, Ribot, Briand, Sembat y Delcassé. — El primer bombardeo de París. — Traslado a Burdeos del gobierno y el cuerpo diplomático. — Une madrugada memorable. — Reminiscencias históricas ; renacimiento del espíritu de la antigua Roma. — Viaje en el « Pérou ». — M. Joseph Caillaux ; su personalidad ; su misión en América. —Madame Caillaux en la intimidad. — Un corsario en la noche ; la huida en el Atlántico.

I

En la primera página de mi relato sobre La *princesa Leczyka*, revelé que no había visto yo una primavera mas espléndida que la que precedió al terrible estío de 1914. Espléndida fué por las galas magníficas de aquella estación que superó a todas las primaveras de París, y la mas brillante en los anales mundanos por las fiestas y espectáculos que se sucedieron durante las tardes y las noches entre el lujo y la alegría de las clases privilegiadas. Como lo ha afirmado el conde de Segur « no había nostalgia del pasado ni inquietud por el porvenir ; se marchaba sobre una alfombra de flores que nos ocultaba el abismo ». El alma de la gran urbe utilizaba los días postreros de su feliz despreocupación para darse por entero a las embriagueces de la existencia.

El atardecer del 28 de junio vive en mis recuerdos como el final de una época maravillosa. Era domingo, y a través de la alta arboleda de la plaza Malesherbes se filtraba aún la luminosidad del poniente. Casi no había gente, y en la serenidad de aquella hora me senté a cenar, solo, en la terraza de un pequeño restaurant, l'Étrier, que mostraba los manteles blancos de cuatro o cinco mesas sobre la acera que enfrenta las estatuas de los tres Dumas. Fuí el único cliente de un viejo « garçon » que me ofreció dos platos de la auténtica cocina francesa ; y acababa él de encender mi cigarrillo con la amabilidad que distinguía a esa

generación de servidores, cuando resonó en la plaza el grito familiar de todos los crepúsculos parisienses en aquellos años desaparecidos: *La Liberté... L'Intransigeant... La Presse...* Al verme, el vendedor de diarios se aproximó y me dijo, tendiéndome la hoja batalladora de Henri de Rochefort: *¿L'Intran, mon prince?*

Entonces leí la noticia, la inesperada noticia que iba a constituir el jalón terminal de la paz del mundo y el comienzo de un profundo descenso de los valores humanos. Confieso que al informarme de ella estuve lejos de acordarle semejante interpretación. El archiduque Francisco Fernando, asesinado horas antes en Sarajevo, representaba la opresión austriaca sobre las razas incorporadas por la fuerza a la monarquía dual, y las tendencias militaristas de la clase reaccionaria adueñada del poder bajo el cetro senil de Francisco José. La muerte del archiduque pudo y debió ser un golpe para aquella política. Y bien, acaeció precisamente lo contrario. La deducción según la cual la causa de la paz iba a consolidarse con la desaparición del heredero del trono, resultó equivocada, y Austria vió en la guerra no solamente el castigo de la conspiración de Sarajevo sino principalmente la solución de su problema histórico.

Inicióse, pues, esa tarde la marcha a saltos de un proceso que, tras engañosas propagandas destinadas a velar la verdad ante el mundo, conducía sin remedio a un vasto choque armado. Bajo la sugestión del ambiente febril me dí a escribir casi a diario una crónica de los acontecimientos y sus obligados comentarios; envié esas correspondencias firmadas con el seudónimo *Athos*, a *Diario del Plata* de Montevideo, que dirigía a la sazón mi ilustre amigo don Antonio Bachini, exministro de Relaciones Exteriores, y fueron incluídas por extenso en mi libro *La huella de mis sandalias*. No tengo porque insistir sobre sucesos políticos y militares ya juzgados, pero transcribiré algunos fragmentos de las impresiones vividas en aquellos días.

II

París, 31 de julio.

Jaurés acaba de ser asesinado. En esta hora trágica de la vida europea ese acto se convierte en un simbolismo formidable.

El apóstol de la fraternidad universal desaparece en el instante preciso en que la gran quimera de la paz se esfuma ante la realidad de los acontecimientos, independientes, como siempre, de la voluntad y los decretos de los hombres. Las doctrinas pacifistas, los proyectos de desarme, los tratados de arbitraje, las propagandas internacionalistas, son aspiraciones generosas cuya irrealidad se manifiesta cada vez que los determinismos de la historia arman el brazo de las sociedades. La

caída del « leader » socialista, efectuada a mansalva, en la serenidad de una mesa de amigos, se asemeja al derrumbe brutal y rápido de una gran ilusión. Así lo hubiera juzgado el propio Jaurés si hubiera sabido que al mismo tiempo que sonaba a su espalda el disparo, el embajador de Alemania presentaba el ultimátum al gobierno de Petersburgo.

1 de agosto.

Fuí esta mañana al Crédit Lyonnais. En el metropolitano, los bulevares y los cafés, hombres y mujeres estaban absortos en la lectura de los diarios, y aunque preocupada su apariencia era tranquila. Al llegar al Banco me llamó la atención la muchedumbre de extranjeros que llenaba los grandes halls, esperando el turno con el propósito evidente de retirar fondos y marcharse de París. La decepción era grande cuando se informaba a la mayoría de la inutilidad de la gestión. El que conseguía que se le entregara la cuarta parte de su depósito o la sexta de su carta de crédito, podía darse por muy bien servido. En general no se pagaba. A mí me declararon que les era imposible satisfacerme. Yo tenía en esa institución, desde años atrás, un crédito mensual abierto por el Banco de la República de Uruguay, y hasta ese día mis operaciones se habían ejecutado regularmente. El jefe de la sección basó su nueva actitud en el hecho de que aquel Banco no tenía, en esos momentos, fondos acreditados en París.

Esta aserción me sirvió de motivo para visitar a los gerentes del Banco Español del Río de la Plata y de la Banque Française pour le commerce et l'industrie, e informarme de los efectos de la situación internacional sobre las transacciones del dinero. En realidad no había pánico, pero el oro se ocultaba y el cambio se había vuelto tan difícil que el Banco de Francia, cuyo encaje se eleva a cuatro mil millones de francos, acababa de lanzar una emisión de billetes de cinco y veinte francos. Los gerentes fundaron las medidas de restricción en la convicción de que la guerra era cuestión de horas, y las reservas en metálico serían insuficientes por la imposibilidad de recibir numerario del extranjero. La víspera, la Bolsa había clausurado sus puertas y la renta francesa descendido a 78.

En lo que me concierne me encontraba sin dinero y con la probabilidad de no poder recibirlo durante el curso de la guerra. Mi primera medida fué ofrecerme un excelente almuerzo.

* * *

A las 4 y 30 de la tarde, al pasar por la oficina de correos de la calle La Pérouse, ví que el director fijaba un despacho en la puerta. La gente se precipitaba a leerlo. Solo contenía estas palabras : « Urgente. Transmisión recomendada. Orden de movilización general. Primer día de la movilización : domingo 2 de agosto. »

El laconismo del aviso aumentaba su terrible significado. A contar de las doce de la noche todos los hombres en estado de llevar armas debían enrolarse bajo las banderas de combate. Desde el profesor al empleado, desde el artista al obrero, el uniforme militar iba a reemplazar el traje civil. El territorio se convertía en un inmenso campamento. Las universidades, usinas, fábricas, palacios, talleres, oficinas y cabañas, quedarían desiertos o guardados por mujeres. Los medios de locomoción pública suspendidos, el correo restringido, los ferrocarriles reservados exclusivamente al transporte de las tropas y elementos de guerra. En breves horas toda la vida nacional quedaba paralizada ; solo se oiría el rumor profundo de dos millones de hombres marchando hacia la frontera.

La noticia circuló como un rayo pero no alteró la calma de París. Oí comentarios generales, pero ni una protesta, ni siquiera una expresión de sorpresa llegaron a mis oídos. En cambio, de los grupos salían voces resueltas. La opinión había previsto la emergencia. Dos horas después el diario *Le Matin* lanzaba una edición extraordinaria conteniendo el decreto de movilización precedido de este título : « De pie y en silencio.»

Esta noche a las diez la explicación de aquella grave orden se esparció por la capital : Rusia había dado una rotunda negativa a la exigencia alemana de desarme y el emperador Guillermo declaraba la guerra a Nicolás II.

2 de agosto.

Las primeras avanzadas alemanas han entrado en acción.

En la mañana de hoy una división de caballería invadió el Luxemburgo, cuya neutralidad estaba garantizada por el tratado de Londres firmado en 1869. Esta violación de territorio debe obedecer a la necesidad de una operación estratégica ordenada por el estado mayor prusiano, que evidencia así su propósito de invadir la Francia por toda la zona del este. La ocupación del gran ducado ha sido simultánea a la incursión de destacamentos alemanes en Longwy, Montreux-Vieux y Joncherey, donde han tenido lugar las primeras escaramuzas con los puestos avanzados franceses. He podido constatar un sentimiento general de cólera en los comentarios callejeros. El ataque alemán no sorprende a nadie, pero se argumenta que no ha sido precedido de declaración de guerra. Se hace notar que el barón de Schoen, embajador alemán, permanece en su puesto, y que el representante francés en Berlín, M. Cambon, no ha dejado el suyo.

París está cruzado de automóviles y carruajes que conducen militares a las estaciones ferrocarrileras. Los reservistas parten en gran número, llenos de buen humor, acompañados por el saludo de los grupos y la entusiasta simpatía de las mujeres que les arrojan besos y flores.

25 de agosto.

Hoy, una noticia sintética del ministerio de la Guerra anuncia que el estado mayor ha renunciado a la ofensiva y que los ejércitos franceses han retrocedido hasta la frontera belga-francesa.

No hay detalles ni crónicas. La angustia de París es evidente. Se crée que algo muy grave se oculta en el silencio de las autoridades militares.

26 de agosto.

Se sabe ahora que la batalla ha sido terrible. El ala derecha prusiana desbordó los ejércitos aliados. El territorio .francés está invadido.

La prensa y las autoridades predican la calma y afirman que la organización militar de Francia permanece intacta.

27 de agosto.

La consecuencia política fundamental del éxito alemán en Sambre y Mosa se ha revelado en la dimisión del gabinete y la constitución de un ministerio de defensa nacional integrado con personalidades de primera solvencia.

M. Viviani ha llamado a Ribot y Marcel Sembat, dos extremos políticos. Conozco a ambos. Hace dos meses, Ribot, presidente del Consejo, fue derribado por Sembat, y el eminente hombre de Estado, al retirarse vencido, sonrió saludando con la mano a la izquierda doctrinaria y agresiva que condenaba en él la ley de servicio militar de tres años, tronaba contra los armamentos de Francia y descalificaba a los socialistas como M. Briand que votaban el presupuesto de la defensa nacional... Hoy el viejo Ribot es llamado a compartir las tremendas responsabilidades de la hora, conjuntamente con su adversario de ayer. Felizmente, el primero posée demasiado « esprit » para decir al segundo : « La Francia está invadida y el enemigo marcha sobre París. No os sentís un poco cómplices ? Habéis predicado el desarme, el arbitraje y el misticismo pacífico como si la guerra no fuese una ley fatal a que está sujeto el género humano, como la vejez y la muerte. Mientras la potencia enemiga armaba sus legiones y educaba a sus hijos en el culto de la victoria, vosotros enervábais la opinión con vuestras discusiones demagógicas y mecíais el espíritu público en la quimera de una paz perpetua. ¡ Ilusos ! ¡ Creíais en la rebelión del proletariado alemán contra el imperialismo militarista ; y he aquí que el día en que el clarín del kaiser convocó a los pueblos a la guerra, el proletariado quemó su bandera roja al pie de la estatua de Bismarck ! »

Jules Guesde y Delcassé son otras dos grandes figuras del nuevo gobierno. El primero es, quizá, el más eminente teórico del anarquismo. Se le llama « la encarnación francesa del marxismo ». Usa lentes y melena y creía hasta ayer, como Vaillant y Jaurés, en la fraternidad

universal y la abolición de las fronteras. Su decepción debe haber sido tan profunda como es sincera la cólera patriótica que agita su espíritu en estos momentos.

Es que esta guerra — como dice *Le Temps* — no mata únicamente hombres : mata ideas ; y la primera que ha perecido es la del internacionalismo.

La vuelta de M. Delcassé al ministerio de Negocios Extranjeros es la revancha de la diplomacia fuerte, de los métodos claros y precisos, que firmaron la alianza con Rusia, fundaron la entente con Inglaterra y desligaron a Italia de la triplice. Delcassé cayó hace nueve años, envuelto en la ráfaga de pánico que sopló sobre Francia la víspera de Algeciras. Se le sacrificó miserablemente, a él, a su política y a sus ideas, y durante casi una década se siguió un sistema de complacencias y debilidades que provocó una crisis por año y una tensión tan violenta que hicieron maldecir de una paz mantenida a ese precio.

El tiempo ha dado razón al eminente canciller. En diplomacia como en estrategia, la mejor táctica es la que convierte a una nación en una plaza fuerte en movimiento.

30 de agosto.

El día no ha podido ser más sombrío. Las noticias de origen oficial reconocen la presencia del enemigo en el departamento del Aisne, a 140 kilómetros de la capital. Ayer se combatió rudamente por impedir su avance y aunque la derecha francesa obtuvo el retroceso prusiano sobre Guise, el ala izquierda fué doblada y permitió la progresión del ejército alemán sobre La Fére.

El gobernador militar de París, general Gallieni, exige por vía de anuncios la demolición de todos los inmuebles y construcciones situados en la zona de las fortificaciones exteriores. Es la prueba de que la capital se prepara el asedio.

A la una de la tarde un avión planeó sobre París y lanzó tres bombas y un cartel conteniendo una frase sin « esprit ».

Las estaciones de ferrocarril están invadidas por la gente que huye. Entre los extranjeros esto tiene aspecto de « sálvese quien pueda ». Las mujeres y niños forman multitud. Juzgado en conjunto, este movimiento tendría carácter de pánico sino formara contraste con la actitud tranquila de los soldados y la confianza de las administraciones. La prensa, sin dejar de reconocer lo crítico de la hora, afirma las excelencias de la fuerza de que dispone la República y repite su fe inquebrantable en el triunfo definitivo. Insisto en que la causa principal de la huída no es tanto la aproximación del enemigo hacia la capital como la ignorancia de la táctica del estado mayor, que juzga la situación de los alemanes tanto más desfavorable cuanto más lejos estén de sus centros de aprovisionamiento.

1 de septiembre.

A las 6 de la tarde descendía yo la avenida de Wagram, hacia el barrio de Ternes, cuando fuí detenido por una explosión súbita.

Involuntariamente, como los otros cien o quinientos transeuntes, alcé la vista. Un avión cruzaba soberbiamente el cielo de París. Era un « taube » prusiano. Su forma no dejaba lugar a dudas. Venía del norte y se deslizaba con una rapidez sorprendente hacia los barrios de la ribera izquierda del Sena.

Una serie de detonaciones que se sucedieron con un ruido seco, rápido, ininterrumpido, hizo comprender que las ametralladoras instaladas en la torre Eiffel y el Trocadero funcionaban contra el pájaro audaz que cortaba las nubes con su vuelo impávido... Cada dos o tres minutos una nueva explosión desgarraba la atmósfera, dominando el inmenso rumor de la ciudad, como un anuncio infernal de que el aeroplano proseguía su bombardeo.

En la avenida llena de plátanos y en las ventanas profusamente adornadas de banderas tricolores, las cabezas contemplaban curiosamente las evoluciones del avión enemigo. No percibí un gesto ni una palabra denunciadores de temor. Los parisienses, « badauds » por excelencia, encontraban un encanto nuevo en ese episodio de la guerra. Comentarios burlones surgían de las bocas. Una muchacha, tipo acabado de foburgo, exclamó entre dos risas : « Voy hasta mi casa a buscar el paraguas ! »

El aeroplano, a 2000 metros de altura, describió un ancho círculo y tomó la dirección del norte. Evidentemente regresaba al campamento de los suyos. Su vuelo no fué largo. Apenas había franqueado las barreras, otro avión, un biplano francés, se elevó de improviso hacia los cielos que los fulgores del poniente teñían de reflejos aureolados, y ante los ojos de la muchedumbre abrió el fuego de su ametralladora sobre el invasor aéreo. La rapidez de éste se acentuó ; se le vió huir como un pájaro hacia Chantilly ; empequeñecerse en la latitud del firmamento hasta el punto de créersele salvado ; pero antes de que su silueta se desvaneciera en la distancia, varias oscilaciones bruscas parecieron revelar que una ataxia súbita había agarrotado sus alas, y el « taube » audaz se abatió en las lejanías del horizonte...

Esa noche París supo que los dos oficiales prusianos que lo montaban habían pagado su proeza con su vida.

2 de septiembre.

El presidente de la República, acompañado de todos los miembros del gobierno, parte esta noche para Burdeos, que será la capital de Francia durante el resto de la guerra. Esa medida responde a la necesidad de dar un impulso nuevo a la defensa nacional y evitar la posibilidad de que la cabeza de la nación quede aislada, en caso de sitio,

sin otro medio de comunicación que la radiotelegrafía de la torre Eiffel, fácil de destruir, por otra parte.

El éxodo de los parisienses se ha acentuado aún. Los bulevares y las calles solitarias denotan el abandono de la que era hasta ayer una brillante y populosa metrópoli. París es ya solo una inmensa fortaleza que abriga cn su recinto medio millón de soldados.

Los grandes almacenes y los hoteles-palacios han clausurado sus puertas. El personal superior administrativo parte igualmente para Burdeos. El cuerpo diplomático acompañará al gobierno en un tren especial. Esta noticia nos fue comunicada a las dos de la tarde, bajo reserva. Así, pues, íbamos a huir todos sin remedio ante las legiones alemanas que desembocaban en las carreteras próximas. Esa mañana habían ocupado Compiègne y sus « taubes » lanzaban sobre París, mezcladas con sus bombas mortíferas, millares de hojas impresas destinadas a quebrantar la resistencia moral : « L'armée allemande est aux portes de Paris ; il ne vous reste qu'à vous rendre. »

El asedio era inminente, el bombardeo había comenzado y todo hacía creer que la batalla en los foburgos y los bulevares exteriores era cuestión de horas. Y los que no morían bajo las balas no perecerían de hambre ? Lo que nadie pensó ni previó era que en la capital había un soldado genial que iba a transformar la situación tres días después : Gallieni...

Inmediatamente después de conocer la resolución del gobierno, dos nombres amigos surgieron en mi memoria : Hugo del Priore y Héctor Bandinelli. Resolví sacarlos del peligro y corrí a sus domicilios, pero el primero no se hallaba allí y el segundo me declaró categóricamente que no me acompañaría « en la fuga impuesta », añadiendo irónicamente : « He resuelto legar a las generaciones futuras mis impresiones personales sobre el sitio de París. »

A las once de la noche estábamos listos y la partida se efectuó en silencio desde la estación del Quai d'Orsay. En el andén, acompañado de su esposa, se destacaba la recia silueta del embajador de Estados Unidos, Myron T. Herrick, que levantó su sombrero de copa despidiendo a sus colegas. Queda en la capital por orden de su gobierno. Si yo pudiese también permanecería aquí, velando los diez años de mi vida que quedan en París.

III

En el tren, 3 de septiembre.

Seiscientos kilómetros separan París de Burdeos. El viaje fue largo, terriblemente largo, habiéndose detenido el tren repetidas veces durante la noche, en pleno campo, para facilitar el paso de otros trenes que cargados de tropas se dirigían hacia el norte, al encuentro del invasor...

Al amanecer, un alto prolongado permitió a algunos viajeros un descenso al lado de la vía. Sentado en la hierba, en la alborada estival, oí poco a poco romperse el silencio profundo de aquella campiña que dormía y avanzar un convoy interminable que acabó por llenar el espacio de cantos y rumores. En los vagones repletos percibí oficiales y soldados, envueltos en capotes obscuros, que reían y lanzaban a plena voz estrofas belicosas, revelatrices del ánimo viril que los llevaba a la batalla. Eran cabezas jóvenes, conscientes de su deber y su fuerza, dispuestos al sacrificio por el ideal mas grande y generoso que han perseguido los hijos de los hombres desde que la suerte los vinculó al fragmento de tierra en que debían crecer y multiplicarse. Era la esperanza suprema de la Francia que pasaba, armada y entera, resuelta a detener el nuevo avance germánico, realizado por cuarta vez en una centuria. Era la raza gala que renacía frente a la raza teutónica, que ha hollado veintiocho veces al suelo del Mosa desde los tiempos de Clovis... Esta guerra no es mas que un nuevo acto, un nuevo episodio de la lucha que las tribus germanas mantienen desde hace dos mil años contra las tribus galo-romanas y francas. ¿ Qué eran los soldados que pasaban cantando sus tradiciones, sino descendientes legítimos, de sangre y pensamiento, de los guerreros que en una larga sucesión de siglos han detenido con su esfuerzo la serie de las invasiones nórdicas ? Al verlos y oírlos se veía y oía el alma misma de Francia que afrontaba la guerra una vez mas, resuelta a vivir y a eternizarse, en una tenaz aspiración de inmortalidad, como penetrada del rol glorioso que la historia le ha marcado en la evolución de la humanidad.

¡ Podían acercarse ahora los doctrinarios de la disolución, que en los veinte últimos años habían pretendido minar la fe patriótica de Francia clamando contra los armamentos que constituyen hoy su salvaguardia !

Los hombres de la clase territorial, todos mayores de 50 años, con la cabeza blanca, uniformados de brin, fusil al brazo, velaban por la conservación de las comunicaciones a lo largo de la vía férrea y de los puentes.

En las estaciones de tránsito había miles de heridos. El cansancio de los rostros y las desgarraduras de los uniformes evidenciaban la violencia de los choques sostenidos contra el enemigo formidable. Mujeres vestidas de blanco, luciendo en su pecho una cruz roja, rodeaban las camillas y prodigaban sus cuidados a los héroes caídos. Ni sombra de pánico. En todas partes se manifestaba solo el deber, el cumplimiento del deber de unos y otros, de los que iban al combate y de los que venían de él, de los que empuñaban las armas, de los que conducían los trenes y de los que restañaban las heridas.

He llegado a la vieja ciudad girondina con la confirmación plena de la creencia que he tenido siempre : Francia no será vencida. Sé que la ruda Germania conduce la guerra con la resolución inquebrantable de triunfar, y sé también que su preparación y elementos son formi-

dables. Pero basta cruzar estos campos y ciudades para juzgar del hálito de heroísmo que anima a los millones de seres que se disputan el honor de marchar al frente y de sucumbir en el puesto. Sea cual fuere la potencia enemiga, el estoicismo de esta raza perdurará sobre sus duelos y desastres como si emanara del alma de la Roma antigua.

Burdeos, 10 de septiembre.

Al llegar a Burdeos hace una semana advertí que no tenía donde alojarme, pues la ciudad había recibido en los últimos días a 150 000 refugiados procedentes de París y las regiones del norte. No hallé ni una habitación, ni un cuartucho, ni una cama disponible, y después de algunas horas de fatigosa búsqueda me trasladé a Arcachon, pequeña residencia veraniega situada a una hora de viaje de la capital girondina. Me acompañó un colega del cuerpo diplomático, y tuvimos la suerte de encontrar y alquilar un chalet amueblado y conseguir los servicios de una excelente cocinera. Desde el día siguiente fuimos a Burdeos por las mañanas a fin de atender a nuestras obligaciones, regresando a Arcachon al terminar la jornada. La primera de aquellas obligaciones fue instalar la legación, lo que realizamos gracias a la cordial cooperación de nuestro cónsul, el doctor Carlos Calamet, que nos cedió dos piezas en sus propias oficinas.

Debo confesar que todo el trabajo administrativo y diplomático, de contacto con el gobierno francés y de información al uruguayo, así como las gestiones para asistir a los compatriotas que requerían a diario la ayuda de la legación, recayó exclusivamente sobre mí. El ministro plenipotenciario doctor Rafael De Miero se encontraba con licencia en Montevideo y no volvió mas a su puesto ; y el encargado de negocios, don F. M., era un buen hombre que procedía de un pueblo del interior uruguayo donde había sido secretario de un general con influencia política que lo hizo nombrar diputado y mas tarde diplomático. No sabía francés ni tenía noción alguna de la función que le correspondía desempeñar. Y el otro miembro de la representación en Francia, A. S., había preferido quedarse en París por motivos sentimentales, propios de su edad ; pero esta actitud fue interpretada en la cancillería nacional como un acto de valor, lo que le valió un ascenso algún tiempo después.

IV

En el Atlántico, a bordo del Pérou,
30 de noviembre.

Llamado a Montevideo con otros miembros del servicio exterior con motivo de una reorganización impuesta por la guerra europea, me he embarcado en un buque francés, a pesar de los riesgos que estos

corren en la travesía, porque me ofrece la ilusión de prolongar mi permanencia en el seno de esa raza admirable con la cual he convivido casi once años. Este transatlántico es como un fragmento de la Francia, que se ha desprendido de sus riberas y que cruza gallardamente el océano, llevando a su bordo los elementos que nos hacen creer que continuamos existiendo en su país de origen : la mentalidad, los hábitos y hasta la cocina... Cuando fuí a la agencia de la Compañía Transatlántica para retener mi camarote, interrogué al director sobre los peligros que podía ofrecer el viaje en un buque beligerante, dadas las noticias circulantes sobre las actividades de los corsarios alemanes. « Si es usted casado y tiene hijos — me respondió — no se embarque. »

Como ese no es mi caso, me he embarcado. El *Pérou* lleva su capacidad completa : mil pasajeros de las tres clases. Partimos el 14 de Burdeos e hicimos escalas el 18 en Lisboa y el 26 en Dakar ; ahora bogamos hacia Río de Janeiro, aunque afirmo que la dirección no es esta... El barco lleva a veces rumbo al sud y otras al oeste ; evidentemente obedece a las instrucciones radiotelegráficas que le transmiten los buques ingleses y franceses encargados de dar caza a los corsarios. Entretanto la vida a bordo es despreocupada y alegre.

M. Joseph Caillaux y su esposa se hallan entre los viajeros. No tardamos en hacer relación, pues sus « chaises longues » están colocadas en el puente al lado de la mía y esta circunstancia favorece nuestras largas pláticas.

Desde el primer momento pude notar un sentimiento general de reserva hacia el ex-presidente del Consejo y su mujer. La oficialidad y personal del *Pérou* se conduce cortesmente con ellos, pero los pasajeros franceses los evitan, aunque los sucesos que han intervenido en la vida de ambos y que remataron en el célebre proceso, explican esa actitud. Como todavía se recuerda, madame Caillaux había muerto a balazos a M. Calmette, director de *Le Figaro*. He oído comentar algunos incidentes que se produjeron en París al divisárseles en sitios públicos, pero sea cual fuere la opinión de sus compatriotas, ella no disminuye el interés que me inspira la pareja.

Naturalmente, en mis conversaciones me he abstenido de tocar ciertos temas y aludir a recuerdos penosos. La guerra y sus proyecciones bastan y sobran para dar trama a largas pláticas. M. Caillaux posée incontestablemente un brillante talento ; se explaya con una facilidad y abundancia de ideas y conceptos que evidencian el hábito de la tribuna, y formula consideraciones y previsiones que traducen la fuerza de su lógica, hecha a la precisión de los debates. He podido darme cuenta de que en sus opiniones no interviene el elemento pasional, o sea el odio contra los alemanes, tan generalizado en la masa francesa ; sus juicios son puramente intelectuales, en el sentido de que trata los problemas de la guerra como un hombre de estado o diplomátiqo, cue

sabe que en política, y sobre todo en política internacional, los factores sentimentales deben contar infinitamente menos que las razones de orden superior, el interés colectivo, por ejemplo. Bajo este aspecto y quizá sin saberlo, su temperamento en apariencia tan nervioso, tan vehemente y tan francés, denotaba un fondo calculista y frío como el de los estadistas ingleses. Presumía que Italia no tardaría en intervenir en favor de la Entente, y concedía al bloqueo económico de Alemania una importancia decisiva en los resultados de la guerra, que admitía sería larga, pero que terminaría con la victoria de los aliados occidentales si éstos no tardaban en convertir en superioridad real la superioridad virtual que tenían sobre los imperios centrales.

Respecto de su misión en América, M. Caillaux no había sido expansivo, pero pude advertir desde los primeros días que se trataba de algo concerniente a estudios de carácter económico, aunque en las frases cortadas que logré sacarle noté que concedía mayor importancia a la faz política de su viaje, es decir, al hecho de que una personalidad como la suya visitara en esos momentos algunas capitales sudamericanas. Como el punto me resultara importante por el interés que podía reportar su misión a mi país, me manejé de modo de obtener datos al respecto, insinuándole discretamente la conveniencia de utilizar la prensa en beneficio de los propósitos que llevaba y poniéndome con tal motivo a su disposición, siempre que me autorizara para ello en forma que no comprometiera mi posición diplomática ni la situación de neutralidad de mi país. El medio dió resultado, y de su puño y letra M. Caillaux escribió esta breve declaración que puso en mis manos y cuya traducción es la siguiente :

« Vengo a América encargado por el gobierno francés de una misión cuyo carácter no puedo revelar, naturalmente, ni en su fin ni en sus detalles. Lo que yo puedo decir, eso sí, es que esta misión tiende a estrechar los lazos que unen a Francia con las repúblicas latinas de América del Sur. Me imagino que, designando para este objeto a un antiguo presidente del Consejo, el gobierno de la nación francesa ha querido señalar una especial demostración de amistad hacia estas repúblicas hermanas, así como el vivo interés que tiene en asegurar con ellas nuevos lazos fraternales.[1] »

---

[1] La guerra de 1914 a 1918, que hizo surgir del caos mundial tantas nuevas y vigorosas personalidades, se encargó de hundir a otras que habían conducido pueblos hasta entonces. El formidable vendaval sepultó millones de hombres, borró viejas fronteras, aniquiló urbes, arrancó coronas reales, reveló héroes y abolió reputaciones militares y políticas. Joseph Caillaux, jefe del partido radical francés y ex-presidente del consejo de ministros, conoció la mazmorra y la degradación cívica ; el senado que lo condenó, sabrá porque lo condenó ; pero el autor de estas crónicas, al reunirlas muchos años después de escritas, no tiene nada que agregar ni suprimir en la nota precedente, redactada cuando aquel hombre público desempeñaba una misión confiada por su gobierno.

Madame Caillaux posée un tipo delicado de mujer, y al verla tan fina y discreta no se supondría que es capaz de actos de suprema energía. ¡ Así son las francesas ! Al charlar horas enteras con ella, ante los panoramas ilimitados del océano, recordaba yo las observaciones admirables que Hipólito Taine, tan eminente psicólogo como historiador, formula en sus *Notes sur Paris* ; *opinions de Frédéric-Thomas Graindorge*, sobre la profundidad y valores tantas veces insospechados del alma femenina francesa. Es evidente que M. Caillaux ama a su compañera muy de veras ; al hablarle le dirige expresiones afectuosas con la más dulce de las inflexiones ; y sin duda también ella le corresponde con un sentimiento próximo a la admiración ; pero que esa mujer tiene un espíritu elevado y un perfecto dominio sobre sí misma lo demuestra en los giros rápidos de su conversación y en los juicios que formula sobre hechos o episodios variados.

Acoge cortésmente a todos los que se le acercan, pero no insinúa voluntariamente su presencia a los demás. Tengo para mí como cosa cierta que en las capitales adonde se dirige no conocerá agasajos. En estas sociedades todavía en formación no se admite a las personalidades capaces de romper abiertamente con las vallas o los prejuicios establecidos, aun cuando su actitud derive de un vigoroso concepto de su independencia o de su honor.

5 de diciembre.

Hemos pasado horas agitadas. El 2, a las once de la noche, circuló a bordo el rumor de que un buque con las luces apagadas avanzaba sobre nuestro flanco. En esos instantes se bailaba en el salón de primera clase, y al darse la noticia los músicos quedaron solos, mientras el puente de estribor y la cubierta se llenaban de pasajeros interrogantes. A favor de la dudosa penumbra que una luna en cuarto menguante, velada por nubes, proyectaba sobre las aguas, pudo distinguirse una masa obscura hacia la derecha y a popa, que avanzaba en nuestra misma dirección ; pero una observación sostenida durante diez minutos nos dió la certeza de que su marcha se modificaba, procurando acercarse cautelosamente. Ni una luz brillaba en su bordo, formando contraste con la iluminación profusa del *Pérou*. ¿ Qué buque era ? ¿ Por qué trataba de aproximarse ? ¿ Tendríamos encima alguno de los corsarios alemanes que desde el comienzo de la guerra recorrían los mares hundiendo buques aliados ? Todas las preguntas y todas las hipótesis cabían en el caso. Una inquietud manifiesta se apoderó de una buena parte de los viajeros, y si en aquellos momentos hubiera resonado en el mar un estampido de cañón, creo que el pánico habría hecho presa de nuestro buque.

Con algunos amigos me dirigí a proximidad del puente de mando, cuyo acceso está siempre vedado al pasaje. Todo el estado mayor del

transatlántico se encontraba allí, y pudimos distinguir al comandante, vestido de blanco, que asestaba su catalejo hacia el buque fantasma. La observación no debió ser satisfactoria, pues le oímos pronunciar distintamente estas palabras : « ¡ Eteignez les lumières ! »

En breves instantes el barco quedó en tinieblas, pero la medida no se detuvo en la extinción de la luz eléctrica y los faros reglamentarios, pues dos oficiales recorrieron la cubierta y los puentes impartiendo la orden de arrojar los cigarrillos.

Producida la obscuridad contemplamos mejor la maniobra del buque sospechoso, que al advertirse denunciado y notando nuestras precauciones, abandonó sus movimientos cautelosos y puso francamente su proa hacia el flanco del *Pérou* ; su marcha se acentuó, y la densa humareda enrojecida que empezó a perfilarse sobre sus chimeneas, reveló que violentaba la máquina empeñando una caza decisiva.

Entonces, en las soledades del mar y en el seno de aquella noche que pudo ser trágica, se entabló una lucha de velocidad entre los dos adversarios : el *Pérou* cambió de ruta, presentando su popa al perseguidor ; un temblor que se fué acentuando cada vez más, y que venía de sus entrañas de acero para estremecerlo hasta los palos, indicó que redoblaba la rapidez, buscando la salvación en una huída ciega ; y los bordes de sus chimeneas se colorearon como anillos de fuego, despidiendo una nube encendida que se extendió entre el cielo y las aguas como una cabellera infernal salpicada de chispas.

Nadie habló, como si la angustia de aquellos minutos inolvidables hubiera sellado las bocas y tendido los espíritus en una expectativa rígida.

A medida que los instantes transcurrían, la faja de agua que nos separaba del corsario se fué extendiendo paulatinamente y la mancha luminosa que se insinuaba sobre su masa negra empezó a alejarse y palidecer como un cometa que se hunde en la profundidad de los espacios. La partida estaba ganada. Entonces nuestro buque corrigió el rumbo y normalizó la marcha, mientras la ansiedad se disipaba como una pesadilla ; y cuando la aurora de los trópicos dilató la visión hasta los horizontes de ópalo y rosa, pudimos contemplar un océano solitario y apacible que continuaba ignorando los odios de los hombres...

CAPÍTULO NOVENO

EN LA CANCILLERÍA
SEMBLANZAS POLÍTICAS

Presentación en el Ministerio de Relaciones Exteriores ; mis nuevas funciones. — El canciller Brum ; relieves de su personalidad. — Francisco Ghigliani ; analogías. — Derivaciones de la guerra europea ; el proyecto de enseñanza militar ; mi polémica con el doctor Emilio Frugoni. — El canciller doctor Manuel B. Otero. — El « Anuario Diplomático y Consular » ; su aprobación. — Las perspectivas de mi carrera son frustradas por las intrigas. — El presidente Feliciano Viera, exponente de la democracia mestiza ; su semblanza. — El adiós de Rodó.

I

Con la emoción de siempre volví al hogar después de una ausencia de tres años y ocupé mi sitio en la vieja mesa familiar. Traía impresiones demasiado frescas del teatro de la guerra para que mi regreso pasara inadvertido en Montevideo, y de inmediato me fueron solicitados comentarios y noticias en todos los círculos ; pero tuve presente desde el primer día que mi retorno al país obedecía a una orden gubernativa y que estaba obligado a no demorar mi presentación en la cancillería. Así lo hice, siendo acompañado en mi visita por el capitán Oscar Viera, con quien había yo intimado durante su misión de estudios militares en Francia, y que andando el tiempo llegó por sus méritos al generalato. Este oficial era amigo del ministro interino de Relaciones Exteriores, doctor Baltasar Brum, circunstancia que nos evitó hacer antesalas por las cuales he sentido siempre desagrado ; y recibidos por el joven secretario de Estado nuestra conversación tomó giros amables y terminó con la enunciación de su propósito de incorporarme a los servicios de la cancillería donde esperaba que mi experiencia fuese útil. Acepté complacido la manifestación del ministro, pues ella me acordaba una permanencia en Montevideo al lado de mi familia, la posibilidad de reanudar antiguas amistades, crear nuevas relaciones y tomar parte en actividades culturales y sociales que me vincularan nuevamente al ambiente nativo.

Esa mañana había visto la luz pública un reportaje que me fue solicitado desde mi desembarco por un importante diario, y en el cual daba yo informaciones sobre la guerra y sus complicaciones próximas, así como sobre algunos dirigentes de la política europea. Entre éstos debí referirme a M. Caillaux y a su viaje en la compañía de su esposa. Habían ellos desembarcado en Río de Janeiro, reiterándome al despedirnos su resolución de visitar Montevideo y Buenos Aires. El doctor Brum, enterado de mis declaraciones periodísticas, me dijo que el gobierno había decidido recibir y agasajar al viajero, a quien yo acompañaría durante los días que permaneciera en nuestra capital, como aconteció semanas después. Aquel mismo día se firmó un decreto por el cual se me adscribía a la división de Asuntos Diplomáticos y Protocolo, en la cual iba a permanecer dos años y medio, desempeñando a veces las funciones de segundo introductor de embajadores. Ya en aquella lejana época era jefe de esa sección mi excelente amigo don Fermín Carlos de Yeregui, por quien siempre he sentido un sincero afecto.

En el ejercicio de mis cometidos tenía acceso frecuente al despacho del canciller, y sin llegar a la amistad se estableció entre él y yo una corriente de recíproca consideración. El doctor Baltasar Brum poseía una personalidad de acentuados relieves ; su franqueza hacía visibles sus calidades y sus defectos ; era ambicioso y vanidoso ; también intuitivo, enérgico y valiente. Su actuación en el gobierno, que no se interrumpió casi durante veinte años, demostró su anhelo por conciliar el interés de su causa partidaria con la aspiración personal de ocupar altas posiciones oficiales, superando con esta actitud a los políticos profesionales que ven en el poder un fin y no un medio ; pero no logró dominar a la otra fuerza que llevaba adentro, su impulsividad, a la que debió algunas faltas y le condujo en 1933 al error psicológico del suicidio, cuando la reflexión debió inducirle a conservar la vida para guiar a su partido en la lucha y llevarle a la revancha. Catorce años después hubiera presidido nuevamente la República y evitado que su lugar fuese ocupado, como sucedió, por una medianía política sin capacidad para el gobierno del Estado.

La personalidad del doctor Brum presenta analogías curiosas con la de otro hombre público de su tiempo, el doctor Francisco Ghigliani. Ambos eran de la misma edad y de abolengo isleño : la familia del primero procedía de las Azores y la del segundo de Córcega ; los dos nacieron en zonas ribereñas del alto Uruguay, Brum en Artigas y Ghigliani en Corrientes ; ambos tuvieron familia acaudalada y poseyeron título universitario ; también iniciaron su vida pública en la actividad municipal ; el uno y el otro compartieron una idéntica vocación política, fueron dirigentes del mismo partido, redactaron el mismo diario y desempeñaron secretarías de Estado. Estas semejanzas se acentuaron en la vida privada : ambos se casaron, se divorciaron, volvieron a

casarse y no dejaron hijos. Casi a la misma edad pusieron término a su existencia disparándose un balazo en el pecho.

Fuí amigo de Ghigliani en nuestra infancia, pues su casa estaba muy próxima a la mía y nos sentamos en el mismo banco en la escuela de doña Aurelia Viera. De Brum fuí colaborador asíduo las dos veces que estuvo al frente de la cancillería. Esos dos hombres vivieron y actuaron identificados por influencias semejantes, y sólo en su última hora el destino los colocó en los extremos opuestos de una barricada política.

II

Las preocupaciones que derivaban de la guerra y que aumentaban a medida que el tiempo transcurría, decidieron al gobierno uruguayo a tomar la iniciativa de implantar la enseñanza militar entre los alumnos de la Universidad y las escuelas. Aunque se trataba de un acto defensivo aconsejado por las circunstancias, y a pesar de que aquella enseñanza sólo iba a revestir un carácter muy superficial, el decreto levantó resistencias en la opinión pública, especialmente entre los estudiantes que exteriorizaron su oposición a todo lo que significase una preparación de carácter militar. Fue vocero suyo uno de los hombres representativos del país, el doctor Emilio Frugoni, que años después debía honrar a la Universidad en el desempeño de su rectorado y destacarse en el parlamento, la cátedra y el libro como un espíritu de alta ilustración a la vez que de vigorosa independencia personal. El doctor Frugoni entabló una campaña periodística desde el diario *La Razón*, que intituló « El cuartel en la escuela », y juzgué entonces como una obligación patriótica de mi parte el refutar sus argumentos, pués había sido testigo del proceso internacional que culminó en un vasto choque armado. El doctor Frugoni era un pacifista sincero, y no había advertido, como tantos otros, que se iniciaba en el mundo una era bélica en la que sólo se impondría la fuerza. Tanto mejor si la destinada a triunfar era la fuerza puesta al servicio de la democracia y el derecho ; pero los países pequeños estaban obligados a precaverse, organizando sus elementos defensivos antes que la conflagración llegase a sus fronteras. De ahí que yo sostuviese en el curso de aquella polémica « que el doctor Frugoni vivía atrasado de seis meses ». El interés con que la opinión siguó aquel debate reveló que mis convicciones eran compartidas por muchos, y ello quedó en evidencia al constituirse pocas semanas después una entidad popular cuyo objetivo era difundir en Uruguay la necesidad de su defensa y establecer el servicio militar obligatorio. El nuevo presidente de la República, doctor Feliciano Viera, anunció en su programa de gobierno que enviaría al Parlamento un proyecto de ley

sobre enseñanza militar ; pero la oposición a estas ideas estaba demasiado arraigada en el ánimo público, y a pesar de que en nuestro comité pro-defensa nacional se confundían ciudadanos de todos los matices políticos, la propaganda adversa se impuso a la tendencia que representábamos y toda tentativa de preparar al país contra futuros peligros debió aplazarse indefinidamente.

Uruguay sigue siendo un país desarmado, con sus fronteras y sus costas abiertas ; y si en el futuro de América surgiesen problemas que condujeran a choques armados entre los pueblos, los destinados a ser aplastados serían aquéllos que no han sabido precaverse a tiempo, y que han malgastado sus energías, como las pequeñas repúblicas italianas de la Edad Media, en discordias intestinas, rivalidades partidistas y miserables ambiciones personales.

III

El doctor Manuel B. Otero tomó posesión de la cartera de Relaciones Exteriores el 1 de marzo de 1915. Había sido amigo y condiscípulo de mi padre, y atribuyo a este antecedente la benevolencia que me dispensó desde su alto cargo, confiándome el estudio o la substanciación de asuntos importantes. Entre aquéllos, el voluminoso expediente de la *María Madre*, barca italiana cuyo pleito duró mas de diez años ; la reclamación de Essercizio Bachino, casa genovesa constructora de buques que también obtuvo el apoyo de su gobierno ; y el proyecto de reorganización de la cancillería nacional, que redacté de acuerdo con el plan que me expuso verbalmente en entrevistas sucesivas. La aprobación de aquel proyecto hubiese dotado al ministerio de Relaciones de un organismo deliberante destinado a examinar y documentar las cuestiones relacionadas con nuestros intereses en el exterior, y someter a la apreciación del canciller las gestiones conducentes al desarrollo de los mismos. La iniciativa ministerial fue demorada por el presidente Viera, hasta que las derivaciones del plebiscito del 30 de julio de 1916 alejaron al doctor Otero de su cargo y su plan fue archivado. Muchos años después, siendo yo ministro plenipotenciario, expuse en mi folleto *Moral diplomática* un plan análogo de creación de un estado mayor en la cancillería, sin obtener tampoco resultado alguno.

El doctor Manuel B. Otero era hombre de biblioteca y no político, o si se quiere, tenía de la política criolla un concepto ilusorio. Su amplia erudición histórica y jurídica dió siempre autoridad a sus discursos parlamentarios, pero poseía menos sentido práctico y su actuación se resintió por exceso de teoría. Siendo canciller solía dictarme informes para el presidente de la República, que éste no leía. Sobrevivió a su bella generación de románticos, erró en sus juicios humanos y murió olvidado por una época que ya no era la suya.

IV

Volvió el doctor Brum a nuestro ministerio y aceptó la idea que le sometí de reunir en un volumen todos los datos y noticias que se relacionaran con el departamento de Relaciones Exteriores, desde su legislación, presupuesto y aranceles hasta el estado de servicios de los funcionarios en actividad. Se trataba de crear un Anuario Diplomático y Consular que centralizara aquellas informaciones, permitiendo a los miembros del gobierno, legisladores, agentes en el extranjero y demás interesados, tener bajo la vista todo cuanto atañía a nuestras representaciones, a cuyo efecto se incluía la nómina de los antiguos ministros y misiones acreditadas en el exterior desde la fundación de la República. Trabajé varios meses en la ejecución de esa obra que se juzgó de utilidad pública, decretándose su impresión por cuenta del Estado, pero sólo muchos años después se editó un nuevo tomo que ordenó mi colega don Oscar Arteaga.

Mi larga permanencia en la legación en Francia, seguida de las actividades que desarrollé en Montevideo, parecían señalarme como un candidato posible para el ejercicio de funciones diplomáticas de responsabilidad ; pero como había ocurrido otras veces en el curso de mi vida, las intrigas se encargaron nuevamente de minar mi progresión. Estaba yo propuesto para el cargo de primer secretario de la legación en España, y al llevarse el decreto a la firma del presidente Viera, apenas lo vió hizo pedazos el nombramiento expresando « que yo había hablado mal de él en un café »... Esta especie era burda, como puede presumirse, pero prevaleció contra mí durante todo el gobierno de aquel hombre. Supe luego que el chisme procedía de un agente policial de baja estofa, pero el funcionario favorecido con mi desplazamiento resultó ser un hermano del jefe de esa policía... Era éste un advenedizo inteligente, de escrúpulos discutibles, que supo hacer pesar su influencia durante tres gobiernos, sin dejarla advertir. Ubicó en la diplomacia a varios de sus familiares, usufructuando también él, en los últimos años de su vida, cargos representativos que le permitieron gozar en el extranjero del premio de sus habilidades ; pero desdeñó escribir sus memorias, que hubieran sido una revelación pintoresca de los bastidores en que actuó con tanto éxito personal, a la vez que habrían puesto de relieve la faz íntima de los hombres que desempeñaron en esa época altas funciones en la vida pública del país.

Feliciano Viera era uno de ellos. Producto de la democracia mestiza, hijo de un caudillo bravío como su tiempo, se doctoró con dificultad y fué diputado con facilidad gracias al influjo paterno. Ahijado de Máximo Santos, se arrimó al poder desde sus años mozos y demostró

una acentuada vocación política que supo adaptar a las circunstancias de cada momento. Poseía las facultades propias del político profesional, con sus deficiencias y pecados ; era paciente, cauteloso, simulador y buen amigo ; ciertamente hombre de corazón, apto en la adivinación psicológica, sin ideas ni conceptos de estadista, pero poseedor de un instinto o inspiración interior que le guió sin fracasos al logro de sus ambiciones criollas. Atraído por vulgares satisfacciones materiales, era comilón con exceso, jugador a los naipes, bromista sin espiritualidad y dicharachero en tertulia de amigotes que preferían, como él, la trastienda al salón. Provocaba comentarios jocosos su grotesca persona de ciento treinta kilos cuyo abultado abdomen, triple papada y piel de color chocolate le asemejaban a un mandarín chino del antiguo régimen.

No fué nunca orador, ni escritor, ni redactor de un dictamen parlamentario, ni autor de un programa de gobierno, ni tuvo bufete de abogado. Ejercitó sus dotes en las juntas de comité, los cabildeos de dirigentes y el sometimiento a las soluciones impuestas desde arriba. Gracias a ellas fue seis años consecutivos presidente del Senado y vicepresidente de la República ; dos años ministro del Interior ; cuatro años jefe del Estado, y otros tantos presidente del Consejo Nacional de Administración. Su adaptación sumisa terminó cuando tuvo él la sartén por el mango.

V

Las jóvenes generaciones actuales parecen estar persuadidas de que nuestro país tuvo siempre el culto de Rodó. Lamento tener que decir que el autor de *Ariel* se ausentó de su patria a causa de la pobreza y de la indiferencia de quienes pudieron solucionar sus dificultades materiales. Aceptó la proposición de un semanario argentino para viajar a Europa y enviar correspondencias. Al difundirse esta noticia hubo un movimiento de perplejidad en la opinión y no faltó un diputado que presentó o amagó presentar un proyecto de ley creando para Rodó el cargo universitario de maestro de conferencias. Era ya tarde ; el ilustre escritor había aceptado la propuesta de *Caras y Caretas* y reservado su camarote en un transatlántico inglés, a pesar de la guerra submarina sin restricciones. Estábamos en 1916. Cuatro años antes, Rodó había hecho conocer discretamente su deseo de integrar la delegación que iba a representar a la República en el centenario de la constitución y cortes de Cádiz. No hay duda de que nuestro pensador hubiera sido la personalidad mas destacada de las delegaciones de América y que España le habría reservado una acogida excepcional. Pero el gobierno de la época prefirió ignorar al candidato.

Una tarde, encontrándome en mi oficina de Relaciones Exteriores, me anunció el conserje « que el señor José Enrique Rodó estaba en

antesalas ». Me apresuré a recibirlo. Le acompañaba un amigo e iba a solicitar pasaporte con motivo de su viaje periodístico. Mientras le preparaban el documento conversó conmigo, y pudimos hacerlo con libertad porque con excepción de don Fermín Carlos de Yeregui ningún funcionario ministerial apareció en la antesala. Le proporcioné algunas informaciones prácticas sobre París y otras ciudades, y luego se refirió él al plebiscito que iba a realizarse dos semanas después para decidir la adopción o el rechazo del gobierno colegiado. Aludiendo a la juventud que rodeaba al poder de esa época y que aceptaba de éste prebendas y empleos con fines de éxito político, pronunció Rodó estas palabras amargas : « Es una generación moldeada para la servidumbre. »

Tres días después lo despedimos en el Círculo de la Prensa. El grupo no era numeroso, pero desde los balcones de esa casa resonaron las voces de Santín Carlos Rossi y de Julio Raúl Mendilaharsu, interrumpidas por nuestras aclamaciones : y no se ha borrado de mi memoria la frase profética de Mendilaharsu : « Os vais precedido por la gloria ; volveréis hijo de la inmortalidad... » Al día siguiente, 17 de julio de 1916, treinta amigos acompañamos al viajero en el instante conmovedor de la partida, que iba a ser definitiva, y en un vaporcito seguimos al trasatlántico en su marcha hasta la isla de Flores. Allí le vimos levantar su sombrero para saludarnos por última vez. Murió en Sicilia, solo, pocos meses después.

CAPITULO DÉCIMO

LA GENIAL BOHEMIA

Las tertulias de 1915 en el Hotel Oriental. — María Eugenia Vaz Ferreira ; nuestro antagonismo amoroso ; mis descortesías. — Una charla de medianoche ; juicios de la poetisa sobre mis deficiencias literarias. — Sus cartas ; ironía, talento y galantería.

Durante los meses fríos de 1915 celebráronse tertulias domingueras, entre las cinco y las ocho de la tarde, en el viejo Hotel Oriental, y en ellas conocí a muchos buenos mozos, niñas y jóvenes señoras de la sociedad montevideana. Allí fuí presentado a una mujer a quien yo admiraba por su talento, sin conocerla personalmente, María Eugenia Vaz Ferreira. Aún hallándome en París me había deleitado la lectura de sus versos y su prosa, pues los unos y la otra tenían profunda inspiración y rica médula.

En la presentación, al oir mi apellido dijo solamente : « Nombre de literato », pero su apretón de manos y su mirada dijeron algo más, y desde ese instante nació entre la poetisa y yo un singular antagonismo que duró años, hasta la fecha de mi matrimonio. No volvimos a vernos después de realizado éste, pero supe que ella había dicho al saber que ponía yo término a mi celibato : « Ya es un burgués. »

Apenas cambiadas las cortesías iniciales de la presentación, recordé en voz baja a María Eugenia algunas estrofas suyas asegurándole que ya las había recitado en París ante amigos de lengua española que, al oirlas, se habían convertido en admiradores suyos. Me detuve en aquella de sentido profundo :

Ya quisiste venir, audaz y altivo,
Envuelto en la epopeya de tus glorias,
Y llevarme cual pájaro cautivo
Al palacio nupcial de tus victorias.

Entonces ella añadió dos estrofas de esos versos, con una sonrisa que denotaba gratitud por mi buena memoria :

Pero sé que el corcel de tus deseos
Marcha inminente a su primer derrota ;
Que al preciado joyel de tus deseos
No podrás engarzar mi vida rota.

Yo soy como la firme roca erguida
Que el oleaje amenaza en su bravura
Y eternamente ante la mar vencida
Su cresta eleva en la gigante altura.

— Tampoco he olvidado pensamientos suyos que usted ha preferido dar a la estampa en prosa — le dije — Uno de ellos me ha fortalecido en mis noches amargas :

Para las almas vulgares las horas de insomnio transcurren en inquietud febril ; para los espíritus fecundos ellas pasan brillantemente y de prisa, mientras se escucha la divina música del pensamiento.

Me invitó a sentarme a su lado y eligió el tema de la amistad y el amor, esbozando sobre este último una definición mal fundada. Como me preguntase si la compartía tuve que contestarle negativamente. « Las opiniones que usted me expresa son teóricas — le dije — y demuestran su desconocimiento de las realidades del asunto. » Pareció asombrarse de mi respuesta e insistió en el tema, enunciando algunas ingenuidades reveladoras de que la gran poetisa era una virgen otoñal que se aferraba a sus conceptos sentimentales formados en insomnios llenos de visiones y delirios, pero vacíos de cópulas fecundas. Se lo dije, y añadí que sólo éstas se encargan de probar al hombre y la mujer que créen amarse, si su inclinación amorosa es verdadera y real o si es apenas una ilusión romántica que cesa cuando el matrimonio autoriza el conocimiento físico. « Es éste — declaré — el que confirma o anula definitivamente las ternuras del noviazgo, y mientras las evidencias del ayuntamiento no dan a los esposos o los amantes la versión concluyente, ellos deben considerarse en el prefacio de su vida amorosa... Y es ahí — agregué — donde reside la explicación de muchos divorcios y muchos adulterios, epílogos sorpresivos de tiernos noviazgos ; o a la inversa, la razón de tantas fidelidades que se mantienen toda la vida, cuando el varón y su mujer coinciden en satisfacciones que ningún otro u otra puede sobrepasar. »

¿ Halló María Eugenia que mi materialismo tenía su arraigo en la naturaleza íntima de los seres humanos ? ¿ Levantaron mis afirmaciones algún velo que había tardado demasiado en descorrerse ? Lo que advertí en aquella charla que se prolongó hasta el final de la tertulia fué su sorpresa, una sorpresa que se manifestó casi con humildad ; y olvidando un poco la noción de la etiqueta, preguntóme al despedirse :

« ¿ Ya tiene usted treinta años ? » — « Treinta y tres », rectifiqué... Esta primera entrevista fué la única de la que nos separamos casi amigos.

Almorzaba yo semanalmente en la residencia de doña María Amalia Blixén, viuda de mi antiguo ministro el doctor Juan Pedro Castro. Vivía esa dama en un chalet frente al Prado, y atacada del mal que concluyó con su vida meses después, no bajaba al comedor y recibía en su habitación a las visitas, recostada en un diván. Allí y en la mesa hallaba yo amigos y familiares suyos ; y fué de éstos que recibí la información de que María Eugenia difundía entre todos los que querían oirla y con énfasis extravagante, el interés intelectual y sentimental que yo le inspiraba. Los comentarios y detalles de los conversadores me fastidiaron en exceso ; y declaré con una falta completa de galantería « que estaba ella lejos de constituir el ideal de mujer que yo sustentaba »... Como era de preverse mis palabras le fueron repetidas, y enfrentando ella con valentía mi vulgar ataque me hizo decir que deseaba hablarme.

La entrevista tuvo lugar semanas después en la casa de una amiga suya, doña María Carolina B. R., que nos invitó a tomar el té. María Eugenia estuvo calmosa e irónica ; su actitud fué la de una mujer que, afirmada en su personalidad, ignora las superficialidades, desdeña las apariencias y define su vida tal como la entiende. Oíala yo, la miraba y la admiraba ; y quedé confundido cuando tomó un paquete que tenía cerca suyo, lo abrió y me enseñó una docena de retratos míos. Eran la reproducción de una fotografía que me representaba de uniforme, sacada en París dos años antes. « Tome estos retratos — me dijo — son suyos »... Entonces cometí la segunda falta hacia aquella mujer de excepción : conservé los retratos, sin que la irreflexión me permitiese firmarle y dedicarle uno. « Volvió usted a macanear », me lanzó sarcásticamente un año después.

« — Posée usted una mentalidad contradictoria — le dije. Esta fotografía le ha agradado porque reproduce la figura de un hombre bien peinado y con un brillante uniforme. ¿ Si la elegancia la complace, porqué se viste usted tan mal ? ¿ Porqué no se peina ? ¿ Porqué no usa corsé y hace algo por corregir el abandono de su silueta ? »

Su reacción fué cínica. « Tampoco me baño » exclamó, mirándome agresivamente.

« — Pues no se enfade usted — le contesté — si le declaro que mi simpatía e inclinación van hacia las mujeres que usan jabón y se perfuman, se atavían con elegancia y luchan contra la grasa. Amiga mía, usted es una gloria literaria ; yo la admiro cuando la leo y deploro su bohemia cuando la miro. Usted, que no quiere parecerse a nadie, se parece demasiado a muchos poetas, críticos y autores teatrales de estos países, que se afeitan cada tres días, exhiben cuellos desaseados

y pretenden que su melena sea una derivación capilar de la literatura. He dicho que no es usted el ideal de la mujer que yo prefiero, porque su temperamento aja su excelsa personalidad. »

No se defendió, pero sus grandes ojos morunos parecían decir : « ¿ Porqué me dice usted cosas tan ingratas ? » Cambié de tema, y entonces habló ella con la profundidad risueña que ponía en sus frases. Cerca suyo el tiempo transcurría sin término.

Una hora después, al salir, díjome en voz baja la dueña de casa :

« — ¡ Qué duro ha estado usted ! ¡ Y qué falta le hacía a ella oir esas cosas ! Nadie se había atrevido a decírselas, pero todos la perdonan. »

Mi propósito era despedirme de María Eugenia al bajar a la calle, pero me detuvo ella diciéndome familiarmente :

« — Luis Enrique, hemos hablado de nuestras personas y olvidado hablar de nuestros escritos. Entremos un rato en la confitería del Jockey. Quiero decirle lo que pienso de un libro suyo. »

Instalados ante una mesa, prosiguió :

« — He leído su interesante libro [1] y estoy enojada con usted porque trata mal un montón de cosas que yo quiero mucho : los « caudillos épicos »... « la golilla simbólica »... « las banderías » solidarias... « los payadores líricos »... « el valor físico », virtud viril, primera entre todas las cosas !... « Los chasques » misteriosos y emocionantes entre su polvareda, portadores de nuevas... Siquiera sacara usted todo eso para poner algo como lo griego, artístico y sereno. »

« — Tal vez no comprenda yo a los griegos... »

Sin hacerme caso continuó hablando :

« — Una cosa me gusta mucho : cuando dice usted *somos, me parece...* este escrupulito es muy gracioso. Pero vea, hay algo todavía mas reñido con el arte que sus « problemas nacionales » : son sus adocenadas aventuras sentimentales de Francia, Clotilde y Luciano, ¡ qué horror ! ¡ Sin embargo, que estilo el suyo, a veces tan seductor, tan artístico y tocante cuando deja el motivo y se queda a divagar solito, de un modo puramente subjetivo ! Entonces le sale mejor cierto dejo doloroso (¡ que raro es en la forma !). No es el dolor de veras, sino otro mas chico, mas quimérico, ingénito y anónimo, *donc...* sin remedio. »

Su sonrisa quitaba gravedad al significado de sus palabras.

« — No se haga usted ilusiones — siguió diciendo. El diálogo es lo más difícil que hay en literatura. Su construcción exige calidades de

[1] *La sociedad uruguaya y sus problemas*, París, 1911.

estilo, naturalidad y hasta de asonancia que usted no ha revelado poseer. Mi amigo, renuncie a hacer hablar a sus personajes. Hay géneros que resultan inaccesibles a los mejores escritores. Para el teatro, por ejemplo, se hace indispensable una visión especial de que carecen muchos novelistas y poetas. »

Aquel juicio de la ilustre mujer de letras me impresionó tanto que suspendí la publicación de mi relato novelado *La amante amarga*, que iba a dar a la estampa ; y sólo un cuarto de siglo mas tarde me resolví a entregarlo en Buenos Aires a mis editores, inducido a ello por la insistencia de mi amiga Zulma Núñez, que había leído los originales.

Hablamos mas y de muchas cosas, y era ya la medianoche cuando cruzamos en diagonal la plaza Constitución hacia la esquina de Ituzaingó y Sarandí. Las vías estaban casi desiertas y el influjo de la profunda paz montevideana nos volvió silenciosos. María Eugenia vivía en una casa situada en la calle Treinta y Tres entre las de Buenos Aires y Reconquista, y al llegar a su puerta puso una mano sobre mi brazo e insinuó :

« — Me gustaría que me enviase alguna página literaria que no fuera para *componer* nada, sino a lo que salga ; algo extrahumano, libre, impersonal ; porque tiene usted una gallardía estilicia que quisiera ver libre de prejuicios y prismas filosóficos... »

« — Convenido — le contesté — y a mi vez le reclamo un autografo de su *Holocausto*. Es un desafío. »

Quebrantaré en tu honra mi vieja rebeldía
si sabe combatirme la ciencia de tu mano,
si tienes la grandeza de un templo soberano
ofrendaré mi sangre para tu idolatría.
Naufragará en tus brazos la prepotencia mía
si tienes la profunda fruición del oceano,
y si sabes el ritmo de un canto sobrehumano
silenciarán mis arpas su eterna melodía.

Me volveré paloma si tu soberbia siente
la garra vencedora del águila potente ;
si sabes ser fecundo seré tu floración,
y brotaré una selva de cósmicas entrañas
cuyas salvajes frondas rómánticas y hurañas
conquistará tu imperio si sabes ser león.

Cuando todo parecía que íbamos a seguir siendo buenos amigos, volvió a interponerse entre aquella mujer y yo el paradojal « antagonismo amoroso », hecho de atracciones y rechazos sucesivos. Nuestra última entrevista fué motivada por mi viaje a Europa en el otoño de 1917, pero no le dí noticia de mi reciente noviazgo. Solo debía volver a verla inanimada y gloriosa en el bronce de Belloni, entre las flores del Prado.

DOS CARTAS SUYAS

Luis Enrique : Su última misiva, en armoniosa mezcla enojada y amistosa, irónica, espiritual, picaresca y cortesana, y que tiene como todo lo suyo un sabor exquisito de elegancia viril, me dejó ver lo grande de su enojo. Fue mi primer deseo enviarle a usted una satisfacción bien merecida ; yo no sé porqué, pues, lo dejo así, enojado. Ayer lo miré a usted varias veces para ver *como le queda* el enojo, y al salir le dije a una amiga : « Azarola no me dió corte » y resolví olvidar su literatura y también... su uniforme. Este olvido no debía estar muy cristalizado porque hoy, al reconocer su letra, me dió alegría.

Su laudatoria a la bandera es realmente magnífica. Constante con mi primera idea admiro en usted esa *gallardía* de que le hablé al principio. ¡ Qué razón tenía yo en desear de usted una página sobre tema fantástico, escrita sin ajustes obligados, que le permitiese a usted desplegar esa brillante modalidad suya en su libre esplendor ! Si es que pudiera existir una « onomatopeya visual », crea que en la elocuencia heroica de sus párrafos flamea el pendón con sus diversos símbolos entre los cuales no es por cierto menos seductor aquel que enseña de modo deslumbrante la excelsitud de su arte verbal.

Le confieso que es esta la segunda carta que le escribo ; había en la otra mucha charla literaria y no quiero exponerme siquiera a diferir con usted ; quiero que nuestra fisura quede mejor soldada que la mía, que por cuidarla mal se ha reagravado. Usted fué bueno y me perdonó, yo también quiero serlo — *noblesse oblige* — la página que me envía es realmente magnífica y puedo por fortuna con usted ser sincera y galante.

¿ Está conforme, mi respetuosa Horma ?

Respetuosamente MARÍA EUGENIA V. F.

Luis Enrique : Deseando disipar por completo su antiguo rencor, yo quería ser pronta y complaciente al responder su carta, pero me dice usted en ella « que conmigo prefiere el combate al buen acuerdo »... y me estaba movilizando. La misión que me impongo ante usted es, pues, ambigua y ardua : complacerlo, combatiéndolo.

Me invita usted a colaborar en su cruzada ; lo haré, en parte, esto es : enrolándome en la legión contraria. De otro modo sería « buen acuerdo » y usted no lo quiere así.

Creo que en estos días va a celebrarse un festival pro-Germania y, si la pereza nihilista que se me ha opuesto siempre a toda realidad me lo permite, diré algunas palabras de elogio sobre la militarización prusiana, que considero la mejor organizada y que supongo en profunda discordancia de simpatía con el autor de Madame Clichy. Pongo así

« mi fuerza al servicio de una idea », como usted me lo indica, conservándome fiel a mi doble rol de complacerlo y combatirlo. Le envío los « pequeños dedos » para que usted los... quiero decir, para que usted les haga lo que dice en su carta que les hace. Van despojados de atavíos : sin sortijas, sin guantes. Usted, partidario de la coquetería, tal vez los preferiría ornados con algunas de estas prendas, pero esto sería ya « buen acuerdo » y usted no lo quiere así. Además, cualquiera de esas prendas podría servir de escudo, y en su afan de « combate » ellos no quieren que nada, nada se interponga.

Saluda con su mas alto respeto MARÍA EUGENIA V. F.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

ELLA

Las vacaciones de 1916 ; Punta del Este y Piriápolis. — La cordialidad en la vida de playa. — Riquette Saint ; su belleza moral ; su primer vals. — El manojito de « pervenches » ; inclinación sentimental ; el noviazgo. — Mi designación para la legación en Suiza. — La despedida del 1 de junio.

I

PARA MIS NIETAS.

En enero de 1916 obtuve del canciller Otero tres semanas de vacaciones que resolví pasar en las playas de Este. Al ascender al tren en la estación central tuve la satisfacción de encontrar a tres caballeros con quienes mantenía yo buenas relaciones, y que informados de que me dirigía a Punta del Este me invitaron a realizar el viaje en su compañía, pues llevaban el mismo destino. Acepté complacido, dado que se trataba de personas caracterizadas y de trato sumamente agradable. Los doctores Duvimioso Terra, Blas Vidal y Federico Escalada desempeñaban funciones elevadas en la vida universitaria y el parlamento, y el primero de ellos, que unía vigorosas calidades de hombre de acción a una risueña espiritualidad, debía presidir años después el Senado de la República. El doctor Vidal era un exponente de cultura social y « dandysmo » de buen gusto ; había sido ministro de Estado y era hijo de un personaje de larga actuación legislativa y diplomática. A su vez, el doctor Escalada había ejercido durante treinta años la cátedra de filosofía en la Universidad.

Al llegar a la que debía ser, andando el tiempo, una prestigiosa estación veraniega, y que sólo era entonces un pequeño oasis primitivo y fresco, nos alojamos todos en el hotel Biarritz y compartimos en su comedor la misma mesa. Aparte de esta interesante tertulia el hotel y la playa ofrecían pocos atractivos, y después de transcurridos ocho días decidí trasladarme a Piriápolis, punto que ya conocía por haberlo visitado antes, cuando ese popular balneario poseía solamente un

magnífico bosque, una playa con un hotel de madera y varios pequeños chalets dotados de un moblaje rudimentario. Era en 1903.

En 1916 hallé, en cambio, un gran hotel confortable y rumoroso, lleno de gente joven a la que me incorporé de inmediato. La vida de playa ha facilitado siempre las vinculacionea amistosas, y entre el baño mañanero, los paseos a caballo y los juegos de salón, los grupos de muchachos y señoritas ocupaban todas sus horas en divertirse y en gozar de su libertad, sin malicia y sin alardes.

En el comedor tuve por vecino de mesa a un señor francés cuyo nombre no he retenido y que me presentó a las dos familias de su misma nacionalidad que veraneaban en el hotel. Los Morel y los Saint vivían el resto del año en Buenos Aires, donde el doctor Morel desempeñaba cátedras universitarias y el señor Saint ejercía actividades industriales. Ambas familias atrajeron mi atención preferente, pues hacía recién un año que yo me había ausentado de París y la nostalgia que sufría me acercaba a todo aquello que constituyese una evocación del idioma y las costumbres con las cuales había convivido durante tanto tiempo. El doctor Morel me acogió con simpatía y me admitió entre los suyos. En cambio, don Enrique Saint me dió la impresión de ser un hombre reservado o caviloso, impresión superficial que debí modificar después, al informarme que influía a la sazón en su carácter el estado de salud de su esposa, atacada por una enfermedad que ella afrontaba con cristiana entereza, esforzándose por dar a los suyos un ejemplo de serenidad admirable. Ese matrimonio tenía dos hijos, varón el segundo y niña la mayor, que contaba entonces dieciocho años. Enriqueta Saint, a quien familiarmente se la llamaba Riquette, aunque nacida en Buenos Aires era una francesita tímida que atraía enseguida por su sonrisa dulce y la ingenuidad de su fisonomía, reflejos de su índole bondadosa. Sin duda, se la educaba con la severidad razonada que era característica de la burguesía tradicional francesa, y había que atribuir su cortedad al temor de incurrir en una falta, pero en sus ojos parecía brillar la vida interna. Nuestras primeras conversaciones me revelaron una de las almas mas puras que me había sido dado conocer. Aceptó bailar conmigo el primer vals de su vida, y su emoción fue visible. Años mas tarde me confesó que aquella impresión y nuestra charla habían decidido de su destino sentimental.

En el ambiente familiar de aquel feliz veraneo, las cabalgatas y los baños en común, las tertulias y las inevitables confidencias amistosas inspiraban afectos duraderos. Mi vinculación fraternal con Héctor Gerona tuvo lugar en la convivencia de Piriápolis, y a través de los años han perdurado en mi espíritu recuerdos tan gratos que no puedo yo retornar a aquel sitio, hoy transformado, sin experimentar una impresion profunda. Regresé a Montevideo al finalizar enero, llevando la nostalgia de mis nuevos afectos y un dejo de tristeza al suponer que ya no volvería a presentarse otra oportunidad de encontrar a Riquette Saint.

Felizmente me equivocaba. Al mediar el invierno tuve la sorpresa de recibir un sobre con mi dirección del ministerio de Relaciones Exteriores, y hallé dentro, en vez de una carta, un manojito de flores « pervenches », de un bello azul claro. No atinaba yo a dar con el origen del envío, cuando después de examinar todas las hipótesis un rayo de luz me aclaró la incógnita. « Les Pervenches » era el nombre de la quinta en la cual vivía la familia Saint en Temperley, localidad próxima a Buenos Aires y en la cual abundaban aquellas plantas... ¿ Sería Enriqueta la remitente del gentil recuerdo ? La coincidencia de los nombres de su casa y de las flores y algunos indicios de que la simpatía que había yo experimentado por aquella niña había hallado eco en su corazón, me produjeron tal emoción que ya no dudé que nuestra amistad iniciada en el balneario uruguayo tendría prolongaciones dichosas. Téngase en cuenta que era yo entonces un hombre jóven, de temperamento afectivo, y que mi amiguita me había impresionado por las calidades que yo he estimado siempre en las jóvenes porque son las que las hacen parecerse a los ángeles : el recato, el pudor, la pureza, la ingenuidad. No me atreví a acusar recibo del inesperado obsequio, pues temí rozar su sensibilidad al revelar que había descubierto el amable anonimato que ella había querido guardar, pero me propuse hacerle llegar un mensaje tierno tan pronto como las circunstancias me lo permitieran.

Al entrar nuevamente el verano volví a Piriapólis a disfrutar de las vacaciones reglamentarias, y recibí allí la mala noticia, por conducto de los Morel, de que el estado de salud de madame Saint se había agravado hasta el punto de hacer ilusorio cualquier proyecto de viaje. Sus familiares no se apartaban de su lado. Pero Elenita Scherrer, sobrina del doctor Morel e íntima de Enriqueta, me narró entonces las confidencias que había recibido de su amiga. No voy a repetirlas aquí, pero puedo decir que mi corazón vibró de gozo al saber que la niña a quién no había podido yo olvidar correspondía a mis sentimientos.

Formé el propósito de trasladarme a Temperley tan pronto como terminase el veraneo, ver a Riquette, hablarle, pedirle que me confirmase y confirmarle yo mismo nuestra mútua afección, y obtenido su asentimiento, solicitar de su padre la autorización para formalizar nuestras relaciones.

Mis intenciones se vieron momentáneamente defraudadas, pues al regresar a Montevideo recibí la noticia del fallecimiento de madame Saint. Al informarme de ello ya no había tiempo para concurrir a sus exequias y ofrecer personalmente mis condolencias a sus familiares. Lo hice por carta, y transcurridos diez o doce días recibí la respuesta de Riquette. Conservo esa carta, juntamente con todas las otras que me fueron llegando al establecerse entre ambos una correspondencia que ya no debía interrumpirse. Están contenidas en tres volúmenes forrados de cuero, bajo esta mención : « Cartas de Riquette. » Deseo

que sean leídas por sus nietas como lo han sido por nuestra hija Margarita, y a fé que no hay epistolario en el mundo que supere al de aquella novia en ternura y santidad, testimonio escrito de las virtudes de su alma.

II

En el mes de marzo siguiente me trasladé a Buenos Aires para solicitar el consentimiento de don Enrique en vista de nuestros propósitos, pero fué la misma Riquette que me indujo a aplazar la petición proyectada. Hallábase su padre dominado por una profunda congoja causada por la pérdida que había sufrido, pues amaba tiernamente a su esposa ; y con su mano entre las mías, conmovida por el mismo doloroso motivo y por la demora que exigían las circunstancias, me hizo ella prometer que esperaría yo en Montevideo el llamado que me haría para volver a verla y entrevistarme con su padre.

Pero estaba escrito que nuestras dificultades no cesarían aún, y otro hecho, normal en las funciones diplomáticas, determinó mi alejamiento del país. Fue mi designación como secretario de la legación de la República en Suiza, hecha a pedido de nuestro ministro plenipotenciario don Eduardo Acevedo Díaz, que acababa de ser presentido para desempeñar su cargo en Berna. En efecto, la ruptura de las relaciones diplomáticas y comerciales con Alemania había sido resuelta en principio por el gobierno uruguayo a comienzos de 1917, y sólo se esperaba una fecha propicia para anunciarla. Suiza iba a hacerse cargo de nuestros intereses en el Reich, y de ahí la urgencia en acreditar una representación permanente en Berna, que antes sólo existía como formando parte de la jurisdicción del ministro en Italia. Mi viaje estaba, pues, dispuesto por razones de Estado a las que debía someterme con espíritu de soldado. Así lo hice saber a Enriqueta, cuyas cartas me revelaron su hondo pesar ante la separación prolongada que iba a iniciarse y el nuevo aplazamiento de nuestros propósitos.

Decidido a verla antes de tomar el barco y realizar el dilatado viaje que en aquellos días no estaba exento de peligros, convine por carta con ella la fecha de nuestra despedida ; y el 1 de junio, víspera de mi partida para Europa, llegué a Buenos Aires. El relato de lo acontecido ese día y de las impresiones recibidas está en un diario que había yo empezado a escribir pocos meses antes y que no debía continuar, solicitado por urgencias que no me dejaban tiempo para crónicas personales ; pero voy a copiar una parte de las páginas que escribí en aquellos días decisivos de mi vida, treinta y cinco años ha, y que no puedo hoy releer sin experimentar una emoción profunda.

« *1 de junio de 1917.* — A las 10 de la mañana, recién desembarcado, hablé por teléfono con mi novia que me invitó a reunirme con ella una

hora después en la estación de Temperley y acompañarla hasta Constitución, pues iba a pasar la tarde con una familia amiga en la capital. Fuí a buscarla e hicimos juntos el breve viaje, media hora apenas, bajo la mirada curiosa de la doméstica que la acompañaba. Era todavía la época en que las niñas no andaban solas por las calles de Buenos Aires. Me citó para las 5 y 30 de la tarde ante la verja de la quinta.

Después de mi almuerzo recibí la visita de Raúl Sourbeck, que me trajo cartas para que las entregase a su padre al llegar a Berna. Fuí con aquel amigo a la legación de Suiza a efectuar la visita protocolar al encargado de negocios, señor Traversini, con quien convine el establecimiento de una valija diplomática mensual entre nuestra cancillería y la legación en aquel país, medida indispensable porque la censura de la correspondencia, impuesta por la guerra, dificultaba enormemente las comunicaciones oficiales confiadas al correo. Traversini me proporcionó datos muy interesantes sobre la situación de su país, bloqueado casi por cuatro potencias beligerantes.

Después de hacer algunas compras partí para Temperley, adonde llegué al cerrar la noche otoñal y emprendí a pie el camino de la quinta de Saint. Había una gran paz en el ambiente y una bellísima luna llena. Cuando me aproximé a la finca advertí que un coche se separaba de la puerta, y suponiendo que Riquette acababa de llegar esperé pacientemente a diez pasos de la entrada.

Al cabo de algunos minutos oí su voz que me llamaba, leve como un soplo, desde la verja. Ambos estábamos conmovidos, pues era aquélla, por mucho tiempo, nuestra última entrevista. Al día siguiente iba a partir yo para Europa, de donde ciertamente no regresaría mientras durasen las hostilidades, y no era solamente el océano que nos separaría : era la guerra [1].

. . . .

Una hora después me indicó ella que debíamos separarnos ; con la despedida empezaba un largo alejamiento, y su juramento de esperarme fué hondo y grave. Entonces sentí que algo nuevo, puro y grande entraba en mi alma. Moralmente nuestro hogar estaba fundado.

Me alejé lentamente y volví el rostro a los pocos pasos. Su silueta inmóvil se perfilaba bajo los altos árboles. Le tendí un adiós y entonces sí, corrí un largo trecho por la calle desierta. »

---

[1] El autor juzga ocioso transcribir el relato de aquella entrevista en la cual quedó concertado el compromiso matrimonial. Son detalles que no interesan al público lector, pero los nietos de los protagonistas hallarán el texto de esa página de recuerdos en el cuaderno mencionado, que se conserva en el archivo familiar.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

LA MISIÓN EN SUIZA
EL MINISTRO ACEVEDO DÍAZ

Nuestra política aliadófila; ruptura con Alemania y creación de una legación en Suiza. — Nombramiento del ministro Acevedo Díaz e integración de la misión; mi partida. — La travesía del Atlántico en 1917; un viaje de guerra. — Llegada a España; visito Cádiz, Sevilla, Córdoba, Madrid, Zaragoza y Barcelona. — Mi detención en la frontera francesa; reclamación diplomática. — En Berna; hombres de Estado suizos y diplomáticos extranjeros. — El rudo invierno de los Alpes. — La princesa espía. — Amigos predilectos; la familia Sourbeck. — Personalidad del ministro Acevedo Díaz. — Puntos de historia.

I

Como he dicho, en el otoño de 1917 el gobierno uruguayo resolvió pronunciarse oficialmente a favor de la causa de las democracias occidentales y romper sus relaciones diplomáticas y comerciales con el imperio alemán. Desde los preliminares de esa decisión se pensó confiar a Suiza la representación y la defensa de nuestros intereses en Alemania, y en vista de ello crear una legación permanente en Berna, que hasta entonces había sido atendida por los ministros acreditados en Italia. Con este motivo, se designó al eminente hombre público don Eduardo Acevedo Díaz como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante el gobierno helvético, y se integró esa misión con dos secretarios, el señor Pedro Requena Bermúdez y yo. El ministro Acevedo Díaz partió en mayo de aquel año acompañado de Requena, y yo me embarqué el 2 de junio siguiente en Buenos Aires en el vapor *Reina Victoria Eugenia.*

En aquellos días había llegado a su apogeo la guerra submarina sin limitaciones, y los hundimientos alcanzaban con frecuencia a los barcos de países neutrales. De ahí que la partida de un transatlántico provocara despedidas emocionantes, y la largada de amarras del *Reina*

Victoria Eugenia fué saludada desde las dársenas de Buenos Aires por una muchedumbre compacta. Durante todo el día cruzamos el Plata, calmoso y marrón, que nos recordó la fantasía de Lugones al calificarlo de « gran río color de león ». León de cara y melena sucias, si se le mira prosaicamente cuando el cieno asoma a la superficie.

No vale la pena escribir notas sobre aquel viaje, verdadera travesía de guerra, monótona y tediosa, con pasajeros que procedían de ocho o diez países y de casi otras tantas clases sociales. Sólo mi relación con el poeta Oliverio Girondo se convirtió en amistad. También viajaba otro poeta, Julio Raúl Mendilaharsu, con su joven esposa. Fué esa mi última convivencia con aquel querido amigo, talentoso y bueno, que debía morir prematuramente en Montevideo pocos años después.

El 15 de junio hicimos la siempre simpática escala de Tenerife, y tres días después el buque español amarró a los muelles de Cádiz donde finalizó mi travesía marítima. Partí para Sevilla esa misma tarde, y cuando el sol se ponía detrás de los olivares andaluces vislumbré desde el tren la torre gigantesca de la Giralda. Visitamos con Girondo la atrayente ciudad y admiramos su catedral, su alcázar, la casa de Pilatos, el barrio de Santa Cruz y los mesones del Guadalquivir. De Sevilla pasé a Córdoba, pues deseaba conocer sus callejas, sus mezquitas y sus tipos árabes ; y pocos días más tarde llegué a Madrid donde me detuve una semana.

Visado mi pasaporte por la embajada de Francia y autorizado a cruzar el territorio de ese país desde su frontera con España hasta la de Suiza — con exclusión de llegar a París — me puse en viaje para Zaragoza, donde visité la Pilarica, e hice un breve alto en Barcelona, llegando a la primera estación francesa, Cerbère, el 1 de julio. Tuve allí la sorpresa de ser detenido por la policía y conducido a una celda donde se procedió a una inspección severa de mis equipajes y papeles. La revisación duró tres horas, pero mis bolsillos y ropas interiores no fueron registrados ; no obtuve explicación de los agentes aduaneros y policiales que, sin duda alguna, ejecutaban órdenes superiores ; pero al llegar a Berna dí cuenta de la inesperada incidencia al ministro Acevedo Díaz, a quien entregué un memorandum que fué elevado a la cancillería uruguaya y por ésta a nuestra legación en París con la instrucción de formalizar una reclamación ante el ministerio de Negocios Extranjeros. Así se hizo, y sólo seis meses después el gobierno francés reconoció el error y presentó sus excusas. Toda la documentación relativa a este asunto se conserva en el archivo de nuestro ministerio de Relaciones Exteriores, así como sus conexiones con el proceso político seguido en Francia contra el exprimer ministro, M. Joseph Caillaux, que fué la causa involuntaria de mi incidente fronterizo.

Hubo evidente exageración por parte del ministro francés acreditado en Montevideo, M. Lefèbre, al señalarme a su gobierno como un pro-

bable agente de enlace entre M. Caillaux y los elementos que respondían a su política pacifista en Sud-América; pero la presunción de que yo aprovecharía mi paso por París para llevar mensajes al viejo estadista, bastó para que se me negase autorización para llegar a la capital, y decidió al servicio de vigilancia política a realizar en la frontera un escrupuloso registro de mis equipajes y papeles. Naturalmente, nada fue hallado, pues hacía mas de dos años que yo no recibía cartas de M. Caillaux, ni en las pocas que me había escrito antes se hallaba mención alguna de sus planes, ni yo me habría prestado a ningún cometido de aquella naturaleza.

Permanecí cuarenta y ocho horas viajando por el territorio francés bajo una disimulada vigilancia policial, y me detuve solamente para comer y dormir en Narbonne, Avignon y Lyon. Francia estaba convertida en un vasto campamento militar, pero todo parecía normalizado dentro de las circunstancias, adaptación admirable del espíritu público a la larga guerra. Al llegar a Berna me presenté al jefe de misión, quien hizo entrega de sus credenciales al presidente Schulthess el 10 de julio.

Este hombre de Estado debía impresionarme por la abnegación con que desempeñaba sus funciones en aquel período tan difícil para su patria, que encerrada entre cuatro países beligerantes, no sólo mantuvo una estricta neutralidad sino que conservó también su alta dignidad y manifestó sentimientos de filantropía recibiendo en su territorio a millares de refugiados, heridos y prisioneros liberados. Y todo ello en medio de privaciones de todo carácter. Recuerdo a otro consejero federal que fué también presidente de la Confederación al terminar la guerra: M. Gustave Ador, ciudadano ginebrino que a los setenta y dos años de edad dejó su hogar para sufrir el rudo invierno de Berna, consagrado a la tarea de salvar a su país de los terribles peligros que lo circundaban.

El alto magistrado a quien traté con mayor frecuencia en los comienzos de nuestra misión fué M. Dunant, jefe del Departamento Político, como se denomina modestamente en la Confederación Helvética al ministerio de Negocios Extranjeros. Me acogió con la sencillez proverbial de los suizos distinguidos; había sido algún tiempo antes ministro en Montevideo y conservaba allí amigos de quienes le proporcioné informaciones y recuerdos; pero M. Dunant dejó en ese mismo año su cargo en Berna para ocupar la legación de Suiza en París, puesto de responsabilidad que desempeñó durante mucho tiempo. Era hijo del ilustre ginebrino M. Henry Dunant, fundador de la Cruz Roja, que recibió en su ancianidad, en 1906, el primer Premio Nobel de la Paz.

Trasladado el ministro Dunant a Francia, debí realizar las gestiones de nuestra legación por intermedio de otro funcionario igualmente sencillo y simpático, M. Arthur de Pury, director de un organismo que se creó dentro del Departamento Político y que estaba destinado a atender la representación de los intereses confiados al gobierno federal

por varias naciones en estado de beligerancia o cesación de relaciones. El señor de Pury poseía una vasta ilustración, pues había sido alumno de la Academia de Neuchâtel y obtenido su doctorado en la Universidad de Leipzig ; fué nombrado ministro plenipotenciario en Buenos Aires y Montevideo algunos meses después, y llevó a ambas capitales sus reconocidas dotes de distinción, saber y discreción.

II

Conocía yo Berna superficialmente, pero cuando la detallé en mis caminatas cuotidianas no pude menos que admirar sus perspectivas y contornos, y especialmente la maravillosa decoración verde realzada en la cima de las altas montañas por las nieves eternas... Uno de mis viejos libros contiene el relato de mis impresiones sobre la incomparable capital helvética [1].

El 8 de octubre recibimos la comunicación oficial de nuestra ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania, iniciándose con este motivo un período de actividad en la legación. Por aquellos días comenzó el invierno que debía ser largo y rudo en la región de los Alpes, donde conocí temperaturas de doce y quince grados bajo cero, tormentas de nieve y depresiones morales. En efecto, el cuerpo diplomático se había sometido espontáneamente a los racionamientos impuestos a la población del país ; carecíase de elementos casi indispensables ; el carbón escaseaba, lo que significaba poseer una calefacción insuficiente ; en las comidas, había que optar entre un plato de carne, o de pescado, o de huevos, pero nunca dos de ellos en el mismo menú ; casi no había azúcar ni manteca pero confieso mi admiración ante la disciplina de aquel pueblo que se sometía sin quejas y sin violaciones a las más duras disposiciones. Recuerdo cariñosamente que mi buena madre había obtenido del ministerio de Relaciones Exteriores la autorización de enviarme mensualmente un kilo de yerba mate y otro kilo de azúcar por la valija diplomática. Esta ayuda materna me permitió endulzar el café del desayuno — achicoria pura — y engañar con mate amargo mis deficiencias alimenticias.

El ministro Acevedo Díaz se alojaba en el hotel tradicional de Berna, confortable y lleno de una distinción a la antigua, cuyas terrazas tenían vistas admirables sobre las montañas del Oberland. El Bernerhof era, a la vez, sede de otras misiones diplomáticas, y las exigencias de la guerra mantenían en actividad a elementos cuyos cometidos políticos y militares asemejábanse mucho a maniobras de

---

[1] *La huella de mis sandalias*, Buenos Aires, 1924.

espionaje. Confieso que descubrí aspectos sumamente interesantes en aquellos ajetreos, y aunque siempre puse el mayor cuidado en mantenerme ajeno a sus contagios, estuve a punto de verme complicado en una aventura que había tenido origen en París, tres años antes, y que amenazó envolverme durante mi estancia en Suiza.

Dicha aventura es conocida por haberle dado publicidad una editorial de Santiago de Chile cuatro lustros después de acaecida, en un opúsculo que se intituló *La princesa Leczyka*, y que, en mi opinión, debió llamarse *La princesa espía*. No voy, pues, a repetir una narración ya difundida, pero desaparecidos hoy todos los que actuaron en aquellos episodios puedo indicar sus nombres auténticos. La protagonista era Jeanne-Marie Solange, esposa legítima del príncipe polaco Adán de Wisniewska, y ella fué quien me ofreció en 1914 la dirección de su magazine internacional, que decliné quizás ásperamente. Como se ha relatado, volví a encontrarla, ya viuda, en el Bernerhof, en el papel de agente político de una potencia beligerante ; y el Juan Peter a quien se nombraba así para no revelar su identidad, era don Enrique de Árraga Vidal, caballero uruguayo que se vió complicado en episodios de la guerra por indiscreciones del agente diplomático alemán acreditado en Buenos Aires, cuya clave secreta fue descubierta. No fue en Madrid, en la carrera de San Jerónimo, sino en Buenos Aires y en la avenida Corrientes donde tropecé largos años después con la princesa, envejecida y pobre. Reserva hecha de estos cambios de nombres y lugares, toda la crónica publicada en Chile es verídica, y una buena parte de la vida novelesca de la Wisniewska fué también relatada en el libro *Les espionnes à Paris*, del comandante Emile Massard, adjunto al cuartel general del ejército de París, y editado por Albin Michel.

La única representación diplomática con rango de embajada acreditada ante el gobierno federal era la de Francia, en virtud de antecedentes seculares ; pero Suiza estaba dispensada de reciprocidad y mantenía una legación en París. Los grandes acontecimientos ocurridos en Europa y el mundo después de 1914, la situación de capital internacional atribuida a Ginebra al funcionar allí durante veinte años la Liga de las Naciones, y la tendencia generalizada de elevar la jerarquía de las misiones permanentes, no han logrado modificar el criterio democrático de Suiza, que sólo nombra ministros plenipotenciarios donde cualquier republiqueta se permite designar embajadores. Recuerdo que cuando llegué a París en 1904, el número de éstos apenas llegaba a seis : eran los de Gran Bretaña, Alemania, Austria-Hungría, Italia, Rusia y España. Hoy hay cuarenta, algunos de los cuales toman en serio su investidura y créen en la importancia de las tribus que representan porque éstas han sustituído el taparrabo por el pantalón... El ilustre internacionalista doctor José León Suárez ha demostrado la contradicción entre la democracia y las embajadas, pero en nuestro

tiempo sólo la virtuosa Helvecia mantiene su austera dignidad y concilia sus instituciones con sus representaciones diplomáticas[1].

El embajador de Francia era M. Dutasta, a quien Clémenceau quería paternalmente, y al mantenerlo en un país vecino le reservaba funciones de confianza en negociaciones próximas. En efecto, Dutasta fué nombrado secretario general de la Conferencia de la Paz de 1919, siendo sensible que la muerte le haya sorprendido en plena madurez de su edad.

Tuve la satisfacción de encontrar en Berna, como ministro de Chile, a mi amigo don Marcial Martínez de Ferrari, que lo había sido anteriormente en Montevideo. La legación del Brasil estaba a cargo del barón de Río Branco, hijo y nieto de grandes diplomáticos de quienes había heredado, sino el talento, con certeza la discreción y el *savoir-vivre.* Río Branco tenía tres colaboradores que andando el tiempo habían de llegar a altas posiciones : el primer secretario, Leâo Velloso, que fué ministro de Negocios Extranjeros al terminar la segunda guerra mundial ; José Roberto de Macedo Soares, con quien me unió una buena amistad y que debía yo volver a hallar en España y en Argentina, hasta culminar él su carrera como embajador en Uruguay ; y debo a su hermano, el doctor José Carlos de Macedo Soares, presidente de la Academia de Letras, atenciones inolvidables. El tercer secretario de la representación brasilera era mi querido amigo Ouro-Preto, con quien nos volvimos a encontrar en Chile al correr los años y que ha alcanzado también la jerarquía de embajador en Francia. Fué su padre, el conde Alfonso Celso, presidente perpetuo del Instituto Histórico y Geográfico Brasilero, quien debía consagrar en 1932 mi libro *La epopeya de Manuel Lobo*, en un juicio crítico que escribió en el *Jornal do Brasil* y que constituyó el primer antecedente de mi incorporación a la ilustre compañía.

Tuve también la suerte de hallar en Berna a una familia que me acogió como un hijo, gracias al afecto recíproco que nos profesábamos desde que nos conocimos en París. Me refiero a M. Théodore Sourbeck, su esposa y su hija, esta última niña aún, pero dotada de cualidades admirables. Sourbeck había desempeñado en Francia funciones dirigentes en la Compañía del Lloyd Norte-Alemán, y en su casa y mesa hospitalarias traté a gentes de relieve y elevada cultura que luego la guerra dispersó. Aquella familia esperaba en su país de origen, pues era suiza, el término de las hostilidades ; se alojaba en una pensión llamada « La Favorita », muy apreciada por sus bellos jardines y excelente cocina, lo que pude comprobar con placer pues aquella casa fué para mí como un hogar a donde concurría casi diariamente ; y celebrábamos tertulias que se prolongaban a veces hasta la medianoche con asistencia de amigos suyos y míos. Sourbeck era un erudito y un

[1] José León Suárez, *Las embajadas.*

políglota que conocía a fondo varios idiomas[1], facultad que heredó su hija a quien llamábamos « la Pázula ». Nuestra amistad continuó después de finalizado mi cometido en Helvecia ; la ausencia no disminuyó el cariño recíproco que nos unía ; nunca dejamos de escribirnos ; y hoy, ya desaparecidos los amados viejos, sigo siendo para ella el hermano lejano a quien no se olvida. Como se verá en su lugar debíamos volver a encontrarnos treinta años después.

III

Cumplidas las ceremonias oficiales del primero de año, obtuve de mi jefe una licencia para trasladarme a Lausanne, la ciudad encantadora que, como lo he repetido, yo amaba de antiguo, así como su lago y aldeas ribereñas. Regresé a Berna con los primeros anuncios de la primavera.

Como su esposa e hijos habían quedado en Buenos Aires, el ministro Acevedo Díaz no tenía cerca suyo sino dos hombres que podían prodigarle su consideración afectiva : el secretario don Pedro Requena Bermúdez y yo. Nuestro jefe era hombre anciano y enfermo ; había llevado una vida combativa que se moldeó en las turbulencias de su época ; y fué durante su misión en Suiza que escribió sus últimas páginas y me dió a conocer interesantes antecedentes de historia política, principalmente del último tercio del período feudal uruguayo. Desautorizado por su partido, cambió su actuación interna por las actividades diplomáticas ; pero el mayor prestigio de su pluma procedía de sus novelas históricas cuyo valor se acrece a medida que transcurre el tiempo. Su autor tiene ya y tendrá más aún la consagración de la posteridad, y para mí constituyó un honor el haber sido su colaborador inmediato durante su última misión en el extranjero, ya en las postrimerías de la primera guerra mundial.

El invierno de los Alpes, soportado en medio de severas restricciones impuestas a la vida, y como he dicho, con limitados recursos de alimentación y casi sin calefacción, quebró su organismo debilitado sin abatir su firmeza moral. Aún en los días en que la gravedad de los acontecimientos políticos y militares que se producían a nuestro alrededor angustiaba los espíritus mas fuertes, él conservó una fe inquebrantable en el triunfo de la causa aliada ; y sólo cuando se producía el derrumbe de los imperios centrales y se anunciaban los prolegómenes del armisticio, consintió en resignar sus altas funciones y retornar al seno de su familia. Lo llevé a Buenos Aires con toda clase de riesgos y dificultades,

[1] Apéndice, letra H.

vencido por los achaques físicos, pero dispuesto a recibir la muerte con la entereza serena de su temple romano.

Me hallaba nuevamente en Europa por los años de 1921 cuando recibí la noticia de su deceso ; y no me preocupé en informarme de los juicios que la prensa del Plata expresó sobre el personaje desaparecido, porque sean cuales fueren los elogios o las reservas que se formularon acerca de la acción política y la obra literaria del señor Acevedo Díaz, mi concepto estaba hecho en el sentido de que su figura pertenecía a la historia, única capaz de establecer el juicio definitivo que las perspectivas del tiempo y la eliminación de los factores pasionales permiten abrir sobre las personalidades que actuaron en la borrasca y vivieron en el cuadro de sus violencias.

Pero si el dictamen imparcial sobre el hombre y su labor pública queda librado al pensamiento del porvenir, el testimonio de los que le vieron en la obra puede contribuir a preparar el monumento que le decretará la justicia histórica ; y el ilustre publicista tendrá la consagración propia de los varones de excepción cuya silueta se va alzando ante el criterio de la posteridad a medida que se diluyen en el vacío la de aquellos que intentaron proyectar sombras sobre sus virtudes y su gloria.

TRES NOTAS DEL MINISTRO ACEVEDO DIAZ

Ciertamente a mi pedido el gobierno norteamericano envió en 1904 una pequeña escuadra a Montevideo, al solo objeto de saludar al presidente de la República.

Pero ésto, bajo ninguna forma, fué una solicitud de intervención, según consta de modo apodíctico de la única documentación, privada y confidencial, que existe en las dos cancillerías, suscripta por Mr. John Hay y por mí.

El único objeto que tuvo este acuerdo fué el de ejercer la presión moral necesaria en el gobierno argentino para que se respetasen las leyes de neutralidad, tratándose de contiendas domésticas del país vecino.

Al efecto, y por acto espontáneo del gobierno norte-americano, este impartió instrucciones bien discretas a su ministro en Buenos Aires.

En consecuencia, no fué el propósito del gobierno uruguayo ni el mío personal, requerir intervenciones de ninguna especie.

* * *

Efectivamente, fuí yo el autor exclusivo y único responsable del folleto titulado *Correndo o veo* (1908), a raíz del conflicto de jurisdicción de aguas, escrito al solo fin de poner al gobierno argentino en el caso de desentenderse de la conducta y procederes de su ministro de relaciones, doctor Zeballos ; lo que se logró, según lo expresaron asi los principales órganos de la prensa argentina.

Cierto que allí se habla de la propiedad de la isla de Martín García, puesto que el mismo doctor Zeballos reconocía por los tratados del 56 y 57 que era *res nullius* ; pero esto no implicaba de manera alguna que, a mi juicio personal, debiera hacerse cuestión radical de ella, tratándose ya de un hecho el cual talvez no conviniera insistir por múltiples razones.

La forma y medios empleados para la edición de ese folleto, se explican fácilmente, a fin de no comprometer a mi gobierno y a mi carácter de ministro, en un debate o conflicto a que era ajeno y cuya responsabilidad me era a mí solo imputable.

* * *

En cuanto a la referencia que en un reportaje hice a las opiniones del general Mitre acerca de la propiedad de Martín García, cúmpleme decir que yo no manifesté que dicho publicista hubiese declarado que la isla pertenecía al pais ribereño ; sino que los elocuentes argumentos aducidos en la convención de 1860 por el general Mitre, a favor del derecho del Estado de Buenos Aires a esa propiedad, contra las pretensiones de la Confederación, eran en un todo aplicables a la República Oriental, incluídos entre esos argumentos los de orden internacional sostenidos por las altas cortes de justicia en Norte-América, en cuyo concepto ningún abogado mas hábil pudo tener el país ribereño en su defensa.

Ignoro hasta el presente quien pudo poner mano en ese reportaje, para subvertir los términos en que me expresé ; pero puedo asegurar que no fue ningún miembro del personal de la legación ni tampoco del personal de la redacción del diario que lo publicó.

SILUETA

Como entidad física, parece un compuesto de serúmen y de secreción nasal. Como entidad moral, acredita ser derretible en la lisonja, un conglomerado de ácidos corrosivos en la difamación y la intriga, una expresión máxima de lo simulado y lo pérfido contra quien le haya hecho un beneficio.

En una selva, sería príncipe real de simios no clasificados por Darwin ; en una isla desierta, un vibrión de hombre prehistórico.

En los salones, una momia de la elegancia de los tiempos de Baudelaire.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

EL ANHELO CUMPLIDO

El regreso al Río de la Plata con el ministro Acevedo Díaz. — La escala en Montevideo ; el epistolario de Riquette ; sus revelaciones. — La espera fiel de la prometida; nuestro noviazgo ; una primavera venturosa. — Doña Margarita Eschemann de Saint. — La personalidad de la abuela. — La boda en Montevideo.

Las circunstancias coadyuvaron para que el anhelado regreso al Río de la Plata no se dilatase demasiado, pues al mediar el año 1918 se hizo patente el retroceso de Alemania en su doble aspecto militar y político, al mismo tiempo que la salud del ministro Acevedo Díaz empezó a declinar en razón de viejos males agudizados por la separación de la familia y las dificultades de la vida en aquel último período de la guerra. En julio se decidió a pedir una licencia al gobierno para regresar a su hogar en Buenos Aires, donde vivían su esposa e hijos ; y al acordársele aquélla fuí autorizado por la cancillería para acompañar al ministro en su viaje de retorno. Tuvimos dificultades para obtener camarotes en un buque español dada la afluencia de pedidos análogos ; pero salvados los obstáculos iniciamos el viaje desde la localidad de Chexbres, estación climatérica situada en la falda de las estribaciones valdenses que caen hacia el Lemán sobre el cual presentan vistas soberbias. En aquel punto habíamos pasado con el señor Acevedo Díaz algunas semanas del verano, atendiendo al trámite de los asuntos corrientes por deferencia del gobierno federal. Cruzamos el lago el 28 de agosto ; asistimos a una despedida que nos otorgaron en Ginebra el cónsul general don Arturo Brown y su esposa, y viajamos luego a Barcelona con todas las dificultades propias de aquel momento histórico, dificultades que iban desde los contínuos retardos y cambios de trenes hasta la revisión reiterada e impertinente de los pasaportes, sin contar con los frecuentes cierres de fronteras. Cuando pasamos la de España nos pareció entrar en un mundo nuevo donde abundaban todos los recursos necesarios para la vida, y el 4 de septiembre nos embar-

camos en mi conocido vapor *Reina Victoria Eugenia* que nos devolvió al Río de la Plata después de una travesía que duró exactamente tres semanas, agravada con una epidemia de grippe que contagió a todos los pasajeros y que fué probablemente el vehículo de la que estalló inmediatamente después en Montevideo y Buenos Aires.

Al bajar en mi ciudad natal durante la escala, tuve la satisfacción bien ganada de reunirme con mi madre y mis once hermanos alrededor de la mesa familiar. La nota triste fué la noticia del deceso de nuestra anciana abuela, mamá Carolina, acaecido quince días antes en aquel hogar donde había pasado sus últimos años. Allí me fueron entregadas varias cartas de Riquette. Me decido a reproducir fragmentos de una de ellas porque constituyen la revelación de su admirable espíritu ; y si alguien se preguntase porqué doy publicidad a una carta íntima, diría que lo hago porque su lectura es un testimonio fiel de las virtudes de aquella niña que tanto debía parecerse a la María de Jorge Isaacs. Si ella viviese no la reproduciría, pero su pensamiento, apagado hace años, se ilumina nuevamente en la página que sigue.

Temperley, agosto 12 de 1918.

...Estas cartas ya no llegarán a tus manos en tierra extranjera sino en la tuya, y me parece un sueño cuando pienso en ello. Te hallarán en Montevideo, en tu casa, rodeado de los tuyos felices de verte nuevamente, y mas cerca de tu novia que cuenta con impaciencia los días y las horas que la separan de su amado.

Desde el sábado por la noche tengo en mi poder todos los retratos que de tí conserva tu mamá. Te confieso que en algunos estás muy feo. Son los sacados en Gruyère y otro en que estás trepado en un árbol. Este último sobre todo es espantoso ; sino dijera detrás que eres tú, yo lo negaría. Otra cosa, mi señor : el bigote que llevas en varios retratos te envejece horriblemente. Por suerte ya no lo llevas y además es mucho mas higiénico — como dice una muchacha. ¡ De militar estás muy bien, solo que parece que fueras a tragarte medio mundo ! Con tu hermanito pareces un joven papito. Y ahora vienen los que me gustan : tus retratos a los 4, 9 y 14 años me tienen chocha. Estás entonces muy parecido a los que me enviaste. A los cuatro años tienes la misma expresión en los ojos que la que me enviaste en septiembre pasado, y a los nueve años te encuentro mas parecido a la de enero último. A los catorce años tienes una expresión que he visto muchas veces en tus ojos.

Ahora que los he visto estoy contenta y mañana los enviaré de nuevo a tu mamá.

Anoche fuí al Colón. Era la última función de abono y se estrenaba una obra que se representa por primera vez en el mundo entero. Es « Jacquérie », de Marinuzzi, el joven director de la batuta del Colón. Ese muchacho es un verdadero genio musical. Ha sido un magnífico triunfo para él, y eso que el público de Buenos Aires es muy exigente. Para el autor es una consagración. La obra es hermosa y el argumento interesante ; pasa en Francia en 1350, y « la mise en scène » muy linda. El Colón se venía abajo de aplausos : nunca he visto un entusiasmo tal. Marinuzzi estaba muy emocionado y no sabía como agradecer, y tomando en brazos a un pequeño que hacía de paje le hizo enviar besos al público.

Fuí con mis tíos Marcela y Emilio y vinieron también Grenier y su

señora. Dormí en casa de Marcela, y esta mañana vinieron los dos diablillos de mis primitos con sus picardías. Me levanté a las diez, y al llegar a casa me encontré con tu carta del 1 de julio, las postales de la exposición de Berna y una revista de Montevideo. Muchas gracias por todo, pero todavía me faltan tres cartas anteriores que espero no tardarán en llegar.

...Quería yo dejar para nuestras entrevistas el hablar de nuestro casamiento, pero no puedo resistir al deseo de decirte aquí lo que pienso.

Primeramente déjame que te diga con toda franqueza, con toda el alma, que me encamino a la realización de mi dulce sueño de ser tu esposa y compañera para siempre, con el corazón absolutamente tranquilo y la convicción de que unida a tí seré feliz. Todo mi ser me dice que no debo temer el porvenir, que puedo tener confianza en el futuro. Voy, pues, sin miedo, dichosa de confiarme toda a tí y a tu cariño ; dichosa de darte mi vida entera y todos los latidos de mi corazón que te pertenece desde hace tanto tiempo.

Cuento las semanas y los días, y quisiera realizar muy pronto el plan que me expones. Será mi felicidad realizada. Nadie podrá separarnos y ninguno de los dos ignorará nada relativo al otro : no seremos mas que uno. Enrique, aspiro como tú a nuestra unión a la que tenemos tanto derecho. Continuamente pido al cielo que nos podemos casar en diciembre.

En está página como en las otras que me escribía constantemente están nítidamente reflejados los sentimientos de Riquette : su amor ingenuo, su confianza en la vida y la nobleza de sus anhelos. Parecía que aguardaba a su prometido ciñendo cada mañana a su frente la corona de azahares y colocando en su cabeza el velo nupcial. Así me esperó, sonriente y serena, persuadida que ni mi prolongado alejamiento, ni la distancia inmensa, ni las amenazas del mar impedirían la cristalización de su sueño juvenil. Y fué así, como ella y yo lo quisimos y como Dios nos lo acordó.

El 26 de septiembre desembarqué en Buenos Aires después de despedirme del señor Acevedo Díaz, que fué recibido a bordo por sus familiares ; y esa misma tarde, a la misma hora en que dieciséis meses antes me había alejado de Riquette, la hallé de nuevo en la verja de su quinta de Temperley, fiel a su promesa de esperar mi regreso con el mismo amor que en la hora de la partida.

Fuímos hasta el banco que con el viejo sauce que lo protegía iba a escuchar nuestras confidencias. Allí convinimos en que ella informaría a su padre de mi presencia en Buenos Aires, solicitándole que me acordase una entrevista. Así lo hizo, y el señor Saint me recibió días después en su oficina de Barracas acompañado de sus hermanos Pablo y Emilio. Nuestra conversación fué cordialísima, y al retirarme llevé la persuación de haber dado término a las demoras que anteriormente habían dificultado la formalización de nuestras aspiraciones.

Entonces comenzó para mi prometida y para mí un período cuyo recuerdo guarda mi alma. El 11 de noviembre, en horas de la mañana y en momentos en que Buenos Aires y todo el mundo libre abandonaban sus ocupaciones para aclamar en las calles y plazas la celebración de un armisticio que consagraba la derrota de los imperios centrales,

don Enrique Saint me llamó por teléfono para invitarme a concurrir a su quinta. Esperóme allí con su vieja madre y sus dos hijos,y con ellos me sentó a la mesa tendida bajo los árboles. Se unieron, pues, en un mismo acto la alegría de una victoria esperada durante cuatro años y la alegría de una nupcialidad basada en un hondo afecto recíproco.

Desde ese día fuí autorizado a concurrir a la quinta de Temperley para almorzar con Riquette y los suyos, y pasábamos luego las tardes bajo la sombra de los grandes árboles que hacen de aquel parque una de las propiedades privadas más hermosas de las cercanías de Buenos Aires. Se conserva aún hoy como estaba entonces, destacándose una avenida de eucaliptus de gigantesco desarrollo, y un gomero probablemente contemporáneo de las invasiones inglesas, cuya base mide siete metros de circunferencia. Otra atracción bellísima la constituía el rosedal formado por la madre de mi novia, doña Margarita Eschemann de Saint, en la última etapa de la enfermedad que la llevó a la tumba cuando había cumplido apenas cuarenta y dos años de edad. Eran ciento veinte rosales, distintos casi todos ; la mayor parte procedían de Francia ; había grandes rosas té, cuyo color delicado contrastaba con los tonos fuertes de otros ejemplares ; y pétalos blancos que mostraban bordes rojos. En el centro del jardín se destacaba un aljibe con sus hierros coronados por otras especies trepadoras. Ese rosedal privilegiado existe todavía, aunque las plantas iniciales han debido ser reemplazadas al morir por otras de menos valor artístico. La dama que creó ese ambiente de paz y hermosura pasó allí las últimas primaveras de su vida, y probablemente en su alma buena se confundieron el perfume de las rosas y la dulzura mística de su precoz ocaso.

Fué junto a ella que la niñez de Riquette conoció las virtudes que debían prolongar en la hija el ejemplo de su progenitora.

En ese lugar de flores y recuerdos gustaba mi prometida sentarse conmigo en aquellos días inolvidables durante los cuales me fué dado conocer a fondo los sentimientos de la mujer amada. Al alejarme de su lado a la hora del crepúsculo ponía ella en mi ojal una flor de « pervenche », evocación sentimental de aquel manojito que me había enviado en forma anónima dos años antes.

Hablaba ella el francés con acento puro y se expresaba corrientemente en inglés. Había hecho sus primeros estudios en el colegio de la Providencia, y llevada luego a Inglaterra ingresó como pupila en una institución educacional situada en Brighton y dirigida por religiosas. Acompañó a sus padres en sus viajes por Europa, deteniéndose especialmente en Francia y Suiza. A su regreso a Buenos Aires continuó sus estudios musicales bajo la dirección del maestro Felice Lébano, alcanzando el diploma de profesora elemental de arpa ; su vocación artística se mantuvo siempre ágil, revelándose en los conciertos en que tomaba parte ; y cuando en el curso de los años las tareas de su hogar la apartaron de aquel noble instrumento que exigía largas horas de consagración,

no dejó por ello de asistir a los recitales de piano, juzgando con acierto a los ejecutantes. Su amor por la música era tan hondo como el que sentía por las flores, y la expresión de su rostro se tornaba casi mística al escuchar un trozo clásico como al sostener en sus manos y aspirar el perfume de un ramo de rosas.

En el curso de noviembre vino mi madre a Buenos Aires acompañada de mi hermana Lucía a pedir la mano de Riquette, y expresó a mi futuro suegro su deseo de que la boda se realizase en nuestro hogar montevideano, ofrecimiento que fué aceptado por el señor Saint que se evitaba con ello toda clase de compromisos. Mi novia se declaró muy contenta, pues siempre había tenido verdadero cariño por Montevideo. Días después tuvo lugar en Temperley lo que los franceses llaman « le dîner de fiançailles », al cual asistieron todos los familiares presentes en Buenos Aires. Lo presidió la abuela paterna de Riquette, madame Desirée Peter de Saint, anciana a quien debía yo querer sinceramente pues era la personificación de las viejas virtudes francesas, por su amor al hogar, su amplio espíritu, su admirable discreción, su generosidad y su « esprit gaulois », que se manifestaba en su conversación y sus anécdotas. Vivió ochenta y seis años, y se complacía en evocar la cooperación que había dado a su marido, don Abel Saint, en la iniciación de sus actividades industriales que culminaron en el curso de los años en una prosperidad siempre creciente.

Fué en compañía de esta dama y del señor Saint que mi prometida y yo fuimos a Montevideo y celebramos nuestro matrimonio en la casa de mamá, calle Maldonado y Vázquez, el 20 de diciembre de 1918. Podría decir mucho sobre aquel acto memorable de mi vida, pero prefiero guardar en mi corazón los recuerdos de una felicidad que se afirmó aquel día y que debía subsistir hasta que el destino me reservó la más terrible y dolorosa de las sorpresas. No debo anticipar los acontecimientos.

Riquette quiso que pasáramos los días siguientes en Piriápolis, en el mismo hotel donde nos habíamos conocido casi tres años antes, y allí fuimos a evocar la memoria de nuestro primer encuentro. Poco después se me ofreció un traslado diplomático mediante el cual pasaba yo de la legación en Suiza a la de Brasil, cambio que acepté en razón de que, aunque no representaba un ascenso de grado, se me confiaba las funciones de primer secretario mientras permaneciese en Río de Janeiro. A esta capital llegamos en los primeros días del otoño, transcurriendo nuestra luna de miel en el marco incomparable de bellezas naturales que hacen de Río una de las regiones privilegiadas del mundo.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

EL NUEVO HORIZONTE

Nuestro alejamiento de Río ; los motivos. — Recepción desfavorable en Montevideo ; « el barómetro » de Relaciones Exteriores; deficiencias de la organización ministerial. — La acogida del presidente Brum. — El canciller Domínguez ; su personalidad. — Traslado a una estación climatérica en Suiza. — La gratísima noticia. — Instalación en Ginebra. Mamá Riquette.

I

Nuestra permanencia en Brasil duró sólo seis meses. El ministro uruguayo, don Manuel Bernárdez, escritor de talento vigoroso, tenía de la función diplomática conceptos distintos de los míos, y aunque nunca ocurrió entre él y yo entredicho alguno me sentí inadaptado en la legación a su cargo. Otra circunstancia influyó también en mi deseo de alejarme de la capital carioca, y fué el cambio que advertí en la salud de mi esposa, que empezó a declinar a pesar del clima maravilloso de la región. Una consulta médica aconsejó la conveniencia de un cambio radical de aires, lo que motivó un pedido mío de licencia a la cancillería a fin de convenir un traslado a otra representación diplomática. Aquel pedido quedó sin respuesta, y una reiteración formulada por telégrafo fue igualmente desoída. Ante esta doble descortesía mi reacción consistió en tomar un barco con mi señora y regresar a Montevideo sin preocuparme por las derivaciones que este gesto de independencia iba a tener en mi carrera.

A los pocos días de mi llegada fuí convocado por el subsecretario don Alvaro Saralegui, cuya expresión fisonómica al recibirme sirvió para revelarme que mi situación no era cómoda... El ministerio de Relaciones Exteriores ha sido siempre una especie de barómetro encargado de dar a conocer la influencia, el prestigio, la merma personal o la

desconsideración que se tiene en las esferas gubernativas por los funcionarios que llegan. Mejor dicho, la manera como se es recibido por los empleados superiores y subalternos de la cancillería, define, ante la comprensión del agente diplomático, el concepto que se tiene de él en esos momentos y el tratamiento que le espera. ¿ Cuál es el motivo ? A veces ha sido una frase a su respecto pronunciada por el presidente de la República y recogida por oídos atentos y aguzados ; o un gesto del canciller, que se interpreta por sus subordinados con un acierto infalible ; o deducciones sutiles de la perspicacia oficinesca que inspiran la actitud a observar frente al recién llegado. Se ha oído acerca de éste una expresión elogiosa del jefe de Estado, del ministro o de algún influyente personaje ? El visitante recibe abrazos al pasar por las salas o pasillos. ¿ Las manifestaciones procedentes de altas esferas inducen a pensar que las acciones del diplomático han disminuido de valor ? La acogida se reduce entonces a un saludo convencional seguido de un alejamiento inmediato. ¿ Se tienen dudas o se carece de informaciones sobre la posición real del sujeto ? Entonces se adopta una postura cautelosa, presta a definirse ante el primer indicio claro. Pero lo que sorprende es la percepción maravillosa del personal del departamento de Estado, que se manifiesta en una adaptación automática a los juicios y procedimientos del titular de la cartera.

Hay que reconocer que, siendo las secretarías de Estado otros tantos centros políticos, el pasaje fugaz por ellas de ministros de distinta catadura obliga al personal superior a fluctuaciones de opinión y de actitud. Existe el sentimiento de que la condición fundamental del burócrata ambicioso debe ser la facultad de adaptación, y en virtud de ella hay muchos cagatintas que son políticos en potencia. En otros, el secreto de su cortesanía radica en un mero deseo de mejora presupuestal. Téngase en cuenta que, en Relaciones Exteriores, no sólo los funcionarios aspiran a legítimos ascensos sino también a ingresar en el servicio exterior, pues el ministerio suele ser la antesala de las carreras diplomática y consular con viáticos y sueldos pagados a oro. De ahí que cada ambición se convierta en una pugna callada y tenaz, y los caracteres se amolden a la disputa disimulada para la obtención de vacantes. Como sucede generalmente, no es la selección la que triunfa ni la capacidad intelectual y moral la única que se tiene en cuenta para la provisión de los cargos : son los candidatos mejor apadrinados, o los mas astutos en la brega, o los menos escrupulosos en el empleo de los medios quienes logran el éxito. La selección suele hacerse a la inversa, pero confieso que he experimentado sorpresas al comprobar condiciones de sagacidad, reserva y tacto insospechados en amanuenses que no eran capaces de redactar un acuse de recibo, y que al servirse hábilmente de aquellas aptitudes han alcanzado grados importantes en la diplomacia. Lo que no debe pedírseles es una dosis de idealismo o de desinterés. Creo que en toda América sucede lo mismo, con excepción

de Brasil. Cuarenta años de experiencia me autorizan a emitir este juicio, tan desinteresado como inútil.

Pero he menester de completarlo en lo que se refiere a uno de los cometidos mas importantes de toda cancillería : la información sobre política internacional, legislación, economía, cultura y preparación militar de los demás países, especialmente de los vecinos o próximos. En este sentido la deficiencia ha sido constante en nuestro departamento de Relaciones Exteriores. Ciertamente, los agentes diplomáticos y consulares elevan notas e informes sobre aquellos asuntos, pero casi siempre el único resultado consiste en un acuse de recibo, sin que nadie se tome el trabajo de estudiar las comunicaciones y su aplicabilidad eventual a nuestro medio. Como lo he dicho en su lugar, estuve adscripto a la cancillería desde diciembre de 1914 hasta mayo de 1917, y advertí que el alto personal sólo se preocupaba de reunir datos sobre asuntos que atañían a la vida de otras naciones — de preferencia sobre asuntos políticos — cuando la orden de hacerlo emanaba del ministro, o por intermedio de éste del propio jefe de Estado. De una manera general la actividad de los gobiernos vecinos, aun aquella que se refería a sus relaciones y propósitos internacionales, pasaba inadvertida para los responsables de la política exterior de la República. Mejor dicho, esa política exterior no existía desde el final de la Defensa de Montevideo, y solamente el doctor Baltasar Brum, en el ejercicio de sus funciones ministeriales y presidenciales, se esforzó por crearla y dirigirla, con poco éxito, desde luego, porque aquélla no tuvo nunca arraigo en el espíritu público[1] ; pero limitándome a la actuación de la burocracia, entonces y después, hay que convenir que consistía apenas en la tramitación rutinaria de los expedientes. La cancillería ha carecido siempre de un estado mayor que tuviese la misión de recoger las informaciones de los agentes diplomáticos ; que pusiera a la disposición del gobierno los elementos de juicio necesarios para conducir con éxito las gestiones en el extranjero ; y que estableciera un plan u orientación permanente para la defensa pacífica de nuestros intereses, teniendo en cuenta la situación de país pequeño y desarmado.

La improvisación ha inspirado las soluciones cada vez que la nación ha debido encarar un problema de carácter internacional, y las modestas sugerencias que expuse para modificar aquella omisión orgánica, permanecieron ignoradas.

---

[1] Motivos de estricta justicia me obligan a manifestar que, posteriormente a la época en que redacté estos juicios, otros ministros de Relaciones Exteriores han estado a la altura de la misión que ejercían. El primero de éstos fué un expresidente de la Republica, que dió dignidad y verdadera eficacia a sus funciones ; otro, con notoria capacidad y experiencia para desempeñarlas, las malogró debido a su índole personal agresiva ; y un tercero que honró su paso por la cancillería, fué el creador de una valiente doctrina que está destinada a prevalecer en América y a ser incorporada a las normas continentales del Derecho Internacional.

II

Como he dicho, en noviembre de 1919, al llegar al despacho del subsecretario Saralegui estaba yo persuadido de la acogida que me esperaba. Así acaeció, en efecto, y después de un recibimiento sin amenidad fuí informado que el primer mandatario deseaba comunicarme personalmente sus órdenes. Atravesé el patio que separaba las oficinas del ministerio de las antesalas de la presidencia, y después de saludar al secretario, doctor Edmundo Castillo, fuí introducido por este caballero al pequeño salón donde el presidente Brum acordaba las audiencias.

Conocía yo bien al personaje con motivo de nuestros contactos anteriores, y en el capítulo IX de estos recuerdos he expresado una opinión sintética acerca de sus modalidades. La revelación de actitudes contrarias a la suya solía provocar en sus nervios reacciones apasionadas, y como mi regreso a Montevideo, sin licencia en razón de la falta de respuesta a mis solicitaciones, podía interpretarse como un alzamiento contra su autoridad, presumía yo que iba a oir palabras desagradables de censura, y lo enfrenté decidido a conservar una actitud de absoluta frialdad. No me equivoqué, y después de una reprimenda un poco pueril me ordenó que regresara a Río de Janeiro sin pérdida de tiempo. Con toda calma le manifesté que la permanencia de mi esposa en Brasil agravaría su deficiente estado de salud incurriendo yo en una responsabilidad, y le insinué que el traslado de un diplomático a otro país era un asunto nimio que sucedía con frecuencia y en todas partes. Mientras hablaba pude notar el temblor de sus mejillas, y como yo no me sometía a su resolución incurrió en algunas inconveniencias verbales a las que puse término separándome de su lado resuelto a solucionar el problema por mi propia cuenta.

Esa tarde me presenté en el despacho del ministro de Relaciones Exteriores, don Rufino T. Domínguez, y después de exponerle los antecedentes del caso le hice entrega de mi renuncia.

El señor Domínguez era hombre de otra madera. A su criterio se añadía una firmeza de carácter tal, que en el curso de su dilatada vida pública le singularizó como una personalidad de excepción. A los veinte años de edad, siendo teniente de infantería, se retiró del ejército para no ser cómplice del motín de enero de 1875; distinguióse por su valor en las protestas armadas de la Tricolor y del Quebracho; en el Senado de la República estuvo siempre con las buenas causas; y unido en matrimonio con una virtuosa dama, doña María Luisa Gómez Cibils, desempeñó con dignidad y acierto las plenipotencias en el Brasil y en Italia, así como el ministerio de Relaciones en dos períodos gubernati-

vos. Siempre conté con su benévola amistad, lo mismo que con la de su esposa, y fue sin sorpresa de mi parte que le oí decir, al rechazar mi renuncia y refiriéndose al presidente Brum : « Mientras yo esté al frente de la cancillería ese mozo no cometerá arbitrariedades. »

Dos días después el ministro Domínguez solucionó mis dificultades acordándome una licencia de seis meses para conducir a mi mujer a Suiza y someterla a un tratamiento adecuado en una estación climatérica.

Cruzamos el océano a bordo de un buque italiano que nos llevó hasta Génova, de donde seguimos a Milán y Lausanne. En esta última ciudad Riquette fue cuidadosamente examinada por un reputado clínico que aconsejó una cura de altura en Villars-sur-Ollon. El método y mis cuidados dieron un feliz resultado y su salud mejoró ; pero otras circunstancias que se presentaron cuando iba a terminar mi período de licencia impidieron nuestro regreso. En efecto, mi esposa me anunció que iba a ser madre, y los médicos negaron su autorización a un viaje prolongado que para ella no podía estar exento de peligros.

A fin de esperar el dichoso acontecimiento nos instalamos en Ginebra. En esos días mi eminente amigo el ministro Domínguez fué reemplazado en la cancillería uruguaya por otro titular de quien yo nada podía esperar, lo que me decidió a enviar a Montevideo la renuncia de mi cargo diplomático ; y poco tiempo después recibí una maravillosa compensación al nacer mi primogénito en la ribera del Lemán, el lago azul que siempre he amado y bajo el auspicio de la cultura helvética que siempre he admirado.

El último día del año 1920 fue el mas feliz de mi vida porque en la noche anterior Enrique había venido al mundo.

En mi regocijo sentí que se ampliaban los horizontes de la existencia y que ésta tendría desde entonces para mí una misión profunda. El pensamiento se tornó hacia la memoria de mi padre y advertí el gozo idéntico que habría experimentado él cuando me vió nacer. Creí que Dios llenaba con mi hijo la ausencia del autor de mis días ; el nieto reemplazaba al abuelo ; y esta idea me condujo a pensar que en la cadena del linaje el eslabón paterno no se había roto ya que se renovaba ahora con el eslabón que acababa de forjarse.

He desarrollado en el Exordio este concepto de la perennidad de la vida que constituyó hace mas de treinta años el punto de partida de mi orientación hacia las investigaciones históricas y reforzó las bases de mis convicciones religiosas.

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

LA MISIÓN EN ESPAÑA

El monumento a Mitre en Buenos Aires ; la embajada extraordinaria de 1927 ; mi reincorporación a la carrera diplomática. — Investigaciones en Brasil sobre la historia de Colonia del Sacramento. — El archivo de Trápani y su venta por Pedro de Angelis. — Llegada a España ; el rey don Alfonso XIII ; el dictador Primo de Rivera ; el cardenal Tedeschini. — Hombres de letras y artistas ; el escultor Coullaut Valera. — Gestión ante el duque de Alba. — El canciller argentino Ruiz Guiñazú. — Mi interinato al frente de la legación en Madrid ; convenio de reciprocidad universitaria. — Los errores de la dictadura ; proclamación de la República. — El ministro doctor Daniel Castellanos.

I

En la primavera de 1923 llegamos a Buenos Aires viniendo de Francia con el propósito de fijar nuestra radicación y poner término a los viajes durante un largo plazo. Era deseo de mi esposa vivir cerca de sus familiares y especialmente de su anciana abuela por quien sentía un tierno afecto ; y en cuanto a mí, la permanencia en Buenos Aires me ofrecía las ventajas de habitar y trabajar en una gran urbe cuya inmediación a Montevideo iba a permitirme también visitar con frecuencia a mi madre y hermanos.

Estos proyectos sólo pudieron cumplirse parcialmente, y aunque edificamos nuestra casa de Belgrano y nos instalamos en ella, las circunstancias decidieron que no debíamos disfrutar aún de la quietud a que aspirábamos.

Al fijarse para el 9 de julio de 1927 el descubrimiento oficial del monumento a Mitre — el prócer cuya antecedencia en ambos pueblos había yo establecido — el gobierno oriental acreditó una embajada extraordinaria ante el presidente don Marcelo T. de Alvear. Fue titular de aquella misión el doctor Pedro Manini Ríos, quien me ofreció integrarla como primer secretario, en unión del doctor Juan José Campisteguy, hijo del presidente de la República ; del ministro doctor Luís Piera y de los generales Francisco Borques y Manuel Dubra. Acepté el ofrecimiento y tomé parte en las lucidas ceremonias que se celebraron

en aquellos días. Como dato jocoso y revelador de la verborragia imperante, diré que debían pronunciarse veintitrés discursos al inaugurarse la estatua ; y como su lectura iba a durar por lo menos diez o doce horas, el comité organizador redujo a cinco minutos el plazo que se concedía a cada orador para satisfacer su vanidad.

El desempeño del cometido que se me asignó en esta ocasión dió motivo a mi reincorporación al servicio diplomático permanente, y en junio del año inmediato fuí nombrado secretario de la legación en España.

Había comenzado en esa época a reunir materiales para mi historia de Colonia del Sacramento ; y sabiendo que una rica fuente se hallaba en Río de Janeiro me trasladé allí con mi mujer y pequeños hijos. Gozamos de la atmósfera tibia y pura del invierno carioca, y yo reuní una importante información documental, orientado en mis investigaciones por dos eruditos, los doctores Max Fleuiss, secretario perpetuo del Instituto Histórico y Geográfico Brasilero, y Alcides Bezerra, director del Archivo Nacional. El primero, a quien expuse mis puntos de vista sobre la política de expansión y colonización lusitana en los siglos XVII y XVIII, me manifestó que su ordenamiento y publicación significarían ciertamente la mejor credencial para mi ingreso al instituto ; y el segundo puso a mi disposición, en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, los volúmenes que habían constituido el antiguo archivo de don Pedro Trápani, agente de Lavalleja en Buenos Aires durante la guerra con el Imperio. Ese acervo documental había sido traído a Montevideo por don Pedro de Angelis, jefe del Archivo de la Nación durante el gobierno de Rosas, y ofrecido en venta a Brasil por intermedio de su ministro, vizconde de Río Branco, en la suma de diez mil pesos fuertes. Entiendo que Angelis transó por una suma menor, pero los documentos pasaron a poder de nuestro vecino del norte donde muchos años después el ilustre hijo del negociador, barón de Río Branco, los examinó y les puso notas marginales. A mi vez, hice un inventario de esos papeles cuyo conocimiento difundí por medio de un impreso.

Hallábame consagrado a esa labor en la capital brasilera, cuando recibí de la cancillería uruguaya la orden de marchar a España, la que llevé a efecto con los míos llegando sin incidentes a Madrid el 1 de septiembre de 1928.

II

Era ministro plenipotenciario don Benjamín Fernández y Medina y actuaba como cónsul adscripto el ilustre literato don Alvaro Armando Vasseur. Mis relaciones con ambos fueron de una etiqueta matizada de cordialidad y nada mas, pues mi índole se adaptaba poco a las

reservas mentales del primero y al talento agresivo del segundo. En cambio, la señora de Fernández y Medina, doña Rosa Carril, era una dama expansiva y afectuosa, de fondo un tanto enérgico pero llena de adhesión y admiración por su marido. Éste hacía mucha bulla en España con su publicidad personal a base de conferencias, folletos y reportajes, aunque nunca dijo ni publicó nada fundamental. Se había vinculado a personas y entidades representativas y consiguió que lo doctorasen *honoris causa* en Salamanca.

De acuerdo con el ceremonial fuí presentado al rey don Alfonso XIII. Era una majestad sonriente y sencilla ; le gustaba hablar y fumar ; no decía cosas profundas y seguramente las ignoraba ; pero sabía lo bastante para ser un rey constitucional ; y cuando dejó de ser constitucional y fue sólo rey dentro de una dictadura, su personalidad fue reduciéndose. También entonces le faltó su madre, doña María Cristina, que era un Felipe II con faldas. Cargó don Alfonso con culpas ajenas, como Luis XVI ; y cuando se desligó del dictador y lo botó de España, no acertó con la solución política inteligente, que consistía en llevar al gobierno a sus adversarios. Entregando los ministerios a los republicanos habría salvado la monarquía. Pero para maniobrar como un Talleyrand hubiese debido ser un hombre de Estado y don Alfonso no lo era. Apenas era un buen español, y como tal vivió y murió. Las pocas veces que conversé con él me dejó la impresión de que iba a naufragar en la época borrascosa que le tocó reinar.

Con don Miguel Primo de Rivera hablé de sus tíos montevideanos del coloniaje y le mostré cartas de su abuelo, que yo poseía. Era nieto del marqués de Sobremonte, y tanto le interesaron mis noticias que algunas semanas después me reconoció entre el gentío oficial que asistía a los funerales de la reina madre, y adelantándose hacia mí me estrechó amistosamente la mano.

La personalidad mas destacada del cuerpo diplomático era el cardenal Tedeschini, nuncio del pontífice, que en el curso de su dilatada misión debió enfrentar graves situaciones que pusieron a prueba su talento de estadista y su serenidad de varón prudente. Me trató con benevolencia. También me hice amigo del embajador de Chile, Rodríguez Mendoza, cuya esposa era uruguaya, y del argentino, don Daniel García Mansilla. Estaba casado con doña Adela Rodríguez Larreta, dama de temperamento altivo pero cuya jerarquía espiritual acentuaba el interés de sus conversaciones. Había sido bautizada en Montevideo con su hermano don Enrique, el novelista.

El mundo de las letras ha sido siempre acogedor y llano en España, lo que me concedió fácil acceso a la relación con escritores de prestigio desde Valle Inclán hasta Ricardo León ; pero no frecuenté cenáculos ni peñas literarias de las que me he alejado sistemáticamente en todas partes sabiendo que son otros tantos centros de murmuración y celos. Entre los artistas debo mencionar a un escultor genial que dejó en mis

recuerdos huellas imborrables: me refiero a Coullaut Valera, a cuyo taller me condujo el deseo de verle trabajar en la estatua de don Bruno de Zabala, que ejecutaba en aquellos días para la ciudad de Montevideo. Parecía ignorar que el ilustre fundador era manco, y aunque le dí el dato no lo reveló en el monumento. Al explicarme Valera la significación y modalidades de cada una de sus obras, se detuvo ante una cabeza de Ignacio de Loyola que presentaba al visionario en el instante de la revelación de su destino religioso e histórico. Loyola aparecía allí con una maravillosa expresión de luz y de fe, como si su alma transformada por un torrente místico estuviese contemplando algo milagroso e inesperado. « Y ví a Dios cara a cara — me dijo el escultor — es lo que he tratado de interpretar en esta obra. » Recordé entonces otra admirable cabeza de madera que había visto yo muchos años antes en el Museo Antiguo de Berlín: una *mater dolorosa* esculpida en el siglo XII, que impresionaba por la fuerza y la verdad de la amargura que reflejaban sus rasgos, hasta el punto de creerse que de aquellos ojos iban a brotar lágrimas. Era también de autor español, aunque anónimo, y en los últimos días de su vida el emperador Guillermo I pidió que la colocaran cerca de su lecho de agonizante.

III

Un publicista argentino, el doctor Enrique Ruiz Guiñazú, me había escrito en 1925, sin haberme tratado, solicitándome que le facilitara el conocimiento de ciertos documentos históricos que yo poseía. Cuatro años después, hallándome en Madrid, mi amigo de Lafuente Machain obtuvo de aquel autor, en Buenos Aires, que presentase mi candidatura al título de correspondiente en España de la Junta de Historia y Numismática Americana, que mas tarde se convirtió en Academia Nacional de la Historia. La designación fue aprobada a comienzos de 1929, y en noviembre de ese año, habiendo ido yo a Buenos Aires por algunas semanas, tomé posesión de mi escaño en sesión pública. Ruiz Guiñazú pronunció el discurso de recepción, estableciéndose entre ambos una cordial relación; y al visitarle yo para despedirme me pidió que al regresar a Madrid intercediese con el duque de Alba para que pusiese prólogo a su obra *La tradición de América*, que iba a publicar en aquellos meses.

Acepté el cometido, aunque mi vinculación con el de Alba era puramente protocolar. Este personaje seguía en importancia al rey de España y la suerte favoreció mi intervención, pues al volver a Madrid le hallé desempeñando un ministerio, del cual pasó al de Estado, lo que le puso en contacto diario con el cuerpo diplomático. Concedióme la audiencia que le pedí, y en el curso de la conversación le expresé el

deseo de Ruiz Guiñazú, destacando el antecedente de que la Real Academia de la Historia había otorgado en 1922 el premio de la Raza a su libro *La magistratura indiana.* Nuestra charla se volvió amistosa al expresarle yo que sus lectores del Río de la Plata deseaban conocerle y agasajarle, y me daría una satisfacción si me permitiese anunciarles que, cumplidas sus obligaciones oficiales, haría una visita a Montevideo y Buenos Aires en su carácter de primer académico de la historia. Alhagóle mi sugerencia, y no sólo me prometió escribir el prólogo solicitado sino que desde esa entrevista el duque me siguió tratando con una simpatía exenta de ceremonia.

Mi amigo don Vicente Castañeda, secretario perpetuo de la Real de la Historia, estimuló al presidente de la Academia a no demorar la entrega del deseado prólogo, pues el interesado en recibirlo me urgía desde Buenos Aires con frecuentes cartas en razón del retardo en que se hallaba la impresión. Entregóseme al fin el documento y lo expedí a Ruiz Guiñazú, que al recibirlo me escribió una nueva y calurosa epístola [1] aunque por motivos que la discreción me obliga a reservar me quedó la duda de si el duque de Alba había sido realmente el autor del prefacio, o si éste fue redactado por Castañeda o por el secretario privado don Julián Paz.

Algunos años después el personaje argentino fue nombrado ministro plenipotenciario en Suiza y luego embajador en Roma. Volvió a Buenos Aires en 1941 ascendido a ministro de Relaciones Exteriores, pero su gestión diplomática no alcanzó los relieves de su labor de publicista. Se ha afirmado que fue nazi o fascista ; yo creo que fue simplemente germanófilo ; que nada aprendió en la democrática Helvecia ; que en cambio trajo el espíritu ultraconservador del Vaticano, y que procedió en la cancillería argentina como un convencido del triunfo militar de Alemania. Depuesto por el golpe de fuerza del 4 de junio, obtuvo de los motineros que lo habían derrocado la embajada ante el dictador Franco, que finalmente no se resolvió a desempeñar.

IV

El ministro Fernández y Medina fue trasladado a otra sede diplomática al mediar el año 1930, por cuyo motivo la legación quedó temporariamente a mi cargo. Establecí las oficinas en mi domicilio, situado en la calle de Fortuny, próxima al Paseo de la Castellana. Allí concurrían diariamente el cónsul adscripto Vasseur, el agregado militar coronel Vazquez, mas tarde general, y mi secretaria, Elena de la Vega,

---

[1] Apéndice, letra I.

culta señorita española cuya colaboración fue muy útil a nuestra misión diplomática. En octubre de aquel año el ayuntamiento de Málaga me invitó como huesped de honor de la ciudad a los actos de inauguración de la avenida Héroe Sostoa, atribuyéndome la revelación histórica de aquel gran marino, hijo de Montevideo ; pero decliné la honra y permanecí en Madrid en razón de mis obligaciones oficiales. Recuerdo que, en cumplimiento de éstas, elevé a la cancillería uruguaya el texto de un nuevo estatuto diplomático español, que acompañé de un informe en el que estudiaba los puntos susceptibles de incorporarse o adaptarse a nuestra organización exterior. Por vuelta de correo llegóme el acuse de recibo correspondiente ; y el mismo día, por telégrafo, el ministerio de Relaciones Exteriores me ordenó que remitiese el texto del nuevo estatuto diplomático español... Puede juzgarse mi sorpresa. Una nota me decía : « Llegó el estatuto », y un telegrama reclamaba : « Remita el estatuto »... Si revelo este episodio es porque constituye un testimonio del desorden que caracterizaba a aquella rama de la administración. Espero que las cosas hayan mejorado desde entonces.

Asunto al que acordé mayor importancia fue el proyecto de celebración de un convenio de reciprocidad de títulos académicos y reconocimiento mútuo de su validez entre Uruguay y España.

En efecto, a pesar de la comunidad espiritual que ha encontrado orígen en la base del idioma y la vinculación racial, las comunicaciones que se refieren a la vida universitaria, convalidación e incorporación a los centros docentes de los estudios hechos por uruguayos o españoles, no han sido solucionados en la medida que las necesidades reclaman. No existe entre los dos países un convenio de reciprocidad en materia universitaria, y me pareció que una excelente oportunidad para iniciar y llevar a feliz término un tratado de ese carácter, estaba en la realización por España del monumental proyecto de su Ciudad Universitaria, y de la edificación en ella de la Casa de Uruguay, a cuyo efecto se nos había cedido el terreno correspondiente. Era la hora de consolidar nuestra intervención en aquella obra, ganando por anticipado para nuestros futuros becados y estudiantes residentes en España, una total igualdad en el trato universitario. Este propósito constituía, al mismo tiempo, la culminación de una labor desarrollada por la Universidad de Montevideo al fomentar la visita periódica de profesores y conferenciantes capaces de llevar a nuestra juventud estudiosa el aporte de una ampliación cultural y el panorama educador de problemas vistos desde otro ángulo.

Sometí a la cancillería nacional una exposición de motivos que llevaba la fecha del 12 de diciembre de 1930, conjuntamente con el texto de los convenios celebrados a aquel respecto por España con varios países americanos. El asunto fue pasado a dictamen del Consejo Central Universitario, cuyas conclusiones no tuve nunca oportunidad de conocer.

V

Mediante un golpe de fuerza militar, don Miguel Primo de Rivera, marqués de Estella, había derrocado en 1923 al gobierno de etiqueta legal y establecido su dictadura bajo la monarquía constitucional. Esta paradoja subsistía cuando llegué a Madrid. Como general, Primo de Rivera sabía mandar, pero carecía de esas facultades de estadista que permiten prever ciertos acontecimientos fundamentales. Si las hubiese poseído, después de tres o cuatro años de gobierno de facto habría estado en condiciones muy favorables para convocar al país a elecciones legislativas y municipales, triunfar en ellas y estructurar un régimen que acordase representación en las Cortes a los partidos opositores, permitiendo la libre discusión de los problemas. Su situación se habría consolidado con el prestigio que adquiere un gobernante que asume la responsabilidad de consultar y someter su permanencia en el poder al fallo de las urnas. Es lo que hizo hábilmente el general Franco veinte años mas tarde y, naturalmente, el plebiscito le confirmó en el mando. Primo de Rivera procedió de manera opuesta : intervino las universidades, envió a sus adversarios a la cárcel y prolongó su dictadura hasta que el desgaste fatal de tal régimen le condujo a la caída y al destierro. Así acabó sus días, en la melancolía del abandono, el hombre que durante siete años impuso su voluntad y sus métodos a un pueblo digno y heroico pero desprovisto de educación política. La historia presenta innumerables testimonios de destinos análogos y demuestra que la grandeza pertenece a los varones que educan y no a los políticos que intentan monopolizar la función pública.

En el atardecer del 14 de abril de 1931, llevando de la mano a mi hijo Enrique, presencié en la Puerta del Sol la proclamación de la República y creí durante algunas semanas en el advenimiento de gloriosos tiempos nuevos para la madre patria. Infelizmente los sucesos posteriores probaron que faltaba allí la capacidad necesaria para el ejercicio del gobierno libre. Durante mil años el absolutismo religioso y político había negado a ese pueblo la enseñanza de la libertad y no se practicaron conceptos de *self-government* : con tal herencia debía producirse en España el fracaso del régimen democrático como había ocurrido en sus hijas de América. La intolerancia del genio hispano, que no ha admitido jamás la libertad integral de conciencia ni el libre examen en materia religiosa, tampoco podía soportar la oposición política ; y las prisiones que durante la dictadura de Primo de Rivera albergaron a los adeptos de la República, se llenaron con sus adversarios apenas la República ocupó el gobierno. El rey marchó al destierro ; varios conventos fueron incendiados ; y la reacción empezó a socavar el nuevo sistema que se caracterizaba por sus concesiones a los elementos extremistas. Los hechos que siguieron son conocidos : la insurrección de las

fuerzas armadas ; la guerra civil con su cortejo de desgracias ; la intervención efectiva y solapada de dos poderes totalitarios ; y otra dictadura ejercida por un caudillo victorioso que se proclama jefe vitalicio del Estado. El fanatismo ambiente y la violación reiterada de derechos trajeron una orgía de sangre que alcanzó a mi propio nombre : el contralmirante Antonio Azarola fue juzgado y fusilado en El Ferrol por el delito de haber sido ministro de la Marina en un gabinete republicano ; mi prima Amelia Azarola, doctor en medicina, permaneció encarcelada durante quince meses ; y su marido, Julio Ruiz de Alda, asesinado en la Cárcel Modelo por ser miembro de la Falange.

VI

He tenido que adelantarme algo al orden cronológico de los sucesos. En diciembre de 1930 concluyó mi interinidad al frente de la legación con la llegada del titular, doctor Daniel Castellanos, cuya toma de posesión del cargo coincidió con la agravación de la crisis española. El nuevo ministro pertenecía a una familia de arraigo en el Río de la Plata y poseía la condición esencial de un diplomático : la cultura social. Pero con ella terminaban sus facultades. Inteligencia sin exageración, la naturaleza habíale compensado ciertas limitaciones con la posesión de un acentuado instinto defensivo : la desconfianza. Vivía en guardia, viendo riesgos en toda acción y peligros en cualquier actitud ; su extremada cautela rehuía hasta las responsabilidades funcionales ; no había en él médula de hombre público, y su preocupación consistía en vigilar la presión arterial. Sin embargo, su medianía habríase adaptado fácilmente a un período sin sobresaltos ni problemas en que la vida diplomática es solamente una sucesión de cortesías y convencionalismos recíprocos ; tocóle, en cambio, un lapso de violentas transiciones en el cual su persona y su misión no superaron el fracaso.

Durante nuestra estancia en España visitamos con mi esposa algunos sitios maravillosos y pasamos los veranos en San Sebastián donde el ministerio de Estado establecía una oficina para facilitar su contacto con las misiones extranjeras. En esa ciudad nacieron nuestros hijos José Luis y Juan Ignacio. Mi cometido diplomático tuvo término en julio de 1932, en que nos alejamos de Madrid para embarcarnos en Vigo ; y habiéndonos detenido en la estación termal de Mondariz para esperar la salida del barco, enfermó mi hijo mayor de fiebre tifoidea, lo que demoró nuestra partida por espacio de seis semanas. Nos prestó su eficaz apoyo en la emergencia el cónsul uruguayo en Vigo, don José María Perelló, con quien mantuve desde entonces una sincera amistad. Era un criollo chapado a la antigua, con rasgos originales que le hacían simpático, y tenía para mí el antecedente grato de ser hijo del doctor José María Perelló, que había compartido, cuarenta años antes, la vida universitaria con mi padre.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

LA LABOR HISTÓRICA

La investigación linajística ; reconstitución de generaciones fenecidas. — Ampliación de los estudios retrospectivos. — Colonia del Sacramento y Montevideo ; deficiencias de sus crónicas y errores de sus antecedentes escritos. — Las fuentes documentales auténticas. — Viajes y labor investigadora ; premios y rivalidades. — « Las herejías históricas del Dr. Eduardo Acevedo » ; reacciones previstas. — La iglesia y convento de San Francisco en Santa Fe ; una tarde inolvidable. — Mis conceptos sobre trabajos histórico-genealógicos. — Los retardados sociales del Instituto de Ciencias Genealógicas.

I

El deseo de penetrar en el pasado de mi linaje y reconstituir las etapas de su crónica — ciertamente modesta pero que no debía ignorarse por sus herederos — fué una sugestión íntima y confusa al principio, pues mis noticias familiares sólo alcanzaban a los abuelos y porque nunca había tenido ante los ojos una historia genealógica. No pudo existir un fin de imitación, pero a medida que las investigaciones avanzaron el plan se definió en mi mente, supe asesorarme y documentarme y concluí por dominar el tema y ser dominado por él. Compuse el *Azarola* en nueve años de trabajo, interrumpido varias veces ; al estudiar la antecedencia materna de mi padre tuve que ahondar en el período colonial de Uruguay ; de ahí salió mi libro *Veinte linajes del siglo XVIII*, que obtuvo en Madrid el premio de la Raza y me acordó un escaño de correspondiente en la Real Academia de la Historia. Sentí la atracción de los legajos antiguos y la satisfacción de aclarar conceptos obscuros o de rectificar aspectos equivocados ; y llegado a los cuarenta años de edad, ya con alguna experiencia, emprendí los trabajos cuya difusión ha contribuido al desarrollo de la cultura histórica en los países del Plata, principalmente los relativos a los orígenes de Colonia del Sacramento y de Montevideo.

Sobre ellos y su proceso fundacional no existían obras orgánicas, y las crónicas que contenían menciones repetían los mismos errores y presentaban deficiencias análogas. La razón era obvia : ningún historiador había concurrido a las fuentes de información capaces de proporcionar los elementos necesarios. Bauzá, en los tres tomos de su importante *Historia de la dominación española*, sólo dedica cinco páginas a la fundación de Montevideo. De María escribió sus interesantes recuerdos históricos basándose en tradiciones orales y en los papeles del archivo local, auxiliares útiles pero insuficientes. Otros escritores repitieron las equivocaciones y omisiones de sus predecesores. Es así como, entre otros puntos, no había acuerdo sobre la fecha de fundación de nuestra capital, sosteniéndose polémicas inútiles y la tesis peregrina de que no existía acta fundacional. Claro está que no solamente el documento existía sino que era conocido, pero se le interpretaba de manera errónea. Algo semejante pasaba con las nóminas de los pobladores y otros documentos que la *Revista del Archivo General Administrativo* había publicado plagados de fechas y datos inverídicos. Pueden leerse las rectificaciones al respecto en el prefacio de mi *Padrón Histórico*, que edité en España en 1932 y que contiene las fichas de trescientos pobladores y primeros vecinos de la ciudad.

En los preliminares de mi labor sobre Colonia y Montevideo indagué en nuestros archivos, uno de los cuales, el del Juzgado de lo civil de primer turno, estaba entonces lleno de material inédito ; en Buenos Aires, el de la Nación y el de los Tribunales ; y en Río de Janeiro los que he mencionado en el capítulo precedente. Sobre la documentación de Trápani, obrante entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, informé al gobierno uruguayo por intermedio del departamento correspondiente, sabiendo luego que el director del Archivo General de la Nación, señor Simón Lucuix, había acogido mis inventarios con satisfacción. Marché luego a Lisboa y después a Madrid con motivo de mi cometido diplomático, logrando allí la amistad del jefe del archivo, don Miguel Gómez del Campillo ; pero, como es sabido, los fondos documentales mas valiosos estaban en el Archivo de Indias, y si bien mis estadas en Sevilla no fueron prolongadas, conté con la desinteresada cooperación de dos amigos ilustrados, don José Torre Revello y el doctor Mario Falcao Espalter, que desempeñaban a la sazón misiones de estudio y me proporcionaron copistas de documentos que trabajaron de acuerdo con mis instrucciones. Así pues, acumulé y ordené los materiales para mi libro *Los orígenes de Montevideo*, que dí a la estampa en Buenos Aires en 1933 y que obtuvo la medalla de oro de nuestro ministerio de Instrucción Pública. Esto fue para mí un motivo de estímulo, como lo había sido el anterior de la Real Academia de la Historia, y como lo fué después mi designación como correspondiente del Instituto Histórico y Geográfico Brasilero al honrar mi trabajo *La epopeya de Manuel Lobo*, del que se hizo años después una edición

en Montevideo para uso de los estudiantes de Enseñanza Secundaria con el título de *Historia de Colonia del Sacramento.* Estimo como legítimas estas satisfacciones que debo a mi labor de escritor, así como los amigos eruditos a quienes me vinculé y entre los cuales debo nombrar a los doctores Raúl de Labougle y Ricardo de Lafuente Machain, caballeros argentinos.

Conocí también algunas rivalidades de quienes cultivan las mismas disciplinas, por aquello de « ¿ quien es tu enemigo ? el de tu oficio », según el dicho español. Se me dirigieron críticas y ataques que yo habría admitido como justificados sino hubiesen sido clandestinos... Nunca me indignaron, porque el conocimiento de los hombres me aconseja despreocuparme de sus pequeñeces ; pero un día ya lejano tomé con toda serenidad una resolución de la cual me he felicitado después : la de no mantener relaciones con gentes — por elevada que fuese su jerarquía — que alteraban la paz de mi espíritu. Generalmente no he concurrido tampoco a las reuniones de las entidades de que formaba parte, pues notaba que, bajo apariencias corteses, los académicos se tienen ojeriza y murmuran los unos de los otros. No perdí nada al sustraerme porque todo lo que he hecho, producido y ganado en mi vida ha sido el resultado de mi trabajo, sin desconocer algunas cooperaciones generosas como las que he nombrado ; pero convengo en que carezco de aptitudes para el trabajo colectivo. Hay quienes no han perdonado mi relativo aislamiento e independencia personal, mas yo he vivido conforme a mi conciencia y eso me compensa de todo lo demás.

II

El folleto que intitulé *Las herejías históricas del doctor Eduardo Acevedo* fue un acto de represalia contra ese autor en razón de su ingratitud hacia mi padre, que había consagrado la memoria del suyo en 1892 con un homenaje que aún perdura en el aula de derecho civil. El rector Acevedo había olvidado este antecedente cuando se sepultó al doctor Azarola sin que la Universidad ni el rectorado tuviesen una palabra para despedir al secretario general, codificador y maestro de derecho [1]. La crítica severa a que sometí una parte de la obra de aquel historiador, puso término a su autoridad como tal ; pero obtuve, como era de esperarse, la malquerencia de sus familiares y adeptos que hasta hoy no han perdonado mi osadía. Entre ellos mi ex-amigo el doctor Eduardo Blanco Acevedo que desde entonces me ha negado el saludo. Como es notorio, este hombre público padece de vanidad y de ambición, y emplea para

[1] *Azarola, crónica del linaje,* págs. 135/6.

satisfacerlas su habilidad, laboriosidad y vigor mental; posée la doble personalidad de los políticos oportunistas y flexibles; gracias a su disciplina controla las reacciones pasionales de su espíritu; pero si lograse realizar su aspiración máxima, el país sabría lo que es ser gobernado por un puño de hierro.

III

En la preparación de mi libro sobre *Los Maciel en la historia del Plata* fuí dos veces a la ciudad de Santa Fe para examinar los legajos de su archivo, que conservan un rico material sobre los linajes coloniales. En ambos viajes conté con la mejor voluntad de su erudito director, doctor José María Funes, y traté a varios historiadores de aquella provincia que me admitieron como uno de los suyos. Entre ellos el doctor Manuel Cervera, próximo a los ochenta años de edad, que conservaba su admirable lucidez y buen humor, y el doctor Salvador Dana Montaño, a la sazón juez federal. En mi segunda visita leí una conferencia, y el arzobispo monseñor Nicolás Fasolino presidió la cena que se me ofreció en esa oportunidad. En la conversación que mantuvimos me sugirió que no dejase la ciudad sin conocer la iglesia y convento de San Francisco, del siglo XVII, que contienen interesantes recuerdos históricos. Seguí el consejo, siendo allí recibido por el prior, religioso de aspecto suave y modesto pero que advertí estaba lleno de luz interior. No voy a revelar su nombre; pertenecía a una antigua familia tucumana, y me enseñó los detalles de la iglesia como un guía ilustrado. Entre las benefactoras del templo mencionó a doña Jerónima de Contreras, hija del fundador de la ciudad, cuyo testamento fechado en 1630 se conserva en una vitrina, así como varias reliquias legadas por aquélla y otras damas de la sociedad colonial. En la observación y comentario de piezas y recuerdos anduve con el prior casi dos horas, y se había puesto el sol cuando salimos al sitio arbolado que se extiende en el flanco del convento. No es tanto un jardín como un amplio solar desde el cual se domina el caudaloso Paraná, que diseña su marcha entre las barrancas santafecinas y la opuesta ribera entrerriana. Algunos frailes solitarios caminaban por los senderos sin que se oyese siquiera la pisada de sus sandalias, mientras otros leían sentados en los bancos rústicos. El crepúsculo y el silencio parecían unirse para reflejar en el espíritu la paz profunda de aquel sitio de meditación. Así lo dije en voz baja a mi acompañante. « Felices hombres — añadí — que despreocupados por completo de los bienes materiales y los alhagos del mundo, vienen a concentrar su alma en la aspiración del mas allá, y realizan la vida calma y austera de los sabios y los santos... » Al oirme, el franciscano se detuvo y me miró de cerca. « ¿ Qué siente usted en

este instante ? — me interrogó. « Siento — respondí — que ha entrado en mí algo del misticismo que flota en el ambiente, y pienso que si volviera a nacer trataría de seguir la escondida senda de que nos habla fray Luis de León... » « Usted puede volver a nacer en esta misma hora — afirmó con acento suave — lo que está oyendo es la voz de Dios, no la desoiga. » El diálogo entre el prior y yo continuó con ventaja para él porque yo estaba emocionado, y advirtiéndolo me puso una mano sobre el hombro y repitió gravemente : « Hermano, Dios le llama, entremos a la iglesia, voy a oirle en confesión. »

Pero mi conciencia velaba, y pude decir al hombre del sayal que ese acto me ponía en conflicto con mis convicciones. « Deme veinticuatro horas para reflexionar », concluí al despedirme y agradecerle su acogida. Nos estrechamos afectuosamente la mano y no volvimos a vernos.

IV

Nunca encaré la genealogía con la modalidad que aplicaban los investigadores de los tiempos aristocráticos, quienes medían la importancia de las personas por el número de sus bisabuelos ilustres. Siempre consideré el conocimiento de las antecedencias familiares como una contribución a los estudios históricos, pero aún dentro de esa actitud ajena a las preocupaciones nobiliarias, mi criterio experimentó una evolución cuyas etapas pueden seguirse en las cinco introducciones a mis obras *Veinte linajes del siglo XVIII*, *Crónicas y linajes de la gobernación del Plata*, *Azarola*, *Los Maciel en la historia del Plata* y *Apellidos de la patria vieja*.

Mi concepto fundamental sobre la útil aplicación de las investigaciones genealógicas dentro de los procesos históricos, no sufrió variantes, pero debí modificar los conceptos secundarios en el sentido de ampliar aquellos estudios, acordando mayor profundidad a la materia histórica y biográfica y limitando a simples notas la parte exclusivamente linajística. En efecto, son normas caducas de esta disciplina las que se limitan a enunciar las filiaciones, parentescos, alianzas matrimoniales, fechas de nacimientos y decesos, materia que interesa exclusivamente a los miembros de determinadas familias, pero no al desarrollo de la cultura histórica ni al público ilustrado y moderno que sonríe con desdén al advertir la vanidad de los abolengos puestos de relieve por descendientes sin valimiento personal.

En los prefacios arriba mencionados está expuesta toda mi doctrina, así como la ampliación o evolución que siguió mi obra entre 1925 y 1943. Casi no tuve continuadores, pues los genealogistas que han publicado trabajos o constituido entidades en América sobre aquella materia, se han mantenido dentro de los cánones o marcos establecidos por sus

predecesores de las monarquías absolutas, con esta diferencia: que en esas épocas los árboles genealógicos eran indispensables para quienes aspiraban a títulos, cruces y empleos, mientras que en las sociedades actuales la probanza de abolengos aristocráticos solo tiene por finalidad estimular el envanecimiento de gentes que, faltas de substancia propia, se refugian en la sonoridad de un apellido.

La revelación pública de estas verdades no podía dejar de acarrearme enemistades, y una de ellas fue la que me prodigó el Instituto de Ciencias Genealógicas, formado por algunos retardados sociales con la intención aparente de realzar valores del pasado. En mi libro *Apellidos de la patria vieja* y en el estudio qué contiene sobre los Zorrilla de San Martín, puse una nota aclaratoria acerca de escudos de armas de pura invención que se exhibieron en una exposición organizada en Buenos Aires por la entidad mencionada, que atribuyó el blasón de los Zorrilla a otra familia. A pesar de que la falsedad heráldica quedó demostrada, se me exigió una retractación seguida de excusas; y como yo tomase a solfa tal pretensión, el instituto resolvió expulsarme de su nómina, sin que yo jamás hubiese formado parte de él ni aceptado un diploma que me había sido remitido.

Para los científicos del instituto, la genealogía no parece tener nada que ver con la genética ni con la historia. Exhiben meras nóminas de antepasados con fechas de nacimientos, casamientos y defunciones, con una enunciación prolija de cargos y honores públicos. Y desde luego con una lista de familias vivientes emparentadas con los personajes de antaño.

Tratada en esa forma y desvinculada de los procesos históricos, la genealogía se convierte en una superstición mas. De ahí que los miembros del instituto vivan atrasados de dos y tres siglos, sin darse cuenta que lo que hay que probar hoy son las convicciones democráticas, que no están reñidas con los estudios retrospectivos cuando se pone en éstos un ideal desinteresado.

CAPÍTULO DÉCIMOSÉPTIMO

LA MISIÓN EN CHILE

La guerra del Chaco y las negociaciones de paz. — Ofrecimiento de la representación diplomática en Chile. — Reservas de la Comisión Permanente al ministro Arteaga. — Los directores de la política exterior de Uruguay; falta de realismo y de experiencia. — Mi viaje a Santiago ; el canciller Cruchaga Tocornal ; presentación de credenciales al presidente Alessandri. — Exigencia comunista ; mi respuesta. — Los agasajos oficiales a los exilados uruguayos crean una situación tensa. — Compensación de la Universidad de Santiago ; la estatua de Barros Arana. — Mi incorporación a la Academia Chilena de la Historia.

I

Al empezar el año 1935 desempeñaba yo el cargo de consejero de la embajada en Buenos Aires, donde se hallaba reunida una conferencia de plenipotenciarios argentinos, brasileros, chilenos y uruguayos para intentar poner fin a la guerra del Chaco. Las negociaciones se prolongaban sin éxito en razón de la intransigencia de los beligerantes, mientras las naciones vecinas se preguntaban porqué los dos pueblos en pugna persistían en su propósito de destrozarse recíprocamente en la disputa sangrienta de vastos territorios que no estaban en condiciones de poblar ni civilizar. Y en el deseo de establecer una coordinación mas directa entre las cancillerías de Santiago y Montevideo, el gobierno oriental resolvió confiarme su legación en Chile, vacante desde hacía un año.

Invitado a presentarme en el ministerio de Relaciones Exteriores, el subsecretario doctor Felipe Ferreiro me insinuó confidencialmente el ofrecimiento que ese mismo día iba a confirmarme el canciller, don Juan José de Arteaga, para desempeñar aquella jefatura de misión. En la extensa conversación que mantuvimos, el ministro, a quien yo

apenas conocía, se refirió a la situación continental creada por la guerra entre los dos países mediterráneos y a las dificultades que presentaban las gestiones pacificadoras. Añadió que había convenido con el presidente de la República acreditarme en el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Santiago ; que se iba a cursar la consulta de práctica a La Moneda, elevándose luego el mensaje a la Comisión Permanente a los efectos de la venia constitucional, pues el Senado estaba en receso. Terminó con un esbozo de las instrucciones que ampliaría en mi visita de despedida.

Todos estos eran trámites de rutina, pero el ministro Arteaga no contaba con los censores que tenía en la Comisión Permanente. Además de mi designación, el mensaje solicitaba venia para ascender a ministro en Bolivia al señor Ramón Píriz Coelho, que procedía de los servicios consulares y que era a la sazón encargado de negocios en aquel país. Y bien, cuando la comisión parlamentaria consideró ambos pedidos en sesión secreta y en presencia del canciller, se recordó y sostuvo que los trece cargos de ministros plenipotenciarios autorizados por la ley de presupuesto estaban provistos, y que no cabían nuevos nombramientos hasta que se produjesen vacantes o las cámaras aumentasen aquel número. El señor Arteaga formuló razones de política internacional ; expresó que las consecuencias de la guerra del Chaco y las negociaciones de paz en las cuales intervenía nuestro país, exigían acreditar representantes diplomáticos de alta jerarquía ante dos gobiernos que estaban jugando cartas decisivas en la solución del conflicto bélico, Bolivia como país beligerante y Chile como factor continental. La discusión se tornó viva, y el senador doctor Horacio Abadie Santos, que apoyaba el pedido de venia, destacó generosamente mis antecedentes de diplomático y escritor ; pero predominó el acatamiento que se debía a la ley de presupuesto y los nombramientos solicitados por el Poder Ejecutivo fueron autorizados a título honorario, es decir, con los sueldos y partidas que percibíamos antes de la nueva misión.

Pensé declinar el cargo, pero el ministro de Relaciones y el propio presidente de la Nación, a quienes fuí a saludar al firmarse el decreto, me manifestaron que el carácter efectivo de mi promoción no iba a tardar en producirse con motivo de ser aumentado a quince el número de plenipotenciarios permanentes. Por su parte, el subsecretario doctor Ferreiro urgió mi partida, diciéndome que la asamblea de Ginebra había incluído en el orden del día el conflicto del Chaco y que interesaba a nuestro gobierno recibir informes sobre la actitud y propósitos de la diplomacia chilena frente a los acontecimientos.

Acaté la orden y me puse en viaje el 5 de marzo, pero me alejé de Montevideo persuadido de que los hombres que dirigían nuestra política exterior tenían de ésta conceptos de solidez discutible. El presidente, doctor Gabriel Terra, había sido siempre un político profesional a quien sólo importaban las cuestiones internas y se desintere-

saba de los problemas internacionales. De ahí la fugacidad, años atrás, de su misión diplomática en Roma y en el ministerio de Relaciones Exteriores, que cambió gustosamente, al cabo de dos meses de desempeño, por el del Interior. Cuando representó al país en la asunción del mando argentino por don Hipólito Yrigoyen, allá por 1916, su discurso en la presentación de credenciales fue la mas inoportuna exposición de la tendencia oficialista y politiquera uruguaya, que nada tenía que ver con su cometido diplomático ; y la ruptura de relaciones con la nación hermana, que él decretó en 1932, resquebrajó de tal modo la seriedad de su magistratura, que el gobierno argentino no volvió a tomarlo en cuenta ni siquiera cuando solicitaba la internación de los exilados que conspiraban contra él desde Buenos Aires.

Era un imaginativo de mentalidad resbaladiza, con vocación sonriente para las combinaciones de la política aldeana ; su fondo humano, ambicioso y versátil, sorprendía con inesperados cambios de orientación ; conocedor de los hombres era escéptico a su respecto. Como saldo de su gobierno ha quedado la plausible utilización hidroeléctrica del Río Negro ; como jurista y parlamentario, nada duradero ; y como todas las dictaduras, la suya dejó un recuerdo ingrato en la conciencia pública.

Su colaborador inmediato, señor Arteaga, ocupaba el cargo por motivos de política interna. Era un ingeniero civil que no había tenido nunca contacto con los problemas de carácter internacional, ni acreditado mas condiciones para la cancillería que las muy loables de su distinción heredada y su sociabilidad de buena cepa criolla. Su natural laborioso debía ilustrar, años mas tarde, el ministerio de Obras Públicas ; pero no era su actividad propicia la de Relaciones Exteriores.

El subsecretario, doctor Felipe Ferreiro, poseía vocación histórica, universitaria y bibliográfica ; era un erudito en algunos aspectos de la triple disciplina, pero lo era menos en política internacional. Su inteligencia, de raíz lusitana, creaba procedimientos y soluciones poco adaptables al realismo de los problemas exteriores, como su probidad personal tampoco se adaptaba a las tendencias subalternas de la politiqueria. Casi no había viajado, pero era un estudioso que si hubiese estado libre de contagios partidistas y con veinte años de vida en países de elevada cultura, habría realizado en la diplomacia su mejor orientación espíritual.

La dosis de ideología que poseían Arteaga y Ferreiro estaba lejos de coincidir con el escepticismo de Terra. Éste se encogía de hombros, mientras los dos primeros creían en la influencia de Uruguay en los asuntos de América. No parecían advertir que ningún país del mundo pesa en la mesa de negociaciones si sus plenipotenciarios no tienen el respaldo de un fuerte ejército, flotillas de submarinos y una aviación de bombardeo. Es duro decirlo, pero esta verdad no ha sido todavía asimilada por la mayoría de nuestros hombres públicos.

II

Hice el viaje a Chile acompañado de mi hijo Enrique, a la sazón de catorce años, mientras su madre y hermanos menores quedaban en Buenos Aires a la espera de que yo los llamase o viniese a buscarlos una vez realizadas las primeras y urgentes gestiones que se me encomendaban en Santiago y solucionase el problema de la instalación de la familia. Confieso que mi viejo conocimiento de los Pirineos y de los Alpes me hizo creer que el paso de los Andes no me ofrecería motivos de admiración o de sorpresa, pero la una y la otra surgieron en mi espíritu y en el de mi hijo cuando penetramos en las estribaciones de la cordillera y la entrada a los desfiladeros y montañas nos reveló el espectáculo mas maravilloso que habían contemplado nuestros ojos. Ibamos en automóvil por el estrecho sendero que no parece haber cambiado desde el tiempo de los virreyes ; cruzamos ante los paramillos de Uspallata y el valle del mismo nombre, donde estaba la antigua estancia de don Benito Villanueva, hoy convertida en un hotel de tipo colonial ; y al llegar al Zanjón Amarillo, en cuyo fondo corre un río que apenas se distingue, contemplamos los flancos tortuosos de aquellos panoramas de piedra, fantástica visión de una naturaleza violentamente quebrantada que parece conservar la fisonomía de la tierra en los tiempos de su formación geológica. Corrimos ocho horas desde Villavicencio hasta Punta de Vacas, donde nos esperaba el tren chileno, o sea la parte del trasandino no tocada por la conmoción sísmica que tres años antes había retorcido y roto cien kilómetros de vía férrea, con sus estaciones y puentes, como si fuesen frágiles cañas. El descenso de la cordillera se efectuaba con mucha lentitud desde Los Caracoles hasta la ciudad de los Andes, donde llegamos agotados de fatiga. Allí hicimos noche, y horas después descendimos felizmente en Santiago.

Fuí recibido al día siguiente por el canciller don Miguel Cruchaga Tocornal. Era un hombre distinguido, de firme autoridad moral y jurídica, que estuvo frío y reservado conmigo hasta el punto de que esa primera entrevista me hizo sospechar que no debería ilusionarme sobre la obtención de apoyos en favor de la posición adoptada por mi gobierno en el conflicto del Chaco. Hay que tener en cuenta que Chile acababa de reanudar sus relaciones con Paraguay, rotas dos años antes por derivaciones de la guerra. Conseguí, no obstante, la mediación del canciller para que el presidente de la República, doctor Arturo Alessandri, me recibiese sin demora, y le entregué mis credenciales en La Moneda el 16 de marzo con la asistencia de las personalidades habituales. No hubo discursos, pero el presidente conversó amablemente conmigo después de la breve ceremonia, y la guardia de infantería rindió los honores de práctica en el vestíbulo del viejo palacio colonial.

Pero la reacción ante el carácter circunstancial de mi designación y la oposición de la Comisión Permanente a que me he referido, no tardó en producirse : el ministro plenipotenciario de Chile en Montevideo recibió la instrucción de ausentarse transitoriamente de esta capital y hacerse cargo de la legación en Asunción del Paraguay. La representación diplomática en nuestro país fué confiada a un encargado de negocios, disminuyéndose así la jerarquía de aquélla, y casi simultáneamente un cambio de orientación en Montevideo dió motivo al alejamiento de los señores Arteaga y Ferreiro de la cancillería nacional, nombrándose titular de la misma al doctor José Espalter.

Este hombre público había llegado a la senectud sin haber intervenido nunca en gestiones o negociaciones con el exterior ; su natural escepticismo político se agravaba hacia 1935 con achaques físicos que no le permitían consagrarse a tareas absorbentes ; y delegó prácticamente la gestión ministerial en funcionarios cuya responsabilidad no coincidía con la importancia de sus cometidos. Como se sabe, un principio fundamental obliga a toda cancillería a mantener una vinculación moral y política con sus agentes en el exterior, sustentando la solidaridad que está por encima de inclinaciones personales. Esta norma no parece haberse mantenido, pues mis informaciones confidenciales sobre la acción de la diplomacia chilena en la guerra del Chaco, no fueron conocidas por nuestra delegación a la conferencia de Buenos Aires, a la que estaban destinadas. El espíritu burocrático ha concedido siempre y en todas partes mayor importancia a la tramitación de los expedientes administrativos que a las negociaciones internacionales. Otras omisiones, que prefiero no puntualizar por motivos de discreción, no contribuyeron a facilitar mi gestión en Santiago.

Apenas iniciada ésta, llegó a mis manos una comunicación inesperada que procedía del pequeño sector comunista de la Cámara de Diputados de Chile, y que en términos que juzgué imperativos me conminaba a informar lo que supiera sobre la situación de un diputado comunista uruguayo, cuyo nombre he olvidado, y al que se presumía « aherrojado en las mazmorras de la dictadura ». Desde luego, en nuestro país no había entonces dictadura, como lo demostraba el hecho de existir diputados opositores ; y adoptando yo la actitud que correspondía envié el documento original al presidente de la Cámara, expresando en una breve nota verbal « que la legación de Uruguay estaba acreditada ante el gobierno de Chile y que sólo podía recibir comunicaciones por el órgano de la cancillería ». El episodio terminó sin más consecuencia que la expresión de desagrado fisonómico revelado por el subsecretario de Relaciones, don Germán Vergara, al enterarse de mi firmeza.

Sin embargo, fué otro episodio que en aquellos mismos días tornó delicadas mis relaciones con el gobierno chileno. Había llegado a Santiago un eminente ciudadano uruguayo sindicado por la energía de su

oposición a las soluciones gubernamentales de esa actualidad, y cuya participación en proyectos revolucionarios le llevó al exilio, en tierra chilena ; y fué allí que el ministro de Relaciones Exteriores le recibió y agasajó, ofreciéndole un banquete al que asistieron personas de significación, y entre éstas un hijo del presidente Alessandri. La prensa publicó la noticia, y a ese banquete siguió otro, ofrecido por el ministro de Hacienda, señor Ross Santa María, israelita de gruesa fortuna. Claro está que la legación a mi cargo nada tenía que ver con las cosas internas que se debatían entre las fracciones, y yo, como diplomático de carrera, era apolítico ; pero en América la opinión se inclina a identificarnos con el régimen, o color, o situación imperante en el país que representamos sin tener en cuenta que el diplomático es soldado, que sirve a la nación y no a un partido, y que ejecuta las directivas que recibe de su cancillería sin preguntar cual es la etiqueta política de turno... Es éste un concepto europeo, y queda el recurso de marcharse sin frases ante una incompatibilidad de ideas o de actitudes. El episodio a que me refiero tuvo una compensación favorable en la tradicional afabilidad de la sociedad chilena que vió en el ministro de Uruguay al representante de un país hermano, acordándome evidentes testimonios de simpatía. Uno de éstos emanó de la Universidad de Santiago, que me otorgó el honroso encargo de representarla y hablar en su nombre al inaugurarse la estatua del ilustre historiador Diego Barros Arana. Aquel acto fue un torneo oratorio, y la muchedumbre que asistió hizo objeto a nuestro país de una entusiasta demostración. La misma universidad, al editar una obra en dos tomos en homenaje a su exrector, don Domingo Amunategui Solar, me invitó a colaborar con un estudio, lo que hice eligiendo la personalidad de don José Arrieta, que había ejercido la representación de Uruguay en Chile durante varias décadas y de manera brillante.

Mi incorporación a la Academia Chilena de la Historia tuvo lugar el 18 de octubre, bajo la presidencia del ministro de Relaciones, doctor Cruchaga Tocornal, que me recibió con palabras elogiosas y auspició conmigo el nombramiento de los doctores Pablo Blanco Acevedo y Felipe Ferreiro como miembros correspondientes de la entidad. En aquel acto dí lectura a la introducción del libro *Los Maciel en la historia del Plata.* Debo recordar que en la república trasandina los estudios retrospectivos han sido cultivados siempre con subido interés, debido quizá al espíritu conservador de la sociedad. Desde hacía años, mi amigo don Ricardo Donoso, caracterizado director del Archivo Histórico, me había vinculado a otra institución, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en cuyo órgano colaboré varias veces. Donoso me facilitó el examen de legajos importantes cuya síntesis dí a la imprenta al volver a Buenos Aires.

CAPÍTULO DÉCIMOCTAVO

LA ELOCUENCIA DE ALESSANDRI

Una recepción en la embajada de Brasil. — Confidencias del presidente Alessandri ; los tres géneros de su oratoria ; las afirmaciones rotundas, el oportunismo y la argumentación jurídica. — Abuso de los discursos prolongados ; un episodio jocoso en el Congreso de Chile. — Lectura soporífica del mensaje presidencial. — Chiste del ministro paraguayo don Rogelio Ibarra.

I

En la recepción que ofreció el embajador de Brasil, Araújo Jorge, en el invierno de 1935, días después de presentar sus credenciales, el presidente Alessandri me otorgó la atención de conversar conmigo en un largo aparte. Sabiendo que era un tribuno elocuente, le pregunté cual era el género de oratoria que merecía su preferencia. El tema le agradó vivamente pues evocó en su memoria los mejores éxitos de su vida pública. De ahí su conversación a solas conmigo, junto a la gran chimenea del salón de honor de la embajada, olvidado casi de que, hallándose en una recepción diplomática debía dividir su tiempo entre los diversos jefes de misión. El doctor Alessandri me dijo que había cultivado tres géneros de oratoria : la popular, la parlamentaria y la jurídica. « Le confieso, señor ministro, que es la primera adonde han ido siempre mis preferencias, pues además de ser la mas fácil es la que acuerda mayores éxitos. Esa oratoria debe consistir en discursos hechos a base de afirmaciones ; con pocas ideas, porque el tribuno habla a una masa en la que predomina una mentalidad simplista ; y debe revelar en frases rotundas una confianza absoluta en su victoria personal o política, pues como el auditorio le es enteramente adicto y se ha congregado para aclamar a su caudillo, interpreta el triunfo de éste como un triunfo propio. »

El presidente era, como se vé, un psicólogo avezado, y no tenía inconvenientes en revelar su conocimiento de las ilusiones populares. Le recordé la tesis de Gustave Le Bon : « Las creencias se propagan por afirmación, repetición y contagio. »

Prosiguiendo la confesión, Alessandri citó un ejemplo práctico de

su sistema : « Recuerdo el entusiasmo de una asamblea de gentes modestísimas (se refería a sus « rotos »), cuando declaré mirando al cielo : « El odio es estéril, sólo el amor es fecundo. » Otras veces la epifonema democrática estallaba en frenesí cuando yo afirmaba, levantando el puño : « ¡ Yo seré presidente de la República ! » Y creo que lo soy — añadió sonriendo — por haberlo dicho muchas veces y en alta voz, pues contagié la confianza. »

— ¿ . . . . . ?

« — La oratoria parlamentaria — continuó diciendo — exige una preparación previa y un esfuerzo sostenido en el curso de los debates. Esta clase de oratoria requiere vocación o disposición para las respuestas rápidas a los interruptores, y saber sacar partido de ciertos recursos destinados a influir individualmente sobre los legisladores. Ante una turba de plaza pública el orador opera sobre el alma colectiva, mientras que en una cámara el diputado o senador que aspira a obtener una votación favorable ha menester de maniobrar ante sectores políticos opuestos ; de ahí que en el Congreso las afirmaciones rotundas y las verdades absolutas no sean convenientes. En toda asamblea política el que discursea debe saber procurarse una conversión hábil o una retirada a tiempo. »

El presidente admitía, como puede juzgarse, la táctica que los políticos profesionales denominan « oportunismo », o sea en realidad la mudanza de sus opiniones con fines exitistas. Pero no me dió tiempo para reflexiones morales, porque impelido por la vivacidad del tema continuó hablando, mientras los corrillos diplomáticos observaban nuestro largo aparte :

« — Hay un género de oratoria más difícil aún : es el que los letrados desarrollan ante los jueces, tribunales y cortes supremas. Si en presencia del jurado designado para juzgar a un criminal, el abogado puede emplear una argumentación simplista muy semejante a la que se usa en los mitines populacheros, ante los magistrados capaces de analizar el argumento o la sutileza jurídica, el legista que habla se encuentra expuesto al riesgo de interpretaciones insospechadas. Frente al estrado de un tribunal no se puede hacer juegos de palabras, ni apelaciones al sentimentalismo, ni derivaciones habilidosas : hay que conocer a fondo los preceptos legales, interpretarlos a base de lógica, aplicarlos a fuerza de criterio y comentarlos con elocuencia. »

« — Me parece, señor presidente — insinué modestamente — que queda por clasificar un cuarto tipo de elocuencia. »

« — ¿ Cuál ? — preguntó con interés.

« — La sagrada. Es, a la vez, fácil, porque se dirige a auditorios que no van a discutir ni a interrumpir ; grave, por los temas que trata ; eficaz, porque define cosas eternas y aspira a solucionar problemas que preocupan profundamente a los hombres. Creo que es la oratoria que se adentra mas en el corazón de los oyentes. »

Nuestra plática había terminado. Claro está que no faltó un diplomático curioso que se me acercó con intenciones de averiguación... « ¿ De qué hablamos ? — le dije — pues de nada importante. El señor presidente acaba de sugerirme un tema para mis Memorias. »

II

Pero la elocuencia del presidente Alessandri tuvo sobre mí, en cierta ocasión, efectos insospechados, pues dió motivo a un episodio jocoso del que fuí protagonista. El mandatario debía leer su mensaje anual ante el Congreso de Chile y se invitó al cuerpo diplomático a concurrir al acto. La exageración consistió en la determinación presidencial de leer íntegramente el mensaje, de una extensión considerable, deseando dar con ello un testimonio de su fortaleza física y los largos alientos de su oratoria. El señor Alessandri tenía entonces sesenta y ocho años de edad y estaba satisfecho de su vigor y lucidez. La lectura debía durar dos horas y cuarenta minutos, espacio que el ilustre lector llenó sin misericordia. Confieso que ha sido la mas dilatada disertación que he debido escuchar en mi larga vida, pues la que propinó en Madrid, hace mas de veinte años, el eminente vasco don Resurrección María de Azcue, al leer en la Real Academia de la Lengua su erudito e incomprensible trabajo sobre « las variaciones del verbo guipuzcoano », sólo duró una hora, aunque ella bastó para causarme un enfriamiento con reacción febril al día siguiente. Temo que los oradores que abusan del tiempo, del idioma y de sus auditores, no advierten el perjuicio que suelen ocasionar a las personas corteses que acuden a oirlos.

Tal fue el caso ocurrido en Buenos Aires al descubrirse la estatua de Dorrego en un helado día de invierno, hace ya mucho tiempo. Un orador oficial se desbordó durante mas de dos horas en plena intemperie, y su peroración histórico-biográfica, propia para ser leída en el calor y el silencio de los hogares, tuvo una interrupción casi trágica : el ministro oriental, mi inolvidable amigo don Daniel Muñoz, se desplomó desvanecido en la tribuna erigida en la calle. Su reacción ulterior fue sólo parcial, pues nunca se repuso enteramente del grave accidente. Convengamos en que aquellas incontinencias verbales se producen especialmente en nuestra América. Véase, sino, la oposición entre estos dos ejemplos : en la inauguración del monumento a Mitre, en Buenos Aires, hubo veintitrés discursos ; en el entierro del mariscal Foch, en París, hubo uno solo, el de Poincaré. A su vez, el gran Clémenceau dispuso que a su sepelio concurriesen únicamente sus familiares y sus criados ; naturalmente, nadie habló pero todos lloraron. La elocuencia de las lágrimas no ha sido superada por la de los discursos.

Pero volvamos a Alessandri. La gran sala del congreso de Chile

estaba llena: ministros de Estado, legisladores, altos magistrados civiles, jefes superiores del ejército y la armada, prelados, diplomáticos y periodistas, ocupaban los sitiales de preferencia; y como en todas partes, al pueblo se le reservaba el privilegio de esperar en la calle la llegada del presidente con la consigna de vivarlo. Adentro, las aclamaciones eran reemplazadas por discretos aplausos. El senado, trajeado de frac, enfrentaba al cuerpo diplomático vestido de uniforme, y apenas dos metros separaban los sillones de la cámara alta de los ocupados por los jefes de misión. Menciono este detalle de la distancia porque él hizo visible mi involuntaria irreverencia. El ambiente era tan solemne que nadie se atrevía a cruzar la pierna, y cuando el presidente de la República empezó a leer, la atención y el silencio eran profundos... Pero una hora después los rostros tenían otra expresión — la del cansancio — y antes de que transcurriese la segunda hora la fisonomía de los oyentes no se ajustaba a las normas del protocolo. Las sonrisas de encargo habían desaparecido, algunos parlamentarios hablaban en voz baja con sus vecinos, y hasta creo haber advertido que alguien se esforzaba en evitar que su quijada se distendiera. Fué en esos momentos, al entrar en la hora tercia del mensaje, que se produjo mi desfallecimiento... Apoltronado entre el introductor de embajadores, Ovalle Castillo, y el ministro de Alemania, von Schöen, sentí que me invadía un sopor invencible al mismo tiempo que la voz de Alessandri disminuía de intensidad, como si se fuese alejando; al cabo de algunos minutos la lectura se convirtió en un murmullo ininteligible y yo caí en el más profundo letargo; acentuóse mi insensibilidad auditiva hasta el punto de creer que me rodeaba un silencio absoluto; y hallándome ya desvanecido sentí un dolor en el epigastrio que me devolvió de golpe a la realidad y a la sonora prosa alessandrina: el introductor de embajadores acababa de darme un codazo en el estómago, seguido de esta frase siniestra: « Ministro, ¡ está usted roncando ! »

Una de las calamidades de mi vida ha consistido en que nunca he logrado dormir silenciosamente. He conocido a algunos colegas que, obligados a escuchar disertaciones soporíficas, se salvaban gracias a un discretísimo sueño disfrutado con la cabeza apenas inclinada y los ojos entornados, hasta el punto de hacer creer a los vecinos que su atención era profunda. En lo que me atañe, creo que en aquella ocasión los dos modestos ronquidos que alcancé a dar sólo fueron oídos desde las sillas curules inmediatas; pero como no podía faltar la nota jocosa y regocijante sobre el episodio, encargóse de inventarla la fantasía de mi excelente amigo el ministro de Paraguay, don Rogelio Ibarra, al contar esa noche en la tertulia del Club de la Unión que, al resonar un inesperado estrépito en la sala del congreso, Alessandri interrumpió azorado su lectura y se sacó las gafas... « No es un terremoto, señor presidente — exclamó un diputado — ¡ es el ministro de Uruguay que se ha dormido ! »

CAPÍTULO DÉCIMONONO

LA MISIÓN EN ARGENTINA

Inanidad de la política exterior uruguaya ; sus causas. — Mi ofrecimiento de renuncia no es aceptado por el presidente Terra ; reincorporación a la embajada en Buenos Aires. — La Conferencia de Consolidación de la Paz ; sus antecedentes diplomáticos. — El proyecto Brum sobre creación de la Liga Americana ; actitud negativa de la delegación uruguaya. — Actos sociales y culturales ; amigos y maestros ilustres. — El canciller Guani ; su personalidad ; visita al gobierno argentino. — El doctor Juan José Amézaga ; su autoridad moral y sus virtudes. — El motín militar en Argentina ; analogías políticas de las sociedades mestizas. — Los factores del escenario argentino. — Mi interinato al frente de la embajada; la promoción jerárquica. — Asilados políticos.

I

Los estudiosos de nuestra historia diplomática hallarán mucho material de lectura en la correspondencia cambiada durante el año 1935 entre la legación en Chile y el ministerio de Relaciones Exteriores ; y advertirán las fallas de criterio y solidaridad que singularizaron a las respuestas e instrucciones de la cancillería a su agente en Santiago. No puedo revelar su contenido, pero debo expresar que el descenso se debía a la falta de interés del jefe de Estado por los problemas exteriores, y a la vacancia práctica en que se hallaba la dirección del ministerio desde el nombramiento del nuevo titular, en marzo del año citado.

La falta de hombres representativos dispuestos a acompañar su gestión gubernativa obligó al presidente Terra a confiar las secretarías y subsecretarías de Estado a personas con capacidad deficiente, o a veces con preparación intelectual pero carentes de autoridad moral. Era el caso del doctor José Espalter, a cuya decrepitud me he referido anteriormente. Descreído y cansado, delegó su alta función en dos o tres burócratas que limitaron su tarea a la tramitación de expedientes y a suscitar pequeñas intrigas. Mi posición en una jefatura de misión se tornó incómoda ; disminuida mi designación por las reservas de la

Comisión Permanente y reducida a cero la actividad de nuestras gestiones en el exterior, no había razón para que yo conservase mi investidura. Regresé a Montevideo e informé al canciller que no estaba dispuesto a continuar en una situación que me inhabilitaba para el ejercicio de mis cometidos, señalando a su atención hechos concretos. Un poco sorprendido por mi actitud, el doctor Espalter convino en poner término a la misión en Chile ; pero sometido a las influencias que me eran hostiles, decretó al mismo tiempo mi adscripción al ministerio. Me negué a aceptar esa solución burocrática sin relación con mi jerarquía, y solicité una audiencia del presidente de la República a quien manifesté mi decisión de retirarme de la carrera. Pienso que el doctor Terra estuvo sincero al responderme que no aceptaba tal propósito porque me creía útil al país, y me propuso reintegrarme a la embajada en Argentina con las mismas funciones que desempeñaba antes de mi comisión en Chile. Horas después dí una contestación afirmativa, y al terminar las vacaciones volví con los míos a Buenos Aires.

II

El asunto que requirió mi mayor atención al reincorporarme a esa representación diplomática, fue la celebración de la Conferencia de Consolidación de la Paz que debía inaugurar en la capital argentina el presidente Franklin D. Roosevelt en julio de 1936. Aquel acto de importancia histórica tiene algunos antecedentes que voy a dar a conocer.

Varios meses antes había sometido yo desde Santiago de Chile al presidente Terra la idea de tomar una iniciativa ante el inquietante curso de los sucesos europeos y el cuadro sombrío de las perspectivas que iban a culminar, en mi concepto, en una nueva guerra general. Con ese motivo le dirigí la carta cuyo texto subsigue, y que constituye el primer antecedente de la reunión continental que tuvo lugar en Buenos Aires y que, según mi proposición, debió celebrarse en Montevideo.

« Santiago, 22 de septiembre de 1935. Señor presidente de la República, doctor don Gabriel Terra. Montevideo. — Señor presidente : El grave proceso de los acontecimientos europeos y las perspectivas de carácter internacional cada vez mas sombrías, inducen a pensar en la necesidad y la utilidad de un cambio de opiniones entre los gobiernos americanos, a fin de concertar una política común de defensa de conceptos y de intereses. La analogía de estos países, la identidad de sus principios fundamentales y la similitud de sus intereses, constituyen una base propicia para un entendimiento que se hace indispensable ante los problemas que plantea la situación europea y sus posibles derivaciones. De aquel entendimiento debe surgir una actitud solidaria, no sólo en la esfera política sino también en el terreno

económico. En la primera, habría que evitar a uno o mas países débiles de América las emergencias del aislamiento ; asegurar la neutralidad continental y pesar, llegado el caso, con la influencia que concedería la unión de veinte naciones en favor de la paz. En el terreno económico hay cuestiones que exigen un acuerdo continental que iría desde el estudio reclamado por una situación próxima de prosperidad transitoria, causada por adquisiciones de materias primas y productos alimenticios en gran escala, hasta el examen de las medidas a adoptarse con anticipación a una depresión general causada por las consecuencias económicas de una larga guerra. Estimo que la magnitud de los problemas que se diseñan, aconseja la celebración de una conferencia panamericana de hombres de gobierno ; y creo que si usted, señor presidente, compartiese esta opinión y resolviera formular una proposición en aquel sentido, con ofrecimiento de Montevideo para su ejecución, su iniciativa podría tener resultados fecundos en todos los órdenes. — Saludo al señor presidente, etc. — *L.E. Azarola Gil.* »

Esta carta había sido precedida por conversaciones sostenidas con personalidades chilenas y jefes de misiones diplomáticas acreditadas en Santiago, tendientes a explorar la acogida que recibiría una eventual proposición uruguaya por sus respectivos gobiernos. Tuve la impresión de que encontraría unánimes apoyos. Al elevar a la cancillería nacional la información del caso, envié una copia del documento transcripto, y recibí en respuesta una nota de censura por haberme dirigido directamente al presidente de la República. Sobre el fondo del asunto, nada. Pero la idea hacía camino, el embajador norteamericano había comunicado esas negociaciones a su gobierno y el embajador argentino había hecho lo mismo con el suyo. Tres meses después el presidente Roosevelt lanzaba la iniciativa de reunir una conferencia panamericana, y el canciller Saavedra Lamas formulaba la invitación de celebrarla en Buenos Aires.

Estos antecedentes revelan que Uruguay perdió al mismo tiempo dos oportunidades de política exterior : la de promover y auspiciar la reunión internacional y la de situarla en su capital. Pero debía malograr otra oportunidad en el curso de la conferencia, al negarse a patrocinar el proyecto de creación de la Liga Americana, idea originalmente uruguaya expresada en 1920 por el doctor Baltasar Brum, a la sazón presidente de la República, que debía concretarla después en un proyecto cabal.

En efecto, en abril de aquel año el doctor Brum leyó una conferencia en el paraninfo de la Universidad de Montevideo, sosteniendo que el consejo de la Liga de las Naciones, con sede en Ginebra, « estaba formado principalmente por delegados de las grandes potencias, habiéndose excluído a casi todos los países americanos. Estos necesitan, pues, crear un organismo que vele por ellos... y ese organismo no puede ser otro que la Liga Americana, basada sobre la absoluta igualdad de todos los países asociados ». Entre las conclusiones que formuló se encuentra ésta : « Todas las controversias, de cualquier naturaleza y que por cualquier causa surgieran entre los países americanos, deberán ser

sometidas al juicio arbitral de la Liga, cuando no pudiesen resolverse directamente o por mediación amistosa. »

Con posterioridad a su iniciativa y dándole ya forma orgánica, el doctor Brum redactó un anteproyecto de estatutos de la Asociación de los Países Americanos. Ese documento fué incorporado, muchos años después de la muerte de su autor, a los antecedentes de la Conferencia de México, en febrero de 1945 y bajo la signatura « repartido núm. 29 ». Desde luego, el anteproyecto era conocido de la cancillería uruguaya en 1936, y al tener efecto en Buenos Aires la Conferencia de Consolidación de la Paz el pensamiento del expresidente encontraba ecos continentales : los gobiernos de Chile, Santo Domingo y Colombia gestionaron en Washington la inclusión del asunto en las sesiones a celebrarse, y el delegado chileno a la Sociedad de las Naciones, don Agustín Edwards, anunció en Ginebra que su gobierno iba a propiciar la creación de ligas regionales asociadas, una de las cuales sería la Liga Americana.

Estas noticias demostraban que existía un clima propicio para la cristalización de la idea, o por lo menos para comenzar su discusión en la asamblea panamericana. En esos días se mencionó mi nombre como el de un posible integrante de la delegación uruguaya ; y habiéndose constituido en Montevideo una comisión con el cometido de asesorar al ministerio de Relaciones Exteriores sobre los asuntos a tratarse en Buenos Aires, le expresé por escrito la conveniencia de incluir entre ellos el proyecto relativo a la Liga Americana. En ese documento reiteré lo que estaba en el criterio de todas las esferas que habían seguido la actuación de la Liga de las Naciones : que esta institución no había logrado realizar sus objetivos fundamentales, es decir, el postulado del desarme, la evitación de las agresiones y la organización efectiva de la paz. Ginebra se había caracterizado como un centro de discusiones académicas y el mundo político preveía lo que pocos años después había de convertirse en una espantable realidad. En mi comunicación a la comisión asesora no vacilé en afirmar textualmente : « Cada día nos acerca mas al conflicto que colocará frente a frente, no ya a los grupos nacionales y étnicos, sino a las doctrinas opuestas en materia de gobierno y organización social. » La solución de solidarizar políticamente a los pueblos de América, enunciada por Brum en 1920, me parecía de una oportunidad impostergable en 1936, e insistí en la elección de Montevideo como sede de la asociación interamericana [1].

Estas ideas no prevalecieron, y decliné mi eventual inclusión en la delegación uruguaya. La Conferencia de la Paz, integrada por personalidades ilustres, puso término a sus sesiones académicas votando una proposición del canciller argentino, doctor Saavedra Lamas, sobre abolición de la violencia en las relaciones internacionales. Fué una

[1] Apéndice, letras J y K.

expresión mas de generosidad teórica que se añadió al conjunto de instrumentos ya celebrados en otras capitales con propósitos de avenimiento y cooperación pacifista, y cuyos resultados no lograron evitar la conflagración de 1939 a 1945.

Transcurren los tiempos y los hombres pasan, pero el propósito expuesto perdura y se consolida a pesar de las tragedias exteriores y los obstáculos internos. Un jurista de autoridad notoria, el doctor Camilo Barcia Trelles, ha consagrado últimamente un estudio a la tesis del presidente Brum, cuya importancia destaca y define « como la mas firme, la mas coherente y la de mejor orientación que todas las señaladas »[1]. El comentarista comparte la opinión del autor de la tesis, de « que la solidaridad continental tendría su expresión en la constitución de una Sociedad de Naciones Americanas », y que esta unión redactaría su propio código. Estoy persuadido de que, a pesar de las influencias que han demorado la consagración de la doctrina uruguaya, su adopción es sólo una cuestión de lógica, de tiempo y de oportunidad que, al realizarse, demostrará que el Nuevo Mundo ha entrado en la etapa de su madurez.

III

Toda embajada o legación acreditada en un país vecino, concentra una considerable cantidad de asuntos cuya tramitación exige una atención permanente. Necesariamente intervine en todos aquéllos que no eran del resorte exclusivo del jefe de misión ; la reserva obligatoria impuesta a los agentes del servicio exterior no me permite referir cierta clase de gestiones interesantes que, al silenciarlas, quitan importancia a estas páginas ; pero como no las escribo para suscitar elogios, mis lectores sabrán excusar las omisiones que me he impuesto. Sólo revelaré un asunto de cuya importancia fundamental da noticia el capítulo siguiente y cuya responsabilidad me compete.

A la labor cuotidiana en las oficinas debía añadir mis trabajos de escritor, cuya mayor parte estaba precedida de tareas de investigación. La vida de familia y sus obligaciones absorbía igualmente mi atención, de modo que, sumando deberes, tenía yo muy pocas oportunidades de « dispersarme » en actividades puramente sociales. Nunca jugué al bridge ni al tennis, ni llegué a pasearme en Mar del Plata, pero concurrí siempre a las ceremonias de carácter oficial y recibí con mi mujer en

---

[1] *La doctrine de Monroe dans son développement historique, particulièrement en ce qui concerne les relations interaméricaines,* par CAMILO BARCIA TRELLES. — Troisième partie, chapitre premier, « Essais de caractérisation ». Publicado en el *Recueil des Cours de l'Académie de La Haye,* vol. 32.

nuestra casa a personalidades de valimiento intelectual o político. Me complazco en evocar la recepción que ofrecimos en obsequio del ex-presidente de Paraguay, doctor Eusebio Ayala, del mariscal Estigarribia y de sus respectivas esposas, cuando aquellos personajes llegaron a Buenos Aires exilados de su patria. Algún tiempo después fue a la capital argentina, en visita oficial, el presidente de Uruguay, general Alfredo Baldomir ; y como se preguntase en rueda social si pensaba yo ofrecerle también un agasajo, alguien que debía conocerme bien, contestó : « Azarola ofrecerá una recepción a Baldomir el día que éste llegue desterrado... »

Otra vez, un almuerzo ofrecido al embajador don Edgardo Pérez Quesada con motivo de su valiente actuación en España durante los fusilamientos de 1936, reunió en mi mesa a varios diplomáticos y altos funcionarios del gobierno argentino. También recibimos a Héctor Gerona y su esposa, y al inolvidable maestro de derecho, doctor Carlos María Prando, con sus amigos y los nuestros.

El acto fundacional del Instituto Cultural Argentino-Uruguayo tuvo lugar en mi casa, y a la elección de don Enrique Larreta como presidente siguió la mía como vice. Sucedió al primero el doctor Carlos Alberto Pueyrredón, y a éste el arquitecto don Martín Noël ; y me tocó pronunciar el discurso oficial en el banquete que ofreció la entidad en ocasión de la efemérides patria de 1943. En aquellos días, y por invitación del intendente de Montevideo, arquitecto don Horacio Acosta y Lara, leí en el Palacio Municipal una conferencia sobre la nomenclatura histórica de nuestra capital ; y en fecha inmediata ocupé la tribuna del Club Oriental, en Buenos Aires, y diserté sobre « la poesía de Juan Carlos Gómez », con la colaboración de mi hija Margarita, que recitó estrofas del prócer.

En el doctor Lucas Ayarragaray tuve al maestro de mi edad madura. No fue solo la lectura de sus obras sino también la erudición de fondo que demostraba en sus conversaciones, tantas veces mantenidas conmigo en su gabinete de trabajo situado en el subsuelo de la casa señorial que poseía en la calle Juncal. Esa casa era un museo enriquecido con piezas magníficas procedentes de antiguas colecciones italianas que el doctor Ayarragaray había adquirido durante su misión en Roma como embajador argentino. En sus escritos aparecía el estilista que realzaba sus ideas con la elegancia de un léxico original y rico ; y fue él que consagró en Buenos Aires, en 1926, mi libro *Veinte linajes del siglo XVIII*, con el juicio crítico que públicó en *La Nación*.

El doctor Lucio Vicente López ha mantenido siempre un sincero afecto por Montevideo, donde nació su ilustre padre en 1848, durante el exilio, y su señorío personal ha prolongado la tradición patricia que heredara. El celibato no ha representado para él la soledad, y es en los núcleos mas selectos que se han apreciado siempre sus calidades caballerescas y sociales. Ha ejercido con alta probidad la medicina,

pero su biblioteca revela también al erudito del arte, la literatura y la psicología. Mi gusto no es sólo oirle en tertulia de amigos, sino mantener con él diálogos de preguntas y respuestas, de comentarios y crítica, mano a mano, admirando sus medios de expresión y su equilibrio espiritual. El doctor López, a los setenta y cinco años de edad, es uno de los auténticos valores que quedan aún de una sociedad fenecida.

Al citar amigos ilustres o simplemente amigos queridos, no puedo dejar de mencionar al doctor Martiniano Leguizamón, el gran entrerriano con mente de sabio y corazón de niño ; al doctor Carlos Ibarguren, el escritor de mayor versación en hombres y episodios del período mas agitado y caótico en la cuenca del Plata ; a Justo Oláran Chans, cervantista y poeta, con quien reanudamos en Buenos Aires un afecto que venía desde los bancos escolares ; a Juan Pablo Echagüe, compañero de cenas y teatros en la época de nuestras mocedades en París ; a Rómulo Zabala, mi primer informante de las fuentes de historia argentina... Pero antes de cerrar esta lista sin terminarla, debo nombrar a algunas damas que han obligado mi gratitud con su afectuosa consideración hacia mi persona y la de mi esposa.

Doña Lía Querencio de Santos Tavares y su hermana, la señorita María Helena Querencio, son hijas del doctor Carlos Querencio, muy vinculado en su tiempo a la sociedad amboplatina, como médico y caballero ; dió la primera su mano al ministro Santos Tavares, plenipotenciario de Portugal, a quien fuí presentado en una recepción ofrecida por el presidente Alvear y su esposa, doña Regina Pacini. Otra noble amiga es doña Lucrecia Campos Urquiza de Travers, que une a sus apellidos históricos una brillante inteligencia. Es también el caso de la señora Isabel Latorre de Rosa, hija del presidente coronel Lorenzo Latorre, que enfrentó las derivaciones de su viudez temprana con un valor y dignidad admirables. La señora Zaida Jurado de Torres, amiga consecuente de mi esposa, que ha dejado, como ella, un surco fértil en la obra cultural y filantrópica de la Universidad de Belgrano. Madame Thérèse de della Paolera, cuyas activas virtudes presidieron en Buenos Aires el movimiento femenino francés durante la última guerra. La nobilísima dama doña Cora Thays, viuda del arquitecto paisajista don Carlos Thays, que ornamentó plazas y paseos de Montevideo y Buenos Aires, y la hija de ambos, señora Ernestina Thays de Guyer. Entre las amigas que cultivan la literatura y el periodismo està doña Luz Cortejarena de del Llano, hermana del fundador de *La Razón* ; Zulma Núñez, que ha consagrado su talento y sensibilidad como autora de *El espíritu en crisis* y *Coplas de la soledad* ; Ema Faura Varela, otra poetisa inspirada y delicada... Sería impertinencia de mi parte prolongar esta nómina.

IV

La designación del doctor Alberto Guani como ministro de Relaciones Exteriores dió carácter a la presidencia mediocre del general Baldomir. El nuevo canciller había actuado durante veintisiete años como jefe de misión en Viena, Bruselas, París y Londres ; su activa participación en la Sociedad de las Naciones, cuya presidencia ejerció en 1927, le había creado amistades eminentes, y entre otras la de Aristide Briand, el conductor de la política francesa durante veinte años ; pero el valimiento del doctor Guani no provenía sólo de su experiencia diplomática ni era el reflejo de aproximaciones felices : su valer era intrínsico, porque poseía la sagacidad y penetración del hombre de Estado. Era un canciller de tipo europeo que debía sentirse un poco asfixiado en nuestros moldes estrechos. Su capacidad ambiciosa le habría llevado a la cima del poder público si sus toxinas internas, que han desbordado siempre en sus procedimientos y sus juicios, no hubiesen provocado alejamientos y reacciones adversas. Jocoso en la forma y agresivo en el fondo, anecdótico y burlón, no ha vacilado en demoler reputaciones con sus retruécanos. Es una personalidad con brillo, pero sin generosidad y sin amigos.

Fue a Buenos Aires en septiembre de 1938, en visita oficial, con una lista de asuntos para resolver ; y a pesar de las vinculaciones uruguayas del canciller argentino, don José María Cantilo, regresó Guani a Montevideo con la cartera vacía. El único convenio que logró firmar fue el de intercambio de profesores, simple copia del que Argentina había celebrado con Chile. A todos los demás, el ministro Cantilo opuso una doble habilidad : había que someter los asuntos al examen y dictamen previo de los expertos, y había que agasajar al visitante... sin dejarle tiempo para plantear negociaciones. Fue así como —agotados los actos de protocolo, recepciones y ceremonias — se condujo al ministro Guani a Campo de Mayo, fuera de la capital, y se le obsequió con un almuerzo que no acababa nunca ; siguió a éste una prolongada visita a la Escuela Militar y sus instalaciones, con el obligado complemento de explicaciones técnicas que nada tenían que ver con los motivos de la visita ministerial. Así la diplomacia argentina ganó un día entero, y el canciller uruguayo perdió las tres jornadas de su viaje.

En realidad, ganó algo que le interesaba mas que todos los asuntos que llevaba en la cartera, y era el que llevaba en la cabeza. Había convencido al presidente Baldomir que debía devolver la visita que el anterior mandatario argentino, general Justo, había hecho a nuestro país. A Baldomir le sedujo la idea de ser llenado de agasajos y volverse durante tres o cuatro días « el hombre a la moda » en Buenos Aires. Fue una ingenuidad, porque si bien el general era ciertamente un buen

hombre, no era precisamente un hombre brillante. Pero, además, al calificarse de « devolución de la visita » se incurrió en una inexactitud, porque a quien hizo Justo su visita en 1933 fué al presidente Vargas. Pasó en Río varios días, firmó convenios, mantuvo conferencias y tomó contacto con personalidades brasileras. Al regresar a la capital argentina se detuvo seis o siete horas en Montevideo, es decir, su barco hizo una escala ; y llegado durante la tarde reanudó su viaje a medianoche, después de ofrecer a bordo a las autoridades uruguayas un recibo con limonada. El champagne se había bebido en Río de Janeiro.

V

En el curso de su breve historia como país independiente, Uruguay ha visto desfilar por los sitiales del gobierno a hombres de todas las calañas, desde los jefes militares y las personalidades civiles que forjaron la nacionalidad, hasta los caudillejos representativos de la época feudal. Hubo mandatarios surgidos de la revolución y del motín ; dictadores que se trasladaron de los cuarteles a la casa de gobierno ; presidentes honestos y presidentes ladrones ; expresiones todas de los distintos niveles de la democracia inorgánica. Nunca intervine en las pugnas de la política y la politiquería locales, ni tomé parte en trabajos en favor de candidatos, renunciando con mi voluntaria abstención a las ventajas y prebendas con que los gobernantes electos recompensan a sus partidarios. Pero hice una excepción hace diez años, cuando apareció la candidatura presidencial del doctor Juan José Amézaga, y me decidí a actuar modestamente en favor de su triunfo porque ese ciudadano no era un político profesional. Sus pasajes temporarios por diversos cargos públicos habían revelado a un varón de principios, laborioso y probo. A sus virtudes privadas unía el prestigio de la cátedra ; era un jurisconsulto eminente, un maestro de derecho civil y un educador universitario y social. Frente a los politicastros y mandones encaramados en los gobiernos de *South America*, el doctor Amézaga representaba un éxito moral, una expresión de civilismo y una reacción sin frases contra la audacia de los mediocres. Con algunos amigos constituímos una entidad en Buenos Aires, redacté el manifiesto y con un grupo de compatriotas fuí a Montevideo para formular nuestra adhesión. Recibidos por el candidato y el núcleo de caballeros que le rodeaba, se nos agasajó cordialmente y el doctor Amézaga me hizo el honor de sentarme a su derecha en el banquete que nos ofreció al despedirnos.

Tres meses después tomó posesión del gobierno, que ejerció con dignidad y acierto. No me ofreció nada ni le pedí nada, y aunque nuestra amistad se mantuvo invariable, sólo le hice dos breves visitas durante los cuatro años de su mandato constitucional.

VI

En la madrugada del 4 de junio de 1943 un pronunciamiento militar depuso al gobierno constitucional argentino. El breve proceso de su éxito material ofreció dos aspectos deplorables : el primero, que la gestión visible del vuelco político estuvo a cargo del militar a quien el presidente de la Nación había confiado el ministerio de la Guerra, y que no vaciló en traicionar esa confianza ; y el segundo, la actitud del primer magistrado y sus ministros que abandonaron la capital en un pequeño buque y huyeron hacia la costa oriental para regresar horas después y entregarse a los vencedores. Formaba parte del gobierno destituído un personaje que algunas semanas mas tarde aceptó una embajada de la dictadura no atreviéndose luego a desempeñarla. Los hechos que menciono son sintomáticos de un triste descenso cívico y moral.

La revolución fué, en la realidad de las cosas, un motín por el cual la fuerza armada substituyó a los órganos establecidos por la Constitución. Fue una edición mas de la afrentosa sedición ocurrida en Montevideo el 15 de enero de 1875, por la cual los batallones de línea reunidos en una plaza pública destituyeron al poder constitucional y asentaron la dictadura. Como es sabido, este procedimiento está incorporado a los hábitos políticos de Sud-América, y desde Venezuela hasta Paraguay los coroneles colocan con frecuencia su sable sobre la Constitución ; pero la República Argentina parecía haber alcanzado un nivel mas elevado, y fué con sorpresa y pena que el mundo civilizado se informó de que en aquel país dilatado y rico se había realizado una operación análoga a las que ocurren en las sociedades mestizas del altiplano o del mar Caribe.

Pero aquella ilegítima intervención del ejército tiene su explicación en el proceso de corrupción que revelaban importantes factores políticos. Una candidatura presidencial con probabilidades de éxito se gestaba en el despacho del jefe del gobierno, que no vacilaba en colocar su influencia y sus medios de coerción en favor de un amigo suyo, pareciendo ignorar la absoluta imparcialidad que incumbe al primer magistrado en la elección de su sucesor. Y los representantes de tres partidos políticos que intentaban aunar sus fuerzas para oponer un bloque independiente a la presión oficial, fracasaron ante el lamentable desate de ambiciones personales que entraron en juego al disputarse los altos cargos electivos.

La declinación argentina era una consecuencia del descenso del hombre argentino. Faltaban las virtudes democráticas, y la escena ofreció en aquella primera mitad del año 1943 el espectáculo de un vicepresidente en ejercicio empeñado en designar al futuro mandatario ;

de una disputa estéril entre partidos que no lograban cristalizar una candidatura de principios ; y de un grupo de generales y coroneles, sin ciencia de gobierno, que se adueñó de la dirección del país mediante un alzamiento de bayonetas. La descomposición se completaba por influencia de un espíritu cartaginés que había penetrado el organismo económico y social del país.

En 1944, en plena dictadura, por razones de política exterior vinculadas a la situación argentina, varios gobiernos americanos llamaron a sus respectivos embajadores « para consultas », modalidad que permitía el retiro transitorio de aquéllos, sin que se produjera ruptura de relaciones. Entre los jefes de misión convocados por sus cancillerías se contó el uruguayo, don Eugenio Martínez Thédy, con cuyo motivo recibí del ministro de Relaciones, don José Serrato, la orden de hacerme cargo interinamente de nuestra representación, con instrucciones de limitar la tramitación de asuntos hasta que las circunstancias permitieran el retorno a la normalidad diplomática. Mi cometido duró desde agosto del año precitado hasta abril de 1945 ; una extensa información confidencial sobre aquella delicada situación se conserva en los archivos de Relaciones Exteriores, y varias veces sentí el peso de las responsabilidades ; pero dí término a la gestión con la aprobación de mi gobierno, que reconoció por ley de presupuesto mi grado efectivo de ministro plenipotenciario. Un decreto posterior me mantuvo con esa jerarquía en la embajada en Argentina.

El período subsiguiente se caracterizó por la aplicación y uso frecuente del convenio sobre derecho de asilo a los refugiados políticos. Muchos de éstos acudieron a nuestra sede de la avenida Las Heras, y en una ocasión el grupo de parlamentarios, periodistas y magistrados llegó a veinticinco. Cumplidas las formalidades del convenio, se me confiaba generalmente el cometido de embarcar a aquellas personas para Montevideo, lo que dió lugar en algún caso a incidencias poco gratas con agentes de la policía, siempre inclinados a molestias y vejámenes. También visité en la cárcel de Villa Devoto a compatriotas presos por haber olvidado que en tierra extranjera y en días anormales no es prudente emitir censuras, ni aún en voz baja. Estas intervenciones me hicieron sospechoso como adversario del régimen de fuerza, y convengo en que lo era en mi fuero interno ; pero yo me limitaba al cumplimiento estricto de deberes indeclinables sin temer las consecuencias de mis actitudes, sabiendo que en los períodos en que predomina el sectarismo o la violencia no debe esperarse que un criterio de serenidad interprete los actos de los hombres.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

LO IRREPARABLE

Progresión de nuestra familia ; la evolución espiritual de mi esposa; su madurez y capacidad. — Sus iniciativas ; la Universidad Popular de Belgrano ; fundación del Comité Interaliado de Damas ; el Rincón de los Aliados. — Don Pablo Saint ; sus virtudes. — Enfermedad inesperada de mi mujer ; su rápido proceso. — Una evocación antigua ; el nido destruído. — El dolor de Jesús y el sufrimiento humano. — Mi propia caída.

I

Los sucesos mencionados en las páginas anteriores deben completarse con el relato de las circunstancias que ocurrían en el hogar. Enrique terminó su bachillerato en febrero de 1940 ; ingresó en la Facultad de Derecho y algún tiempo después en la sociedad anónima Saint Hnos, como empleado, bajo el auspicio de su tío-abuelo don Pablo Saint. Contrajo enlace con la señorita Nidya Paz en agosto de 1944, dando lugar en nuestra casa a manifestaciones de verdadera dicha.

A su vez, mi hija Margarita, al terminar sus cursos en el Liceo Francés, continuó algunos estudios en la Alliance Française, de la cual su abuelo materno, don Enrique Saint, fue hasta su desaparición benefactor y presidente. Y los dos menores, José Luis y Juan Ignacio, terminada la enseñanza primaria, realizaron su bachillerato en el colegio « Manuel Belgrano », institución dirigida por los hermanos maristas.

A la educación de nuestros hijos y al cuidado de su salud moral y física tendía toda la atención de la madre y la mía. La maternidad y sus deberes habían transformado a Riquette, y la niña tímida e ingenua de nuestro noviazgo habíase convertido en una mujer laboriosa, previsora, consagrada a los deberes del hogar, con iniciativas útiles respecto de sus intereses y con una bella aptitud para las actividades sociales provechosas. Mi esposa mantuvo siempre una cierta indiferencia por la vida mundana, y quizás un pequeño y silencioso desdén por los

apellidos altisonantes. La modestia de su carácter fue ciertamente una calidad que no varió en el curso de su vida ; no hacía casi diferencias entre los niveles sociales y trataba por igual a ricos y pobres ; era proverbial su consecuencia con las amigas de infancia, aún aquéllas « venidas a menos » que solían recurrir a su ayuda ; pero la obra social y cultural que absorbió su actividad en sus últimos años fue la Universidad Popular de Belgrano, entidad generosa a la cual deben su preparación para la lucha por la vida centenares de mujeres que aprendieron en sus aulas y talleres muchas profesiones y oficios. Mi esposa integró comisiones de aquella universidad, presidió su Junta Cooperadora de Damas, aportó recursos materiales, organizó profícuas kermeses y trabajó personalmente en el desarrollo de la institución, como así lo ha reconocido ésta en forma elocuente [1].

Desde los primeros días de la guerra mundial definió su actitud a favor de la causa de la democracia y se convirtió en una colaboradora eficaz del comité de acción francesa que presidía en Buenos Aires el señor Albert Guérin. Mas tarde, juzgando que los males causados por la guerra exigían un esfuerzo mas intenso, tomó la iniciativa de fundar una entidad que llevase a efecto una obra social de mayores alcances en el Río de la Plata. Así surgió el « Comité Interaliado de Damas », organizado en nuestra propia casa y del cual formaron parte conocidas personalidades femeninas. La sesión inicial tuvo lugar en noviembre de 1943, y teniendo en vista la inmediata estación veraniega se resolvió realizar en Punta del Este una serie de actos destinados a prestigiar la causa aliada y reunir, al mismo tiempo, fondos pecuniarios que mitigasen los sufrimientos de las víctimas de la terrible contienda.

La señora de Azarola Gil fué la presidenta incansable de aquel Comité Interaliado y la organizadora de los actos que se celebraron en la conocida playa uruguaya durante el estío de 1944. Afluyeron las cooperaciones de todo orden y numerosas entidades de Argentina y Uruguay facilitaron la tarea de las damas. Entre éstas, debo mencionar a las señoras de Brosens, Déchamps, Cibert, Klein, Dreyfus, Danly, Greuzard, Lasala de Rey, Lebœuf, Weber y otras, pertenecientes a las colectividades francesa, belga e inglesa, que se unieron a las damas argentinas y uruguayas en la realización de su propósito humanitario y democrático. Una de las iniciativas de mi buena esposa fué la celebración de una gran kermese al aire libre, con venta de objetos, manifestaciones deportivas, presentación de niñas en trajes regionales de los países aliados, etc. Los ministros de Francia, Gran Bretaña y Bélgica en Uruguay se trasladaron a Punta del Este, prestigiando con su pre-

---

[1] En octubre de 1947 se celebró un acto recordatorio, profundamente emotivo, y algún tiempo después se inauguró la biblioteca de la Universidad, a la que se dió el nombre de su benefactora. Existe un folleto que contiene los discursos pronunciados en esos homenajes.

sencia aquel movimiento, que adquirió relieves inusitados y fué juzgado como una de las manifestaciones mas elocuentes en favor de la causa aliada. El producto financiero alcanzó sumas elevadas, y mi esposa propuso, siendo su idea aceptada con calor, que participaran en los beneficios del « Rincón de los Aliados », como se designó aquella manifestación, los niños pobres de la escuela de Punta del Este. En la nota que la Inspección de Enseñanza Primaria dirigió con ese motivo a la presidenta del Comité Interaliado, le expresaba : « Si todas las escuelas contaran con personas dispuestas a mitigar los males de los que sufren sin culpa, la obra del maestro sería mas profícua y de mayor trascendencia. En nombre de esta inspección agradezco el generoso rasgo del comité de su digna presidencia, que se ha desprendido de una valiosa suma en favor de los escolares desheredados de Punta del Este. »

En Buenos Aires, al recibir del Comité un aporte de dinero, el señor Jacques Blanic, en nombre del general de Gaulle, escribió a la señora de Azarola : « He admirado profundamente su espíritu de iniciativa. Sus realizaciones representan una suma de trabajo considerable y un enorme esfuerzo de organización tendiente a realizar una alta significación moral... Ha habido un rasgo de audacia al exhibir ostensiblemente vuestras convicciones en un medio en que no faltaban elementos hostiles a nuestra causa. Usted representa el espíritu de la Francia libre, de la Francia combatiente. Usted ha ganado una batalla... »

Otras actividades de carácter privado constituyen una revelación visible de su poder de iniciativa y laboriosidad. Quiso contribuir al embellecimiento y el progreso de Punta del Este, y con la cooperación técnica del arquitecto don Luis Crespi construyó dos chalets de lujo en la zona de Cantegril. La amplitud y el confort de aquellos edificios son conocidos por todos los veraneantes de la estación balnearia uruguaya ; pero lo que no se sabe es la suma de trabajo personal y la aportación de buen gusto que ella puso en el moblaje y la ornamentación de aquellas villas, hijas de su iniciativa y su ingenio. Les dió término en el último trimestre de su vida, exactamente en la fecha que constituyó la culminación maravillosa de su eficiencia personal.

Su culto por la música era tan hondo cono su amor por las flores. Al cuidado de las plantas y sus arreates consagraba una buena parte de los días que pasaba en la quinta de Temperley ; y en la tarde de los domingos, antes de regresar a nuestro hogar de Belgrano, hacía personalmente una cosecha de rosas, hortensias, gladiolos y jazmines, que ordenaba al llegar, bajo el pórtico del patio, combinando en los floreros sus diversos colores. A veces la medianoche la sorprendía en esa tarea, y a la mañana siguiente las salas, el comedor y las habitaciones todas aparecían adornadas con cientos de flores de distintos matices que vivificaban y perfumaban los ambientes de la casa.

Su alma armoniosa se conmovía tanto al oir los ritmos de la música como ante el espectáculo casi celestial de las flores.

II

En marzo de 1944 sufrí una inesperada crisis cardíaca que hubo de acabar con mi vida. Los médicos diagnosticaron una trombosis coronaria, y creo haber sobrevivido gracias a la diligencia, la consagración y las calidades de enfermera de mi esposa. Durante las semanas que pasé en el lecho, inmóvil y acostado de espaldas, Riquette permaneció en mi cabecera, atenta a la ejecución de las instrucciones clínicas y dando pruebas de una abnegación ilimitada. En aquellas circunstancias reveló nuevas y fuertes virtudes, y al acaecer tres años después la desgracia que tan profundamente afligió mi hogar, me pregunto por que no me marché yo y por que no quedó ella, más joven, más útil y mejor dotada. La prolongación de mi existencia ya nada significaba, mientras que la suya hubiese ejercido una influencia más fecunda en nuestro hogar y en la formación moral de nuestros hijos.

En el otoño de 1946 sintió el dolor de perder a su tío don Pablo Saint, por quién tuvo siempre cariño filial, como había tenido afecto fraternal por Emilio Saint, cuyo tránsito acaeció hallándonos en Chile, varios años antes. Don Pablo la quiso profundamente, siendo también un leal amigo mío ; incorporó a su establecimiento industrial a mi hijo Enrique tan pronto como éste llegó a la mayoría de edad, y le guió hasta proporcionarle los conocimientos que le condujeron a la posición que hoy tiene en la importante firma ; y le dejó, como a todos sus colaboradores, el ejemplo de su vida laboriosa, su rectitud, su capacidad y su carácter sencillo y afectivo. Al irse para siempre, Riquette le lloró como una hija ; y un año después, hallándome en Montevideo, recibí de ella una carta que contenía estas palabras : « Ayer asistí en el templo de San Martín de Tours a una misa en memoria de Pablo ; había poca gente ; que pronto se olvida a los muertos !... » Y que lejos estaba ella de sospechar que apenas un mes después de aquel acto religioso, iba a recostarse en su lecho para no levantarse mas. Siguió de cerca a aquel hombre bueno, su segundo padre. ¿ La llamó éste, acaso ? Hay destinos que abisman el alma ante las analogías, las coincidencias y las misteriosas telepatías que surgen sin que los sentidos humanos logren explicarlas.

III

Al terminar la primera semana de abril de 1947 regresó Riquette a Buenos Aires llena de salud y optimismo, y dirigió la iniciación de sus tres hijos menores en el nuevo año de estudios. El domingo 11 de

mayo me invitó a almorzar en la quinta de Temperley, donde ella y los chicos pasaban regularmente los fin de semana ; acepté su invitación, y en horas de la tarde fuimos juntos a visitar un hotel de Adrogué que acababa de inaugurarse. El 19 de ese mes me despedí de ella con motivo de un breve viaje que hice a Córdoba, y llamó mi atención la palidez de su rostro, mas acentuada que de costumbre ; pero al regresar de las sierras el domingo 25 a primera hora, llamé por teléfono desde nuestra casa de la avenida Lacroze a la quinta, y supe por información de Margarita « que mamá había tenido un fuerte ataque dos noches antes ». Ordené que la trajeran inmediatamente a casa donde contábamos con mayores recursos que en Temperley, y esa misma tarde Riquette ocupó su habitación debidamente preparada y recibió la visita del doctor T.

En la mañana del lunes 26, Enrique me informó por teléfono que acababa de rendir con éxito un examen de derecho penal, con cuyo motivo lo invité con su esposa a almorzar con nosotros. Al saberlo, Riquette se levantó de su lecho y nos acompañó en la mesa. A pesar de su depresión concurrió en las últimas horas de esa tarde al recital de Malcuzynski, en el teatro Colón, llevando a los chicos, en quienes trató siempre de inculcar el amor a la música. Al regresar a casa volvió al lecho y su estado empeoró desde el día siguiente. Una primera consulta entre los médicos T. y B. fracasó por insuficiencia del exámen ; las radiografías y los análisis también fueron inútiles, pues no revelaron nada concreto, y el diagnóstico clínico resultó absolutamente equivocado.

El viernes 6 de junio tuvo lugar una nueva consulta con asistencia de otros médicos, resolviéndose una intervención quirúrgica que realizó a la medianoche el doctor Alejandro Ceballos. En medio de la terrible inquietud de aquellas horas estuvo rodeada de afectos, y entre éstos debo mencionar, por su eficacia, la atención de enfermera tan práctica como cariñosa que mantuvo en su cabecera la señora Carmen Nogueira de Paz, madre de Nidya. A su experiencia unió su amor fraternal, y recuerdo que Riquette, conmovida, expresó su gratitud con estas palabras : « ¿ Como podré yo nunca retribuir a Carmen sus cuidados ?... » y al decirlo juntó sus manos y elevó sus ojos, sospechando quizás que no le sería concedida en este mundo la oportunidad de demostrar su reconocimiento a aquella amiga.

Durante esa noche las cosas se precipitaron, y si la mañana del sábado 7 fue lúcida, desde el mediodía su pensamiento empezó a apagarse, pero alcanzó a besar a sus hijos. En las primeras horas de la tarde concurrió un sacerdote francés, y entonces pronunció ella sus últimas palabras : « Mon Dieu, je t'aime... » Se durmió en paz a la hora del crepúsculo, cuyas sombras entraron en su hogar, en mi alma y en el alma de nuestros hijos.

IV

Fue en la casa-quinta que ocupaba mi madre en el camino Larrañaga, allá por 1911, que me tocó ser testigo de una muda amargura, la amargura de un pájaro... Le había visto yo construir su nido, llevar en su pico hojas secas y plumas, y permanecer luego semioculto en su interior durante dos o tres semanas. Pensé después que allí había cría al ver alejarse con frecuencia a la avecilla y regresar al nido trayendo sustento ; y cuando pasado algún tiempo me pareció oir gorjeos dentro de la diminuta morada, se me ocurrió que era llegado el plazo en que los pichones crecían y que no tardaría en verles ensayar sus débiles alas entre las ramas del gran árbol que sostenía su humilde casita, cuna y defensa donde alentaban al calorcito materno.

Pero no salieron a ensayar sus alas, porque acaeció lo irreparable, lo cruel, lo previsto, sin embargo, por la implacable ley que decreta las tragedias entre los grandes y los infinitamente pequeños... Una tarde se cubrió el cielo, sopló un viento huracanado, viéronse relámpagos y se escucharon truenos ; las ramas se doblaron bajo la tormenta de aquel final de primavera, y una lluvia torrencial no tardó en inundar el parque, mientras desde el cielo negro parecían desprenderse exhalaciones como flechas de fuego lanzadas sobre la tierra castigada. El día siguiente se presentó ya sereno y luminoso, como ocurre con frecuencia en esa época del año, en que la brevedad de la cólera celeste no guarda relación con la violencia de sus expresiones. El huracán es tan corto como recio, pero no perdona, ni vé, ni siente, ni advierte, ni le importa el mal que hace, el destrozo que causa y el aniquilamiento que origina. Es la fuerza brutal y ciega lanzada a través de la vida para sembrar la muerte.

Y en esa nueva mañana ya no estaba el nido, porque la rama apareció tronchada y las hojas del árbol esparcidas en el suelo. En cambio, sobre otra rama próxima, el ave madre estaba inmóvil, con sus pequeñas alas plegadas, su cabecita hundida entre las plumas y el pico apretado. Estaba velando a hijitos alados, ya inexistentes, aventados muy lejos por las ráfagas del ciclón asesino. Su congoja era patente. ¿ Era aquel pájaro capaz de sentir la catástrofe que había destrozado su nido, aniquilado sus pichones y convertido en pena su misión materna ? Seguramente, sí. Su rigidez absoluta, su silencio absoluto y sus ojillos inmóviles lo revelaban claramente. Así permaneció hasta mediodía. No se acercó siquiera a recoger las migajas que yo tenía la costumbre de arrojarle todas las mañanas para que las llevase a sus pichones. Horas después el ave vencida abandonó el árbol y el parque de mi madre para no volver jamás ; pero dejó en mi espíritu el recuerdo de una tragedia que no por ser de un pájaro dejaba de ser menos aleccionadora y amarga.

V

Con la existencia de Riquette ha terminado virtualmente mi propia existencia, porque en nuestro hogar no volvieron a oirse sus pasos ni su voz ; porque su habitación quedó desierta y vacío su asiento en nuestra mesa ; porque mis hijos quedaron sin madre, mi casa sin alma y mi vida sin objeto.

Puede esperarse una reacción cuando la desgracia acaece en la juventud del hombre, y aun en su edad madura ; pero cuando acontece en los dinteles de la vejez el corazón sólo se refugia en las evocaciones del pasado. Los antiguos episodios de amor y de dicha surgen en la memoria como un tremendo contraste con el presente, y los recuerdos felices, en vez de servir de lenitivo, torturan el alma ante la realidad dolorosa de una vida que se ha apagado para siempre y de un connubio bruscamente disuelto.

En las semanas y los meses que siguieron a la muerte de Riquette, cuando nuestros hijos se ausentaban para asistir a sus clases o se recluían en su pieza de estudio, yo erraba solo por la casa, iba a su habitación y llamándola quedamente me ponía a escuchar con la esperanza de oir una leve respuesta, un murmullo, un rumor, un indicio cualquiera que me revelase que algo de su alma había quedado flotando en el ambiente hogareño. Ahí estaban sus muebles, sus ropas, sus objetos ; en el cuarto de baño las cosas de su tocador ; por breves instantes me parecía que una puerta iba a abrirse y su figura sonriente aparecer en el umbral... ¡ Qué engañosa ilusión ! Donde ella estaba era donde yo la ví por última vez, inmóvil en el ataúd, con su rostro blanco y sus ojos cerrados, callada para siempre.

Aquella casa que ella llenó siempre está desde entonces vacía, vacía de ella, porque con ella se fueron la sonrisa y la dulzura de la casa. Quedaron los muebles y los objetos materiales, inútiles e inertes, porque ya no los anima su presencia ; y alrededor de esos recuerdos mudos permanece un ser humano, inerte e inútil como ellos, porque tampoco le queda el reflejo de vida que recibía de ella.

Pero su silencio y su ausencia no me arrancarán nunca la suprema esperanza de reunirme con ella en un mundo mejor. Porque ella vive, cerca o lejos, pero vive y me ama, como yo a ella. En la tierra la ley es morir, pero nada ni nadie puede quitarnos la profunda fe de volver a encontrarnos para no separarnos mas.

Mi congoja se ahondó cuando volví con mis hijos a nuestra residencia veraniega en Punta del Este. « El Pinar » era obra suya ; habíamos coincidido con ella en la elección del sitio y del estilo para construir el chalet ; los muebles fueron de su gusto personal y el jardín la obra de sus manos. Todo el marco de geranios rojos había sido plantado por ella ; de lejos hizo venir tierra fértil ; una casa de plantas de Monte-

video le proporcionó los ejemplares que prefería ; los veraneantes de Pinebeach la veían todas las tardes ocupada en el riego hasta que caía la noche ; y el arenal primitivo se convirtió en un bello verjel gracias a su amor por los árboles y las flores. Pueden verse aún los muros del chalet cubiertos por la hiedra y las Santa Rita ; las grandes matas de hortensias bordeando los arreates, y adosadas a los pinos varias orquídeas traídas de Punta Ballena que le daban sus ofrendas florales en cada estío.

¿ Porqué existe el dolor ? ¿ Porqué causa los seres humanos y todos los seres vivos están condenados a sufrir ? ¿ Porqué motivo las amarguras morales se añaden a las torturas físicas ? ¿ Porqué hombres y mujeres han de vivir perseguidos por la enfermedad, la miseria, la desgracia y la guerra ? ¿ Porqué la muerte se cierne sobre la infancia, la juventud y la madurez tanto como sobre la ancianidad ? ¿ Porqué las vidas mas útiles y nobles se ven tronchadas antes que las ociosas y perversas ?

Rien ne nous rend si grands qu'une grande douleur. Este pensamiento de Alfredo de Musset no es verídico : sólo tiene un sentido literario. El dolor no nos hace mas grandes ni mas pequeños : nos hace desgraciados. Además, creo que el dolor es inútil. Después de una noche de amargura apenas queda una almohada empapada en lágrimas y el mismo desconsuelo en el alma.

El acostumbrarse a la felicidad es una cosa peligrosa, porque el hábito de sentirnos felices hace que no apreciemos la dicha. Para apreciarla tenemos que haber sufrido ; entonces el contraste nos lleva a gozar a fondo. Pero también la felicidad es peligrosa porque insensiblemente creemos que tenemos derecho a ella, como al pan nuestro de cada día. Este concepto es falso en los dos casos porque no tenemos derecho ni a la dicha ni al pan de cada día. El obtener una cosa y la otra son privilegios que pocos alcanzan, aunque no lo parezca, y que también muy pocos lo comprenden. Debemos sentirnos agradecidos y satisfechos cuando nos sentamos a una mesa bien servida, o cuando bebemos una copa de vino fresco y puro, o cuando tenemos un buen abrigo que nos preserva del frío, o cuando llevamos un nombre honorable, o cuando nos toca una bella mañana de sol o una noche serena y estrellada. Y mucho mas aún cuando una mujer nos ama y nos dá hijos sanos, que poséen un techo, y juguetes, y luego libros y amigos. Todas estas cosas son otros tantos privilegios, porque la vida ni nadie nos debe nada. A nuestro alrededor hay millones de seres que sufren y mueren sin lograr ni un ápice de lo que a nosotros nos ha tocado en suerte. Que esta reflexión obligue nuestra modestia y generosidad hacia ellos.

En una de las salas del *palazzo di Brera*, en Milán, contemplé una vez el cuadro de Ribera, « La crucifixión ». Creo que ninguna de las versiones pictóricas del martirologio de Jesús supera la expresión que

el genio del *Spagnoletto* dió a su obra inmortal. Si el rostro del crucificado revela su agonía, el cuerpo desnudo, amarfilado, traduce una dramática sensación de sufrimiento en todas sus fibras. Es un cuerpo que vive la hora del mas intenso dolor humano. Porque si el Maestro, al predicar su evangelio de amor elevó a los seres que le siguen, sacándolos del barro original, también al dar su vida en el Calvario se convirtió en el símbolo del destino que espera a los hombres al venir al mundo : el sufrimiento. Que perciban éstos, a veces y a ratos, un sentimiento de bienestar o dicha, ello no les quita las congojas de que está saturada su existencia. Dolor por la muerte de los seres amados que se van dejando en nuestra alma el horrible vacío de su partida ; angustia ante la miseria y las enfermedades ; desesperación por la iniquidad de las guerras ; irritación por las injusticias y las humillaciones... La felicidad, cuando llega, es un episodio pasajero : la amargura es la realidad permanente. La videncia genial de Ribera penetró en la identidad del dolor que persigue al género humano y el dolor del que se inmoló por redimir nuestros pecados. Jesús cargó con ellos ; y eran ellos tan graves y pesados que sólo el enviado de Dios, clavado en una cruz, pudo cambiar nuestra alma. Qué nos queda por hacer, sino seguirle y amarle, ofreciéndole el holocausto de nuestras lágrimas ?

Fuí feliz durante muchos años y tuve la inconsciencia de no advertirlo. No me dí cuenta de lo que aquella suma de dicha significaba como inmerecido privilegio. Y un día ocurrió lo inesperado para mí, pero no fue la vida sino la muerte la que se encargó de darme la ruda lección y ponerme frente a la tremenda realidad. No mi propia muerte sino la suya, la de ella, que me la llevó cuando estaba apenas en el mediodía de su existencia, sana, animosa y mejor dotada que nunca. La que injustamente quedó fue mi propia vida, mi estúpida y en adelante inútil vida.

¡ Triste sino el de la criatura humana y dura ley la que gobierna su existencia ! Venimos al mundo sin saber porqué y nos vamos sin saber adonde. Ante el fin doloroso e irremediable de los seres amados sólo nos queda una esperanza : la de volver a encontrarlos en un mundo mejor. Esperanza bien frágil porque no se afirma sobre fundamentos visibles, pero a la que debemos aferrarnos porque es nuestra única fuente de consuelo, que nos permite creer que aquellos seres queridos no se han perdido para siempre.

Desde que ella se fue me sentí deprimido, fatalista y viejo, dándome cuenta de que mi vida es una carga inútil. Resolví alejarme de todo y recluirme en el aislamiento y el silencio. Sólo mis hijos me atraen, pues todavía la veo en ellos ; y mi pensamiento último se confundirá con la dulce memoria de la esposa que brilla en mi noche como una estrella.

CAPÍTULO VIGÉSIMOPRIMERO

POLÍTICA EXTERIOR DEL PERONISMO

Los golpes de fuerza en Perú y Venezuela ; gestión uruguaya ante el gobierno argentino. — Conferencia con el subsecretario político de Relaciones Exteriores. — Oposición de tendencias y puntos de vista. — Texto íntegro del memorandum revelador. — Mi retiro del servicio diplomático ; ausencia del Río de la Plata en 1950. — El tránsito de los hermanos gemelos.

I

En los días que siguieron al deceso de mi esposa resolví poner término a mis diversas actividades y retirarme a la vida privada. Con este motivo decliné mi designación como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante los gobiernos de América Central y expresé mi propósito de no continuar en la diplomacia, obteniendo mi retiro jubilatorio por decreto de 28 de diciembre de 1948 ; pero a pedido del titular de la embajada en Buenos Aires, doctor Roberto Mac Eachen, continué mi colaboración a su lado algunos meses mas, mientras él permaneció en el cargo. Mi última gestión política tuvo efecto al producirse los golpes de fuerza en Perú y Venezuela, donde los militares derrocaron a los presidentes constitucionales y se apoderaron del mando, en octubre y noviembre de 1948, exactamente como había ocurrido en Argentina en 1943. La analogía de estos hechos tornaba ociosa cualquier negociación destinada a obtener la cooperación del poder argentino en favor de la tesis uruguaya ; pero la orden emanada de la cancillería era categórica y debimos cumplirla. El embajador Mac Eachen dió a conocer el 3 de noviembres nuestro punto de vista sobre el derrocamiento del gobierno peruano, y yo fuí encargado de reiterar la gestión y confirmar la posición del gobierno uruguayo al producirse el mismo acto de violencia en Venezuela. Siempre he silenciado las gestiones diplomáticas, pero en este caso conceptúo necesaria la revelación de intenciones y documentos. Lo hago asumiendo toda la responsabilidad de su publicación.

Aquella posición está expresada en el despacho cifrado B. 3416 :

Reitere a ese gobierno las graves consecuencias que implica para la América democrática el respetar y legalizar los movimientos militares contra los gobiernos legalmente constituidos. Los acontecimientos ocurridos en Venezuela son la peligrosa reiteración del triunfo de la violencia frente al derecho, y esto exige de los gobiernos actitud mas firme en defensa de las instituciones jurídicas y de los gobiernos legalmente constituidos (punto). No es conveniente que (X ¿ reconozca ?) a la junta militar de Venezuela, y sería de vital interés una acción conjunta de las repúblicas americanas para considerar y estudiar la intensificación del problema planteado. — *Diplomacia.*

El 1 de diciembre mantuve una extensa conferencia con el subsecretario de Relaciones Exteriores, doctor Pascual La Rosa, y como era de preverse desde nuestras primeras palabras apareció la discrepancia de principios entre él y yo. Mi gestión ofrecía la dificultad inicial de tener que formular juicios contrarios a los motines de Lima y Caracas, precisamente a hombres que ocupaban el poder como consecuencia del motín de Buenos Aires. Una solidaridad inconstitucional y tendenciosa vinculaba a los tres gobiernos surgidos de tres sublevaciones militares, y el doctor La Rosa, al defender la actitud de las juntas dictatoriales peruana y venezolana, defendía simultáneamente el régimen político a que pertenecía. En otro momento de la entrevista me expresó el convencimiento del gobierno argentino que el de Uruguay supeditaba su acción internacional a las influencias de Río de Janeiro y Santiago de Chile, e insinuó su creencia de que habían sido las potencias anglosajonas las que habían estimulado los cambios violentos de los gobiernos sudamericanos, inspiradas en el propósito de alejar del poder a los elementos de izquierda, asegurándose acuerdos económicos y militares con vistas a la guerra futura. « Los embajadores de Gran Bretaña y Estados Unidos en Montevideo — añadió — podrían proporcionar datos concretos al gobierno uruguayo sobre el motivo de los cambios de régimen a que usted se refiere. » A mi vez, sostuve que esta sospecha no correspondía con la realidad del espíritu democrático y civilista de Inglaterra y Norte-América ; y por otra parte, si bien la cancillería de Montevideo mantenía relaciones de perfecta cordialidad con Itamaraty y La Moneda, y en muchos casos coincidía con sus orientaciones, la política exterior de mi país no se inspiraba en directivas de otros gobiernos, que no podrían ejercerse sin lesionar nuestra soberanía.

El doctor La Rosa era un partidario apasionado del régimen peronista y hubiese estado mejor actuando en las asambleas políticas que como viceministro de Relaciones Exteriores, pues en el debate o choque de opiniones su exaltación revelaba al luchador en detrimento del diplomático. Lo contrario del canciller Bramuglia, cortés, equilibrado y calmoso ; israelita como su colega del Interior, don Angel Borlenghi,

aunque superior a éste por su talento y capacidad humana. La capacidad de Borlenghi ha servido sólo para ejercitar su servilismo. La Rosa acompañó a Bramuglia en su ascensión y en su caída ; la amistosa solidaridad entre ambos venía del claustro universitario, « donde algunas veces — me confió — tuvimos que renunciar al almuerzo para comprar un libro ».

El memorandum que elevé a mi gobierno por la vía jerárquica revela las opiniones que, sin duda alguna, sustentaba el presidente Perón en materia de política exterior. Su contenido no debe permanecer en el secreto de nuestra cancillería.

MEMORANDUM. — En cumplimiento de la instrucción recibida, entrevisté en la mañana de hoy al señor subsecretario político de Relaciones Exteriores, embajador doctor Pascual La Rosa. Después de las cortesías usuales, manifesté al doctor La Rosa que el embajador Mac Eachen, momentáneamente inhabilitado, me encargaba continuar la conversación iniciada el 3 de noviembre con motivo de los hechos acaecidos en Perú. El embajador había recibido instrucciones de la cancillería en el sentido de reiterar al gobierno argentino las graves consecuencias que implicaban para la América democrática el respetar y legalizar los movimientos militares que deponían a los gobiernos normalmente constituidos. Esta reiteración se justificaba ante los nuevos hechos ocurridos en Venezuela, que sugerían la conveniencia de un cambio de opiniones entre los gobiernos americanos a fin de defender las instituciones jurídicas contra la violencia que las amenazaba.

Respondiendo a estas manifestaciones, el subsecretario doctor La Rosa me expresó que los movimientos referidos no constituían ningún desmedro para las instituciones republicanas, ni para el orden interno de aquellos países, pues habían sido ejecutados por militares tan patriotas como los civiles depuestos ; que esos militares eran una garantía en la defensa de las instituciones tradicionalmente democráticas ; y que el peligro para América y el mundo civilizado radicaba en los elementos comunistas que se infiltraban en el poder público y socavaban con su propaganda y su acción las bases de las sociedades modernas. Creía que Uruguay no había advertido quizá ese peligro en razón de que nuestro comunismo no ha tomado aún la posición de agresividad que le caracteriza en Chile, Brasil y Cuba, pero su carácter de fuerza internacional constituía una grave amenaza para todos los países del continente. El doctor La Rosa me manifestó que consideraba difícilmente evitable un vasto conflicto armado, que enfrentaría a Oriente y Occidente, mejor dicho, a dos ideologías opuestas, la comunista y la anticomunista, y que opinaba que Estados Unidos de América y Gran Bretaña erigían y consolidaban desde ahora sus posiciones en el mundo, destinadas a una común defensa. Que convenía al gobierno uruguayo obtener de los embajadores de aquellos dos países en Montevideo, una información confidencial acerca de los factores que han inspirado los movimientos militares en Perú y Venezuela. Se refirió a la importancia fundamental de los yacimientos petrolíferos, que no deben ser controlados ni destruídos por elementos comunistas, ni siquiera colocados bajo la autoridad de gobiernos aparentemente democráticos pero sujetos a las influencias extremistas. « Recuerde — me dijo — que el presidente Poincaré sostenía que en las guerras futuras el petróleo será tan importante como la sangre de los soldados. » De ahí las medidas silenciosas, ocultas o disimuladas tadavía, que los responsables de la defensa de Occidente están ya anticipando en América. Agregó el subsecretario que los teorizadores de la democracia no debían olvidar que a ésta no se la defiende únicamente con palabras,

sino también con las armas, y cuando pende sobre ella la grave amenaza de un totalitarismo cuyo triunfo significaría la ruina de nuestra civilización occidental, no deben condenarse las decisiones de carácter militar destinadas a colocar el poder público bajo la égida de una fuerza consciente, inteligente y patriótica, que aleje o impida actuar a los elementos extremistas.

El doctor La Rosa pasó luego a considerar la posición adoptada por Uruguay, « cuyo gobierno — dijo — se viene inclinando a una política de vinculación con Chile y Brasil, que no favorece su solidaridad con Argentina ». Pedí a mi interlocutor que aclarase ese concepto, expresándome entonces él « que el gobierno argentino estaba informado que La Moneda e Itamaraty ejercían en nuestra política exterior una influencia considerable ; que esa influencia tenía finalidades o alcances lejanos, en el sentido de apartar a Uruguay de la fraternal y desinteresada amistad argentina ; que un evidente desconocimiento de la obra social y económica del presidente Perón, inspiraba la política internacional de los dos grandes países vecinos de Argentina » ; y entrando en este tema el embajador La Rosa hizo un cálido elogio del jefe de Estado. Pregunté entonces si él creía posible que factores circunstanciales — en la eventualidad de que existieran — podrían ejercerse en desmedro de los profundos sentimientos que unen indisolublemente a nuestros dos países, contestándome mi interlocutor que Argentina defendería siempre con todas sus fuerzas la integridad y la democracia uruguayas.

Continuando la conversación sobre el tema de las relaciones entre los dos países, el subsecretario La Rosa insistió en la necesidad de una comprensión mútua « que sería la base de un acercamiento sincero y de una eliminación de suspicacias y recelos que están dificultando acuerdos y soluciones favorables para los intereses de ambos pueblos ». Pude observar en el curso de nuestro cambio de opiniones, que el ministerio de Relaciones Exteriores argentino posée una amplia información sobre la política internacional americana, aunque algunas de sus conclusiones me parecieron equivocadas.

Antes de separarnos, insistí sobre el deseo de nuestra cancillería (expresado en su telegrama B. 3416) de estudiar y considerar la intensificación del problema planteado por las repúblicas americanas, respondiéndome el embajador La Rosa « que el gobierno argentino accedería a continuar las conversaciones sobre esos problemas ».

La entrevista duró mas de una hora, y a pesar de nuestra falta de coincidencia acerca de puntos importantes, se mantuvo cortés y en algunos momentos verdaderamente cordial. El subsecretario La Rosa se interesó por la salud del embajador Mac Eachen, diciéndome que iría a visitarlo al sanatorio donde se asiste.

Buenos Aires, 1 de diciembre de 1948. — *Luis Enrique Azarola Gil.*

II

En los meses fríos del año inmediato me trasladé a las sierras de Córdoba por prescripción médica, acompañado de mis hijos José Luis y Juan Ignacio ; y habiendo obtenido mejoría en mi estado de salud, resolví ausentarme del Río de la Plata durante todo el invierno siguiente. Partí con aquéllos en junio de 1950 en el vapor *Florentia*, desembarcando en Barcelona para pasar luego a San Sebastián cuyos atractivos

y bellezas panorámicas mostré a los dos muchachos, que habían dejado de muy corta edad aquélla su ciudad natal. Entramos a Francia por Hendaya, y al arribar a Tours visitamos durante algunos días las márgenes del Loire y sus castillos, tan imponentes por sus huellas históricas como por su magnificencia arquitectónica. Llegados a París me esforcé en convertirme en cicerone de mis compañeros, lo que me llevó a revivir emocionantes memorias de mi lejana juventud al contemplar lugares y calles que me habían sido familiares ; y mis recuerdos parecieron corporizarse ante la evocación de episodios acaecidos en la mañana de mi vida. Otro tanto sucedió al recorrer la bellísima Helvecia ; visitamos las ciudades y riberas del Lemán ; luego Berna, Lucerna y Zurich ; y un breve alto en la estación climatérica de Seelisberg nos hizo sentir la atracción de la montaña y el lago de los Cuatro Cantones. Viejos amigos vinieron a nuestro encuentro. La hija de Sourbeck, a quien me he referido en el capítulo XII, nos recibió en su hogar con su marido, Alfred Heer, caballero chapado a la antigua, y nos sentaron familiarmente a su mesa. Salimos de Suiza en el otoño por el valle del Ródano para detenernos en Milán que, a pesar de su vibrante actividad moderna e industrial, conserva su fervor por las antigüedades artísticas. Es elemental admirar *il Duomo* por su maravillosa arquitectura, pero nosotros descendimos a las profundidades y conocimos sus tumbas centenarias ; recorrimos las treinta y siete salas del *palazzo della Brera*, el viejo castillo de los Sforza y la iglesia de *Santa María della Grazie*, en cuyo refectorio contemplamos *la Cena* de Leonardo de Vinci, providencialmente salvada de los bombardeos aéreos que destruyeron los otros muros de aquel templo del siglo IX. Como es sabido, la estatua del genial artista se alza frente al teatro de la Scala con esta sola inscripción : *Leonardo*... Mis dos muchachos fueron con amigos hasta Turín, después de recorrer la Riviera desde Génova hasta Savona. Confieso que volví a mi casa reconfortado por las impresiones de aquel largo viaje, los cambios de ambiente, el contacto con la cultura europea y la reanudación de antiguos afectos. Ignoraba yo que muy en breve iba a tener que concentrar el vigor moral que me quedaba para enfrentar penosas vicisitudes.

Mi hermano Rodolfo había muerto en marzo de aquel año, y Samuel, su gemelo, quedó sumido en un desfallecimiento que afectó su carácter, le apartó del mundo y puso término inesperado a su vida, como si al cortarse la de Rodolfo la suya también debía quedar tronchada sin remedio. Había acaso una sola alma en sus dos cuerpos. Yo perdí a mis dos hermanos en un año, y con ellos a mis mejores y mas fieles amigos. Prefiero guardar silencio sobre la congoja que me produjo su doble desaparición[1].

---

[1] *Apéndice*, letras E y F.

CAPÍTULO VIGÉSIMOSEGUNDO

NUESTRA EXPULSIÓN

Campaña de protesta universitaria ; José Luis Azarola. — Mi arresto e incomunicación ; la madrugada del 5 de agosto. — Prisión de mis hijos ; el calabozo y las torturas. — Nueva detención ; la policía federal requiere nuestra expulsión; decreto del presidente Perón. — En Montevideo ; pusilanimidad gubernativa e indiferencia pública. — Mi reacción ; los viejos amigos.

I

En junio de 1951 mi hijo José Luis, estudiante de abogacía, cooperó con sus compañeros del Centro de Estudiantes de Derecho en la organización de una huelga de protesta universitaria con motivo de la desaparición, en manos de la policía de Buenos Aires, del estudiante Mario Ernesto Bravo. Aquellos jóvenes obtuvieron como primer resultado la reaparición de Bravo, que había sobrevivido a las bárbaras torturas que le fueron infligidas, documentadas por el médico que le asistió, doctor Alberto J. Caride, y comprobadas por el juez en lo criminal, doctor Saddi Massué.

Días después, mi hijo fué solicitado por sus amigos universitarios para colaborar en la distribución de volantes destinados a apoyar una huelga de ferroviarios que se organizaba contra las tendencias oficialistas de la Confederación General del Trabajo. Varios estudiantes y obreros se reunieron con aquel objeto en la noche del 31 de julio, y decidieron a José Luis a guiar el automóvil de mi propiedad, desde el cual lanzaron los impresos en las estaciones ferrocarrileras situadas en San Martín, el Tigre y Boulogne. Yo ignoraba en absoluto esas actividades, así como el uso que se hizo de mi coche, y si lo hubiera sospechado me habría opuesto a la participación de mi hijo, juzgándola incompatible con mis antecedentes diplomáticos.

En la noche del 4 de agosto fuí detenido por una comisión policial y conducido preso, juntamente con mis dos hijos menores, llevándosenos

en mi propio automóvil a los suburbios de la capital. Se me separó de aquéllos al llegar a la comisaría de Boulogne, partido de San Isidro, y se me alojó en una pequeña oficina para trasladarme luego a una casa aislada, situada a dos kilómetros de la seccional. Hacia la medianoche se me recondujo a la oficina de Boulogne, donde un oficial inspector apellidado González procedió a interrogarme por espacio de varias horas, indagación que abarcó todas mis actividades diplomáticas y culturales desde la época de mi arribo a Buenos Aires. Terminado el interrogatorio fuí llevado nuevamente a la pequeña casa aislada, donde permanecí incomunicado bajo la vigilancia de dos agentes.

Aquella madrugada era terriblemente helada, y no había a mi alrededor una cama, un colchón, ni siquiera una frazada. Llegué a sentir frío en los huesos, mis piernas estaban insensibles, y mi precaria situación personal se agravaba con la preocupación por la suerte de los dos muchachos. Esa inquietud era justificada, como lo supe días después cuando logré hablar con Juan Ignacio. Al separarnos, mis dos hijos fueron empujados a un calabozo que medía mts. 3×4, empapado por la humedad y donde yacían nueve delincuentes de derecho común. Esa madrugada José Luis fué desnudado y sometido a brutales torturas ; sujetos sus miembros por correas a una camilla, se le amordazó para impedir que sus estertores fuesen oídos ; casi en estado de inconsciencia le fueron arrancados los nombres de algunos compañeros del Centro de Estudiantes ; devuelto a la mazmorra y privado de su abrigo, se le mantuvo veinticuatro horas sin agua y sin pan. Tres días después fue nuevamente martirizado, y recién el 11 de agosto se le autorizó a comunicarse con su abogado. Trasladado a la cárcel de Olmos, su procesamiento y prisión se prolongaron casi dos meses. Omito otros detalles porque el relato integral de los episodios verá la luz pública en el folleto mencionado al pie de la página 186.

En cuanto a mí, la incomunicación se prolongó hasta el domingo 5 por la noche, en que fuí liberado después de efectuado mi prontuario y firmada una declaración por la cual la policía reconocía « que no había mérito para mi detención ». Durante los dos días siguientes todo mi afán y el de mi hijo mayor, Enrique, consistió en conseguir la libertad de los dos menores. En una entrevista que mantuvimos en La Plata con el juez nacional, doctor Francisco Menegazzi, este magistrado nos informó que Juan Ignacio ya debía hallarse en nuestra casa, pues se había establecido su completa prescindencia en los sucesos. Contrariamente a la afirmación del juez y a su orden de libertad, la policía de San Isidro sólo permitió al muchacho salir de la mazmorra en la noche del martes 7. Al llegar con él a nuestro domicilio hallamos a otra comisión policial que nos estaba esperando para conducirnos al Departamento Central de Policía, donde un funcionario dictó en nuestra presencia un escrito por el cual el general Arturo Bertollo, jefe de la policía federal, solicitaba del ministerio del Interior nuestra expulsión

del territorio argentino, « por ser el padre y el hermano de un menor acusado de delinquir contra la seguridad del Estado ». Manifesté que el propio juez de la causa, doctor Menegazzi, no había formalizado aún semejante acusación, sin contar con que una sanción penal por mero parentesco era una aberración jurídica. Obtuve 24 horas de plazo para formular mi descargo, pero en la noche del miércoles 8, al terminar mi respuesta, fuerzas policiales rodearon mi casa, siendo sacado de ella con Juan Ignacio y reconducidos al Departamento Central por esbirros armados. Allí se nos exhibió un decreto firmado por el presidente Perón y refrendado por el ministro de Interior, Angel Borlenghi, ordenando nuestra captura y expulsión. La ejecución del decreto se efectuó una hora después, siendo embarcados en el vapor *Ciudad de Montevideo* con destino a nuestro país, en presencia de nuevas fuerzas policiales.

Mis dos detenciones, el arresto de Juan Ignacio y la prisión de José Luis, completaron experimentalmente el conocimiento que yo tenía de la policía. Esos penosos contactos confirmaron mi opinión de que las dos entidades policiales, la federal y la provincial — que no constituían sino una sola fuerza arbitraria bajo la dirección de Bertollo [1] — habían descendido a su nivel mas bajo ; el personal lo formaban delincuentes ; la vileza de sus procedimientos era análoga en los jerarcas y en los ejecutores ; todos eran inaccesibles al razonamiento o la piedad. Cuando José Luis, con veinte años apenas, era llevado por segunda vez a la sala de torturas, desnudo y maniatado, dijo a los esbirros antes de que le pusieran la mordaza : « ¡ Piensen en sus hijos ! » una carcajada cínica fué la respuesta, a la que siguieron las aplicaciones del martirio hasta desvanecer a la víctima. Dos días antes el inspector González, dirigiéndose a mí, me había dicho : « Nosotros no usamos la violencia... » Son crueles y cobardes.

Ningún agente policial de ese régimen dice la verdad ; al ingresar a la entidad se les ordena mentir y se les enseña que el decoro, la vergüenza y la lástima son meros prejuicios ; los agentes de ejecución obedecen como esclavos y en realidad lo son ; basta observar sus expresiones frente a un preso esposado para advertir los estigmas de su miseria patológica. Herederos de la Gestapo, sería un error ahorcarlos como a sus congéneres nazis cuando llegue la hora de la justicia ; mas útil será mantenerlos en asilos de degenerados para servir de estudio a los psiquiatras.

No hubo protesta uruguaya por los hechos acaecidos, ni reclamación alguna por las torturas infligidas a un joven ciudadano de corazón

[1] El general Bertollo, designado para proceder a la delación, captura, vejámen y castigo de los opositores, fué el autor responsable de los atentados cometidos en Buenos Aires durante el lustro sombrío del 47 al 52. Abusó de la función y de la fuerza, enlodó su uniforme y desapareció en la fosa, aniquilado por la histeria que provocó la muerte de Teodora.

limpio y valiente. Al desembarcar en Montevideo pedí audiencia al presidente don Andrés Martínez Trueba para solicitar su intervención en el sentido de que mi hijo fuese puesto bajo el régimen político que le correspondía, en vez de mantenerlo mezclado con delincuentes de derecho común. Martínez Trueba no se atrevió a recibirme. La actitud de ese hombre, taimado y pusilánime, será calificada de modo definitivo por la pluma de José Luis [1]. Por su pasividad, fué cómplice de los atentados cometidos en Buenos Aires, y los mismos reflejos del miedo que le impidieron recibirme y oirme, fueron los que le llevaron a ordenar a su policía, dos meses después, que protegiese la audaz excursión de Espejo y sus secuaces a la ciudad de Colonia.

En cuanto a la indiferencia de la opinión pública, es explicable en una sociedad que, formada por corrientes inmigratorias de razas y procedencias heterogéneas, sin arraigos tradicionales y sin propósitos patrióticos definidos, carece del sentimiento de solidaridad nacional. No se concibe que un atentado cometido por autoridades extranjeras contra un ciudadano, sea un atentado cometido contra el país. Nadie siente la ofensa. Se exhiben, en cambio, formas agresivas de solidaridad partidaria y gremial. En Uruguay, el título de ciudadano no acuerda derechos al amparo, ni a la función pública, ni al reconocimiento; pero los acuerda el cintillo, el casillero y la afiliación partidista. Toda la fracción política a que pertenece un sujeto se pone de pie ante una lesión administrativa inferida a uno de los suyos. Si se trata de un obrero despedido, con o sin motivo, el gremio entero decreta la huelga y los demás gremios la acompañan también por adhesión de clase. Muchas veces, una parte importante de la actividad del país ha sido paralizada por el interés personal de un operario. En una sociedad agitada así por factores subalternos, no hay que esperar actos de solidaridad nacional como los que se manifiestan en los pueblos cuyas fuerzas morales e ideológicas superan las inevitables luchas de intereses. Persuadido de ello resolví echar al olvido el episodio y volver la espalda, como medida saludable, a los hombres de quienes nada pueden esperar la justicia, el derecho ni la lealtad.

II

Reanudé, en cambio, con amigos antiguos, vínculos aflojados por una ausencia prolongada. Uno de aquéllos fue don Raúl Montero Bustamante, espíritu rector de una fracción social representativa que ha honrado a la nación por su intelectualidad, su probidad y su patrio-

---

[1] J.-L. Azarola Saint, *Ocho semanas en los calabozos peronistas*, en preparación.

tismo. Volví a visitarle en su bella casona de Punta Carreta, llena de evocaciones que van desde el nombre de la calle en que está situada hasta los retratos y reliquias familiares, testimonios de una tradición patricia ; y fuí acogido con la sencillez y el afecto de un gran señor de salón y de biblioteca. Durante horas pasamos en revista hechos, ideas, hombres y obras ; su claro juicio y su información prodigiosa confirmaban en el curso de la conversación la trayectoria serena que ha seguido toda la vida su espíritu idealista. Daba mas que nunca la seguridad de su prestancia, y me sentí feliz al advertir mi coincidencia con algunos principios fundamentales que él enunciaba sin jactancia ni rigidez. Recordó que algún tiempo antes de la desaparición física del doctor Juan Zorrilla de San Martín, había yo enviado desde España a nuestro gran poeta — por el intermedio de un amigo inolvidable, Julio Lerena Joanicó — un conjunto de papeles del siglo XVII que documentaba los antecedentes de la casa solar de los Zorrilla en el valle de Soba. En la portada, el escudo de armas se iluminaba con la leyenda del linaje : « Vivir se debe la vida de tal suerte que viva quede en la muerte... » Los comentarios que formulamos me persuadieron que nuestra analogía de principios se prolongaba en una identidad de sentimientos.

Informado de que yo trabajaba en la redacción de estas memorias, Montero Bustamente me insinuó su deseo de anticipar la publicación de algunos capítulos en la *Revista Nacional.* Así quedó convenido y se hizo. A esta deferencia añadió otra mas emotiva para mí : la redacción de una semblanza del doctor Enrique Azarola, que dió él a la estampa en vísperas del centenario de mi padre.

Por aquellos días, mi ilustrado colega y amigo el doctor Alfredo de Castro, que desempeñara con notoria dignidad la plenipotencia de la República ante varios gobiernos de Europa y América, me invitó a ocupar la tribuna de la Academia Diplomática Internacional cuya sede de Montevideo se hallaba bajo su dirección. Acepté el honroso ofrecimiento y leí una comunicación acerca del nuevo concepto de la soberanía, ante un auditorio tan selecto como simpático. En el Exordio de este volumen se halla una exposición de mis ideas sobre la doctrina sustentada por la cancillería uruguaya en 1945, que comenté en aquella conferencia.

El hogar de José Emilio Gillardo, mi amigo de la adolescencia y de toda la vida, recibió mis visitas con frecuencia, y a la hora del té hallé de nuevo el solaz de esa bella familia, padres, hijos, nietos y relaciones íntimas, con quienes evocamos episodios antiguos. Esas charlas me indujeron a reanudar la meditación y el comentario sobre temas filosóficos y religiosos. Gillardo ha sido siempre un erudito de los libros sagrados y un creyente en las cosas eternas ; y al oirlo disertar sobre ellas he tenido a veces la impresión de que su sillón se convertía en un púlpito familiar, mientras su sonrisa afectuosa y las espirales de humo

de su pipa quitaban solemnidad a las exposiciones o las críticas. Mi viejo amigo no ha sido nunca un místico contemplativo ; su espiritualidad se ha manifestado en obras, conferencias y publicaciones ; modesto y generoso, ha dado todo de sí sin exteriorizaciones publicitarias, ajenas a su desinterés, y ha tenido en su esposa a una colaboradora comprensiva y bondadosa.

El regreso al país de otro escritor amigo me permitió evocar actividades intelectuales de antaño, al mismo tiempo que recuerdos juveniles de otra índole que ofrece siempre la vida parisiense. Hacía ya varios lustros que había recibido yo a Hugo Barbagelata a su descenso del tren que le condujo a la ciudad-sol ; le acompañé en los primeros contactos, que le bastaron para orientarse en sus estudios y realizar luego su labor de hombre de letras. Doctorado en la Escuela de Ciencias Políticas, hubiese sido un diplomático eficaz si su independencia de carácter no se hubiera interpuesto entre su personalidad y los métodos censurables que se emplean para llenar los cargos oficiales ; pero ahondó en la historia y la literatura de América dando a la estampa en París una larga serie de obras que consagraron su nombre y su prestigio. Como digo, volvió a Montevideo casi al mismo tiempo que yo, cuando sus cabellos comenzaban a blanquear, y coincidimos en el juicio que nos ha merecido la transformación del ambiente nativo, la politiquería dominante y el éxito de las medianías. ¿ Influyeron las serenas opiniones de ese amigo en mi deseo de aproximarme nuevamente de los centros donde el espíritu humano ha alcanzado niveles superiores ? Así lo creo, pero convengo en que también reaccioné espontáneamente y me dí a superar las congojas y las estúpidas hostilidades de que había sido objeto.

CAPÍTULO VIGÉSIMOTERCERO

VIDA NUEVA

El anhelo de los viajes y la atracción de Europa. — Vuelos sobre el Atlántico y el Mediterráneo ; colores de los trópicos y del mar latino. — Evolución de Madrid ; su modernismo parcial. — Expresiones de la intolerancia española. — París, cima de la cultura occidental. — Un gran libro de Herriot. — Adolfo Sienra, diplomàtico y literato. — Vuelo sobre Suiza ; riqueza de contrastes. — En la montaña ; panorama del Mont-Pèlerin. — El llamado de Ginebra ; una cena espiritual. — Visita al castillo de Coppet ; la sombra de madame de Staël. — Evocación sobre el Lemán.

I

Las viejas generaciones europeas han asistido a dos guerras generales y a varias guerras locales, como las de Cuba y Filipinas, Sud-África, Rusia y Japón, y la actual de Corea ; han soportado terribles ataques aéreos y represalias sanguinarias ; han sufrido graves crisis económicas con la consiguiente pérdida de fortunas y restricciones a la vida ; el detrimento de la justicia, la libertad y la dignidad humana ha hecho posible en algunos pueblos el encumbramiento de demagogos y mediocridades audaces ; pero a pesar de estas y otras calamidades hay dos hechos reveladores de que los niveles alcanzados en el presente y el pasado siglo se mantienen altos : la civilización occidental ha salvado sus tesoros científicos, literarios y artísticos, y las sociedades de cultura heredada han mantenido la jerarquía de sus valores morales y políticos.

Felizmente hay en el mundo países donde se practica el respeto por la personalidad humana ; ciudades que ostentan la magnificencia de sus monumentos y maravillas arquitectónicas ; museos y galerías de arte que apartan el espíritu de las miserias de los hombres y lo enaltecen en la contemplación de obras geniales ; panoramas de historia milenaria cargados de grandeza ; factores morales y materiales que hacen olvidar las vicisitudes sufridas... Declaro que su recuerdo estimuló mi vocación viajera, y sentí el anhelo de tomar nuevamente contacto con la vieja

cultura europea, sabiendo cuanto los horizontes se ensanchan e iluminan en la vida cuotidiana de Francia, Inglaterra, Suiza e Italia. La libertad y la civilización se sienten y se gozan en esos pueblos, como en las naciones nórdicas, como en Estados Unidos, Canadá y Australia. Un buen día levanté vuelo en el aeropuerto de Carrasco y pocas horas después el avión de la Air France emprendió desde Recife el crucero del Atlántico, a cinco mil metros de altura, rumbo a la costa africana. El amanecer nos sorprendió sobre los trópicos, y envuelto en los efluvios de un firmamento de ópalo y nácar que se extendía como una túnica de uno a otro horizonte, la soledad oceánica parecía recoger en sus abismos las últimas brumas de la noche. De pronto el oriente se tiñó de rosa. Fué primero un rosa pálido que invadió lentamente las alturas y concluyó por reflejarse en todo el cielo ; sus matices se fueron acentuando y cayeron sobre el mar como un incendio ; las nubes coloreadas adquirieron formas y dimensiones gigantescas ; y como una visión inesperada todo el universo visible se convirtió en una inmensa rosa de pétalos abiertos. Eran las seis de la mañana y un sol de fuego surgía de la fuente tropical en la línea de conjunción del cielo y las aguas, inundando el espacio con la plenitud de su fuerza fecunda. Una emoción desbordante de poesía llegó a humedecer las pupilas del viajero ; a bordo del avión nadie hablaba y nadie oía siquiera el recio forcejeo de los motores.

Quien dijo que *partir c'est mourir un peu*, sostuvo un error, porque la verdad es precisamente lo contrario. Como lo afirma Genta en su magnífico estudio sobre el *Homocosmos*, « lo que muere en nosotros a la hora de partir es lo que nos estaba matando ; partir es renacer, reencontrarse, vitalizarse ». Yo agrego : es subir, alejarse del ras del suelo y de las mezquindades del suelo ; y apelo al testimonio de todos los que han ascendido a la región de las águilas : simultáneamente a la ascensión física se advierte una elevación moral. El alma acompaña al cuerpo en el vuelo hacia lo alto y se desprende de las cosas vulgares que quedan abajo. Hay una sensación de éxtasis desde los tres mil metros para arriba ; se diría que el espacio inmenso pone algo suyo en la entraña espiritual de los viajeros.

Cuando en las últimas horas de ese día que había empezado en la línea ecuatorial, el gran pájaro mecánico aceleró su vuelo sobre el mar que separa dos mundos opuestos, África y Europa, el Mediterráneo ofreció el contraste de su azul intenso al rosa de los trópicos. Arriba, el cielo semejaba una bóveda de añil ; abajo, el mar latino reflejaba en sus aguas el tono fuerte de las alturas. El avión volaba entre dos inmensidades de idéntico color ; hasta la roca armada de Gibraltar perdía sus arrugas hurañas bajo la influencia de esa luz, y Ceuta española su gesto hostil ante el peñón perdido. Los zocos y cashbas dispersos en las laderas marroquíes velaban su blancura con tintes azulados.

Entonces, frente a esa gloria que desplegaba en el cosmos su magni-

ficencia eterna, « ví un cielo nuevo y una tierra nueva », y advertí toda la pequeñez de los gusanos-hombres que se creen, en la fugacidad de sus minutos, los conductores providenciales de los pueblos. Montón de escoria que se olvida en cuanto se asciende mas allá de las nubes.

Descendí en el aeropuerto de Barajas y me dí a caminar por las calles de Madrid que no veía desde hacía veinte años.

Los cambios de denominación de algunas vías revelaban la incorporación de nuevos e ilustres nombres a la historia española. La antigua avenida del Conde de Peñalver se ha trocado en la avenida de José Antonio, nombre dulce y sonoro, evocador de un héroe y una tragedia. En cada uno de los barrios y sitios que me habían sido familiares renacían recuerdos que no voy a mencionar porque ya no me quedan lágrimas ; las que brotaron en otros días se secaron con el árido viento del desierto ; y estoy viajando para que surjan en mi mente nuevas emociones de vida y esperanza :

« A su espalda las aguas del olvido
sus luctuosos recuerdos se llevaran,
y de otras aguas con raudal profundo
correr el limpio manantial dejaran. »

Mi primer paseo madrileño me orientó hacia el barrio tradicional de las antiguas casonas con portalones amplios y faroles de gas, cuyo centro es la plaza de la Villa. Para vivir durante una hora en la serenidad del Madrid de los siglos XVI y XVII debe el transeúnte marchar por las calles y callejas del Rollo, Puñonrostro y Sacramento, por las plazas del Cordón y Conde de Miranda, y detenerse ante el Ayuntamiento y la casa de Cisneros, testigos y protagonistas de leyendas... Pero la población flotante y adinerada prefiere la atracción de las barriadas elegantes, el Madrid que ha modernizado su centro comercial, sus tiendas y vidrieras, donde los viejos sistemas de exhibición y anuncio han cedido el lugar a la propaganda novedosa importada de París y Nueva York. En las calles céntricas el paseante se detiene ante cada escaparate, fijada su atención por el arte de las exposiciones, que nada tiene que envidiar a la de otras grandes urbes europeas. La multitud se apiña ante los comercios iluminados y brillantes, los merenderos, los teatros y los cines ; multitud que no denota apremios monetarios, siendo enorme el número de hombres y mujeres elegantes, como es considerable la demanda de artículos de lujo. La circulación de peatones y vehículos se ha intensificado en las vías centrales, pero es una circulación disciplinada, ajena al desorden de antaño ; los bohemios ambulantes se han desplazado y los mendigos han desaparecido. Madrid es hoy una ciudad rica, moderna y ágil, menos española en algunos de sus aspectos pero reveladora de una rápida evolución económica y social.

En cambio, no hay libertad en la capital ni en el país. Claro está que el español y el extranjero se levantan de la cama a la hora que

les place, almuerzan donde les gusta y los platos que prefieren, concurren a los paseos y espectáculos que les agrada, adquieren los libros y artículos que les interesa y viajan por el territorio sin necesidad de dar explicaciones. Hay, pues, mas libertad que en la Unión Soviética ; pero hay mucha menos libertad que en los otros países de la civilización occidental. A todo ciudadano inglés o francés le asiste el derecho de combatir al gobierno establecido y dispone de la facultad de criticarlo todo, desde las creencias religiosas hasta el régimen constitucional. Esta libertad es fundamental e inatacable, como lo es el derecho de ser amparado en el honor y la propiedad. En cambio, en un país totalitario o simplemente de reacciones fanáticas, el uso de aquella libertad se castiga con la cárcel. Digamos de una vez que toda la grandeza de España procede del fanatismo, en sus diversas expresiones : conquistador, religioso, inquisitorial, político, artístico. Toda la grandeza de Francia e Italia deriva de la inteligencia : el derecho, la literatura, la diplomacia, el arte. Hasta las guerras en Italia fueron guerras inteligentes. Las de España fueron simplemente sanguinarias. Y esto es comprensible porque cada raza o pueblo impone a su historia el sello fundamental de su carácter.

Expuse estas opiniones, en voz baja, a mis familiares y amigos, que me aconsejaron que saliera de España.

II

El avión que me llevaba a Francia partió de Barajas en la noche, con una demora de tres horas ; y cuando a poco de despegar levantó su proa hacia las estrellas, los pilotos previnieron a los cuarenta pasajeros que iban a forzar la marcha para ganar una parte del tiempo perdido. Así lo hicieron ; los cuatro motores del *Constellation* rugieron en las altas zonas, enseñaron las lenguas encendidas y se lanzaron en recta hacia los Pirineos, cuyas cimas se adivinaron sin percibirse en la negrura de la medianoche. Fue un vuelo a ciegas, entre sombras ; pero exactamente dos horas y veinte minutos después de haber salido de Madrid, descendimos firmemente guiados por una iluminación potente en el aeropuerto de Orly, a quince kilómetros de París. Eran las tres de la madrugada cuando Gustave, el viejo conserje del hotel Cayré, me recibió con la sonrisa que reserva a los clientes fieles de la casa.

Una dulce emoción me esperaba al penetrar en mi habitación : sobre la mesa, bajo un gran ramo de flores, se destacaba el retrato de mi esposa. Era un gesto afectuoso y delicado de madame Lily Heral, la copropietaria del hotel cuya dirección ejerce desde su sala con discreción y gracia. Riquette y Lily fueron amigas desde la adolescencia y

condiscípulas en el colegio de Brighton ; el sentimiento que las unió se mantuvo inalterable después de sus respectivos enlaces y a pesar de la distancia que separaba sus hogares. Lily casó con M. Pierre Heral, secretario del órgano católico *La Croix*, y tienen tres hijos, mis jóvenes amigos Jean-Pierre, Michel y Madeleine. El hotel Cayré es una residencia esencialmente francesa y burguesa ; sin lujos inútiles, pero cordial y confortable ; está situada en pleno barrio de Saint-Germain ; y encuentro en ella mi centro amable cada vez que las exigencias del espíritu me traen a París.

En los días y semanas que siguieron volví a mirar la fisonomía sonriente y bella de la ciudad-sol, escuché de nuevo su rumor profundo, fuí a sentarme en los jardines de las Tullerías y el Luxemburgo, ascendí la colina de Montmartre, entré diez veces a las salas del Louvre y de la Biblioteca Nacional y vagué por sus calles sin mas objeto que tomar contacto con las armonías visibles y sensibles de la urbe. París es una cima, y desde ella se domina todo el panorama de la cultura occidental ; se advierten sus niveles y se definen sus características humanas. Casi medio siglo de viajes y observaciones me han enseñado que en esa Europa occidental predomina el hombre evolucionado dentro de su medio tradicional y propio ; influye sobre sus actos el arraigo social, la solidaridad con principios o hábitos heredados, el contralor de factores familiares, la vigilancia de leyes que se cumplen y una opinión esclarecida que aplica sanciones o decreta recompensas morales. Son fuerzas que determinan la conducta del hombre evolucionado. En América latina actúa el hombre transplantado, que conserva el fondo psicológico del aventurero de la conquista y del aventurero inmigrante. De ahí su ansia exasperada por la posesión de la fortuna y del poder ; sus escrúpulos, cuando existen, carecen de la resistencia forjada por las fuerzas acumuladas en un alvéolo tradicional ; ha ido al Nuevo Mundo, solo o casi solo, a buscar oro. Entre el aventurero histórico y el judío recién desembarcado, sin patria y sin abuelos, hay apenas una diferencia de procedimientos : el primero empleaba la violencia, el mercader israelita usa la astucia.

De todos los muelles del Sena el que ofrece atractivos mas seductores es, en mi opinión, el *quai Voltaire*. La visión que se extiende desde sus aceras es maravillosa, y según la frase de Pierre Mac Orlan es « el que domina el paisaje romántico », quizá porque en la casa que lleva el núm. 25 vivió y compuso sus obras Alfredo de Musset, y en inmuebles vecinos se inmortalizaron Baudelaire y Ricardo Wagner. En ese quai, al pie de la rue de Beaune y casi al borde del Sena, se halla la casa en que murió Voltaire en 1778, y en los bajos hay un restaurante típico de mediados del siglo XIX que ofrece una bella vista sobre el Louvre, a la vez que platos y vinos apreciados por el paladar de los gastrónomos. Suelo refugiarme a la hora del crepúsculo en su terraza poco concurrida y decorada de plantas, después de recorrer la acera que dá al río y

detenerme ante las largas filas de cajones encadenados, llenos de libros usados, manuscritos y estampas antiguas que exhiben los mercaderes de una literatura rica en sorpresas y descubrimientos inesperados. Este espectáculo es uno de los mas curiosos de París. Hay reliquias bibliográficas que se adquieren por un peso... Buscando y revisando obras agotadas, dí con un volumen cuyo título atrajo mi interés: *Madame Récamier et ses amis*. Me bastó hojearlo para advertir que se trataba de la obra de Édouard Herriot, el estadista, artista e investigador francés, obra editada por Payot e inexistente en librería desde hace largos años. Ese volumen estaba en mal estado y me quedé con él por ochenta francos; lo hice encuadernar y durante varias semanas fué mi libro de cabecera, que comenté con breves notas marginales.

Ese libro es el reflejo de la vida espiritual francesa durante el medio siglo que va desde el Directorio hasta la revolución de 1848, a través de los cambios profundos que se produjeron bajo el Consulado, el Imperio, la Restauración, las monarquías hasta la abdicación de Luis Felipe y la proclamación de la segunda República. Pero la historia de esa cultura del espíritu no la destaca Herriot por la mera enunciación o la crítica de la producción literaria, sino arrojando luz sobre los hombres y mujeres que tuvieron el cetro del talento, la distinción y la gracia. No son los libros que publicaron aquéllos los que retienen la atención del autor: son los aspectos humanos de los personajes que formaron el grupo mas selecto de la sociedad francesa. Herriot define sus caracteres, penetra en su psicología y observa sus ambiciones y egoísmos; hace la crónica de los salones y, colocándose en la época de su actuación viviente, se vale de las cartas o fragmentos de cartas, de las memorias publicadas o todavía inéditas pero accesibles a algunos privilegiados; de los relatos de viajes, informes de policía y procesos... La erudición del autor abarca fases múltiples y revela situaciones insospechadas que, sino estuviesen documentadas, parecerían novelescas. Madame Récamier es el centro de aquel notable grupo mundano y cultural; su salón de l'Abbaye-aux-Bois es el mas concurrido de París; pero es la historia de su amor por Chateaubriand lo que hace admirar mas la personalidad de la gran dama. El autor del *Genio del Cristianismo* aparece en la obra con todos sus relieves y defectos; el literato, el embajador y el político ceden el paso al hombre de pasiones profundas. Cerca de madame Récamier aparece otra gran mujer cuya huella es imborrable en las letras francesas y que ejerció también una influencia sentimental definitiva sobre el corazón de varios grandes hombres: Madame de Staël. Exilada por el despotismo de Napoleón, se refugió en su castillo de Coppet, sobre el lago Lemán, convirtiéndolo en el polo de atracción de la intelectualidad francesa, germánica y suiza. Herriot describe la intensa vida que se desarrolló en Coppet, en su biblioteca, sus salones y su bosque; los fracasos de Benjamín Constant para

obtener la mano de madame de Staël y del príncipe Augusto de Prusia para dar su nombre y su cetro a madame Récamier. Cerca de esos personajes y de aquellas mujeres, brillaban Adrián y Mathieu de Montmorency, Ballange, Ampère padre e hijo, Camille Jordan, Sainte-Beuve, Pictet, madame Lenormant, Schlegel, Middleton ; allí Constant escribió su tragedia *Wallenstein*, y « avec des excès de travail et des excès de plaisir », se representaron piezas teatrales y la genial dueña de casa comenzó su estudio sobre Alemania, a fin « de descubrir en ese país pesado en apariencia temperamentos entusiastas como el suyo ».

La lectura del libro de Herriot, al reavivar recuerdos grabados por otras lecturas, despertó mi deseo de hacer un viaje a Coppet, visitar el castillo y evocar en sus interiores las nobles figuras que habían consagrado su historicidad. Sabía yo que los bisnietos de madame de Staël conservan la propiedad tal como lo estaba durante la época napoleónica ; proyecté, pues, una peregrinación literaria ; y advirtiendo las ventajas que habría en realizarla acompañado por algún erudito en letras y antigüedades, propuse el viaje a un querido amigo mío a quien visité en aquellos días. Me refiero a don Adolfo Sienra, el colaborador de todas las misiones diplomáticas uruguayas que han actuado en París desde hace casi sesenta años. Sienra había estado primeramente en España acompañando en 1891 al doctor Juan Zorrilla de San Martín, ministro plenipotenciario ante aquella corte, y tres años mas tarde siguió a Francia a su jefe, que vino a presentar credenciales análogas al presidente Casimir Périer, que acababa de hacerse cargo de sus altas funciones al caer en las calles de Lyon su antecesor, Sadi Carnot, asesinado por el anarquista Caserio. Desde entonces Adolfo Sienra ha continuado en la carrera prestando servicios, generalmente honorarios, como secretario, consejero y encargado de negocios, hasta su nombramiento como secretario general permanente de las delegaciones de la República a la asamblea y consejo de la Sociedad de las Naciones ; pero no obstante su labor en Ginebra, integró embajadas extraordinarias a Roma y Londres. Sus dotes de diplomático se unen a una bella versación literaria, que no ha exteriorizado como ha debido y podido hacerlo, aunque se recuerdan las páginas que escribió sobre los últimos reflejos del talento de su amigo Paul Verlaine, cuyo retrato dedicado conserva como una reliquia. Posée Sienra entre sus virtudes una fidelidad invariable hacia los principios, los hombres y las cosas a cuyo lado ha convivido en las diversas etapas de su vida ; y es así como desde hace mas de cincuenta años que reside en la misma casa, rue Franklin 33, a pocos pasos de la señalada con el núm. 9, donde vivió Clémenceau, frente a la que fué domicilio de Marcel Prévost y que lo es actualmente de Jacques de Lacretelle.

En la residencia de Adolfo y su esposa, madame Marcelle Sienra, pasé una tarde inolvidable, evocadora de recuerdos comunes. Posée el viejo amigo un epistolario de subido valor ; son decenas de cartas

de los ministros Zorrilla de San Martín, Juan Pedro Castro, Juan Carlos Blanco, Alberto Guani y otros, con referencias a gestiones diplomáticas y confidencias que no pueden estamparse en las notas oficiales, y cuya lectura representa una aportación valiosa a nuestra historia diplomática.

III

Desde 1906, año de mi primera visita a Suiza, había viajado siempre en ferrocarril, funicular, automóvil y diligencia, es decir, sobre rieles y carreteras que reducen las perspectivas visuales, a menos que se escale las montañas. Faltábame obtener una visión total del territorio, con sus estribaciones, valles, cimas, lagos y ríos vistos desde muy arriba, a fin de que el panorama geográfico se desarrollase integralmente bajo los ojos del cuerpo y del espíritu. Dos vías ofrece la Air France para penetrar en Suiza, la de Ginebra y la de Zurich ; preferí esta última por hallarse la ciudad en el corazón del país. Una mañana luminosa crucé el cielo de Helvecia y quedé absorto ante la revelación de una belleza hecha de contrastes ; moles y montes, faldas y abismos se extendían abajo en sucesión vertiginosa, como si la creación hubiese realizado allí sus mas fantásticos caprichos. Mi asiento en el avión estaba situado junto al cristal de mira y encima de un ala ; la visibilidad era perfecta ; y observadas desde tres mil metros de altura las montañas parecían jorobas de monstruos echados de bruces sobre un suelo dislocado por violencias remotas. En esas jorobas se distinguían cintas simétricas que ascendían en zigzag ; eran caminos ; y minúsculos puntos rojos, aislados unos, aglomerados otros ; eran los techos de las viviendas campesinas. Los cursos de agua, empequeñecidos por la enorme distancia, semejaban hilos de plata que huían de las cumbres blancas de nieve, bajaban hacia los valles o se echaban en lagos inmóviles, rodeados por la vegetación lujuriosa que les servía de marco. Surgía del conjunto una incoherencia maravillosa, desaparecida casi de golpe al aterrizar en Kloten, el aeropuerto de Zurich, acogedor y organizado.

Quince días después ascendí la montaña que domina tres cantones de la Suiza románica y cuya base arranca de las riberas del Lemán. Su faz oriental mira hacia ese lago, y subiendo la cuesta desde Vevey decidí quedarme en un sitio privilegiado que se llama Mont-Pèlerin, situado a novecientos metros de altura. Sólo hay allí dos hoteles, la oficina de correos y un bazar donde se venden postales, baratijas y periódicos ; no hay médico ni farmacia, pero influyó mas bien en mi elección la vista insuperable que ofrece el punto adonde quiera que se mire, y la vastedad de los bosques de pinos y abetos que cubren la región. El mas antiguo de los hoteles se denominaba « palace » hace cincuenta años, y sigue siéndolo aunque lleve ahora un título menos

pomposo ; sus grandes salas conservan muebles clásicos y telas de valor ; tiene comodidad para trescientos huéspedes, y los valles vecinos devuelven en la noche, con sus ecos, las vibraciones musicales de las orquestas. Durante los días calurosos la floresta acoge bajo su sombra a los paseantes, pero prefería yo ocupar un banco en el jardín que se extiende delante del edificio y que posée también árboles centenarios. Es un lugar estratégico porque los ojos abarcan los panoramas mas amplios y admirables del país del Vaud y las comarcas adyacentes ; abajo, el lago azul y extenso con sus ciudades ribereñas y el punto isleño de Clarens, donde Rousseau escribió su *Nouvelle Heloïse* ; al frente, las montañas de Saboya, tierra francesa con sus elevadas vetas de hielos eternos ; a la izquierda, el valle de Ródano ; y siguiendo la curva se vé en el castillo de Chillon al protagonista de seis siglos de historia. Arriba, les *Dents-du-Midi* amenazan escalar el firmamento.

Había llevado libros, pero la contemplación de la hermosura panorámica me robó muchas horas de lectura. Sentí, en cambio, la honda serenidad de esos paisajes. Día por día, transcurrieron dos semanas durante las cuales me mantuve aislado para gozar mejor de aquella paz inefable ; y nunca fuí mas avaro de mis sensaciones espirituales que en la soledad de Mont-Pèlerin, a pesar de la inmediación con la sociedad brillante que llenaba el hotel.

Fué al comenzar agosto, en la plenitud del verano luminoso, que mi amigo Adolfo Sienra me despertó desde Ginebra con un llamado telefónico recordándome el proyectado viaje literario al castillo de Coppet.

Nuestro lugar de cita era otro hotel, próximo a la estación de Cornavin ; y en su patio-jardín, al aire libre, lleno de luces y plantas olorosas, una cena cordial me reunió con Adolfo y su esposa ; con los amigos de éstos, M. Henri Daloz, ingeniero francés radicado en Lyon, y su encantadora mujer, que se hallaban en Suiza, como otros comensales, en viaje de turismo ; y con el distinguido hombre público M. Fernand Cottier, profesor de la Academia de Ginebra, consejero nacional y ex-alcalde de la ciudad. Las tareas absorbentes del profesorado y la magistratura impedían al culto ginebrino ocuparse personalmente de sus intereses comerciales, función que desempeñaba su señora, madame Mathilde Cottier, con la actividad y competencia propias de las mujeres suizas.

La mesa tendida de un mantel de encaje de Saint-Gall, estaba ornamentada con una colección de cien piezas de porcelana antigua ; la atmósfera optimista se acentuó con la sonrisa placentera de los comensales al llegar las fuentes de ostras de Marennes, ofrecidas por camareros vestidos a la usanza tradicional de Helvecia, casaquilla negra y delantal blanco ; y los platos que luego se sirvieron nos brindaron el sabor auténtico de la cocina francesa aderezada por el arte

gastronómico regional. Fué una cena espiritual que animó la versación brillante de los invitados, artistas, académicos y mujeres de letras ; el buen gusto desdeñó los temas políticos ; pero el viajero del aire debió satisfacer algunas curiosidades femeninas. « ¿ Cuál es la sensación que se experimenta al sobrevolar tres continentes a cinco mil metros de altura ? » « La que deben sentir las águilas », contestó el viajero. « ¿ Y cuál es ella ? » volvió a preguntársele. « El orgullo inaudito de poseer alas, el mas viejo de los sueños del hombre. » « ¿ Y al descender a tierra, hay decepción ? » « La de despertar de un bello sueño — replicó el interrogado — con la compensación de volver a soñar a voluntad con solo ascender a la región inhabitada. Creo que en los tiempos venideros habrá en la estratósfera estaciones animadas de movimiento para uso de los seres humanos que estén resueltos a no descender nunca. El homocosmos va a nacer. »

« Mientras vuela la cigüeña que lo trae — comentó una excéntrica dama inglesa — vivamos *terre à terre...* »

La charla de sobremesa recibió el estímulo de algunas botellas de vinos del Valais. Confieso mi pecado de poseer la memoria del paladar y del olfato, y no había olvidado el « Sion pétillant », vivo y de nervio ; ni el Château Conthey, procedente de las uvas nobles de Chasellas, que no fatigan nunca ; ambos son blancos ; ni el rojo y aterciopelado Maienfelder, originario de las vides de Grisons. Los suizos no exportan sus vinos ; prefieren beberlos ; « vin du cru » es el vino de la tierra cosechado donde se consume. Ignoran los cocktails, rechazan las mezclas alcohólicas y creen en la sentencia atribuida a Salomón, « el vino alegra el corazón del hombre ».

Sentado al lado de madame Daloz, recogí de sus labios algunas noticias sobre los años finales de un filósofo y literato a quien ambos admirábamos : Hippolyte Taine. Había visitado ella la casa que el genial autor edificó en el borde de Menthon, pequeña ciudad de la alta Saboya, cuyos paisajes cautivaron su corazón de artista ; los contempló de cerca y de lejos, junto con su esposa y en la placidez de su conciencia. Taine está sepultado en el breve cementerio del lugar. « Me costó trabajo llegar hasta su tumba — añadió mi vecina de mesa — porque el olvido de los hombres ha dejado crecer allí cardos y malezas. » Prometí a madame Daloz informar de ese deplorable abandono a nuestros amigos de París... Estábamos ya sobre « el filo de la medianoche » cuando alguien propuso que fuésemos a gustar helados a la terraza del hotel de Inglaterra, desde la cual se goza el espectáculo de Ginebra recostada sobre las dos riberas del Ródano, que vuelve a ser río en ese punto ; desde allí lanzan sus aguas hacia el cielo un inmenso chorro luminoso que la hidráulica suiza ha convertido en sugestiva decoración nocturna. La naciente aurora estival, al asomarse en el balcón alpino, puso término a nuestra fiesta de los ojos, el gusto y el espíritu.

IV

Se accede al castillo de Coppet por la autovía que bordea el lago desde Ginebra. Son treinta kilómetros de arboledas que rodean caseríos y villas de recreo cuyas tejas rojas alternan con el verde de los bellísimos paisajes que han convertido la ribera y colinas inmediatas en otros tantos sitios de ensueño. El palacio histórico se eleva sobre uno de los flancos de la antiquísima aldea que le ha dado su nombre ; las piedras grises ostentan la pátina de los siglos ; y el portalón siempre abierto dá acceso a un patio que se destinaba a las cocheras de antaño. En la « cour d'honneur » hay dos fuentes de piedra con la fecha de 1768.

Todas las habitaciones conservan los cuadros, muebles y tapices que ornamentaban el palacio a comienzos de la centuria décimanona. Declaro que en mi existencia de viajero curioso de valores antiguos he visitado muchas mansiones convertidas en museos ; pero Coppet no es un museo : es una grande y noble casa que da la sensación de estar aún habitada por sus dueños. En ese castillo hay vida. Madame de Staël y madame Récamier no son retratos colgados de los muros : son mujeres cuya presencia se siente cuando se penetra en sus salones y sus dormitorios. El alma de aquellas damas anima el ambiente en que actuó su talento, su elegancia y su gracia. Puede decirse lo mismo de los huéspedes y visitantes que ilustraron la residencia, y en la biblioteca sobre todo son visibles las huellas dejadas por las figuras que en la época napoleónica hicieron su refugio de aquella suntuosa sala adornada por centenares de obras clásicas cuyos lomos y tapas ostentan un arte bibliográfico refinado. Allí está la mesa en la cual Camille Jordan escribió sus panfletos contra Bonaparte ; el sitio en que Chateaubriand se absorbía en la lectura, y la butaca que ocupaba Benjamín Constant dando la espalda a los ventanales abiertos sobre el bosque. En las horas del día reinaban el silencio y la paz propios de un recinto de la sabiduría ; pero al llegar la noche el ambiente se transformaba y la biblioteca se convertía en teatro. Los habitantes del castillo asistían a la representación de las piezas creadas allí mismo, y los críticos convivían con los autores. En aquella sociedad selecta los grandes nombres de la literatura y el arte oponían su jerarquía a la gloria nueva del gran corso. Coppet era una brillante expresión cultural al mismo tiempo que un centro de resistencia a Napoleón, que desterró de París a los amigos y admiradores de la genial autora de *Corinne.* Las crónicas de la época revelan que la galantería y el amor no eran ajenos a la vida intensa del castillo.

No es mi intención extenderme en la descripción de las reliquias animadas que llenan las salas y galerías, y que pueden conocerse por las guías del palacio ; pero diré que el milagro de su conservación y la

vitalidad de su espíritu se deben a que la propiedad perdura en los bisnietos de madame de Staël, y que en cada generación de la familia se renueva el culto de la gran mujer. Su hija, Albertina de Staël, dió su mano al duque Víctor de Broglie, ministro de Luis Felipe; y una hija de éstos casó con otro hombre ilustre, el conde de Haussonville, miembro de la Academia Francesa. Este doble abolengo tradicional y literario ha mantenido encendida la llama sagrada; lo confirma la hermosura grave de la tumba que en el bosque vecino guarda desde 1817 los despojos de la castellana; de su padre, el ministro Necker, y de otros personajes de esa familia. Una orden que se ha cumplido es la de mantener entre muros inaccesibles las bóvedas mortuorias, y sólo alrededor de éstas las manos fieles de los descendientes deshojan rosas en los aniversarios.

La emoción nos volvió silenciosos; Marcelle, Adolfo y yo nos retiramos de la mansión y su bosque, y cruzando la única calle de la aldea entramos en un viejo convento que en el siglo XVI albergó a monjes benedictinos. Los arcos monumentales parece que acogieran a los viajeros fatigados invitándolos al reposo en un pequeño y frondoso parque apenas separado del lago por una baranda de hierro a cuyo flanco hay mesas y sillas de estilos anticuados. Una muchacha sonriente y rubia nos sirvió el té con cremas y tostadas; la serenidad del sitio era profunda, y resolvimos al cabo de una hora regresar a Ginebra por la vía del agua.

El buque que procedía de las nacientes del Lemán trayendo pasajeros de la costa franco-suiza se detuvo durante tres minutos en el portezuelo de Coppet; saltamos a bordo y ocupamos sillones de mimbre cerca de la proa, lugar que nos acordaba la visión integral de las dos riberas; estrechábanse éstas con el andar del barco hacia el confín del lago. Al principio fué un collar desgranado de caseríos que se contemplaba extendido sobre las estribaciones montañosas; viéronse con ellas las laderas y los valles verdes que brillaban bajo los rayos oblícuos del poniente; y mas arriba las cúspides nevadas y teñidas de púrpura por los resplandores de la tarde. Todos los matices, tonos y ritmos presidían la llegada del crepúsculo; los tres castillos de Crans, Prangins y Vufflens erguían sus moles pétreas sobre la floresta silenciosa; y hacia la izquierda la majestad del Monte Blanco interrumpía las lejanías azuladas del cielo italiano. Los ecos de los Alpes devolvían los anuncios sonoros del vapor al acercarse a los pequeños puertos, y la estela impresa por la marcha se desvanecía al recubrir las aguas su grieta momentánea. Pasaban los minutos y sensiblemente el astro rojo iba ocultándose detrás de las montañas. Una gran paz descendía de los cielos, « la paz que sobrepuja todo entendimiento »; entonces sobre los paisajes pareció tenderse un velo melancólico; los rumores cesaron poco a poco, y Ginebra apareció en el fondo de aquel escenario de hermosura incomparable.

La proa enfiló el flanco de la corriente y se acercó al primer apeadero de la ciudad, que dá acceso al barrio « des Eaux-Vives », nombre que me trajo un dulce y conmovedor recuerdo. Donde se extiende ahora una edificación moderna había en otro tiempo parques y jardines florecidos. Frente a uno de éstos nació mi primogénito, treinta y dos años antes ; y al vislumbrar desde el puente del barco la alta torre de la catedral de Saint-Pierre, recordé también que en ese templo mi hijo había recibido el agua del bautismo. No bajé en el apeadero que parecía darme paso, pero volví los ojos hacia una esquina donde se alza la casa que un día se llenó de dicha. Desde aquel jalón hasta la etapa actual he superado los infortunios que se han cruzado en mi camino ; soy un hombre libre ; y el tercio de siglo transcurrido desde entonces no ha conseguido envejecer mi alma, que sigue abierta a las esperanzas de la vida y a los llamados del bien y la belleza.

APÉNDICE

A. **Girones de honra y gloria.** — Al doctor Teófilo D. Gil y en su nombre a sus compañeros muertos en la infausta jornada del Quebracho.

Girones de honra y gloria, flameando en el picacho,
Que envuelve la tormenta y azota el huracán,
Las sombras de los héroes que nos robó el Quebracho,
Al pie de los Palmares, erguidos hoy están !

Digno emisario ilustre de la legión sagrada,
Heraldo de esa heroica falange juvenil,
De tu urna entre las flores, en resplandor bañada,
Levántase tu imagen, oh mártir doctor Gil !

Doblemos la rodilla, la frente descubramos,
Y en vez de estéril llanto, protesta colosal,
Vibre en las almas todas : jamás de viles amos,
Escarnio o patrimonio será el pueblo oriental !

En el supremo trance... allá sobre el picacho
Adonde sólo trepan las águilas, viril,
Aún hay en esta tierra quien vaya hasta el Quebracho
Y si vencer no puede sucumba como Gil !

Montevideo, marzo 30/1889.

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

B. **Premio de la asamblea general a Máximo Santos.** — I de abril de 1886. — Art. 1º La mas alta jerarquía militar de los ejércitos de la República, como empleo único, será la de capitán general. 2º Declárase Gran Ciudadano y Benemérito de la Patria al teniente general don Máximo Santos. 3º Elévase al expresado teniente general a la jerarquía militar de capitán general de los ejércitos de mar y tierra de la República. 4º Asígnasele la cantidad anual de doce mil pesos. 5º Comuníquese, etc.

C. **Carta de Da. Prudencia Badell de Gil al Dr. Juan Gil, director de « La República ».**

Querido hijo : Nada te he dicho aún después que apareció « La República ». Confieso que al principio estuve algo alarmada, parecién-

dome que desplegabas demasiado la bandera de partido, pero a medida que avanzabas en ideas me convencí que no me había engañado respecto de tu propaganda, tan decente como culta. No esperaba menos de tí; estoy satisfecha. Veo que en ella buscas la realización del ideal de tu desgraciado hermano, mi Teófilo querido; su constante y legítima aspiración, el bien de la patria, por la que se sacrificó.

Conchillas, diciembre 18/1886.

PRUDENCIA B. DE GIL.

D. **Los tres primeros pensamientos en el álbum de Reina Gil.**

Mi hermana querida: Que orillado de cándidos jazmines y de blancas azucenas se halle siempre el camino que debes recorrer en esta vida, y que sus transparentes alas te protejan contra las pasiones que, llenando de lágrimas los ojos, desgarran y marchitan el corazón. Que las azules tapas de este álbum que te envío sean el símbolo de tu cielo, y sus blancas hojas, que llenarás de nobles y bellísimos pensamientos, sean el reflejo de los que a raudales broten siempre desde el fondo de tu alma.

Diciembre 24/1883.

ELISA GIL DE AZAROLA.

La Justicia es la fuente permanente del Derecho. El hombre que no la ama y la practica no es digno de la noble misión que señala el infinito al ser humano. El espíritu es como la esencia del alma, y la justicia y la libertad son como la esencia del espíritu.

Enero 1/1884.

ENRIQUE AZAROLA.

Es digno de observarse que los pueblos que mejor practican la libertad, Inglaterra y los Estados Unidos, no tienen un solo gran poeta que la haya cantado.

En tanto, los pueblos de raza latina han fatigado a las musas con sus invocaciones y empleado inmenso caudal de sentimiento estético para cantarla, sin que hasta ahora hayan conseguido encarnarla en las instituciones y en la historia.

Marzo 15/1884.

TEÓFILO D. GIL.

E. **Los mellizos Azarola Gil.**

Al entregarse estas páginas al editor, los mellizos ya se han ido para siempre: Rodolfo después de una dolencia cruel que le mantuvo inmovilizado tres años en su lecho, y Samuel algunos meses mas tarde, llevado por el anhelo de reunirse con su gemelo... Eran ambos hermanos dobles, de un parecido físico sorprendente y de una integral adaptación espiritual. Montevideo les vió juntos durante cincuenta años y me vió con ellos cuando los viajes me devolvían transitoriamente a la ciudad natal. Su probidad era notoria, así como su fidelidad a los principios

de una vida recta. Identificado con su familia y sus funciones administrativas, laborioso, modesto y servicial, Rodolfo fué uno de los hombres mas queridos de su época, como Samuel fue el bedel general insustituible de la Facultad de Derecho, el amigo de varias generaciones de estudiantes. El Dr. Juan Carlos Gómez Haedo ha escrito a su respecto :

Montevideo, abril 28 de 1951. — Señor Luis E. Azarola Gil. Buenos Aires.

Mi estimado amigo : Con el mas profundo pesar le escribo estas líneas para enviarle mi pésame por la muerte de su hermano Samuel, cuyo deceso inesperado me ha sorprendido dolorosamente.

Tenía por él la mas viva simpatía y una amistad antigua me vinculaba desde las aulas de la Facultad de Derecho. Durante años, a la hora de terminadas las clases y de vuelta para el centro, hacíamos el habitual recorrido de 18 de Julio, comentando las incidencias de la Facultad con la libertad de espíritu que la disciplina universitaria no atenuaba y con la rectitud propia de la honradez innata de su carácter.

En ese largo tiempo tuve la oportunidad de medir toda la nobleza de su espíritu y la rectitud de su corazón. La vida no fué generosa con él. Ni compensaciones materiales ni alhagos de otro orden surgieron en su camino. Pero él supo afrontar todo ello con un estoicismo altivo, con una orgullosa independencia personal que prestaban a su límpida vida un timbre de altiva nobleza. Y cuando terminada su carrera en la Universidad, el doctor Amézaga quiso mejorarlo, llevándolo a una mejor posición administrativa en la Caja de Jubilaciones, las complicaciones mezquinas de la política fueron causa de que aquel buen propósito se malograra.

¡ Y pensar que todos los hombres de mas influencia del país le debían un servicio o una atención ! Que era amigo de las figuras mas importantes del ambiente nacional, y que en ese momento decisivo faltóle quien pusiera en juego las fuerzas capaces para dar cumplimiento a lo que fuera el legítimo premio de sus afanes !

Créame que lo he sentido muy profundamente, que lo acompaño a usted de todo corazón y que como siempre quedo aquí a sus órdenes.

Lo saluda muy atenta y afectuosamente su amigo.

JUAN CARLOS GÓMEZ HAEDO.

F. **Traducción de una carta de Mme, Eva Heer-Sourbeck.** — Zurich, julio de 1951. — ¿ Tengo necesidad de deciros que comparto siempre vuestras penas y que me entristece conocer vuestro actual estado moral ? Es natural que el físico se resienta. No os sorprendais por ello, y tratad de revelar una vez mas toda vuestra fuerza moral reaccionando lo posible. Vuestro viaje a Río con los muchachos os hará mucho bien bajo todos los aspectos. Fred y yo lamentamos no poder hacer nada para calmar un poco vuestra congoja. Pensamos que en estas fechas hubiéramos podido estar juntos, y os aseguro que habríamos hecho todo para haceros olvidar las amarguras que os han traído los años últimos. A medida que yo envejezco, recuerdo mas las horas pasadas con mi padre, durante las cuales me transmitía sus ideas y sus convicciones acerca de la finalidad y del sentido de nuestra existencia terrestre. Comprendereis que pienso en ello mas aun con las preocupaciones que me causa mi estado de salud, y advierto con creciente fuerza su influencia *actual*, que guía mi pensamiento y mis ideas. Siento mas y mas que nuestra vida terrestre no es otra cosa que un episodio de

nuestra vida espiritual y que nos sirve de prueba para nuestro desarrollo moral. Esto nos da coraje para soportar serenamente lo que nos está reservado en esta existencia. Tengo confianza en la obra de Dios o de la Naturaleza, llamémosla como querramos. Es siempre la misma fuerza suprema que lo ha creado todo con inteligencia, al observar alrededor nuestro y verificar que todo tiene su sentido y su fin. ¿ Cómo la vida del hombre no iba a tener otro objeto que terminar en un montón de cenizas ? Evidentemente nada sabemos de positivo, pero una voz interior me afirma que con nuestro fin físico todo no ha concluído. Y advierto que vos también pensais como yo. Esta esperanza debe daros valor y fuerza para reservar los infortunios que esta vida nos reserva a todos. Querido y gran amigo, que feliz sería yo si alcanzara en razón de nuestro profundo y sincero afecto, a llevaros un poco de gozo y de consuelo en vuestra presente tristeza. ¡ Qué contenta me sentiría de poder retribuiros un poco del bien que hicísteis a mis padres con vuestra fiel amistad en los buenos y en los malos días ! ¡ Qué Dios os bendiga por ello !

G. **Hace cuarenta años...** — « Entre los años 1900 a 1903 se gestó en Montevideo un movimiento espiritualista que, sin ser compartido en sus finalidades polémicas o en sus tendencias de reformismo religioso, interesó vivamente a las esferas intelectuales del Río de la Plata. Aquel movimiento congregó alrededor de un maestro del Evangelio, el doctor Juan F. Thomson, a un grupo selecto de jóvenes cuyos ideales desinteresados armonizaban con la tesis sustentada por el citado propagandista wesleyano, de que la raíz de toda reforma social profunda ha de ser religiosa si se quiere que sea eficaz. Entre los sostenedores de la nueva escuela, los representantes de los dogmas tradicionales y los partidarios del racionalismo, tuvieron lugar debates orales y escritos que produjeron un magnífico florecimiento de opiniones y cristalizaron en brillantes manifestaciones literarias.

El grupo juvenil que inició así sus actividades públicas contó con algunos nombres que debían consagrarse, lustros mas tarde, en la vida del pensamiento. Justo Cubiló, el mayor de ellos, jurisconsulto, publicista y orador distinguido ; Alberto Nin Frías, cuyas admirables dotes de pensador se evidenciaron en sus obras de literatura y crítica ; Santín Carlos Rossi, después profesor eminente de psiquiatría, ministro de Instrucción Pública del Uruguay, prematuramente desaparecido, como Nin Frías ; Antonio Rubio, uno de los más elevados valores políticos del vecino país, que presidía el Consejo Nacional de Administración al ocurrir el golpe de Estado de marzo de 1933 ; Manuel Núñez Regueiro, que ha irradiado desde la cátedra, el libro y el periodismo, en Rosario de Santa Fe, su considerable producción filosófica y literaria ; José Emilio Gillardo, conferencista y profesor ; y otros espíritus selectos que se destacaron luego entre las fuerzas vivas de la República Oriental.

Con ellos, Luis Enrique Azarola Gil fundó *El Atalaya*, órgano semanal encargado de difundir las ideas de aquel núcleo ideológico. El periódico vió la luz el 4 de agosto de 1901, bajo la dirección de Azarola Gil, constituyéndose en un alto exponente de cultura y en tribuna de ideas. Desde sus primeros artículos, el joven director se reveló un polemista de raza, digno descendiente de Enrique Azarola, el adepto de la escuela espiritualista, treinta años antes, en los debates del Ateneo y de la Sociedad Universitaria, y de Teófilo Gil, el fustigador ilustre de la tiranía santista en la dirección de *La Razón*.

Dentro de algunas semanas cumplirán, pues, cuarenta años de la fecha en que Azarola Gil empezó su labor de publicista[1]. De esa labor, así como de los juicios que ha merecido de la crítica europea y americana, dan testimonio las páginas de este folleto, que sus editores se complacen en hacer llegar a manos de los amigos del escritor y de esta casa. »

LIBRERÍA Y EDITORIAL « LA FACULTAD ».

H. Théodore Sourbeck, sociólogo y hombre público suizo, nació el 3 de enero de 1861 en Basilea, en cuya universidad y la de Zurich hizo estudios de filosofía y filología ; a los veinte años de edad se trasladó a Egipto ; fundó en Alejandría la revista cultural *Athenaeum*, y fue uno de los promotores del museo de aquella ciudad en unión de los arqueólogos Morgan y Sayce. Corresponsal del diario *Times*, colaboró también en la *Nouvelle Revue Française* y el *Frankfurter Zeitung*. Al regresar en 1894 a su país de origen con motivo de la educación de sus hijos, adquirió considerable prestigio entre las masas obreras por cuyo progreso social y económico luchó en forma eficaz. Como secretario general de la Asociación del Personal de Transportes preconizó y obtuvo que los ferrocarriles suizos, que pertenecían a compañías privadas, fuesen adquiridos por la Confederación. Fué este triunfo que le consagró como líder del partido liberal-demócrata y fijó su actuación como diputado en el Consejo Nacional. Al organizarse los Ferrocarriles Federales fue miembro de su Consejo de Administración ; vinculó su actividad al establecimiento de oficinas de turismo en Berlín y Nueva York, que atrajeron masas de viajeros y dieron un auge considerable a la industria hotelera ; y dirigió campañas de publicidad destinadas a hacer conocer en el mundo los panoramas y bellezas naturales de Helvecia. Candidato al cargo de consejero nacional, negóse a aceptar el programa socialista y se trasladó a París donde la poderosa compañía del Lloyd Norte-Alemán le ofreció la dirección general. Su extraordinaria vitalidad mental le permitía el asesoramiento de las mas complejas cuestiones financieras y sociales, con una acentuada vocación de filólogo que le permitía dominar los idiomas modernos al par que las lenguas clásicas, desde el griego hasta el sanscrito. Maestro de sociología, tuvo la visión de los acontecimientos que se sucedieron en el mundo entre 1914 y 1940, año de su muerte ; y mucho antes de que se produjese la segunda guerra general me dió en su casa de Berna, sentado ante su mesa de trabajo, la mas sorprendente profecía de política internacional que he escuchado en mi vida.

---

[1] El señor Luis Enrique Azarola Gil forma parte, como individuo de número o miembro correspondiente, de las siguientes instituciones culturales :

Francia : Sociedad de Americanistas de París.
España : Real Academia de la Historia, Madrid ; Sociedad de Estudios Vascos, San Sebastián ; Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes, Cádiz.
Brasil : Instituto Histórico y Geográfico Brasilero, Río de Janeiro ; Instituto Genealógico Brasilero, San Paulo.
Argentina : Academia Nacional de Historia ; Sociedad de Historia Argentina.
Chile : Sociedad Chilena de Historia y Geografía ; Academia Chilena de la Historia.
Perú : Instituto Histórico del Perú ; Sociedad de Geografía de Lima.
México : Academia Nacional de Historia y Geografía.

I. **La gestión con el duque de Alba.** — *Tres cartas del Dr. Enrique Ruiz Guiñazú.* — *Nº 1.* Buenos Aires, febrero 8 de 1930. Sr. Luis Enrique Azarola Gil. Madrid.

Muy estimado amigo : Va ya para un mes de su partida y recién hoy puedo disponer de un momento para dirigirle con estas líneas, mi saludo afectuoso. Espero habrán tenido usted y los suyos un viaje agradable y les supongo instalados en su casa de Madrid.

No sé si usted habrá entregado al señor duque de Alba mis libros y hablado del prólogo para « La tradición de América ». Lo cierto es que nuestro presidente de la R. Academia de la Historia se ha convertido en ministro de Instrucción Pública del nuevo gobierno y con ello tendrá nuevas tareas y preocupaciones. Acaso su relativo quietismo se troque en afiebrada labor ministerial.

Con todo, considero muy posible acepte el encargo, pues dada la magnitud de la colectividad española en el Río de la Plata, y además, las declaraciones del general Berenguer acerca de la intensificación de las relaciones de España con las repúblicas hispano-americanas, es muy lógico se realicen actos multiples de carácter oficial y aún personal que estrechen y hagan práctica esa aspiración.

Al ilustre duque de Alba le interesará sin duda prologar este trabajo argentino, desde su alta posición política, intelectual y social, en razón de la fácil y casi espontánea vinculación que ello ocasionará con universitarios, escritores, periodistas y mundo social porteño, que le leerán necesariamente y apreciarán sus altas dotes de historiador, por estar el libro destinado a circular bajo los prestigios de la Universidad, de la Junta de Historia y Numismática Americana, de la Sociedad de Bibliófilos y demás instituciones y academias a que pertenezco.

Por otra parte, podrá disponer de un mes largo para escribir. Le quedaré sumamente reconocido.

Para fijar la orientación del libro le adjunto el prólogo y el índice que permite deducir su contenido. Esto es exclusivamente reservado para usted y el duque.

Reciba, mi estimado amigo, con mi agradecimiento las expresiones de mi mayor consideración y afecto. Esperando sus noticias, se repite a sus órdenes su afectísimo colega y S. S.

s/c. Arenales 1662 E. RUIZ GUIÑAZÚ.

Nº 2. Buenos Aires, mayo 2 de 1930.

Mi distinguido amigo : Su carta del 5 de abril, recibida el 25, me ha llenado de satisfacción. Su contenido no puede ser mas halagüeño. Tenemos la voluntad de hacer, acaso usted posea ya en su poder el mentado prólogo. Mil gracias por su gestión. Espero ahora ansioso su nueva misiva.

¡ Que bien sería viniese el duque ! Aquí le haríamos una gran recepción como se merece por su jerarquía y por la simpatía personal que despierta a todo el que conoce su obra. Sobre este viaje he de volver a hablar con usted.

El libro está ya en la imprenta. Como lleva láminas y viñetas no estará listo antes de julio, o sea coincidirá con la época de mayor actividad intelectual en nuestro ambiente porteño.

Reitérole, mi estimado Azarola, las expresiones de mi mayor amistad. Le estrecha la mano su afectísimo.

Mi afectuoso saludo al señor Castañeda.

E. RUIZ GUIÑAZÚ.

N° *3*. — Buenos Aires, mayo 29 de 1930. — Sr. L. E. Azarola Gil. Madrid.

Mi muy estimado amigo Azarola : En mi poder su afectuosa carta con el prólogo del señor duque de Alba, me apresuro a agradecerla y expresarle una vez mas su feliz gestión amistosa. Dicho prólogo será sin duda una magnífica portada para « La Tradición de América ». Estoy ya corrigiendo las pruebas, pero por exceso de trabajo en la imprenta, impresión de láminas y tiraje especial, me temo no tenga el libro su salida hasta agosto. Cuente usted con el ejemplar especial que le dedicaré.

Hablé con el doctor Levene acerca de su trabajo. Se publicará en el volúmen anual de la colección, con mi discurso de presentación. En cuanto esté listo, yo me encargaré de hacerlo llegar a sus manos.

Siento se tome usted tanta molestia por la copia de la información de los Ruiz de Caritón y Grijalba, que le encargué. Si tiene usted dificultades, desista de ello, que mi agradecimiento por su amabilidad será igual.

Por este correo escribo al duque de Alba.

Un afectuoso saludo de su amigo.

Memorias al señor Castañeda.

E. RUIZ GUIÑAZÚ.

J. **Memorandum para la comisión asesora.**

Con fecha 22 de septiembre ppdo. tuve el honor de dirigir desde Santiago de Chile una carta al señor presidente de la República, sugiriéndole la utilidad y oportunidad que había en promover una Conferencia Panamericana que estudiase los problemas que se estaban planteando en los terrenos político y económico, y que iban a agravarse y complicarse a medida que transcurriesen algunos meses. Mi iniciativa se fundaba no sólo en observaciones personales sino también en los cambios de ideas que había mantenido con otros representantes diplomáticos que, conociendo la orientación de sus respectivas cancillerías, aseguraban que existía ambiente favorable para la celebración de una conferencia continental. Deseoso de que cupiese a nuestro país el honor de la iniciativa, me permití insinuar al señor presidente la conveniencia de formular una proposición en aquel sentido, afirmándole que, en el caso de dirigirla a los otros gobiernos americanos con ofrecimiento de Montevideo para ejecutarla, la idea tendría resultados fecundos en todos los órdenes. Nuestra cancillería recibió comunicación del texto de mi carta al doctor Terra.

Tres meses después, el presidente de los Estados Unidos de América sometió a los demás gobiernos del continente una iniciativa análoga, siendo unánimemente aceptada. Debe señalarse la circunstancia de que el presidente Roosevelt sugería la celebración de una conferencia que estudiase los medios tendientes a afirmar y consolidar la paz en América ; pero es evidente que una ampliación de ese objetivo, en el sentido de tratar también otros problemas que afectan a nuestros países y que revisten gravedad en estos momentos, merecería la atención de los gobiernos representados en la Conferencia Panamericana. En efecto, terminado el conflicto entre Bolivia y Paraguay, la paz del Nuevo Mundo no ofrece actualmente perspectivas de alteración ; pero surgen, en cambio, motivos de fundada inquietud si se consideran las derivaciones de la situación europea, derivaciones en las cuales vamos a hallarnos necesariamente complicados en razón de formar parte de la

Sociedad de las Naciones, es decir, en virtud de compromisos que nos obligan a adoptar actitudes que nos serán profundamente perjudiciales, sin que aquella adopción se justifique para nosotros por ningún motivo. Es así como deberemos tomar parte en emergencias arduas e incurrir en graves riesgos al acompañar sanciones económicas que afectarán nuestra balanza comercial y concurrir en eventuales sanciones militares contra pueblos tradicionalmente amigos del nuestro. Y todo ello con motivo de remotas disputas, de lejanos choques de intereses y ambiciones de hegemonía de las cuales debemos mantenernos absolutamente ajenos. El mundo pacifista, que había puesto en la ideología wilsoniana una inmensa esperanza, ha advertido, después de dieciséis años de experiencias, la ineficacia de Ginebra para instituir el desarme, evitar las agresiones y organizar la paz. Ginebra es hoy la sede máxima de las intrigas internacionales, y a medida que el tiempo pasa tanto mas lejanos aparecen los postulados que determinaron la creación de la Liga y mas olvidados los principios que condujeron a los pueblos americanos a adherir a la institución. En cambio, cada día nos acerca al inevitable conflicto europeo que colocará frente a frente, no ya a los grupos nacionales y étnicos, sino a las doctrinas opuestas en materia de gobierno y organización social. Los hechos actuales y los peligros próximos son harto visibles para que los gobiernos americanos, que elaboran en estos momentos el programa de la Conferencia, no decidan incluir en las deliberaciones de esa asamblea el punto vital del alejamiento de nuestros pueblos de la entidad de Ginebra. Por razones de solidaridad continental ese alejamiento debe ser colectivo; pero de todos modos el exámen del asunto es impostergable. La actual Liga de Naciones debe quedar para uso de Europa, cuyos problemas, conflictos e intereses son fundamentalmente distintos de los que predominan en América.

Estos últimos exigen la creación de la Sociedad de las Naciones Americanas, la cual encararía las cuestiones que se sometieran a su estudio, con un perfecto conocimiento de los factores psicológicos, políticos y económicos que caracterizan a estos pueblos. La celebración de una Conferencia Panamericana cada cinco o seis años, como las que han venido sucediéndose en las últimas décadas, es absolutamente ineficaz para la dilucidación de los asuntos que se relacionan con la legislación, las comunicaciones, la cultura, la higiene, la economía y la política internacional del Nuevo Mundo, como es inadecuado el sistema de reunir dicha Conferencia en capitales distintas. América debe reunir anualmente su asamblea, dando estructuración permanente a una entidad en la cual todas las delegaciones nacionales estarían bajo el mismo pie de igualdad jurídica; y su funcionamiento realizarse en una sede estable, para cuyo efecto ninguna urbe americana ofrece las ventajas de Montevideo, no sólo en razón de su posición geográfica sino también por ser capital de un país eminentemente pacifista que lleva su ingenua fe en los postulados de la justicia internacional hasta el punto de mantener sus fronteras abiertas, sus costas indefensas y sus ciudada nos sin instrucción militar alguna. Estas circunstancias desfavorables, que nos mantienen expuestos a una humillación en el caso siempre posible de un conflicto, se tornan útiles y constituyen argumentos afirmativos en cuanto se refieren a la elección de Montevideo como sede de una asociación interamericana y de su consejo o secretaría general. Tales ventajas deberían destacarse por la delegación de Uruguay desde los primeros contactos, si como todo lo hace esperar la Conferencia de Buenos Aires abordase el asunto de la Sociedad de las Naciones en América.

Esta creación está en el ambiente, y una proposición en el sentido de abocarse a su estudio hallaría, con toda certeza, una base francamente favorable y una mayoría segura. La única observación o reserva que tal vez se produciría es la que parece existir en el seno de la cancillería argentina y que podría, quizás, ser compartida por otras ; consiste en la incompatibilidad, aparente o real, de la proyectada Sociedad de las Naciones Americanas con la Liga que funciona en Ginebra ; pero aparte de que en las últimas semanas los sucesos se han encargado de demostrar el fracaso de esta última y su creciente desprestigio, aquella presunta incompatibilidad desaparecería con el alejamiento del Nueva Mundo de la entidad ginebrina, a fin de constituir su propia entidad continental, que surgiría sin dificultades, sin los violentos choques de intereses que se debaten en la sociedad europea, y que contaria, en cambio, con una serie de factores favorables capaces de asegurar la eficacia de su funcionamiento.

Buenos Aires, abril de 1936.

LUIS ENRIQUE AZAROLA GIL.

K. **Carta al Dr. Pedro Manini Ríos, delegado a la Conferencia de Consolidación de la Paz.** — Buenos Aires, 12 de abril de 1936.

Muy estimado amigo Manini : Durante mi permanencia en Chile tuve oportunidad de cambiar ideas con otros representantes diplomáticos y con amigos del gobierno chileno, acerca de la eventual creación de una Sociedad de Naciones Americanas, capaz de encarar los problemas del continente de manera mas eficaz que lo hace Ginebra. Con este motivo, y recogidas sugestiones útiles, bosquejé los fundamentos y anteproyecto de dicha Sociedad. Mi primera manifestación sobre el asunto fue la carta que envié al presidente Terra con fecha 22 de septiembre, insinuándole la oportunidad de que tomase la iniciativa de celebrar una Conferencia Panamericana, ofreciendo Montevideo a tal efecto. Mi carta sólo mereció una censura lapidaria por parte de nuestra cancillería, pero el presidente Roosevelt tomó aquella iniciativa, tres meses después, con la aprobación conocida.

Y bien, las informaciones que he recogido en estos últimos días me persuaden que la Conferencia Panamericana no tratará proposición alguna que se refiera a la creación de la Sociedad de Naciones Americanas. Mi intención, pues, de someter a usted y demás miembros de la delegación uruguaya el citado conjunto de ideas preliminares, y eventualmente de integrar dicha delegación, queda sin efecto, ya que la Conferencia, en mi opinión, sólo revestirá carácter académico y social, sin proyecciones hacia los problemas vitales del continente. En tales condiciones, no tengo interés en participar de ella. Le ruego, pues, que no formule ninguna gestión al respecto, quedándole muy reconocido por la buena acogida que había hecho usted a mi anterior pedido.

Su invariable amigo

L. E. AZAROLA GIL.

Respuesta del delegado Dr. Pedro Manini Ríos. — Montevideo, abril 15 de 1936. — Señor Luis E. Azarola Gil. Buenos Aires.

Estimado amigo : Recién venido de campaña contesto su carta fecha 12, y lamento la decisión adoptada de no integrar la representación uruguaya en la Conferencia Panamericana, lo que motivará que deje sin efecto las gestiones que había comenzado antes de salir para afuera.

Con todo, y respetando como se merece su opinión, me he considerado obligado a aceptar integrar la comisión preparatoria que se ha designado en Montevideo para asesorar al gobierno al respecto. Como puede ser útil que para esos trabajos preparatorios tenga yo presente el anteproyecto de Sociedad Panamericana a que se refiere su carta, así como copia de la carta que envió al respecto al presidente Terra, si es que está a su disposición me permito pedirle quiera tener la bondad de enviarme copias de esos documentos.

Saludos afectuosos para usted y todos los suyos.

P. MANINI RIOS.

Segunda carta al Dr. P. Manini Rios. — Buenos Aires, 19 de abril de 1936.

Mi estimado amigo Manini : Tuve el gusto de recibir su carta del 15 y me complazco en remitirle, con la presente, copia de la que diriji al presidente, desde Santiago, el 22 de septiembre. Con esa misma fecha envié a la cancillería una copia de dicha carta, recibiendo en respuesta una nota de censura por el delito de haberme dirijido directamente al presidente. Consta al ministerio que otros jefes de misión hacen lo mismo frecuentemente, y a nadie se la ocurre acusarles por el hecho. En cuanto al fondo del asunto, o sea el objeto de mi carta, el ministerio guardó completo silencio ; y tres meses después el presidente Roosevelt tomó la iniciativa de la Conferencia y Saavedra Lamas formuló su proposición de efectuarla en Buenos Aires. Así fue como el « je m'enfoutisme » espalteriano y el alacranismo de sus subalternos inmediatos, se encargaron de anular la iniciativa uruguaya y de impedir que fuese Montevideo la sede de la Conferencia.

Tratemos ahora de que no se nos birle la propuesta de creación de la Sociedad de las Naciones Americanas. Desde luego, bastaría que fuese yo quién formulase algunas ideas preliminares sobre el asunto, para que éste fuese « patrióticamente » torpedeado por los alacranes de marras. He creído, pues, servir mis propias ideas, al rogar a usted que me elimine de la delegación uruguaya a la Conferencia.

En esta semana le enviaré un memorandum sobre la proyectada creación de la Sociedad Panamericana.

Afectos de su invariable amigo

L. E. AZAROLA GIL.

ÍNDICE

IMPRIMERIES RÉUNIES S. A., LAUSANNE
Imprimé en Suisse